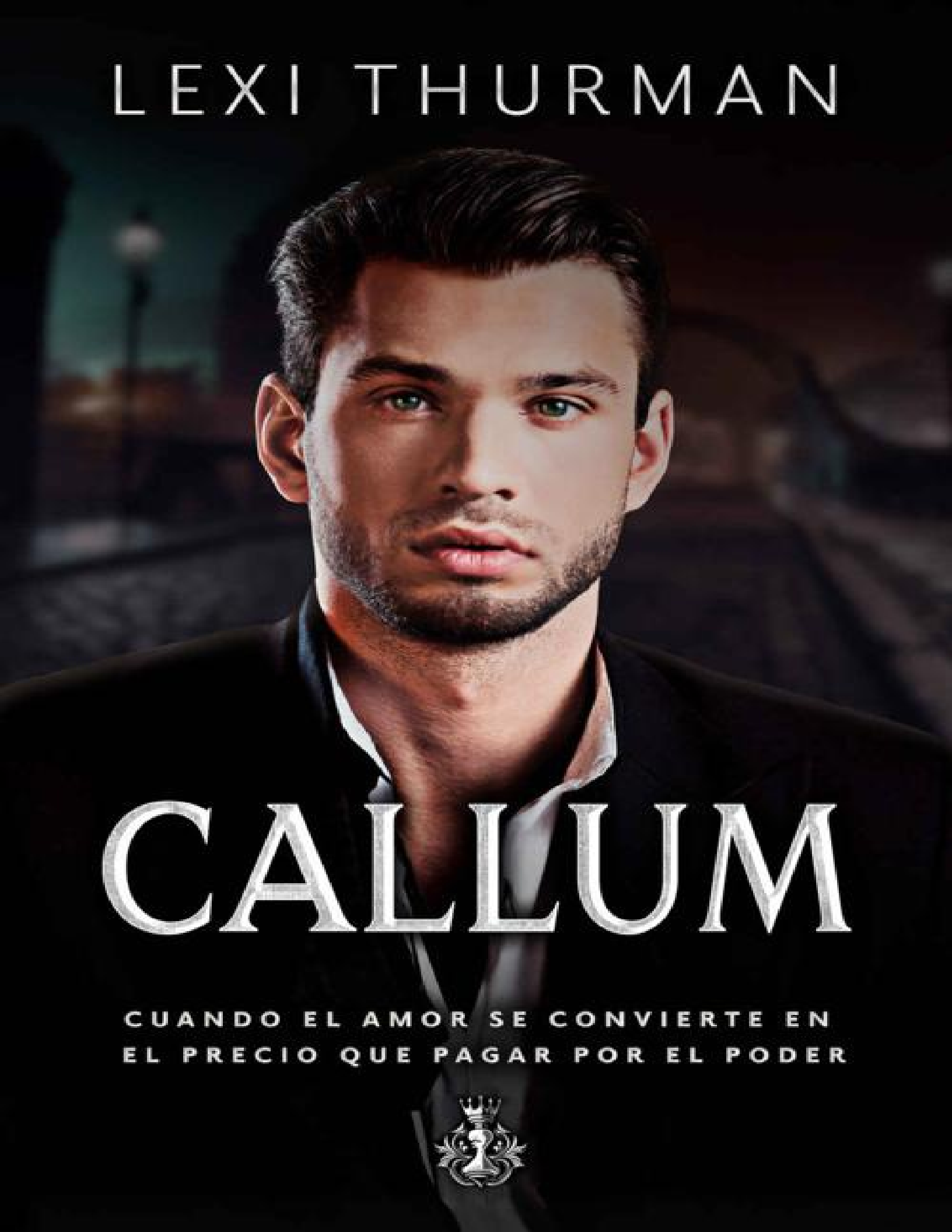
LEXI THURMAN



CALLUM

CUANDO EL AMOR SE CONVIERTE EN
EL PRECIO QUE PAGAR POR EL PODER

Capítulo 1

Adele

¿Alguna vez has sentido como si estuvieses viviendo un sueño? ¿Cómo si tu vida le perteneciera a otra persona y tú tan solo eres un mero espectador?

Así era cómo me sentía desde hacía varias semanas cuando mi padre me anunció mi compromiso con un hombre que ni siquiera conocía en mi dieciocho cumpleaños. El que debería ser el mejor día de mi vida se convirtió en una completa pesadilla.

Mi corazón me gritaba que corriese, que huyese lejos y no me conformase con el futuro que mi padre había elegido para mí, pero mis pies no me respondían. No lo hacían porque ya lo había intentado una vez un mes atrás y no había sido capaz.

No había podido hacerlo porque no era lo bastante valiente. Aunque ese pensamiento no tenía sentido, ya que yo era una mujer que no se conformaba, que luchaba por aquello que deseaba con valentía. Tal vez lo que sucedía era que no era lo suficientemente egoísta como para abandonar a mi padre.

Porque, a pesar de todo, a pesar de que me había vendido al mejor postor, seguía siendo mi padre. La única familia que él tenía y la única familia que yo tenía. Solo nos teníamos el uno al otro, y una parte de mí quería creer que, de alguna manera, él estaba seguro de que estaba haciendo lo mejor para mí. Lo correcto.

Mi progenitor me quería con todo su corazón. Siempre me había dado todo aquello que había deseado; sin embargo, no me conocía. Había querido creer que sí, pero en esas últimas semanas, él me había demostrado que no era así. No podía conocerme; no cuando él creía que podría ser feliz casándome con un hombre al que no amaba.

—Adele, ¿estás bien? —me preguntó Darcy, quien se encontraba sentada a mi lado en el autobús que nos llevaba de regreso a Dublín.

Detrás de nosotras, un grupo de chicas cantaban una canción que me sonaba vagamente familiar, aunque estaba demasiado absorta en mis pensamientos como para ser capaz de reconocerla.

Durante las últimas dos semanas había trabajado como monitora en un campamento religioso de verano para chicas en el condado de Kerry. El aislamiento, las actividades constantes más el cuidado de las chicas de entre doce y catorce años, había provocado que hubiese logrado olvidar mi futuro matrimonio. Al menos, durante unos días, en los que había vivido fuera de la realidad, permitiendo a mi mente un descanso necesario. Pero, al contrario de lo que mi padre había pensado al animarme a aceptar el trabajo no remunerado, no me había servido para cambiar de opinión sobre mi matrimonio.

—¿Adele? —volvió a preguntarme Darcy. Estiró su mano para dar unos toquecitos en mi hombro derecho, tratando de llamar mi atención—. ¿Estás bien?

Dejé de mirar por la ventana y giré la cabeza para observar a Darcy. Sus ojos verdes escrutaban mi rostro con preocupación, a la vez que arrugaba ligeramente la nariz.

Darcy, al igual que yo, era una de las monitoras del campamento. De una edad parecida a la mía y con una paciencia digna de una santa, era la compañera con la que más había congeniado durante esas dos semanas.

—Sí, estoy bien —Ella enarcó una ceja—. Supongo que me da tristeza que se haya

terminado el campamento —mentí, aunque solo en parte. Porque lo cierto era que, de no haber sido por mi situación, jamás hubiera siquiera considerado aquel trabajo. Aunque me alegraba de haberlo hecho, ya que no solo me había servido como una distracción, sino que me lo había pasado bien.

Lo último que me apetecía era regresar a mi realidad. No le había contado a Darcy mis problemas. No la conocía lo suficiente como para contarle algo tan íntimo. Y, posiblemente, no lo entendiese. Ella no iba a comprender que no le mandase a la mierda a mi padre y me forjara mi propio camino.

No supe si me creyó, pero ella esbozó una sonrisa compasiva.

—Sí, supongo que yo… —se interrumpió a sí misma cuando una de las adolescentes que teníamos a nuestro cargo comenzó a correr a toda velocidad por el pasillo del autobús para robar el micrófono que utilizábamos para comunicarnos con ellas. Nos dio una mirada traviesa y encendió el micrófono para centrar su atención en sus compañeras.

—Amber —le llamó Darcy, con una paciencia que yo no poseía—, haz el favor de sentarte y ponerte el cinturón de seguridad. Es peli…

—¡Atención, atención! —La voz de Amber resonó por todo el autobús, interrumpiendo a Darcy—. Tengo una confesión que haceros. Nunca me había atrevido a decirlo en alto, pero ha llegado el momento. —El conductor gruñó, pero Darcy y yo observamos a Amber en silencio. Darcy con preocupación y yo con resignación—. Yo… yo… —balbuceó, aclarándose la garganta—. ¡Tengo un lunar en el trasero! —gritó, partiéndose de la risa, a la vez que el resto de chicas vitoreaban y gritaban.

Darcy resopló mientras se quitaba el cinturón. Y pese a que entorné los ojos, no pude evitar soltar una pequeña carcajada ante la ocurrencia de Amber, por muy infantil que fuese. Darcy me dirigió una mirada de reproche y se levantó del asiento para arrebatarle a Amber el micrófono y obligarla a volver a sentarse en su asiento antes de que el conductor aparcarse en una cuneta y nos obligase a bajar, dejándonos a todas allí.

Cuando Darcy volvió a sentarse a mi lado, yo me mordí el labio inferior para que no se me escapara otra risa.

—Pensaba que nos iba a revelar algún secreto oculto o algo así. Por un instante, he creído que habíamos hecho algo bien durante el campamento y esa chica iba a abrirse a nosotras —me confesó con un suspiro, apoyando su cabeza contra el respaldo de su asiento.

—Son adolescentes, Darcy —la consolé, como si aquella fuera explicación suficiente. Porque, para mí, lo era.

—Deberían estar agotadas, no tan activas. Ahora entiendo por qué el resto de monitoras se han ido por su cuenta y nos han cargado con el marrón a nosotras.

—¿Qué creías, que nos habían dejado a las dos monitoras más jóvenes porque pensaban que somos las más adecuadas?

Darcy me miró, avergonzada.

—Supongo que soy una crédula. Y aún quedan dos horas de viaje —dijo, mirando el reloj en su teléfono móvil. Sacó de debajo de su camiseta el colgante en forma de cruz que llevaba en el cuello y lo besó—. Haz que estén tranquilas el resto del viaje.

Yo también era católica. Creía en Dios. Pero no llevaba cruces conmigo, ni acudía a misa todos los domingos. No consideraba que fuese algo necesario. Al Dios en el que yo creía se le podía rezar en cualquier lado. Y ese Dios no era una lámpara de los deseos al que pudiese pedirle nada. No funcionaba así. No mi fe.

Si fuese así, mi madre seguiría viva. Ella no hubiera muerto en un accidente de helicóptero

cuando yo tan solo tenía seis años. A veces, me preguntaba si mi fe se debía solo a que mi madre era una mujer muy católica. A pesar de que no tenía demasiados recuerdos de ella, uno de los pocos y los más preciados era cuando ella me acostaba y ambas rezábamos juntas.

No lo hacíamos de rodillas en el suelo Lo hacíamos abrazadas en mi cama. Con ella regalándome todo su amor y cariño.

Cuando dudaba de mi fe, recordaba las palabras que ella me repetía todas las noches: «nunca estarás sola porque Dios siempre estará a tu lado».

Y mi madre no se había equivocado. Porque, cuando me sentía sola o cuando sentía que estaba a punto de derrumbarme, rezar me daba la paz que necesitaba. Pero no por Dios, sino por ella. Porque, cada vez que rezaba, me acordaba de ella.

Un grito provocó que Darcy y yo nos sobresaltásemos. Ambas giramos la cabeza para observar a una de las chicas sostener un teléfono contra su pecho. Su compañera le susurró algo y ambas señalaron la pantalla del móvil mientras se reían despreocupadamente.

—Un día me van a matar de un susto —murmuró Darcy mientras se acomodaba de nuevo en su asiento.

—¿No te gustaría volver a tener su edad? —le pregunté, sin poder evitar observar a las dos adolescentes con cierta nostalgia y envidia. Todas parecían tan despreocupadas, tan carentes de responsabilidades. Tal y como yo lo había sido hasta hacía menos de dos semanas.

Darcy negó con la cabeza.

—No —respondió con seguridad—. Estoy a punto de comenzar mi segundo año en la universidad en una carrera que adoro. No tengo que aguantar a las chicas abusonas del colegio, ni atender las clases de esas materias que me interesaban un pimiento. Y lo más importante: no tengo que darles explicaciones a mis padres de adonde voy o adonde vengo porque comparto piso con dos compañeras cerca de la facultad. Estudio, pero también salgo de fiesta y me divierto. Y he descubierto que, a diferencia de lo que mi madre me ha inculcado toda mi vida, ser irresponsable de vez en cuando no es algo malo. No cuando solo tienes diecinueve años.

No podía estar más de acuerdo con ella. Yo había deseado cumplir los dieciocho. Lo había deseado porque por fin sería considerada una adulta. Una adulta capaz de tomar sus propias decisiones. Pero, debía haberlo sabido mejor. Eso nunca había sido una opción para mí; como no lo había sido para mi madre.

En el fondo, lo había sabido, pero esperaba que ese padre amoroso que yo conocía cambiase las reglas del juego; que él lo hiciese por mí. Me había equivocado. Y ahora, tendría que pagar las consecuencias.

Capítulo 2

Adele

—Reconozco que Arlan te hace feliz, pero no voy a reconocer nada más.

Pude ver desde el reflejo del espejo que tenía frente a mí cómo Erin se reía a la vez que se encogía de hombros.

—Me conformo con eso.

Dejé el *gloss* que sostenía en mi mano derecha sobre el tocador cuando terminé de maquillarme y me levanté de la silla de terciopelo rosa en la que estaba sentada. Me di la vuelta para caminar hasta mi cama y sentarme al lado de Erin.

Tras haber regresado a última hora de la tarde del día anterior a casa del campamento, Erin se había presentado esa misma mañana a primera hora en mi casa.

Erin era mi mejor amiga desde la infancia. Nos conocimos de niñas, cuando ella comenzó a estudiar en el mismo internado que yo y, desde entonces, no nos habíamos separado.

—Entiendo que tengas tus renitencias con él —continuó Erin con una expresión seria. Podía ver la culpa brillando en sus ojos azules, pese a que ella poco tenía que ver con las acciones de su novio—. Lo que Arlan ha hecho ha estado mal.

Arlan Wolf, el reciente novio de mi mejor amiga, era un diablo. Ni siquiera comprendía cómo una chica tan buena como Erin podía llegar a fijarse en él. Ella se merecía a un hombre mucho mejor que él. Sin embargo, tenía que admitir que desde el asesinato de su madre, hacía más o menos dos meses, era la primera vez que veía a Erin feliz.

—Arlan vio una oportunidad y la aprovechó para lucrarse. Por muy despreciable que me parezca, así funcionan los negocios —reconocí—. Y, al fin y al cabo, ¿no es eso lo que es mi matrimonio? —pregunté con amargura.

Ni siquiera me sorprendió descubrir que había sido Arlan quien le había propuesto la idea de un posible matrimonio entre el que sería mi marido y yo a mi padre. Puede que no conociese demasiado a Arlan Wolf, pero sí lo suficiente como para verle capaz de hacer algo así. Y cosas mucho peores.

Podría haber descargado toda mi frustración con él, culparlo de todos mis males. Pero lo cierto era que el culpable no era otro que mi padre. Él había aceptado en mi nombre.

—No digas eso, Adele.

Erin me miró con los ojos humedecidos mientras que estiraba una de sus manos para agarrar la mía y entrelazar mis dedos con los suyos.

—¿Acaso miento? —cuestioné, sintiendo que lágrimas de impotencia comenzaban a derramarse por mis mejillas—. Lo que ha hecho mi padre con Callum —el nombre de mi futuro marido se sintió amargo en la punta de la lengua, para nada cómo había esperado que fuese en un pasado cuando creía que podría casarme por amor—, es cerrar un trato. Uno en el que yo no estaba presente.

Callum O’Donell, un nombre y apellido que no habían significado nada para mí hasta hacía unas semanas, y que ahora, se convertiría en el hombre que me esperaría en el altar.

—Al menos, me quedaré en Dublín —continué con un suspiro de resignación—. Mi padre me ha reconocido que estaba barajando varias opciones de matrimonio para mí, y todas con hombres que me obligarían a vivir fuera de Irlanda. Y ahora que tú vas a estudiar en una escuela

de música aquí, estaremos cerca.

Erin no pronunció una sola palabra, ella tiró de la mano que tenía entrelazada con la suya para inclinarme hacia ella y poder abrazarme con tanta fuerza que sentí que me estaba asfixiando. Disfruté de esa sensación, ya que de las dos era yo la que daba abrazos de oso constantemente y no ella.

Cuando se separó de mí, Erin estaba llorando.

—¿Tan triste te parece la idea de tenerme cerca? —le pregunté con una sonrisa temblorosa y un toque de humor mientras sentía que las lágrimas se derramaban por mis mejillas.

—Y ya está —dijo, a la vez que se secaba los ojos con la palma de su mano—. ¿Te vas a casar con él? ¿Te vas a conformar?

Exhalé un largo suspiro. Erin me conocía bien. Ella sabía que yo no me conformaba. No sin luchar. Pero, esta vez, no sabía qué podía hacer.

—Cuando cumpla los veintiún años recibiré la herencia que mi abuela materna dejó para mí. La usaré para comprar mi propia casa, para formar mi propia empresa, y me separaré de Callum.

Ese era mi plan. El plan que había formado en mi cabeza esa mañana mientras observaba las estrellas luminosas que mi padre había pegado en el techo cuando tan solo era una niña.

—Adele, Callum es el jefe de una familia de la mafia —Erin hizo una pausa, como si ella quisiese que procesara esa información—, como lo es Arlan. Una vez entras, salir no es fácil.

Sabía a qué se dedicaba mi futuro marido. La palabra *mafia* no era nueva para mí. Sin embargo, siempre había mantenido las distancias con todos aquellos que estaban dentro de ese mundo, porque no era gente con la que quisiese relacionarme.

También era consciente de que mi padre tenía negocios con ellos. Era algo que nunca me había gustado, pero solía mirar hacia otro lado. Porque confiaba en mi padre. Confiaba en que él nunca haría nada delictivo. Ahora, no estaba tan segura.

—Entonces, la usaré para huir —dije con determinación—. Para ese entonces, ya estaré preparada para hacerlo. Con ese dinero tendré una buena vida y nadie podrá encontrarme.

Porque, aunque había querido engañarme a mí misma poniendo el amor hacia mi padre como la única excusa para no marcharme, había otra más. Otra que me avergonzaba reconocer. No sabía si sería capaz de mantenerme a mí misma. Nunca había tenido que hacerlo. Siempre había tenido una vida llena de lujos y atenciones. Una vida que me gustaba. Una vida de la que no sabía si sería capaz de renunciar.

Erin me observaba con una sonrisa vacilante. La conocía bien, casi mejor que a mí misma. Ella no estaba segura de que mi plan fuera a funcionar, pero no iba a contradecirme. Como tampoco me diría «te lo dije» si me equivocaba; ella nunca lo hacía. Ella estaba a mi lado para llorar o para reír, tal y como hacían las buenas amigas.

—No sabes lo que me alegro de que seas mi amiga.

—Yo también de que seas la mía, aunque no siento que no estoy siendo una buena amiga —respondió Erin con una mueca triste—. He logrado que Arlan me reconozca que se precipitó cuando le propuso a tu padre que te comprometiese con Callum. Y lo he aprovechado para intentar que hable con tu padre para que anule tu compromiso con Callum. —Ella se pasó una mano por su cabello rubio—. Pero Arlan se niega, me dice que tu padre ha tomado una decisión y nada va a hacerle cambiar de opinión. Es más, últimamente, cada vez que saco el tema, me besa para callarme.

Era la primera vez que tenía que darle la razón a Arlan. Dudaba que hiciera cambiar de opinión a mi padre, porque por mucho poder que Arlan Wolf tuviese, mi padre no tomaba

decisiones que no quería tomar. También dudaba que Arlan se arrepintiese de su participación en mi compromiso. Es más, estaba segura de que él seguía apoyando la unión.

Sin embargo, no le dije nada de eso a Erin. Porque, ¿serviría de algo seguir dándole vueltas a un tema con el que no lograríamos resolver mi problema? ¿Algo que solo serviría para que Erin se sintiese mal?

—Esa es una buena distracción —me limité a responder mientras le guiñaba un ojo.

—Lo es —reconoció, con sus mejillas enrojecidas por la vergüenza—, pero me siento una inútil —añadió, negándose a dejar el tema—. Arlan me da todo lo que quiero, pero con esto se niega.

Estiré mi brazo para sostener el hombro de Erin.

—Has hecho lo que has podido, y sabes que te lo agradezco. Además, la boda no será pronto. La organización lleva su tiempo. Probablemente, varios meses. Y quién sabe, pueden pasar muchas cosas en unos meses. Tal vez Callum se dé cuenta de que no soy la mujer que quiere tener en su vida.

Erin entrecerró los ojos para mirarme.

—Ya sabía yo que no te habías conformado. Tienes un plan.

No, en realidad, no lo tenía. Pero mientras hablaba con Erin me había dado cuenta de que no podía ponérselo fácil a mi padre y a mi prometido. No podía perder sin luchar. Batallaría esa guerra con la única arma que poseía: mi inconformismo.

—No es un plan. Pero, esta noche, mi padre y yo vamos a cenar con Callum y su tío. —Me había informado de ello una de las empleadas de hogar, ya que mi padre ni siquiera se había tomado la molestia de saludarme cuando había regresado del campamento. En honor a la verdad, yo apenas había salido de mi habitación para no encontrármelo, pero podía haberme informado él mismo de la cena—. Voy a demostrarle que no soy la mujer que espera.

Una sonrisa iluminó el rostro de Erin.

—Eso es una buena idea.

—Aunque no estoy muy segura de la clase de mujer que espera —reconocí con un suspiro al darme cuenta de que no conocía a Callum.

—Creo que en eso te puedo ayudar. En estas dos últimas semanas, mientras tú estabas en el campamento, he estado investigando un poco sobre la familia O'Donell. Son muy católicos —eso lo sabía—, y esperan que la mujer del futuro jefe sea una mujer tradicional.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Una mujer florero —Erin hizo una mueca mientras pronunciaba esas palabras, mostrándome su disgusto— que esté a la sombra de su marido, que cuide de los niños, que no diga una palabra más alta que la otra…

—¿Y mi padre le ha dicho que yo soy ese tipo de mujer?

O mi padre era un mentiroso consumado, o se había inventado una hija. No, si al final iba a resultar que no iba a tener que fingir. Con ser yo misma ya saldría despavorido.

Erin se encogió de hombros.

—Eso no lo sé. Solo sé lo que me ha dicho Enya —dijo, nombrando a la hermana de Arlan —, y también que… —Ella se quedó callada, como si no estuviese segura si decirme lo que tenía en mente.

—Dímelo, Erin —le exigí, antes de que ella pudiese decidir guardárselo para sí misma.

Erin agarró uno de los cojines de mi cama y lo colocó encima de sus muslos, apoyando sus manos en él.

—Lo que sí le ha tenido que decir es que eres virgen —dijo finalmente—. Según Enya, es

una exigencia de la familia O'Donell.

La ira se apoderó de mí al descubrir esa información, aunque tras respirar hondo un par de veces logré calmarme. No sé por qué me sorprendía tanto. Mi padre me había enviado a un internado solo para chicas. Él se aseguraba de que todos los empleados de casa fuesen hombres de mediana edad o mujeres. Y cuando le acompañaba a algún evento, siempre me mantenía vigilada.

Lo que él no había tenido en cuenta era que el internado podía ser caro, exclusivo, y con un plan de estudios muy duro, pero estaba cerca de un pueblo donde había heladerías, parques, un pequeño centro comercial, un instituto público y dos o tres *pubs* que no eran muy exigentes a la hora de comprobar que el DNI no era falso. Salir de internado sin ser vistas se había convertido en uno de los deportes favoritos de las que llevábamos la mayor parte de nuestra infancia y adolescencia allí.

Si hubiese querido acostarme con algún chico, lo habría hecho, y mi padre no tendría por qué saberlo.

—Exigencia que cumplo —reconocí, decaída.

—Aunque eso tu padre no lo sabe. —Erin hizo una pausa, entrecerrando los ojos—. ¿O lo sabe?

—No, nunca he hablado con él de mi inexistente vida sexual.

Tampoco le había contado sobre ninguno de los chicos con los que había salido. De alguna manera, siempre había esperado a conocer al «indicado» para poder presentárselo a mi progenitor.

Me levanté de la cama para dirigirme a la puerta de madera blanca que daba al vestidor.

—¿Cómo sabe Enya todo eso?

La información que Enya había conseguido sobre los O'Donell no era fácil de obtener. ¿Tal vez era cercana a ellos?

No conocía a Enya personalmente, ya que nunca habíamos coincidido. Pero, por lo que Erin me había contado, Enya, a pesar de ser la hermana de Arlan por parte paterna, se marchó de Dublín cuando era una niña, y había vivido en Melbourne hasta hacía poco más de un año, cuando regresó tras la muerte de su padre.

—Porque ella era la prometida de Callum.

Me detuve, congelada, al escuchar las palabras de Erin.

—¿Enya es la exnovia de Callum?

Me di la vuelta para mirar a Erin y ella negó con la cabeza.

—Sus padres los prometieron de niños, pero no se conocían. Creo que se vieron solo una vez antes de la boda. Boda que no se realizó. Ella huyó para casarse con Cian, su actual marido, del que estaba enamorada.

—Eso muy romántico —reconocí con un suspiro.

Esas eran el tipo de historias que lograban llegar a mi corazón. Historias donde el amor siempre ganaba, por muy difícil que se lo pusiesen. Pero yo no tenía un amado con el que escaparme. Ni un hombre que estuviese dispuesto a luchar, metafóricamente, contra Callum por mí.

—A mí no me lo parece —objetó Erin, arrugando la nariz—. Hubiese sido mejor no tener que llegar a esa situación. Nadie debería comprometer a sus hijos en contra de su voluntad.

Erin nunca había sido tan romántica ni soñadora como lo era yo. Posiblemente, porque ella llevaba toda su vida enamorada del mismo hombre. Hombre que ahora era su novio.

—Bueno, Enya encontró la forma de zafarse, supongo que yo tendré que encontrar la mía

—respondí, entrando en el interior de mi vestidor.

Siempre había sido una mis estancias favoritas. Estaba conectado a mi habitación para que pudiese vestirme sin salir de ella. Mi padre había mandado construirlo para mí cuando, con once años, fue lo único que le pedí en mi carta a *Daidí na Nollag*.

Me dirigí hacia la sección donde guardaba los vestidos que utilizaba para diferentes eventos. Pasé mi mano por uno de ellos, sosteniendo el delicado material entre mis dedos, decidiendo cuál podría ser el adecuado para la cena de esa noche con Callum y su tío Howard.

Por el rabillo del ojo vi cómo Erin pasaba a mi lado y se sentaba en un banco blanco acolchado que se encontraba en medio de la estancia.

Erin no era una amante de la moda como yo, por lo que nunca le había visto el atractivo a aquella habitación. No la observaba fascinada como habían hecho otras chicas de mi edad a las que se lo había enseñado. Tampoco nunca había hecho ningún comentario envidioso intentando menospreciarlo.

Aunque Erin no era envidiosa ni maliciosa, ella era bondadosa y se alegraba por los triunfos del resto. Algo prácticamente imposible de encontrar en el internado en el que ambas habíamos estudiado. Por eso la quería tanto. Por eso y porque siempre estaba a mi lado. Para lo bueno y para lo malo.

—Si Callum O’Donell y su familia le dan tanta importancia a las apariencias, deberías aparecer en la cena con un pantalón vaquero roto. —Dejé de observar el vestido de color caqui que estaba sosteniendo para darme la vuelta y ver cómo Erin arrugaba la nariz, pensativa—. ¡No, aún mejor! —exclamó, entusiasmada, como si acabara de tener la mejor idea de la historia—. Una camiseta de pijama y sandalias de playa. Estoy segura de que eso le desanimará.

La miré con cara de horror.

—Prefiero casarme que llevar ese estilismo.

Erin se echó a reír.

—No sé por qué, pero me lo esperaba.

Capítulo 3

Callum

¿Por qué muchos hombres eran aficionados a los clubs de *striptease*?

Esa era una pregunta que yo me había hecho durante muchos años mientras veía a mi padre pasar más tiempo en ellos que en casa. Esa era la pregunta que mi tío Howard había formulado en voz alta durante tantas ocasiones.

Invertir en ellos fue la única buena idea que mi padre tuvo en toda su vida. Ferguson, su nombre de pila, se sentía más correcto para dirigirme a él. Pensar en Ferguson como mi padre me ponía los pelos de punta. Puede que compartiésemos ADN, pero esa escoria humana no era mi padre, y nunca lo sería. Un verdadero padre jamás se comportaría como él lo hizo.

Le di un sorbo al whisky que me acababan de servir y lo dejé sobre la mesa de cristal que se encontraba frente a mí. Aún era temprano, por lo que tan solo había unos pocos clientes.

Benjamin, uno de nuestros distribuidores, se encontraba en la barra hablando con Cassie, una de las camareras del local. Ella fingía escucharle con una sonrisa falsa tan evidente que me pregunté si Benjamin era tan estúpido como para creer que ella tenía un interés real en él. Cassie ni siquiera se esforzaba lo suficiente; quizá esa era la razón por la que Benjamin parecía tan interesado en ella últimamente.

Sentado en la primera fila, estaba Edward, lanzando una cantidad generosa de billetes al escenario. Él no me conocía; al menos, no personalmente. Pero yo sí a él. Conocía a cada una de las personas que pisaban nuestros clubs. Edward trabajaba en una oficina como administrativo. El único momento interesante en su semana era cuando venía al club. Siempre acudía a las nueve en punto todos los sábados, la razón por la que estaba allí un lunes era porque su mujer se había ido a Londres con sus dos hijos a visitar a su hermana.

Observé a la chica que bailaba en el escenario al ritmo de la música. Ella era nueva, no llevaba más de una semana trabajando para nosotros. Cherry, así era el nombre artístico que había decidido utilizar. Me pregunté si sería por su pelo rojizo o porque su sabor era tan dulce como el de una cereza.

Cherry se acercó hasta Edward contoneando sus caderas y cogió con gracia un fajo de billetes que este le lanzó. Le guiñó un ojo, como si realmente le gustara su atención. Un movimiento ensayado, como todo lo que hacía.

Cada una de sus sonrisas, cada uno de sus movimientos, cada una de las palabras, eran fingidas. Como hacían todas las chicas que trabajan en el club.

Estaba acostumbrado a eso. En realidad, en ese aspecto, mi mundo no era tan diferente a ese club.

Sin embargo, había una gran diferencia: esas chicas estaban rotas, como todos nosotros lo estábamos, pero ellas no fingían no estarlo ocultándose tras vestidos elegantes de diseñador de miles de euros. No había glamour en aquel lugar. Quizá por ese me gustaba ir al club. Estaba cansado de las cosas bonitas y brillantes.

—Ojazos.

Desvié la mirada del escenario para ladear la cabeza hacia la dirección en la que provenía la voz. Solamente una persona me llamaba así. No me gustaban los apodos, pero a ella se lo permitía.

Havana se acercó a mí con una sonrisa en los labios. Ella era una de las bailarinas del club, y a pesar de que tan solo tenía veintidós años, era una de las más veteranas. Como era habitual, llevaba su larga cabellera negra recogida en una coleta alta. Los aros plateados que llevaba puestos brillaban bajo las luces del local.

—No te esperaba hoy.

—A veces, me gusta salir de la rutina —respondí, mientras me inclinaba hacia delante para coger el vaso de whisky. Mi mirada vagó por sus largas piernas bronceadas y ella sonrió.

—¿Quieres un baile privado? Siempre tengo tiempo para ti.

—Hoy no va a poder ser, cariño —contestó una voz por mí—. En otro momento.

Giré mi cabeza para ver a Howard detrás de mí. Definitivamente, mi tío tenía el don de la oportunidad. Él le hizo un gesto con sus manos a Havana, indicándole que se marchara.

—En otro momento —repitió Havana con una sonrisa de decepción. Seguramente, porque bailarme a mí era lo único bueno que le esperaba esa noche—. Nos vemos, ojazos —se despidió, guiñándome un ojo. Se dio la vuelta y se alejó de nosotros.

—Tengo boca para responder —mascullé—. No necesito que lo hagas por mí.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo mi tío, ignorando mis palabras, tal y como siempre hacía cuando le interesaba. Aquel gesto le hubiera costado una bala en la cabeza a cualquier otro, pero no a él. Era mi tío al fin y al cabo. Y el jefe de la familia; al menos, de momento. Se sentó en el respaldo del sofá de cuero en el que me encontraba y estiró su mano para quitarme el vaso de whisky. Entorné los ojos mientras veía cómo él le daba un pequeño trago a mi bebida—. ¡Dios, esto está asqueroso! —exclamó un segundo después, haciendo una mueca de asco—. ¿Es que no servimos buen whisky en nuestros clubes?

—Nadie viene aquí por la calidad de la bebida.

Vendíamos alcohol barato a precio de oro. Aunque él lo sabía.

—Nunca entenderé qué les veis a estos sitios —miró a Cherry, que seguía bailando en el escenario—, pero llenan nuestros bolsillos. —Se encogió de hombros.

—¿Qué quieres?

—En una hora tenemos la reunión para informar a los altos cargos de nuestra familia de tu compromiso.

Era más que consciente de ello. Y esa era la razón principal por la que me encontraba allí. Necesitaba relajarme antes de reunirme con ellos y hacer oficial mi compromiso.

—¿Para eso has venido?

—Tan solo quería recordártelo.

—Te lo agradezco, pero tengo una buena memoria. —Hice una pausa mientras ladeaba la cabeza para mirar fijamente a mi tío. Él me ofreció una sonrisa inocente, pero yo lo conocía lo suficiente como para saber que de inocente no tenía nada—. ¿Me estás controlando? —Aquello era extraño. Mi relación con mi tío funcionaba porque él me dejaba hacer lo que quisiese, siempre y cuando cumpliese con mi deber. Él no me controlaba; nunca lo había hecho y no entendía por qué empezaba ahora—. Porque sé muy bien lo que tengo que hacer. Cumpliré con mi deber, como siempre he hecho. No necesito que me toques los huevos.

Mi tío hizo una mueca ante mis últimas palabras.

—No hace falta ser vulgar. Tan solo quería asegurarme de que todo estaba bien.

—Lo está. —Mi tío arqueó una ceja y yo entrecerré los ojos—. Así que ya puedes irte —añadí, haciendo un gesto con mis dedos mientras le señalaba la salida, de la misma manera que a él le gustaba hacer.

Mi tío suspiró, pero se levantó.

En menos de unos meses sería un hombre casado. Uno casado con una chica que acababa de cumplir los dieciocho años. Una con la que, los quince minutos que habíamos pasado a solas, me había servido más que de sobra para darme cuenta de que no estaba preparada para el papel que iba a tener que desempeñar en mi familia.

—El compromiso es necesario, Callum.

—¿Te crees que no lo sé? —Como el futuro jefe de mi familia, desde que tenía uso de razón, sabía que mi futuro sería casarme con una mujer para tener un heredero. Me habían preparado para ello. Era una de mis obligaciones y la cumpliría—. ¿Crees que la aceptarán?

Mi tío se encogió de hombros.

—No les queda otra opción más que hacerlo. No están en condiciones de intentar rebelarse contra ti por eso. Además, todos quieren que te cases lo antes posible. Y Adele Azikiwe es la mujer idónea para ser tu esposa.

Me reí. Una carcajada carente de humor.

Eso era una falacia y mi tío no era tan estúpido como para creerse esas palabras.

—Ella no está preparada.

Mi tío no lo negó.

—Eso no importa. Es joven, ella aprenderá.

No estaba tan seguro de ello como mi tío. Aunque su padre mantenía relaciones con la mafia y nos había asegurado de que su hija estaba al tanto, ella no se había criado en nuestro mundo. No había sido educada para ser la mujer del futuro jefe de la familia O'Donell.

—Demasiado joven —puntualicé, exhalando un suspiro—. Quizá deberíamos posponer la boda para dentro de un par de años. Y aprovechar ese tiempo para enseñarle lo que se espera de ella.

Mi tío entrecerró los ojos.

—Lo que se espera de ella es que represente a la familia en los actos públicos. Que vaya de tu brazo. Educada, amable, pero con la fuerza suficiente para no dejar que la pisen. Que deje a la familia O'Donell en un buen lugar. —Hizo una pausa, pero como no llené el silencio, él continuó: —La he visto en fiestas junto a su padre. Brilla por luz propia, logra que todos la adoren. Le falta práctica, pero lo hará bien.

Mi tío podía argumentarme durante cinco horas razones por las que Adele Azikiwe debería ser mi futura esposa. Pero ambos sabíamos que si no fuera por la situación crítica en las que nuestra familia se encontraba, ninguno de los dos se hubiera siquiera planteado esa propuesta. Al menos, no en este momento.

—¿Eso es lo único que se espera de ella? —pregunté con ironía.

—Por supuesto que no. Ella debe darte hijos y, por lo menos, uno de ellos debe ser un varón. No tiene ninguna práctica en hacer bebés, pero estoy seguro de que tú podrás enseñarla adecuadamente. —Mi tío me guiñó un ojo—. Hasta yo puedo ver que es una joven muy guapa, no te costará ningún esfuerzo.

Suspiré, no me refería a eso y él lo sabía.

—¿Y está preparada para ser la mujer de un mafioso? —cuestioné.

Había sido criado y educado para ser el jefe de mi familia. La mafia era parte de mi vida, parte de quién era. Puede que nuestro mundo estuviera disfrazado de fiestas exclusivas y lujo, pero pronto veías la oscuridad y violencia que reinaban en él. Mi tío lo sabía tan bien como yo.

Adele no había sido criada para aceptar en su vida a un hombre como yo. Y no tenía ni tiempo ni ganas de fingir ser alguien que no era.

—No podemos retrasar el matrimonio unos años, Callum —me dijo mi tío con seriedad,

evitando responder mi pregunta—. Ya tuviste un compromiso largo y mira cómo terminó.

Con mi prometida dejándome colgado en el altar para irse con otro.

—Un compromiso que se llevó a cabo cuando ambos éramos unos niños. Solo nos vimos una vez de adultos y fue unos días antes de la boda. Tal vez ese fue el problema.

Pese a apenas recordarla, el nombre y apellido de Enya Wolf siempre había estado presente en mi vida. Al contrario que Adele, mi anterior prometida pertenecía a una de las familias más poderosas de todo Dublín. Ella había sido la mujer que mi padre había elegido para mí, y yo lo había respetado.

Viendo cómo había terminado todo, quizá no debería haberlo hecho.

—¿Y qué me estás proponiendo, sobrino? ¿Un compromiso largo durante el que tú pasaras mucho tiempo con Adele para asegurarte de que ella llegue a conocer nuestro mundo y lo acepte? —A pesar de que lo dijo serio, pude ver la burla en sus palabras. Ni me molesté en contestar. Él sabía que yo no iba a pasar tiempo con ella—. Aunque estuviese de acuerdo contigo, que no lo estoy, no hay vuelta atrás. Tu boda fallida fue una humillación para la familia. A estas alturas deberías estar casado y a punto de anunciar el embarazo de tu mujer. No hemos encontrado otra que cumpla con los requisitos necesarios para que nuestros hombres la acepten. Están impacientándose y nos encontraremos con una revuelta entre manos si no te casas pronto.

Él tenía razón. Estaba atrapado.

—Por eso te hice llegar la propuesta que Arlan Wolf —nombré al hermano de Enya y actual jefe de la familia Wolf— me hizo. —En cualquier otro momento hubiese mandado al hijo de puta a tomar por culo—. Y cuando diste el visto bueno, llamé a Vincent y acepté su propuesta.

El empresario de raíces sudafricanas y afincado en Dublín no era de mis personas favoritas. En realidad, nunca había sido de mi agrado. Pero era un hombre con muchos recursos. No solo había creado su propio imperio, pasando de no tener nada a nadar en dinero, sino que tenía amistades cercanas que nos interesaban; como el actual alcalde de Dublín. Además, estaba relacionado con políticos de mucha relevancia a nivel nacional. Y es que, como él mismo me había confirmado, Vincent aspiraba a entrar en política, algo que nos beneficiaría.

—Le diste tu palabra y la cumplirás.

Lo haría. Yo nunca incumplía mi palabra. Y mucho menos eludía el deber con mi familia.

No me moleste en decírselo porque él ya lo sabía y no esperaba una respuesta de mi parte, solo estaba constatando un hecho.

Le arrebaté el vaso de whisky a mi tío de las manos y le di un largo trago, acabándomelo—. ¡Havana! —la llamé, ignorando a mi tío. Havana se encontraba en la barra hablando con Benjamin y Cassie. Se giró para mirarme—. Al final sí que tengo tiempo para un baile privado. —Ella me sonrió. Me giré hacia mi tío—. Considéralo mi despedida de soltero. —Le di el vaso vacío y me acerqué a Havana.

No fue hasta que me estaba dirigiendo hacia la zona privada que no escuché a mi tío decir:

—En una hora te quiero listo.

Capítulo 4

Callum

—Me voy a casar. La boda tendrá lugar en unos meses.

Un profundo silencio se instauró en la sala de reuniones de uno de los edificio de oficinas que nos pertenecía. La estancia se encontraba en uno de los pisos altos, y desde las cristaleras se podía ver una vista panorámica de Dublín.

Yo hubiese preferido reunirme en uno de nuestros almacenes, en el puerto o cualquier otro lugar lejos de tanta opulencia.

Durante unos largos segundos, ninguno de los cinco hombres que se reunía alrededor de la alargada mesa de cristal emitió ninguna palabra. Ni siquiera mi tío, que presidía la mesa, lo hizo. Él se limitó a esbozar una sonrisa y esperar que alguien rompiese el silencio.

Yo sabía que algunos de los presentes esperaban que esa noticia nunca llegase. Yo no les gustaba, como tampoco lo hacía mi tío. Y ansiaban el momento de deshacerse de los dos Así era nuestro mundo. Un mundo en el que la violencia era parte de nuestro día a día, donde las ansias de poder dominaban y donde nunca podías confiar en nadie. O en casi nadie.

—¡Enhorabuena! —Darragh Keogh fue el primero en hablar, levantándose para rodear la mesa y acercarse a mí para darme un corto abrazo acompañado de una palmadita en la espalda—. Qué buena noticia —dijo, separándose de mí para felicitar a mi tío, que se encontraba sentado a mi lado.

Darragh era un hombre a principio de sus sesenta. De los pocos hombres presentes que tenían un buen concepto de mí, por lo que me creí sus felicitaciones.

—¿Quién es la afortunada? —preguntó Fallon Mccormack, ahorrándose las felicitaciones.

Fui a responderle, pero mi tío se me adelantó.

—¿Por qué no brindamos primero? —sugirió mi tío, cogiendo su vaso de whisky para alzarlo al aire.

Fallon apretó la mandíbula y mi tío le respondió con una sonrisa inocente, que lo último que tenía era eso. Mi tío no soportaba a Fallon. No hacía falta que me lo admitiera para saberlo, y disfrutaba tocándole los huevos siempre que podía.

—Esa es una buena idea —respondió su hijo Tristan, que se encontraba sentado a su lado, alzando su bebida y levantándose.

Tristan, como mi mejor amigo, conocía de primera mano todo lo que se iba a hablar en esa reunión. Pero no había hecho partícipe a su padre, algo que este debió de sospechar, por la forma en la que miró a su hijo con los ojos entrecerrados.

Bruce Wallace y su hijo Tavish no abrieron la boca, pero se levantaron para brindar.

Cogí mi vaso y lo alcé en el aire, brindando con ellos cuando no tenía nada que celebrar. Sin embargo, fingí que sí lo tenía y forcé una sonrisa en mis labios mientras chocaba mi vaso con el de los demás.

—Vamos, Fallon —le instó mi tío, estirando su vaso hacia el de él. Fallon seguía sentado, con los brazos cruzados—. Si no brindas, dará mala suerte.

—¿Más de la que ya tengo? —respondió, farfullando. Pero, aplicando la frase de que «si no puedes con tu enemigo únete a él», descruzó sus brazos para coger su vaso y chocarlo con el de mi tío y, después, con el mío—. ¿Quién es ella? —insistió mientras se sentaba de nuevo y todos

le imitábamos.

Compartí una mirada con mi tío. Negándome a seguir torturando a ese hombre, decidí ser yo quien respondiera.

—Adele Azikiwe.

—¿La hija de Vincent Azikiwe? —A pesar de que Darragh lo hizo sonar como una pregunta, era una afirmación. Porque todos en aquella sala conocíamos ese nombre. Vincent era uno de los empresarios más prestigiosos de Irlanda.

Y aunque la expresión de Fallon continuaba siendo seria, pude ver el alivio en sus ojos.

Pese a mis múltiples reticencias, Adele Azikiwe era un buen partido y todos los sabíamos.

—¿Cómo es ella? —indagó Fallon.

Esa era una buena pregunta.

Tan solo había visto a mi prometida en una sola ocasión, pero me bastaba para hacerme una idea aproximada de cómo era. Una niñata caprichosa que se creía que tenía a todo el mundo alrededor de su dedo meñique, y que si no se hacía lo que quería, montaba un berrinche.

—Encantadora —respondió mi tío por mí. Seguramente, leyendo mis pensamientos—. Ella es divina. ¿A que sí, Callum?

Moví mi cabeza en un asentimiento mientras me llevaba el vaso de whisky a los labios y le daba un largo sorbo. Desvié mi vista hacia los amplios ventanales que rodeaban la sala, desde los cuales se veía la ciudad iluminada de Dublín. Teníamos una vista privilegiada del río Liffey, el cual se podía admirar más de día.

—No he preguntado si ella es divina. —Fallon repitió la última palabra de mi tío con burla —. Lo que quiero saber es si ella es la mujer adecuada para futuro jefe de la familia. Y si ella está preparada para los desafíos que supone ese puesto.

—Como todos sabéis, Vincent tiene negocios con varias familias de la mafia con las que tenemos tratos. Mantiene su boca bien cerrada y es un hombre con honor. Nunca hemos negociado con él porque no se ha dado la situación, pero sin ninguna duda nos vendría muy bien invertir en algunas de sus empresas para blanquear dinero. Además, es íntimo del alcalde de Dublín, y últimamente se relaciona bastante con el presidente del país. Relaciones que nos benefician —dije, evitando contestar a la pregunta que Fallon estaba haciéndome.

—Nadie pone en duda que tener a Vincent como suegro de Callum beneficia a la familia. —Esta vez, fue Bruce el que habló, rompiendo su silencio—. Y tampoco es demasiado importante si la chica está preparada o no —añadió, mirando a Fallon. Este entrecerró los ojos y negó con la cabeza—. Lo que me preocupa y debería preocuparnos a todos, es si la chica cumple con los requisitos necesarios para ser una digna madre de los hijos del futuro jefe de la familia.

Di otro sorbo a la bebida para no estampar el vaso en el cráneo de ese gilipollas. De todos los que se encontraban allí, Bruce era el más tradicionalista, y eso que el resto no se quedaba atrás. Él era de la firme convicción que había normas que, por más anticuadas que fuesen, no deberían de cambiar ni un ápice.

Incluso si eran degradantes y totalmente ridículas.

—Adele Azikiwe es virgen y católica —aseguró mi tío—. Tiene dieciocho años y ha pasado la mayor parte de su infancia y toda su adolescencia en un internado para chicas.

Bruce asintió, complacido, y yo entorné los ojos. Que uno de los requisitos fuese que nuestras mujeres tuviesen que ser católicas me agradaba, ya que yo lo era, al igual que mis hombres. Y de mi mujer se esperaba que, en un futuro, presidiera la Organización de Mujeres Católicas por una Infancia Feliz de la que nuestra familia era la mayor benefactora. Esa organización nos proporcionaba de cara a la opinión pública una buena imagen.

Que nuestras mujeres tuviesen que ser vírgenes antes de contraer matrimonio me parecía una soberana gilipollez. El pasado de mi futura mujer me traía sin cuidado. Lo que sí esperaba era que, una vez casada conmigo, me fuese fiel y no me faltase el respeto. Afortunadamente, mi tío Howard tenía la misma opinión que yo.

Sin embargo, Darragh, Fallon y Bruce eran de la vieja escuela. Los tres eran altos cargos de la familia, y tras la muerte de mi padre, mi tío había tenido que hacer varias concesiones para ganarse su aprobación. Aprobación que necesitaba para ser el jefe.

—Todo aclarado entonces —sentencié—. Pronto se celebrará la fiesta de compromiso —Esa era otra de las tradiciones que veía absurda, pero tendría que pasar por ella—. Si no hay nada más… Tengo negocios que atender.

Mi tío enarcó una ceja, pero mantuvo una sonrisa en su rostro. Él era el jefe y era el único que podía dar la reunión por terminada. Y esa era la razón por la cual, a pesar de mis palabras, no me levanté de la silla. Esa y porque no quería que ninguno de los presentes lo interpretaran como un gesto de insurrección.

—Una cosa más —añadió Bruce, que estaba decidido a tocarme los huevos—. No tengo el placer de conocer a la hija de Vincent Azikiwe en persona, pero él es de origen africano… —Bruce ni siquiera tuvo las agallas suficientes para terminar su insinuación.

—La madre de la chica era irlandesa, por lo que Adele tiene raíces irlandesas también. Por no decir, que ella nació en Dublín —le informé.

Otra tontería de tradición: que la chica fuese irlandesa.

—Lo que mi padre quiere decir —intervino Tavish, hablando por primera vez—, es que tu prometida no es blanca, como el resto de los miembros de nuestra familia. Y que tus hijos tampoco lo serán.

Inspiré una bocanada profunda de aire y cerré mis manos en puños con fuerza, enfurecido. ¿Qué importaba el color de piel que fuesen a tener mis futuros hijos? Si alguien se atrevía a discriminarlos por eso iban a descubrir lo que era una muerte lenta y dolorosa. Iba a decirle que se fuese a tomar por culo, pero mi tío puso una mano en mi hombro, impidiéndomelo.

—Somos la familia más tradicionalista de Irlanda. Cada vez nos estamos quedando más obsoletos, lo que provoca que alguna de las otras familias nos miren con recelo y que algunos de nuestros socios piensen que somos demasiado radicales.

—Howard, prometiste que respetarías nuestras tradiciones y que Callum haría lo mismo durante su reinado —dijo Darragh en un tono amable, pero que no dejaba lugar a discusión.

—Y lo haré —concordó—. No me has dejado terminar de explicarme. Lo que quiero decir, es que no hay ninguna tradición que nos prohíba casarnos con mujeres de piel oscura. En el resto de familias, las mujeres del jefe o de los herederos son blancas. Que Adele Azikiwe no lo sea, es un punto a favor. Podemos seguir teniendo nuestras tradiciones, pero demostrando que tenemos los pies plantados en este siglo; incluso más que el resto de las familias.

Esbocé una sonrisa. Mi tío nunca dejaba de sorprenderme. Yo no siquiera había pensado en ello. No podía quitarse a los tradicionalistas de encima, pero había encontrado una manera de llevarles la delantera.

Bruce y su hijo Tavish no parecían estar muy de acuerdo, pero mantuvieron la boca cerrada. Darragh sonrió.

—No puedo esperar a conocer a la afortunada.

—Pronto —dijo mi tío—. Caballeros… —comenzó mi tío y yo ya preparado para levantarme y salir corriendo de allí.

—Nadie ha respondido a mi pregunta —dijo Fallon provocando que suspirase. ¿Me iba a

pasar el resto de mi vida en aquella sala de reuniones?—. ¿Ella está preparada para lo que le espera? —No espero a que nadie le respondiese y siguió hablando—. No podemos permitirnos que huya antes de la boda. O, aún peor, que lo haga después.

—Ella no huirá —dije con más convicción de la que sentía.

—¿Estás seguro de que sabrá comportarse, que no nos dejará en ridículo?

—Papá —le llamó Tristan, colocando una mano en su hombro antes de que yo pudiese responder—. Démosle un voto de confianza a la joven. Y, sobre todo, confiemos en Callum. Él se asegurará de que su futura mujer se comporta adecuadamente. Callum nunca permitiría que su mujer dañe la reputación de la familia.

Fallon entrecerró los ojos, pero asintió. No le quedaba más remedio. Su hijo le había puesto en una encrucijada. Si seguía insistiendo podía parecer que dudaba de mi lealtad. Y eso era considerado traición.

En cuanto mi tío dio por finalizada la reunión, salí a toda prisa de la estancia. Estaba esperando los ascensores cuando vi por el rabillo del ojo como el resto salían de la sala. Iba a bajar los dieciocho pisos andando cuando sentí una mano en mi hombro.

—No ha ido tan mal —dijo Tristan.

—¿Tú crees? —le pregunté, haciendo una mueca.

—Por cierto, de nada.

Negué con la cabeza. Yo no daba las gracias, no si podía evitarlo. Tristan sabía que se lo agradecía, aunque no lo dijese con palabras, pero le gustaba tocarme las pelotas. Aunque él era el único que se había ganado el derecho a hacerlo. De manera figurada, por supuesto.

—Espero que Dios me perdone por mentir —dijo mientras las puertas de uno de los ascensores se abrían—. Dudo que seas capaz de controlar a ninguna mujer.

—Como si tú controlases a la tuya.

—*Touché* —me concedió con una sonrisa—. Pero me importa una mierda lo que hace o deja de hacer.

Iba a responderle, pero mi tío entró en el ascensor junto a Fallon, el padre de Tristan.

—Acabo de recibir un mensaje de Vincent —me informó mi tío—. Le gustaría que mañana cenásemos los cuatro juntos. Ha propuesto que vayamos a Sabores del Mundo. ¿Qué te parece?

Aunque lo hizo sonar como una pregunta, no lo era.

Por lo que no me molesté en responder.

Después de salir del ascensor, en el garaje, Tristan se acercó a mí. Se mantuvo en silencio hasta que me dirigí a mi coche. Enarqué una ceja.

—Tu tío me ha pedido que te acompañe al casino. Cree que dos mejor que uno para hablar con el crupier que nos está robando.

Después de la reunión, probablemente mi tío pensaba que necesitaba una niñera para no matar al crupier. Mi tío era de los que creía que cuando un trabajador nos robaba, si le dábamos una lección, el miedo le convertía en un hombre leal. Yo era de los que pensaba que si alguien nos robaba la muerte era el castigo más justo. Pero, de momento, yo no era el jefe. Y respetaba a mi tío lo suficiente como para acatar sus reglas.

—Nunca he estado en ese restaurante —me susurró Tristan —. Pero me han contado que hacen un espectáculo de danza africana y las bailarinas son muy atractivas.

—¿Y? —dije, sin entender adónde quería llegar.

Se encogió de hombros, pero la sonrisa comemierda que iluminó sus labios me dejó claro que me estaba tomando el pelo.

—Sé que te gusta ver a mujeres bailando. Aunque creo que estas van a llevar más ropa de la

que te gustaría.

—Vete a la mierda, Tristan —murmuré, pasando de él para montarme en el coche.

—Es mejor una pelea. —Tristan se montó en el asiento del copiloto con una sonrisa iluminando su rostro—. Hace tiempo que no peleamos el uno contra el otro.

Una pelea amistosa en el gimnasio era uno de nuestros entrenamientos preferidos, pero últimamente ambos estábamos demasiado ocupados para ello.

—Me vendrá bien pasado mañana.

Estaba seguro de que, al día siguiente de cenar con Adele y su padre, estaría de humor para una buena pelea.

—Mañana ceno con mis suegros, así que también iré motivado.

Tristan odiaba a sus suegros casi tanto como a su mujer.

Asentí y arranqué el motor del coche.

Capítulo 5

Adele

Si algo había aprendido de mi padre, era lo importante que era la puntualidad. Él me había enseñado que ser puntual era un acto de respeto hacia los demás, una manera de demostrar que era una persona responsable en la que se podía confiar.

Como todo lo que él me enseñaba, yo lo había absorbido como si fuese una esponja. Porque pensaba que mi padre me estaba preparando para ponerme al mando de sus empresas; que esos consejos que él me daba eran para que, en un futuro, fuese la digna heredera de su legado.

Qué equivocada había estado. Pero, así todo, no podía evitar que algunas de sus enseñanzas se hubiesen tatuado en mi piel, formando parte de mí.

Por eso no llegaba tarde a ningún sitio. Ni siquiera en un momento como aquel, en el que todos los poros de mi piel me gritaban que me quedase en mi habitación.

No les hice caso y salí de mi dormitorio para recorrer el pasillo. Un pasillo en cuyas paredes había cuadros de pintores poco conocidos, pero con gran calidad artística. A mi padre le gustaba apostar por pintores noveles, ya que él era de la firme convicción que, con esfuerzo y trabajo, todas las personas podían lograr sus objetivos.

Mi padre era el vivo ejemplo de ello. De la nada, había conseguido convertirse en un empresario de éxito. Siempre me había sentido muy orgullosa de él por ello. Incluso cuando Riona, mi abuela materna, justo antes de morir, para aliviar su conciencia, me contó que el matrimonio de mis padres había sido por conveniencia y mi madre se había sentido desgraciada. Incluso cuando mi abuela materna me reveló que mi padre había aceptado ese matrimonio para poder ascender con más rapidez.

Aun así, yo había seguido valorando los esfuerzos de mi padre. Había visto como algo bueno su ambición, su negativa a rendirse y su capacidad de hacer lo que fuese posible por llegar a lo más alto.

Pero ahora que me afectaba a mí me había dado cuenta de que, tal vez, no había analizado todo al detalle. Tal vez me había quedado en la superficie porque eso era lo que más me convenía.

Mi padre me había intentado moldear a su imagen y semejanza para convertirme en la hija que deseaba. En cierta manera, lo había logrado, porque había heredado muchos rasgos de él; entre ellos, la perseverancia.

Por esa misma razón, no pensaba rendirme tan fácilmente.

Descendí las escaleras con pasos lentos, y en cuanto llegué al *hall*, me encontré a mi padre. Con su mano derecha sostenía su teléfono móvil, pegado a su oreja, mientras murmuraba unas palabras que no me molesté en prestar atención. Estaba acostumbrada a que mi progenitor estuviera todo el día pegado al teléfono, atendiendo llamadas de trabajo. Durante un tiempo de mi vida lo había detestado, pero, con el paso de los años, había aprendido a resignarme; a comprender que el trabajo era importante para él. Porque, gracias al trabajo duro de mi padre, yo había tenido una vida acomodada, llena de caprichos y lujos.

Pero, ahora, comenzaba a pensar que, quizá, lo único que había necesitado era a un padre que pudiese estar todo el tiempo conmigo. A uno que no necesitase que yo estudiase en un internado porque no tenía tiempo para criarme.

Mi padre me había hecho ver mi estancia en el internado como una manera de tener una educación excelente, una que él no había podido tener. Además, el saber que mi madre acudió al mismo internado cuando era joven fue un aliciente para mí; una manera de poder conectar con ella.

Yo había comprado el argumento de mi padre porque no quería creer que la razón principal era que no tenía tiempo para mí. Como mis abuelos no lo habían tenido para mi madre. Porque el dinero y el poder te otorgaban ciertos privilegios, pero si querías mantenerlos, había muchas cosas que tenías que sacrificar.

Esa era una frase que mi abuela materna me repitió durante muchas ocasiones antes de fallecer. Una frase que no había entendido del todo hasta ese último mes.

Cuando llegué a la altura de mi padre, me detuve a su lado, pero con mis ojos centrados en la puerta de entrada. En silencio, esperando a que terminara de hablar.

—Princesa —le escuché llamarme, por un apelativo que siempre me había gustado y que, en ese instante, no lo sentía tan real. Si fuera su princesa, no me estaría obligando a casarme con un desconocido. Mi padre se inclinó hacia mí para besar mi mejilla—. Estás preciosa.

Pude sentir su mirada sobre mí. Él estaba comprobando si iba perfecta para la ocasión, como si fuera a vestirme mal solo porque no quisiera acudir a aquella cena. Él debía conocerme mejor que eso; yo pensaba que lo hacía. Aunque, la verdad era que, era una desconocida para él. Quizá conoció a la niña que fui, hasta puede que llegase a comprender a la adolescente, pero no sabía casi nada sobre la adulta en la que me había convertido. No lo sabía, porque no se había molestado en hacerlo.

—Gracias. —Una palabra vacía, igual que la sonrisa que le dediqué, a la vez que ladeaba mi cabeza hacia él.

Mi padre llevaba un traje hecho a medida de color negro de tres piezas y una camisa de seda blanca. Como siempre, iba perfecto para la ocasión. Con su metro ochenta, y a principios de sus cincuenta, mi progenitor era un hombre atractivo. Su cabello era negro y rizado, y tenía unos ojos claros que me hubiera gustado heredar de él. Siempre había sido aficionado al atletismo. Un deporte que continuaba practicando a día de hoy. Cuando podía, solía ir a correr por las mañanas por los alrededores, y si no, lo hacía en el gimnasio de nuestra casa o de los hoteles que frecuentaba.

Mi mirada se dirigió a su corbata color burdeos, y con un suspiro de resignación, no pude evitar girar mi cuerpo hacia él y llevar mis manos hasta su corbata, ajustándosela. Una costumbre que tenía desde que era una niña y que no podía evitar hacer ni aun estando enfadada con él.

—¿Adónde vamos? —le pregunté a mi padre cuando terminé de colocar su corbata.

—Sebastian nos está esperando en la entrada —respondió, nombrando a nuestro chófer.

Entrecerré los ojos al escuchar sus palabras. Cuando mi progenitor respondía de manera tan vaga y evitaba mis preguntas, era porque su respuesta no me iba a gustar.

Y lo entendí cuando, media hora después, abrí la puerta del coche y vi el local frente al que Sebastian acababa de aparcar.

—¿En serio? —pregunté con incredulidad—. ¿De verdad vamos a cenar aquí?

Aquel restaurante era familiar para mí. No era tan habitual encontrar restaurantes de comida africana en la ciudad. El chef era un viejo amigo de mi padre; de hecho, mi padre le había ayudado a montar el local.

Ese era mi restaurante favorito y también el de mi padre. Era el lugar al que íbamos en momentos especiales, como nuestros cumpleaños, o simplemente, cuando queríamos salir a cenar. Ese era *nuestro* sitio especial.

—Callum y Howard nos están esperando dentro —dijo mi padre, ignorando por completo mis palabras.

—No me puedo creer que los hayas citado aquí —murmuré, indignada, comenzando a caminar hacia el interior—. Pensaba que era *nuestro* lugar. Un lugar de familia. —Aquel no era tan solo un mero restaurante para mí, era un lugar especial para nosotros. Manteníamos un vínculo con él; al menos, para mí. Porque, al parecer, no para mi padre.

Mi padre sostuvo mi mano, consiguiendo que me detuviera.

—Ahora ellos también son familia, Adele. —Sus palabras fueron suaves, pero la intención era muy clara. Mi padre quería dejarme claras sus intenciones. Ni siquiera llegaba a entender por qué hacía aquello.

—Siempre hemos venido solos tú y yo —insistí.

—Lo sé —él me miró con cariño, recordándome al padre cariñoso que solía ser—, y espero que sigamos haciéndolo. Pero Callum va a ser tu marido, Adele. Un día, traeréis aquí a vuestros hijos. Y yo también vendré con vosotros.

Negué con la cabeza.

—¿No es una tradición que te gustaría trasladar a tus hijos? —inquirió con confusión, como si no comprendiese por qué me estaba indignando tanto.

¿Cuándo mi padre se había convertido en un hombre tan obtuso?

Probablemente, siempre lo había sido, pero yo no había querido verlo.

Resoplé y me solté de su agarre. Quise gritarle lo irracional que estaba siendo, pero me contuve. Porque sabía que no ganaría nada con montar un numerito en público, y porque los Azikiwe no montábamos escándalos.

Esa era otra de sus enseñanzas. Enseñanzas que había absorbido con ansias, pero que, ahora, estaba comenzando a ver como reglas. Reglas de las que estaba hartándome.

Aun así, entré el restaurante y me miré en el espejo de cuerpo entero que decoraba una de las paredes para asegurarme de que lucía perfecta. Esbocé una sonrisa ensayada en mi rostro.

—Señor Azikiwe es un placer que vuelva a visitarnos —Owen, el *maître*, se acercó hacia nosotros con pasos lentos pero decididos—, señorita Azikiwe —me saludó cuando pasé por su lado—. Los señores O'Donell están esperándoles. —Owen hizo un gesto con su mano para que le siguiéramos por el restaurante. No era tan amplio como otros de la ciudad, por eso había listas de espera de meses, pero mi padre podía avisarles con cinco minutos de antelación, que siempre había una mesa para él—. Hemos reservado uno de los comedores solo para ustedes, tal y como nos ha pedido.

Aquello me sorprendió, ya que, por lo general, mi padre y yo cenábamos en uno de los dos comedores junto al resto de comensales. En una mesa apartada, para poder estar más cómodos, pero sin ningún otro privilegio.

—Tenemos mucho de lo que hablar. Necesitamos intimidad —me susurró mi padre como explicación.

Asentí, porque tampoco sabía bien qué responder a eso. Y una parte de mí agradecía la intimidad, ya que era más fácil fingir cuando no tenía que estar preocupada porque el resto de comensales pudiesen estar atentos a nuestra conversación.

Porque ese era mi plan para esa noche: fingir en todos y cada uno de los aspectos.

Fingir que estaba de acuerdo con la boda. Fingir que no me sentía molesta. Fingir que quería estar justo dónde estaba. Fingir hasta que se creyesen que estaba feliz con el acuerdo. Para después, hacerle ver a Callum que yo no era la mujer que le convenía. Una vez él rompiese el compromiso, yo fingiría ante mi padre que me sentía muy dolida y que no pensaba volver a pasar

por una humillación como esa. Después de la forma en la que mi padre se estaba comportando, no era tan crédula como para pensar que ese argumento lo convencería para desistir en encontrarme otro marido, pero me haría ganar tiempo. ¿Para qué? Todavía no lo sabía.

Mi sonrisa se hizo más grande mientras esos pensamientos se asentaban en mi cabeza. La furia que había sentido cuando descubrí que mi padre no había respetado nuestro lugar especial fue disipándose.

Aunque un nudo se formó en mi estómago cuando entramos en el comedor donde Callum y Howard ya se encontraban sentados en la única mesa preparada, bebiendo sus copas de vino.

Me quedé quieta en la puerta. Nos habían reservado el comedor más pequeño, pero, para solo cuatro personas, era muy amplio; quizá, demasiado. No pude evitar tragar saliva cuando mi padre colocó su mano en mi cintura, animándome a seguir hacia delante.

—Muchas gracias, Owen —le dijo mi padre.

Owen se despidió de nosotros con una sonrisa cortés. Callum y Howard se levantaron de sus asientos cuando nos vieron.

Mi futuro marido llevaba un chaleco de traje de color verde burdeos a conjunto de unos pantalones. Las prendas se ajustaban a la perfección a su cuerpo; seguramente, habían sido hechas a medidas. No pude evitar fijarme en la camisa blanca que vestía debajo del chaleco y que marcaba los músculos de sus brazos. Me había dado cuenta desde el primer instante en el que nos habíamos conocido que era deportista. No sabía si practicaba algún deporte o le gustaba ir al gimnasio a diario.

También era un hombre que cuidaba su aspecto. Llevaba su cabello negro peinado cuidadosamente hacia atrás con gomina. Con sus ojos color esmeralda, su piel bronceada y su mandíbula marcada, Callum era un hombre muy atractivo. De esos que atraía miradas cuando paseaba por la calle.

Sin embargo, eso no era suficiente para mí. Porque Callum no lograba que las mariposas revoloteasen en mi estómago, ni conseguía que mi cuerpo temblase de emoción cuando mi móvil sonaba pensando que podía ser él.

Porque lo único que yo buscaba era al hombre al que, cuando mirase a los ojos, entendiese por qué el resto no había funcionado. Un hombre que me hiciese sentir lo que era estar enamorada de verdad, un hombre que fuese capaz de cualquier cosa por mí, uno con el que vivir una bonita historia de amor.

Y ese hombre no era Callum.

Saludé a Howard con dos besos para hacer lo mismo con Callum.

—Estás preciosa esta noche —me dijo Callum. Estaba acostumbrada a que los hombres me alagasen, pero aquellas palabras se sintieron mecánicas y vacías, como si fuera algo que tuviera que decir más que porque lo pensara realmente. Muy bien disfrazadas con la sonrisa cálida que adornaba su rostro, pero no lo suficiente como para engañarme a mí. No cuando yo tenía años de entrenamiento en eso. E inexplicablemente, aquello me irritó—. Permíteme que te ayude —ofreció, agarrando la silla para que pudiera sentarme en ella.

—Gracias —respondí.

—Espero no haberos hecho esperar mucho —comentó mi padre, sentándose en la silla libre a mi lado.

—Oh, para nada. Acabamos de llegar. —Howard hizo un gesto con su mano—. Además, hemos llegado antes de la hora. Callum estaba ansioso por venir.

Mi prometido no dijo nada, pero se llevó la copa a la boca, dándole un sorbo. Por el brillo en sus ojos pude ver que prefería estar en cualquier otro lugar antes que allí. Y aquello debería

haberme alegrado, ya que facilitaba mi plan. Sin embargo, al igual que me había pasado unos segundos antes, no pude evitar irritarme ante su indiferencia.

¿Si tan poco le interesaba por qué tanta insistencia en casarse conmigo? Aquel hombre debía tener decenas de candidatas con una posición económica tan buena como la mía dispuestas a casarse con él.

No obstante, me guardé mis pensamientos para mí misma.

—Yo también estaba deseando venir —apunté a la vez que levantaba un poco mi brazo derecho para mover mi mano y que se viese la pulsera de oro que Callum me había regalado por mi cumpleaños.

Era la primera vez que me la ponía y esperaba que fuese la última. Era muy bonita, pero era un regalo envenenado.

No me gustaban los regalos que no se hacían desde el corazón. Me encantaban las joyas, no lo iba a negar. Sin embargo, prefería mil veces la pulsera sencilla de plata que Erin me había regalado, una pulsera que simbolizaba nuestra amistad, a esa.

—Te felicito, Vincent, has criado a una joven encantadora —le dijo Howard a mi padre, logrando que este esbozase una sonrisa de orgullo.

—Gracias, Howard. Lo he hecho lo mejor que he podido. —Tuve que utilizar todo mi autocontrol para no entornar los ojos ante las palabras de mi padre. ¿Cómo podía tener tanto morro?—. Aunque tengo que reconocer que me ha puesto las cosas muy fáciles —añadió, colocando su mano en mi hombro en un gesto cariñoso—. Desde niña ha sido muy madura. En eso, me recuerda un poco a mí. Ni me acuerdo de un solo día que tuviera que echarle la bronca por algo que hizo mal.

Eso era porque había sido mi abuela junto con las niñeras quienes lo había hecho por él. Mi padre apenas pasaba tiempo en casa como para ejercer esa función.

Mi padre estaba hablando de mí como si no me encontrase allí. Aunque lo que me molestaba era que parecía que estaba intentando convencerlos de que yo era una buena adquisición, como si fuese una cosa en vez de una mujer.

—Hace no mucho me dijiste que estaba siendo inmadura —dije, antes de poder contener mis palabras.

No hablar cuando no tienes nada agradable que decir siempre era mi propósito de Año Nuevo. Propósito que, año tras año, fallaba en lograr.

Mi padre me miró con el rostro serio. Probablemente, recordando el día que habíamos tenido esa conversación; el día de mi cumpleaños, cuando me comunicó que me iba a casar con un desconocido.

Mi padre me miró con el rostro serio y fue a abrir la boca, pero Howard le interrumpió.

—Adele, tu padre me ha dicho que has estado trabajando de monitora en un campamento católico.

Centré mi atención en Howard, quien me observaba con una sonrisa amable dibujada en sus labios. Si mi comentario le había incomodado, no mostraba ningún signo de ello. A pesar de que el tío de Callum siempre se había mostrado simpático conmigo y con mi padre, había algo en él que me inquietaba. Pero no lograba saber qué era.

—Sí, la verdad es que ha sido una experiencia enriquecedora.

—Me alegro —me respondió, y sus palabras parecían genuinas—. Es agradable que en los tiempos que corren aún hay jóvenes que practican el catolicismo de una manera tan entregada. Eso es una de las muchas cosas que tienes que común con mi sobrino, ¿verdad, Callum? —le preguntó su tío, probablemente, para meterle en la conversación, ya que este parecía más

interesado en los cuadros de la pared que en lo que se estaba hablando allí.

—Sí, es reconfortante que mi prometida sea tan devota como yo —dijo Callum distraídamente—. Espero que no sea un inconveniente para ti cambiar de iglesia. Es costumbre para mi familia acudir los domingos a misa a la iglesia de St Thomas. —A pesar de que me estaba hablando, ni siquiera se dignó a mirarme.

—La verdad es que no suelo acudir a misa con regularidad —reconocí, alzando mis hombros.

Callum centró su mirada en mí. Sus ojos se estrecharon y, por primera vez, pude ver un brillo de interés en ellos.

—¿No eres católica?

—Por supuesto que lo soy —respondí, alzando la voz un poco más de lo que me gustaría, ya que no me estaba gustando la forma en la que había pronunciado aquellas palabras. Me sentía juzgada, algo que no me agradaba—. Solo que yo soy de la opinión de que a Dios se le puede rezar en cualquier lugar. Es más, estoy segura de que él prefiere que se le rece en la naturaleza, junto a sus creaciones.

Callum negó con la cabeza. Vi por el rabillo del ojo cómo mi padre suspiraba.

—No estoy de acuerdo. La iglesia es la casa de Dios. El lugar en el que se debe rezarle y mostrarle nuestro respeto.

Esa era una manera muy simplista de verlo, una en la que nunca había estado de acuerdo.

Esta vez, Howard me interrumpió a mí.

—Adele tiene razón —dijo, sorprendiéndome—. A Dios no le importa dónde le recemos. Y estoy seguro de que ni siquiera si le rezamos o no. Nuestro creador lo único que desea es nuestra felicidad y que nos amemos los unos a los otros. Es sencillo, pero los hombres hemos convertido la religión en algo complicado y lleno de reglas.

—Las reglas son necesarias —insistió Callum, mirando a su tío.

—Así es —coincidió Howard—. Y estoy seguro de que Adele entiende que, para los miembros de nuestra familia, es importante que ella acuda a la iglesia para que todos juntos podamos compartir la fe que procesamos. —A pesar de que estaba hablando con Callum, su mirada estaba fija en mí.

Aunque apenas conocía a Howard, estaba acostumbrada a tratar con personas como él. Personas que te hacían creer que estaban de acuerdo contigo para, después, retorcer tus palabras y lograr que hicieses aquello que ellos deseaban.

Para desgracia de Howard, yo no era tan fácil de manipular.

—También podemos ir juntos a un parque y rezarle allí —propuse con una sonrisa inocente.

—Como mi mujer, será tu deber ir a la iglesia junto a mis hombres y sus familias —intervino Callum antes de que su tío pudiese responderme. Su tono era calmado, pero severo. Y no me gustó esa forma de dirigirse a mí, como si él tuviera la última palabra y yo tuviera que obedecerle. Iba a rebatir, pero me di cuenta de que me estaba saliendo de mi guion.

—Claro —musité.

—Tengo que reconocer —comentó Howard casualmente— que lo del parque suena bien. Estoy seguro de que algunas mujeres de la familia estarán encantadas de acompañarte junto a sus hijos. Cualquier iniciativa católica será bien recibida.

—Siempre que no coincida con la misa de los domingos —advirtió Callum.

Dios santo, qué hombre más testarudo.

—¿Qué os parece el restaurante? —preguntó mi padre, cambiando de conversación. Su expresión era suave y su sonrisa cortés, pero, por la forma en la que se arrugaban sus ojos, supe

que estaba tenso y no demasiado feliz con la manera en la que se estaba desarrollando la cena por mi parte.

Pobrecito, porque aquello solo acababa de empezar.

—La verdad es que no lo conocía —respondió Howard. Su mirada vagó por el techo cubierto de plantas artificiales y las lámparas de tela naranja que colgaban entre ellas, emitiendo una luz tenue—. Me gusta.

—Es nuestro restaurante favorito —dijo mi padre, mirándome con una sonrisa cálida—. A mi princesa y a mí nos encanta venir.

—Papá, no me llames así —murmuré entre dientes. Siempre me había encantado ese apodo, pero nunca se había sentido apropiado en público, y menos en ese momento.

—¿Por qué no?

—Mi princesa —repitió Howard con una sonrisa—. Eso es muy tierno —añadió, y o ese hombre fingía muy bien, o sus palabras parecían sinceras, carentes de burla—. ¿A qué sí, Callum?

Callum se limitó a arquear una ceja mientras se llevaba una copa de vino a los labios, en una expresión que dejaba claro que no estaba de acuerdo con la opinión de su tío. ¿Me estaba juzgando el muy insolente?

Si algo me había quedado claro de nuestra conversación anterior era que Callum era un hombre que no aceptaba una opinión diferente a la suya. Iba listo conmigo. Yo era una mujer con sus propias opiniones; muchas opiniones. Opiniones que no me gustaba guardarme para mí.

Aunque eso daba igual, porque esperaba poder deshacerme de él esa misma noche.

—Igual deberíamos ir pidiendo —sugirió mi padre, a la vez que le hacía un gesto con la mano a un camarero que había entrado en el comedor, pero se había quedado discretamente esperando en la puerta.

—¿Qué me recomendáis? —preguntó Howard mientras miraba la carta—. No conozco ninguno de los platos de la carta.

—El número cinco os gustará —contesté antes de que mi padre pudiese hacerlo en un intento de ser amable.

—¿El salmón al horno con *colcannon* de puré de patatas y espárragos asados? —leyó Howard—. Eso no parece un plato muy típico de Sudáfrica. —Howard me miró, ajustándose sus gafas de montura transparente.

No lo era, pero el chef solía añadir platos irlandeses a la carta.

—No —reconocí, mientras cerraba la carta, que ni siquiera me hacía falta leer, ya que tenía muy claro lo que iba a escoger—, pero he pensado en sugeriros un plato adecuado para vosotros. Algo menos innovador y con lo que estéis familiarizados. Más tradicional. ¿Así he escuchado que os definís, no? —Eso último lo dije con una sonrisa dulce, como si mi pregunta fuera inocente, y no una provocación.

Callum arrugó el ceño, pero Howard se encogió de hombros de manera despreocupada.

—En realidad, a mí me gusta probar cosas nuevas —reconoció Howard—. Soy muy aficionado a lo exótico —añadió, con la mirada fija en el camarero que se acercaba a nosotros.

Callum entornó los ojos.

—Señores, señorita —saludó el camarero con una sonrisa nerviosa—. ¿Ya saben lo que van a pedir? —preguntó. Era un chico joven, que tan solo me llevaba unos pocos años, y al que era la primera vez que veía. Debía llevar unas pocas semanas trabajando allí.

—*Bobotie* con arroz y *chutney* —pedí, ya que era mi plato favorito.

—Que sean dos —dijo Howard animadamente—. No tengo ni idea de lo que es, pero por

probar… —añadió, encogiéndose de hombros.

—*Boerewors* con puré de maíz —pidió mi padre.

—¿Y usted? —le preguntó el camarero a Callum.

—Yo me voy a decidir por el salmón al horno —respondió, cerrando la carta, con su mirada fija en mí—. Me gusta seguir mis costumbres.

Mordí mi labio inferior mientras que entornaba los ojos. Aquel hombre era exasperante.

Como si pudiese leer mis pensamientos, Callum me respondió con una sonrisa de suficiencia. Y yo no pude evitar fijarme en que, pese a que era un idiota petulante, tenía una sonrisa bonita.

—Y otra botella de este vino —añadió mi padre, ajeno a nuestra interacción—. ¿Una Coca-Cola Zero para ti? —me preguntó, mirándome.

—Prefiero beber una copa de vino —contesté, provocando que mi padre frunciese el ceño. Si era mayor para casarme, también lo era para beber alcohol en una cena.

—Trae una Coca-Cola Zero —le pidió mi padre al camarero, haciéndome caso omiso.

Con un asentimiento de barbilla, el camarero recogió las cartas y se marchó.

—Sudáfrica es una de mis cuentas pendientes —comentó Howard, acomodándose en la silla en la que estaba sentado—. Me encantaría ir. ¿De dónde eres, Vincent?

—Nací en Johannesburgo —respondió mi padre—. Te encantaría. Es un país que tiene mucho que ofrecer.

—Iba a ir cuando era más joven. Es un viaje que siempre he tenido en mente. —Howard dio suaves golpecitos en su frente con su dedo índice, realzando sus palabras—. He estado en Etiopía, Argelia, El Cairo, pero nunca llegué a ir a Johannesburgo. Algún día iré. ¿Qué me recomiendas visitar del país? —preguntó, pero no miraba a mi padre, me miraba a mí.

—Nunca he ido.

La verdad era que, quitando Londres que había dio de viaje de estudios con mis compañeras del internado, y a Disneyland París con mi madre, viaje del que apenas tenía recuerdos porque era muy pequeña, no había salido de Irlanda.

—Nunca he tenido la oportunidad de llevar a Adele a conocer mi país de nacimiento —reconoció mi padre—. Había pensado que uno de mis regalos de boda fuese el viaje de bodas. Johannesburgo puede ser una de las paradas.

—No vamos a tener viaje de novios —intervino Callum—. Tengo negocios que atender.

—¿Y no puedes tomarte unos días libre? —insistió mi padre—. Me gustaría que mi hija pudiese disfrutar de un viaje de novios como cualquier novia.

Miré a mi padre, boquiabierta. Me obligaba a casarme con un hombre que no amaba, pero le preocupaba algo tan absurdo como que no pudiese tener un viaje de novios.

—No, no puedo —respondió Callum con severidad—. Soy un hombre con muchas obligaciones. Ya lo sabías cuando aceptaste prometerme con tu hija.

—Sí, lo sé. —El tono de mi padre era suave, pero por la forma en la sus hombros se tensaron, él estaba ligeramente molesto—. Solo digo que…

—Estáis empezando la casa por el tejado —interrumpió Howard, decidiendo mediar entre ambos hombres—. Primero tenemos que fijar la fecha de boda. Después, ya veremos lo del viaje.

Callum compartió una mirada larga con su tío.

—Cierto —dijo finalmente con un tono que percibí como resignación—. Como comentamos, noviembre es el mejor mes para que tenga lugar la boda. El padre Lynch oficiará el enlace. Él está de acuerdo con celebrar la boda el primer viernes de ese mes —entorné los ojos, porque nadie había pedido mi opinión sobre ello—, así que sería conveniente celebrar una fiesta

de compromiso en un par de semanas. Después, como manda la tradición, Adele y yo asistiremos a dos eventos juntos como prometidos.

¿Madre mía, en que siglo vivía esa gente, en el XV?

—Si se me permite expresar mi opinión —dije con una sonrisa, aunque recalcando mis palabras. Callum hizo una mueca, pero se mantuvo en silencio—, creo que celebrar una fiesta de compromiso en un par de semanas es muy premeditado. Por no hablar de la boda en poco más de dos meses. Ni siquiera tengo un vestido de novia aún. —Aunque no quería casarme, no estaba mintiendo. Empezaba a preparar mis cumpleaños con mucha más antelación.

Mi padre fue a hablar, pero Callum le hizo un gesto con su mano.

—¿Cuánto tiempo necesitarías? —me preguntó.

Abrí los ojos, sorprendida, porque lo que menos me esperaba era que me preguntase. Pero pronto me recuperé, mordiendo mi labio inferior, fingiendo estar pensativa.

—Mínimo un año y medio —contesté—. Aunque no me gustaría casarme en pleno invierno. El invierno en Dublín es frío y siempre llueve —dije, pese a que eso era algo que también sucedería en verano—. Quiero poder lucir un vestido de novia de verano. Y tampoco quiero que coincida con mi cumpleaños, que es en julio… —Hice una pausa—. Así que, principios de agosto de 2025 estaría bien.

—¿Dos años?

Callum me miró con incredulidad.

—En realidad, casi dos —le corregí—. Estamos a finales de agosto de 2023.

—¿Estás de broma, verdad?

Howard se echó a reír.

—Por supuesto que ella lo está, Callum. —Howard le dio una palmadita en la espalda a su sobrino—. Me encanta tu sentido del humor, querida. Va a ser un placer que te unas a la familia. Ella es graciosa, ¿verdad, Callum?

—A mí no me parece ninguna broma —respondió Callum, con expresión seria y mirándome fijamente.

—Es que no lo era —reconocí con una sonrisa.

—Claro que lo era —intervino mi padre—. Adele tiene un gran sentido del humor, ya la iréis conociendo. Noviembre nos parece una fecha perfecta. A mi hija le encanta planificar eventos. Aunque será una boda apresurada, os puedo asegurar que será un gran evento.

—Tenemos varias *wedding planners* que podrán ayudarte —ofreció Callum.

—No, gracias, ya cuento con mi propio equipo. Pero sigo insistiendo en que dos meses es poco tiempo. Quiero que mi boda sea perfecta.

—Y será perfecta, princesa —me dijo mi padre, como si así me pudiese convencer—. Contrataremos a cuantas personas hagan falta para que hagan el trabajo de dos años en dos meses. Tendrás la boda que siempre has deseado.

En la boda que deseaba, en la boda con la que llevaba soñando desde que era una niña pequeña, había amor. Un amor verdadero y desinteresado.

Pero decidí guardarme ese pensamiento para mí. Porque no ganaría nada teniendo en público una conversación que ya había mantenido con mi padre en privado y con la que no había conseguido nada. Y, en realidad, no iba a casarme. Estaba dejándome llevar y no me estaba centrando en mi verdadero objetivo esa noche.

El camarero apareció con nuestro pedido. Dejó mi refresco y un vaso con hielos y una rodaja de limón cortado frente a mí. Sirvió el vino a Callum, a mi padre y a Howard.

—A ella también —le dijo Callum antes de que el camarero se llevase la botella vacía y

dejase la nueva en la cubeta de hielo. Mi padre arrugó el ceño—. Adele, ¿querías vino, verdad? —me preguntó, y yo asentí con una sonrisa mientras el camarero me servía.

Mi padre me miró con desaprobación cuando me llevé la copa a los labios, pero decidió guardarse su desaprobación para sí mismo. Seguramente, por el brillo desafiante que se reflejó en los ojos de Callum cuando mi padre centró su atención en él.

Me gustaba beber algo de alcohol cuando salía de fiesta, pero la única vez que había bebido vino solo había sido en la habitación de una compañera en el internado. Pero, a diferencia de aquel vino que era agrio y de sabor desagradable, este tenía un agradable sabor afrutado

—Y también te puedo ayudar yo —se ofreció Howard, redirigiendo la conversación.

Lo que me faltaba, que me ayudara ese señor.

—No será necesario —rechacé amablemente, dejando la copa sobre la mesa—. Mi padre tiene razón. Organizar una boda en tan poco tiempo es un reto, pero me gustan los retos. Lo único que voy a poder participar en el proceso menos de lo que me gustaría, ya que voy a estar ocupada en la escuela de moda.

—¿La escuela de moda? —me preguntó Callum, arqueando una ceja.

—Sí, voy a estudiar Diseño de Moda en Bulterwood College —contesté, nombrando la institución privada en Dublín—. ¿No te lo ha comentado mi padre?

Mi padre no había podido decirle nada por qué no sabía nada. En realidad, había sido una ocurrencia de última hora. Ni siquiera había llamado a la universidad para preguntar si podía matricularme a esas alturas.

—Pensaba que tu intención era estudiar Negocios en Global Business —dijo Callum, nombrando la universidad en la que estaba matriculada. La misma en la que mi padre había estudiado. A diferencia de mí, mi padre había sido un alumno becado. Él solía contarme con orgullo que había sido el beneficiario de una de las escasas becas que concedían. Y de los pocos becados que había logrado el nivel de excelencia que les exigían para no perder la beca y ser expulsados.

—Esa era mi intención, sí. Pero he cambiado de opinión. La verdad es que cambio mucho de opinión.

La mirada de Callum se oscureció unos instantes y una sombra de una emoción que no reconocí apareció en su rostro. Pero, rápidamente, fue sustituido por esa máscara de indiferencia que llevaba en su cara perpetuamente.

—Estudia lo que desees —dijo de manera casual—. Yo he estudiado en Global Business y es una buena universidad. Pero, si quieres estudiar moda, estoy de acuerdo. —Ni que le hubiese pedido su opinión—. Como si decides no estudiar nada.

—Claro que quiero estudiar —recalqué con indignación, cruzando mis brazos.

—Puedes hacerlo —respondió él. Nuevamente, como si él tuviese algún tipo de derecho en las decisiones que decidía tomar en mi vida—. Siempre y cuando te permita cumplir con tus deberes con la familia y tus deberes como madre.

—¿Mis deberes como madre?

Callum me miró, confundido.

—Por supuesto que contarás con tantas niñeras como necesites. Pero los niños necesitan a su madre.

—Para cuando tenga niños ya habré terminado de estudiar.

Callum desvió su mirada hacia mi padre durante unos instantes y, cuando volvió a centrarla en mí, suspiró.

—Intentaremos tener hijos desde nuestra noche de bodas.

Observé a Callum, atónita, sin ser capaz de pronunciar una sola palabra ante su declaración. Atisbé como, a mi lado, mi padre tragó saliva, incómodo. Él no parecía sorprendido.

¿Ellos habían hablado sobre ello? ¿Y a mi padre le había parecido bien?

—Callum, ese es un tema que debes tratar con Adele en privado —le recriminó Howard.

—Tienes razón, tío —coincidió Callum, cogiendo su copa de vino para darle un sorbo—. Disculpadme, no era mi intención incomodar a nadie. —Sin embargo, sus disculpas eran vacías, y por el atisbo de sonrisa que se formó en sus labios, ni siquiera se molestó en fingir lo suficiente para que no nos diéramos cuenta.

Afortunadamente, el camarero apareció con la comida, interrumpiendo aquel incómodo momento. Yo comencé a comer de mi plato antes de decir algo inadecuado, como mandar a la mierda a ese neandertal que mi padre había escogido como mi futuro marido. El silencio se instauró en la estancia, solo roto por el ruido de los cubiertos.

Sin embargo, no duró mucho, ya que a Howard parecía gustarle hablar por los codos. Al parecer, ese hombre siempre tenía algo que decir.

—Tienes muy buen gusto culinario, Adele. Esta comida está buenísima.

—Me alegro que te guste —dije, sonriendo.

Al menos, Howard trataba de ser agradable.

—Lo hace.

—La verdad, es que es una comida que, por alguna razón, suele gustar más a los hombres que a las mujeres. En el internado convencí a las cocineras para que lo hiciesen en una ocasión y casi ninguna de mis compañeras lo disfrutó.

—Posiblemente, eso sea porque las cocineras no sabían hacerlo como lo hacen aquí —comentó Howard.

—No creo que sea eso —dije, llevándome un trozo de comida a la boca y masticándola despacio, aprovechando esa pausa como una excusa para pensar mis siguientes palabras—, porque llevé las sobras a los chicos del pueblo con los que solía quedar y a ellos les encantó —añadí casualmente.

Era una mentira, pero ellos no tenían por qué saberlo.

Mi padre casi se atragantó con su comida, Howard se mordió el labio inferior para no echarse a reír y Callum dejó el tenedor encima de su plato y me miró con ferocidad.

—¿Hombres? —preguntó, pronunciando la palabra con lentitud.

—La mayoría eran de mi edad, pero había alguno a principios de sus veinte —contesté, negándome a achantarme—. Soy una chica muy sociable, hago amigos en cualquier lado.

—Adele… —Mi nombre salió de la boca de mi padre como una advertencia.

—¿He dicho algo malo? —pregunté con inocencia.

Callum abrió la boca, pero su tío se le adelantó.

—En absoluto —dijo Howard, haciendo un gesto con su mano—. Ser sociable es maravilloso. De hecho, yo también lo soy. —Se señaló a sí mismo con orgullo y Callum entrecerró los ojos—. Eres una joven muy interesante, Adele. Es un placer para mí que vayas a formar parte de nuestra familia.

No me lo podía creer.

Cerré mis manos, que tenía apoyadas a cada lado del respaldo de la silla, en puños, como una forma de contener mi frustración.

—Para mí también —dije con resignación.

Howard estaba decidido a que la boda tuviese lugar y le daba igual lo que yo dijese. O quizá se había dado cuenta de mi estrategia. Aunque, cuando mis ojos se fijaron en el rostro de Callum,

en concreto en sus carnosos labios pegados entre sí como si estuviese intentando contenerse para no abrir la boca y decir algo que no debía, un rayo de esperanza volvió a mí.

Él no estaba feliz conmigo, y no parecía compartir la opinión de su tío.

Quizá, si presionaba un poco más…

—Estaba pensando en que necesito una despedida de soltera.

Eso debería valer. Erin no se equivocaba: parecía que los O'Donell seguían viviendo en la Edad Media. Estaba segura de que esos hombres de las cavernas pondrían el grito en el cielo si decidía celebrar algo tan normal como una despedida de soltera.

—No será necesario —dijo Callum, quien parecía visiblemente molesto con mi actitud.

—¿En qué estabas pensando? —me preguntó Howard con interés, apoyando las manos sobre la mesa e inclinándose hacia mí.

Mi padre me colocó una de sus manos en mi muslo como advertencia.

—Nada muy loco —contesté, encogiéndome de hombros—. Un fin de semana con amigas. Quizá en Las Vegas —propuse, diciendo todo aquello que se me ocurría en la cabeza—. Nunca he estado en Estados Unidos. O… —hice una pausa—, Ibiza. Eso molaría un montón, ¿no creéis?

—Puedes celebrarla en Dublín, Adele —me dijo mi padre. Aunque sus palabras eran suaves, había un toque de advertencia en ellas.

—Supongo que sí —dije, pensativa—. Hay locales especializados en despedidas de soltera en la ciudad. Aunque mis amigas se encargarán de todo. Conociéndolas, contratarán a un *stripper* que me atará a una silla con unas esposas mientras se desnuda.

—Adele —me cortó mi padre, con su rostro rojo por el enfado.

Miré a Callum. Él me observaba con una expresión ilegible en su rostro.

Howard estalló en carcajadas.

—Me encanta tu sentido del humor —reconoció—. Vas a integrarte a la perfección en la familia. La verdad es que pensaba jubilarme en unos cinco años, pero, visto lo visto, posiblemente, pueda hacerlo mucho antes.

—¿En serio? —preguntó Callum con los labios apretados, ladeando su cabeza hacia él.

—Sí, Adele lo hará bien y tú estás preparado. Ya es hora de que me quite la corona y se la entregue a mi sucesor—dijo, llevando sus manos hasta encima de su cabeza para sostener una corona imaginaria y dejarla sobre la cabeza de Callum—, a su preciosa esposa —Howard me miró a mí—, y su heredero —añadió, guiñándome un ojo.

Ese hombre me había calado. Si había tenido alguna duda, él la acababa de disipar. Mis provocaciones habían sido en vano.

—Aún eres joven —musitó Callum.

—No tanto —replicó Howard, haciendo una mueca—. Además, no he dicho que me vaya a jubilar mañana. Y tampoco es como si fuese a desertar o algo así —añadió en tono de humor, pero a Callum no le parecía gracioso. Aunque estaba empezando a pensar que a ese hombre nada le hacía gracia. Posiblemente, no sabía lo que era reírse.

—Entonces, está todo arreglado —dijo mi padre, que parecía que tenía ganas de terminar con aquella cena cuanto antes. Posiblemente, porque quería evitar que yo volviese a abrir la boca.

—Casi todo —apuntó Howard, intercambiando una mirada con Callum que no me gustó un pelo—. Falta un pequeño asunto. —Hizo un gesto con sus manos, realzando sus palabras—. Dadas las fechas, ¿os parece bien que Reagan se pase por vuestra casa la semana que viene? —nos preguntó Howard—. Sé que vas a estar muy ocupada, querida, pero será una visita corta. No

te quitará mucho tiempo. Entenderéis que queramos quitarnos ese trámite de encima lo antes posible.

—¿Reagan? ¿Quién es Reagan?

—Es nuestro médico de familia —respondió Callum. A pesar de que pronunció aquellas palabras de forma casual, pude notar cierta cautela en su tono de voz—. Uno de ellos, hemos cambiado el que teníamos —aclaró, como si aquella información fuera importante de alguna manera.

—¿Por qué tiene que venir un médico a visitarme? No estoy enferma.

Sentí la mirada de Callum sobre mí.

—¿Ella no lo sabe? —Aunque hablaba sobre mí, se estaba dirigiendo hacia mí.

Mi padre esbozó una sonrisa incómoda mientras le daba un sorbo a su copa de vino, sin responder.

—¿Saber el qué?

—Es una vieja tradición —me explicó Howard, haciendo una mueca—. Es tan solo para asegurarnos de que cumples con uno de los requisitos para ser la mujer de futuro jefe de la familia O'Donell. —Howard hizo una pausa, y por primera vez, no había rastro de divertimento en su rostro. Él parecía incómodo—. Reagan tan solo comprobará que eres pura.

—¡¿El qué?! —Sentí que alzaba la voz; algo que jamás hacía en público—. ¡Ese señor no va a acercarse a mí! —exploté. ¡¿Es qué acaso estaban todos locos?!—. ¿Tú has estado de acuerdo con eso? —le pregunté a mi padre.

Mi padre suspiró.

—Iba a hablar contigo, princesa. Pero sabía que te lo ibas a tomar mal.

—¿Y cómo querías que me lo tomase? —respondí, perdiendo la compostura y levantándome de la mesa—. Espero que esto sea una broma. Una de mal gusto.

Nadie en su sano juicio hacía pruebas de virginidad en pleno siglo XXI. Ni siquiera los O'Donell, por muy tradicionales que fueran, podían estar tan mal de la cabeza para hacer algo así, ¿no?

—Adele, siéntate —me ordenó mi padre con severidad, aunque podía ver la calidez en sus ojos claros—. No alces la voz, princesa. Vamos a hablar como personas adultas.

Sus palabras suaves no iban a ablandarme. No esta vez.

—No tengo nada de lo que hablar con vosotros.

—Adele —sentí la mano de Callum sobre mi hombro. Él se encontraba de pie, a mi lado. No sabía en que momento se había levantado y se había acercado a mí. De alguna extraña manera, su contacto, en vez de provocar que entrase en pánico, me relajó—, ¿por qué no salimos fuera y hablamos más tranquilamente? —sugirió.

—No creo que sea adecuado —dijo mi padre.

Sin embargo, Callum no le estaba prestando atención. Sus ojos color esmeralda estaban fijos en mí, esperando una respuesta de mi parte. Y quizá fue porque estaba tan sobrepasada por la situación que ni siquiera era capaz de pensar con claridad, o quizá, en esos instantes, estaba tan decepcionada con mi progenitor que sería capaz de hacer un trato con el mismo diablo con tal de llevarle la contraria, pero terminé asintiendo con la cabeza.

—Está bien —accedí.

Capítulo 6

Adele

Ignorando las protestas de mi padre, seguí a Callum en piloto automático. Debería querer huir de aquel hombre de las cavernas que iba a ser mi futuro marido. Sin embargo, ahí estaba, accediendo a hablar a solas con él. A pesar de tener una idea a lo que Callum se dedicaba y a la familia que pertenecía, no creí que fuera a hacerme daño. Estábamos en un lugar público.

Callum me guio a través del local y abrió una puerta trasera que daba a un pequeño jardín. Era un jardín pequeño, pero muy agradable, cubierto de diferentes flores. No había ningún banco y tan solo una farola blanca con luz tenue iluminaba el lugar. Era un acceso que nunca había sido utilizado para atender a clientes, por lo que me pregunté cómo Callum había dado con él. ¿Tal vez había recorrido el restaurante antes de que llegáramos?

Callum miró a su alrededor, como si quisiese cerciorarse de que estábamos solos.

—Creo que deberíamos tener una conversación. —dijo, haciendo una breve pausa—. Solos —recalcó.

—Aquí estamos, ¿no? —respondí con sarcasmo, en un tono hostil. Porque estaba enfadada con él, con mi padre y con todos los que habían decidido participar en aquella locura.

—Aquí estamos —repitió Callum, inspirando con fuerza. Él ladeó la cabeza para mirar un punto fijo del jardín y, después, centró su atención en mí—. Mira, Adele. Entiendo que toda esta situación pueda resultar un poco confusa para ti. Al fin y al cabo, tú no perteneces a nuestro mundo y tantas normas pueden abrumarte, pero te…

—¡¿Abrumarme?! —repetí con incredulidad—. Lo que queréis hacer es de bárbaros. ¿De verdad a ti te parece algo normal? —Callum abrió la boca, pero yo no le permití hablar—. Pretendéis que un médico compruebe mi virginidad, como si estuviésemos en la Edad Media. —Era tan demencial que me costaba creer que fuera cierto—. ¡No me abruma, me indigna!

Callum se pasó una mano por a cara.

—Lo que a mí me parezca o deje de parecer da lo mismo. Son tradiciones que llevan arraigadas en mi familia durante siglos. Todas las mujeres en nuestra familia pasan por ello —dijo, como si eso fuera explicación suficiente—. Es algo que tienes que comprender. Tu padre debería haber hablado contigo. Nosotros fuimos muy claros en la conversación que mantuvimos con él. Tu padre estuvo de acuerdo y nos aseguró que te lo explicaría de manera que lo entendieses. Al parecer, no lo ha hecho.

—No, no lo ha hecho —confirmé con irritación. Pensaba que mi padre me respetaba un poquito. ¿Cómo había podido acceder a semejante barbarie?—. Y no lo comprendo, no me importa los siglos que *esa tradición* lleve arraiga a tu familia, no pienso acceder a eso. —Crucé mis brazos. Esa era mi última palabra—. Y si quieres suspender la boda, hazlo.

Callum se rio sin humor.

—La boda no se va a suspender, Adele. No importa lo mucho que lo intentes. No va a funcionar.

—Ya veremos —dije, alzando la barbilla, desafiante.

Callum negó con la cabeza.

—¿No te ha quedado claro durante la cena? —me preguntó—. Podías haber dicho que pensabas acudir a la boda desnuda, que mi tío te habría dicho que eres muy graciosa. Ya está

decidido y no puedes hacer nada para cambiarlo. Acéptalo y no compliques las cosas.

Callum, al igual que su tío Howard, había descubierto mi estrategia. Y él estaba en lo cierto, no podía escapar de esa boda. Había sido una crédula creyendo que podría hacerlo con un plan tan tonto. Pero, en esos momentos, el matrimonio era la menor de mis preocupaciones.

—¿Y cómo funciona? —Callum me miró, sin entender a qué me refería—. ¿Vuestro médico comprueba que la mujer es virgen e informa al futuro marido?

—No exactamente. El médico muestra las pruebas a los miembros de alto cargo de mi familia y ellos dan el visto bueno.

—¿Cómo? ¿Saca fotos o algo así? —pregunté horrorizada, sintiendo que el color desaparecía de mi rostro.

En mi mente se dibujaron los escenarios más escabrosos posibles. ¿Cómo mi padre había sido capaz de hacerme algo así?

—¿Fotos? —repitió Callum con incredulidad, arrugando el ceño—. Claro que no —respondió, teniendo el valor de parecer indignado ante mis insinuaciones—. ¿Qué tipo de personas crees que somos?

Unos bárbaros, unos hombres de las cavernas. Esos y decenas de calificativos que no le iban a gustar pasaron por mi cabeza, pero decidí utilizar la vía de la diplomacia y guardármelos para mí misma.

—Has dicho que presenta pruebas.

—No estás entendiendo nada. —Callum resopló, como si fuera una obtusa que le estuviera haciendo perder el tiempo—. Nuestro médico de confianza redacta un informe, y es ese informe lo que entrega a los miembros de mi familia. De esa manera, obtenemos esa información.

Eso no era tan malo como me lo había imaginado, aunque seguía siendo una barbaridad a la que no pensaba prestarme.

—Quizás al resto de mujeres de vuestra familia no les importe, pero yo jamás voy a aceptar algo así.

—Adele…

—No, Adele, no —corté—. Tienes que entender que si me obligas a hacer algo así, jamás te lo perdonaré. Pienso patalear, gritar y morder al médico. Solo vais a conseguir que me explore si me ata de manos y piernas en el sillón de reconocimiento ginecólogo.

—Si me dejaras terminar una frase, te darías cuenta de que no hace falta llegar a esos extremos —dijo Callum con irritación. Inspiró profundamente a la vez que se pasaba una mano por su cabello—. No tendrás que hacerlo —declaró, sorprendiéndome—. Es una tradición bárbara. Yo tampoco estoy de acuerdo con ella. Es un requisito del sector más tradicionalista de mi familia, que si pudiese, erradicaría —confesó—. Pero, de momento, no puedo.

—¿Y ellos aceptarán que no pase por eso?

—No, pero el médico redactará un informe dónde aseguré que eres virgen.

—Aunque *agradezco* —pronuncié aquella palabra con sarcasmo, porque lo último que sentía en esos momentos por Callum era agradecimiento— que engañes a tu familia, sigue pareciéndome una aberración.

Callum frunció el ceño.

—No voy a engañar a nadie. Simplemente, voy a ahorrarnos a todos un trámite innecesario.

—¿Qué quieres decir?

—Eres virgen, Adele. Y eso es lo que le importa a mi familia. No hay engaño en eso.

—No sabes si lo soy.

Callum resopló.

—Sí que lo sé. Tu padre nos lo ha asegurado.

Callum era un necio. Y, sobre eso, hasta el último poro de mi piel estaba de acuerdo.

—Mi padre puede asegurar lo que quiera —espeté, enfurecida—. Pero, la realidad es que no tiene la menor idea.

—¿Me estás diciendo que no lo eres? —preguntó Callum. Aunque, al contrario de lo que había pensado, no parecía indignado.

—Te estoy diciendo que nunca lo vas a saber.

—Si piensas que nunca voy a poder saberlo, no solo respondes a mi pregunta, sino que, además, eres más inocente de lo que quieres hacerme parecer.

Al principio no entendí a qué se refería, pero no tardé mucho en atar los cabos y darme cuenta de que él estaba hablando de experiencia sexual. ¿Cómo se atrevía?

—No, no vas a poder, porque no me vas a tocar nunca —reafirmé, cruzando mis brazos y retrocediendo un paso, buscando más distancia entre nosotros.

—Adele —dijo mi nombre con lentitud, como si estuviese intentando contenerse—, nos vamos a acostar en nuestra noche de bodas, tal y como hacen todos los recién casados.

—Los que se aman, sí. No es nuestro caso.

Él suspiró sonoramente como si estuviese haciendo acopio de todo su autocontrol.

—Mira, entiendo que eres joven y que no perteneces a nuestro mundo. Toda esta situación puede ser difícil para ti. —Aunque me estaba hablando a mí, tuve la sensación de que se estaba diciendo aquellas palabras a sí mismo—. Incluso estoy dispuesto a esperar un año antes de intentar que me des un heredero. Mi familia pensará que simplemente te está costando quedarte embarazada. Pero esa es la única concesión que voy a hacer.

No podía creer su desfachatez. ¿Acaso se creía que estaba siendo bondadoso?

—No voy a acostarme contigo. Solo podrás hacerlo si me obligas. Y, aun así, pienso pelear con uñas y dientes contra ti.

La expresión de Callum cambió al escuchar mis palabras. La oscuridad en sus ojos se intensificó y su cuerpo se puso rígido.

—¿Estás insinuando que sería capaz de abusar de ti? —La voz de Callum era gélida—. Jamás te obligaría a mantener relaciones sexuales conmigo. Jamás haría algo así. Jamás —recalcó.

—Yo no he dicho eso, Callum. —A pesar de que su mirada estaba fija en mí, me di cuenta de que estaba perdido en sus propios pensamientos. Pude ver reflejado en sus ojos que había algo más. Una historia que no me estaba contando y que no me correspondía preguntar—. Simplemente, no me voy a acostar con un hombre al que no amo.

—Amor. —Callum repitió la palabra como si fuese tóxica—. No comprendo esa obsesión de las mujeres por el amor. Y, al final, todas queréis lo mismo. Un hombre que os colme de caprichos. Como mi esposa, tendrás todo lo que quieras. Y una posición de poder en mi familia y en Dublín.

Callum estaba hablando sobre nuestro futuro como si fuera una transacción económica. Estaba tratando de negociar conmigo. Aunque, ¿de qué me sorprendía? Sí, al fin y al cabo, en eso se basaba nuestro matrimonio.

—Mi padre ya me da todo lo que quiero y el poder no me interesa. No es lo que busco en mi futuro marido.

—¿Y qué buscas?

—Un hombre con él que, cuando me despierte cada mañana, dé gracias a Dios por haberle puesto en mi camino. Un hombre que me mire como si yo fuese la única mujer de la tierra. Un

hombre que me ame con todo su corazón y al que yo ame con todo lo que tengo. Busco mi historia de amor.

—¿Tu historia de amor? —preguntó, como si le hubiese hablado en un idioma que no entendía.

—Sí, eso es lo que siempre he querido. Vivir una historia de amor como la de las películas románticas, como las que han vivido esas parejas que llevan toda la vida juntos. Quiero envejecer al lado del hombre al que amo y seguir viendo amor en sus ojos. —Eso era lo único que deseaba. Lo que me merecía. ¿Acaso estaba pidiendo tanto?

Callum me observó fijamente en silencio durante unos instantes. Me dio una mirada larga e ilegible.

—No me lo puedo creer —musitó finalmente—. Hablas en serio.

—Por supuesto que hablo en serio.

Callum inspiró profundamente y se apretó las sienes con las manos, como si tuviera dolor de cabeza.

—Mira, Adele —comenzó, haciendo una breve pausa, como si estuviera pensando lo que iba a decirme a continuación—, lo nuestro va a ser un matrimonio de conveniencia. Uno en el que tanto tu familia como la mía salen ganando.

—¿Y qué gano yo? —pregunté. Callum abrió la boca para hablar, pero le interrumpí—. Como vuelvas a decir que todos los caprichos que quiera, pienso darte la espalda y regresar dentro. —Ese planteamiento estaba tan mal; yo no quería ganar nada. Tan solo deseaba un amor desinteresado y genuino

—Joder, por qué cojones tiene que ser tan difícil —murmuró entre dientes, más para sí mismo que para mí. Pero, aun así, lo escuché a la perfección—. Lo entiendo, no quieres casarte. Yo tampoco quiero hacerlo —aquella última declaración no me sorprendió—, pero lo haré porque es mi obligación con mi familia, como lo es la tuya ir del brazo de tu padre hasta el altar con una sonrisa. Podemos hacerlo de dos maneras: llevándonos mal o siendo respetuosos el uno con el otro. No quiero un matrimonio en el que nos odiemos y eso lo tengan que sufrir nuestros hijos. Voy a esforzarme porque podamos tener un matrimonio donde ambos nos respetemos. ¿Crees que serás capaz de hacer lo mismo?

El respeto mutuo era algo indispensable en una pareja, pero no suficiente. Yo quería amor. Aunque había sido clara con Callum, no me estaba entendiendo. Así que, decidí que tenía que ser más clara aún.

—Callum, nunca voy a ser feliz a tu lado. Jamás. Y no voy a tener hijos con un hombre que no puede darme felicidad. Si nos casamos, lo haré obligada, y me convertirás en la mujer más infeliz de la tierra. Y lo siento, pero no puedo respetar a un hombre al que no le importa que yo sea infeliz.

—¡A la mierda! —bramó—. Estoy harto de intentar mostrarme comprensivo. Harto —dijo, agitando sus brazos y perdiendo los papeles. Hasta ese momento, no le había visto alterado. Callum parecía estoico, siempre en control—. Se acabó —sentenció—. Que les den a los tradicionalistas, que le den al protocolo, y que le den a la fiesta de compromiso. No se va a celebrar ninguna fiesta.

¿Él estaba cancelando nuestro compromiso? No puede evitar la sonrisa que se dibujó en mi cara.

—Creo que va a ser lo mejor —coincidí—. Mi padre no va a estar contento con que no nos casemos, pero él…

—Sí que nos vamos a casar —me interrumpió—. En dos semanas, concretamente

—¡¿Qué?! ¡¿Te has vuelto loco?! ¡No, no puedes hacerlo! ¿Qué pasa con los preparativos y con los invitados?

Callum entrecerró los ojos.

—Por supuesto que puedo —replicó con arrogancia—. De hecho, lo estoy haciendo. No te preocupes por los preparativos y los invitados, lo entenderán. No quiero alargar más esto. Nos casaremos en dos semanas. No es negociable.

—¿No has escuchado ni una palabra de lo que te he dicho?

—Lo he hecho —espetó con amargura—. De hecho, he escuchado suficiente. Por esa razón, la ceremonia se va a adelantar. Alargarla en el tiempo solo hará que tú continúes con esas ideas fantasiosas e irreales y yo pierda la poca paciencia que me queda. Cuanto antes comencemos una vida en común, antes podrás aceptar que la vida real no es una película romántica.

—Si no te importa mi felicidad, quizá si te importe que yo no sea la mujer que tu familia espera que sea. No soy…

—Basta —sentenció, con un tono de voz que heló la sangre de mis venas—. Estoy cansado de soportar rabietas de una niña consentida. Puede que te hayan servido con tu padre, pero no conmigo. Créeme cuando te digo que si pudiera cancelar nuestra boda, lo haría. No hay nada más que desee en estos momentos. Pero, por desgracia para ambos, en la situación en la que me encuentro, no puedo hacerlo. Vamos a casarnos en dos semanas y no vamos a discutir más sobre el tema. Ahora —Callum extendió su brazo para que lo enhebrara—, ¿me acompañas al interior? Tu padre y mi tío estarán esperándonos para tomar el postre.

Aquel hombre era un gilipollas. Uno con el que no se podía razonar.

Pasé por delante de él, pero no agarré su brazo.

—Puedes obligarme a casarme cuando tú decidas, sin embargo, no puedes obligarme a comportarme cómo tú quieres. Y si tanto deseas casarte conmigo, lidiarás con mis rabietas de niña consentida —dije, entrando en el interior del restaurante.

Capítulo 7

Adele

—No entiendo cómo has aceptado que Callum adelante la boda —le dije a mi padre.

Nos encontrábamos en el coche, de vuelta a casa. Sebastian, nuestro chófer, conducía en silencio, y mi progenitor, que se encontraba en los asientos traseros, a mi lado, se había limitado a teclear en su teléfono durante todo el trayecto.

—¿Me has dejado otra opción? —preguntó, con su mirada fija en la pantalla—. Algo has hecho para que él haya decidido apresurar las cosas.

Cuando regresamos al restaurante, Callum les comunicó a mi padre y a su tío sus intenciones. Él no les había dado ninguna explicación. Se había limitado a informarles para, después, poner la excusa de que tenía trabajo pendiente, marchándose.

—Lo único que le he dicho es que no quiero casarme con él.

Entre algún otro insulto, pero eso era algo que mi padre no necesitaba saber.

—No voy a volver a discutir esto contigo. Eres una adulta, una que tiene que asumir responsabilidades y las consecuencias de tus actos. Un matrimonio con Callum es lo mejor para los negocios.

—Soy una persona, papá. En concreto, tu hija, Soy más importante que los negocios y tú también deberías verlo así.

Mi padre emitió un suspiro y dejó el móvil sobre sus muslos. Ladeó su cabeza hacia mí para mirarme.

—Por supuesto que eres más importante. Por eso, el hombre que he elegido para ti es un hombre con poder y dinero. Un hombre…

Bufé, interrumpiendo el discurso de mi padre. Un discurso parecido al que Callum me había dado.

—Papá, estamos en el siglo XXI. Tú no deberías ser quien decide con quien me case. ¿No te das cuenta de que solo el hecho de decir que has elegido un hombre para mí es ofensivo? —intente razonar con él. Aunque si algo había aprendido el último mes, era que en ese tema era misión imposible. Así todo, le miré, esperando que recapacitase, que por fin fuese consciente de lo equivocado que estaba—. ¿De verdad no te importa que sea tan infeliz como lo fue mamá?

Mi padre movió su cuerpo hacia atrás como si le hubiese dado una bofetada. Le escuché tragar saliva. En su día le había hecho saber lo que mi abuela me dijo sobre su matrimonio y él no lo negó, pero nunca había sido tan brusca con él. Y, además, nosotros casi nunca hablábamos de mi madre. Lo había intentado cuando era pequeña, pero él siempre evitaba el tema, y con los años, me había cansado de intentarlo.

Había pensado que él se había sentido culpable por no haber podido darle a mi madre la felicidad que, sin duda, ella se merecía. No podía dárselo cuando ninguno de los dos se amaban. ¿Cómo podía querer lo mismo para mí?

Mi padre se recompuso con rapidez y me miró fijamente.

—Sé que ahora no lo entiendes —comenzó, evitando, como siempre, hacer ninguna referencia sobre mi madre—, pero un día lo entenderás, y entonces…

—No voy a entenderlo nunca, papá —le interrumpí—. ¡Cómo tampoco voy a entender que fueses capaz de aceptar que me sometiese a esa prueba tan aberrante! —alcé la voz, sin

importarme que Sebastian pudiese escucharme. Estaba tan enfadada y dolida con mi padre…

Sin embargo, mi padre no dijo nada. Bajó la mirada y sostuvo su teléfono. Ni siquiera intentó darme una explicación, porque sabía que no tenía excusa alguna que pudiese justificar su comportamiento tan mezquino.

Cansada de aquella situación, apoyé mi cabeza sobre el cristal y cerré mis ojos, tratando de relajarme.

—Princesa —me llamó mi padre al cabo de unos minutos. El apodo cariñoso que usaba para mí y que solía gustarme se sintió vacío en esa ocasión. Porque siempre me había sentido su princesa, su niña, su tesoro más preciado. Pero ahora, me sentía como una mercancía con la que él podía negociar—. ¿De verdad no vas a estudiar en la Global Business?

Abrí mis ojos lentamente y ladeé mi cabeza hacia él para descubrir que tenía su atención en mí. Sus ojos eran cálidos, pero su expresión seria.

No me apetecía seguir hablando con mi padre, pero mientras estuviese atrapada allí en el coche con él no podría descansar, ya que los pensamientos se amontonaban unos tras otro. Y me negaba a montar una escena, obligándole a Sebastian a parar el coche y salir corriendo. Porque, ¿serviría de algo?

—¿Y qué sentido tiene que lo haga? —pregunté—. Le vas a dejar las empresas a Callum.

Mi padre arrugó el ceño.

—No voy a dejarle las empresas a Callum, Adele —respondió tajante, como si aquella idea le disgustara. ¿Acaso no era lo que él estaba buscando?—. Cuando fallezca, la familia O’Donell heredará mi legado. Tu futuro hijo será el jefe de la familia y él será quien controle mis negocios. En las venas de mi nieto correrá mi sangre. Y él continuará con lo que yo he comenzado.

—Yo llevo tu sangre, papá —espeté—. ¿Por qué no soy digna de continuar con tu legado?

Mi padre no me contestó y yo no insistí. ¿Para qué? Él había tomado una decisión y no iba a cambiar de opinión.

Sentí que las lágrimas quemaban en el fondo de mis ojos. Porque siempre creí que mi padre confiaba en mí y estaba orgulloso de mí. Había estado tan equivocada… Sin embargo, me negué a derramar una sola lágrima por él. No se lo merecía.

—Voy a estudiar diseño.

—No es una buena idea —me contradijo mi padre—. No cambies de carrera solo para fastidiarme.

Por un segundo, pensé en sus palabras. En un principio me había inventado que iba a estudiar Diseño de Moda para fastidiarle a él y a Callum, aunque a mi prometido le importaba una mierda lo que estudiase, o si no lo hacía. Pero cuanto más le daba vueltas al tema, más segura estaba de que era una buena idea. Me fascinaba el mundo de la moda y crear mis propios diseños.

Sentí que el coche se detenía, y cuando miré por la ventana, me di cuenta de que habíamos llegado a casa. Mi padre se desabrochó el cinturón, pero no se bajó del vehículo. Seguramente, estaba esperando una respuesta por mi parte. Sin embargo, no tenía ninguna intención de dársela. Despidiéndome de Sebastian, salí del coche y me dirigí hacia la puerta de entrada.

Esa misma noche enviaría un *e-mail* al departamento de inscripciones de la universidad de diseño.

Y no iba a cambiar de opinión. Tal vez no podía elegir a mi marido, pero escogería la carrera que quería estudiar.

Era un triunfo minúsculo, pero, así todo, me sentí mejor.

Capítulo 8

Adele

—Ese hombre es un idiota. —La voz de Erin resonó al otro lado del teléfono—. Voy a llamar a mi hermano para decirle que no puedo quedar con él. Pode…

—No —le interrumpí a la vez que le sonreía a la camarera que me había traído una copa de helado de chocolate y vainilla—. Sé lo importante que son para ti esos momentos con tu hermano. Y, además, estoy en el centro comercial. He quedado con Darcy, una de las monitoras del campamento. ¿Te acuerdas de que te hablé de ella?

Erin emitió un fuerte suspiro que provocó que tuviese que separar un poco el móvil de mi oreja.

—No entiendo nada —reconoció—. ¿Como no le gusta tu forma de ser, en vez de cancelar la boda, la adelanta? —Ella no esperaba ninguna respuesta a esa pregunta. Así todo, se la di.

—Me da la sensación de que él no tiene más opciones que yo —reconocí con una exhalación. El mismo Callum me había admitido que se casaba por obligación. Sin embargo, la gran diferencia entre él y yo era que era un precio que él estaba dispuesto a pagar, y yo no quería hacerlo—. Y supongo que ha decidido que, cuanto antes, mejor.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Como haces siempre. Escuchándome y estando a mi lado.

Erin no podía ayudarme. Las únicas personas que podían detener aquella boda eran Callum y mi padre, y por razones diferentes, ninguno de los dos estaba dispuestos a dar un paso atrás. Y yo tomé una decisión en el instante en el que decidí no montarme en aquel avión semanas atrás: me casaría sin mostrar resistencia.

Callum había dejado claro que si huía me buscaría. Y había visto en su rostro que lo decía de verdad. No pensaba pasarme el resto de mi vida con miedo, escondida y siempre mirando por encima de mi hombro.

No, eso no era vida.

Pero no iba a ponérselo fácil. Iba a acabar tan harto de mí. Tan harto que acabaría enviándome de regreso con mi padre.

—Más tarde paso por tu casa. Puedo quedarme a dormir contigo, así hablamos.

—Voy a pasar el día fuera con Darcy. Y, posiblemente, se quede a dormir —mentí.

El novio de Erin regresaba esa noche después de pasar varios días fuera por trabajo. Ella estaba deseando verle. Incluso me había contado que le había preparado una noche romántica. No pensaba estropearle eso. No por problemas que no se podían solucionar.

—Hola, forastera. —La voz de Darcy provocó que dejase de escuchar lo que Erin estaba diciendo al otro lado.

—Ha llegado mi amiga —le informé a Erin mientras saludaba a Darcy con una sonrisa—. Te llamo luego, Erin. Te quiero —me despedí de ella y terminé la llamada para dejar mi móvil sobre la mesa.

Darcy ocupó un lugar frente a mí. Se quitó la chaqueta vaquera que llevaba puesta y la colgó sobre el respaldo de la silla en la que se sentó, dejando su bolso marrón en la silla vacía a su lado.

—¿Llevas mucho tiempo esperando?

—Un ratito —respondí, metiendo la cuchara en el helado para coger una generosa porción de helado de chocolate—. Veinte minutos —reconocí un instante más tarde, llevándome la cuchara a la boca, saboreando el delicioso postre.

Darcy me miró, avergonzada.

—Lo siento —se disculpó—. Las duchas del gimnasio al que voy están averiadas y no he podido ducharme allí. Solo tenemos un baño en el apartamento y mi compañera de piso se ha tirado una eternidad dentro. —Se peinó el flequillo con los dedos, un gesto que hacía cuando se ponía nerviosa—. Tendría que haberte avisado. He intentado llegar lo antes posible.

Detestaba la impuntualidad, me parecía una falta de respeto. Normalmente, así lo expresaba, pero Darcy había sido tan dulce conmigo en el campamento, que no se lo tuve en cuenta.

—No pasa nada.

—¿Pido una cuchara y lo compartimos? —me preguntó, señalando mi helado.

—¿No prefieres uno para ti? —le ofrecí, intentando que no se me notase que prefería compartir un riñón que ese helado. Necesitaba todas esas calorías vacías en mi cuerpo.

Sin embargo, no debí ser tan sutil como creía, porque Darcy se rio.

—Mensaje captado —dijo, haciendo un gesto para llamar la atención de una de las camareras que pasaba por nuestro lado. Cuando la camarera se acercó a tomarnos nota, Dary le pidió un café solo y una bola de vainilla—. ¿Qué tal el regreso a la vida cotidiana? ¿Ya estás preparando todo para empezar tu primero año de universidad? ¿Ibas a ir a la Global Business , verdad?

Cuando en el campamento habíamos hablado sobre la universidad y Darcy me había preguntado qué iba a estudiar, no me había quedado más remedio que decirle que acudiría a la universidad Global Business a estudiar Negocios. También le había hablado sobre mi pasión por la moda, aunque no le había contado con orgullo que mi padre era el accionista mayoritario del portal de moda Rosis, y el segundo accionista de la marca de lujo Clasilda, y que, en un futuro, esperaba estar al mando de sus negocios relacionados con la moda.

Porque eso no iba a pasar. Mi padre había sido claro al respecto y por eso yo había decidido estudiar Diseño de Moda. Esa misma mañana me habían respondido de la universidad asegurándome que, aunque estaba fuera del periodo de inscripción, harían una excepción. A pesar de que tenía que cumplir con los mismos requisitos que el resto de alumnos y tenía que enviarles un portafolio en el que les presentase mi trabajo creativo. Eso era fácil, a lo largo de los años había acumulado diseños de ropa que me gustaría confeccionar, e incluso había confeccionado una camiseta para el equipo de voleibol del internado. Recordé que de niña confeccionaba ropa a mis muñecas; también pensaba enviarles fotos de esas ropas. Si mi trabajo les gustaba, tenía que pasar un examen de habilidades. No sería sencillo, pero estaba segura de que lo conseguiría. Me prepararía para ello.

—Al final he decidido estudiar Diseño de Moda —reconocí.

Darcy sonrió.

—Me alegro. No quería decírtelo, pero la verdad que, cuando hablabas de comenzar la universidad en septiembre, no parecías especialmente animada. Pero te brillaban los ojos cuando hablabas de moda. Además, hiciste dos disfraces solo con la tela de unas viejas cortinas. Y quedaron muy bien. Si llega a ser por mí o por el resto de monitoras, esas dos pobres niñas que se olvidaron los disfraces en casa hubiesen ido disfrazadas con bolsas de basura.

Me eché a reír, porque era verdad. La idea que había propuesto ella, era hacerle dos agujeros para los ojos y otro para la boca a una bolsa de basura grande blanca. Y tachán, disfraz de fantasma.

En realidad no era mala idea del todo. Pero teniendo en cuenta que el resto de niñas llevaban disfraces confeccionados a medida, aquello solo avergonzaría a las dos pequeñas olvidadizas.

—Sí, supongo que, al final, he tomado la decisión correcta.

—¿Y a tu padre no le ha importado?

En vez de responder a la pregunta, me metí una cucharada de helado a la boca.

—Tengo que comprarme un pintalabios. —Si a Darcy le sorprendió que cambiara de tema, no hizo ningún comentario al respecto—. ¿Te importa acompañarme más tarde?

Darcy se mordió el labio inferior.

—La verdad es que iba a proponerte ir al cine. Hoy es el último día en cartelera de … —chasqueó los dedos, intentando recordar el título de la película—, la película romántica que protagoniza Jennifer Lawrence. Me encanta esa actriz.

—A mí también, pero no tengo la menor idea de qué película me dices. —Últimamente, había estado tan absorta en mi mundo que no había tenido tiempo ni ganas para ver la cartelera —. Si te soy sincera, no sé si me apetece mucho ver una película romántica —reconocí, llevándome otra cucharada de helado a la boca.

Me consideraba una romántica empedernida, de esas que adoraban los libros y las películas de amor. Siempre arrastraba a Erin al cine o le obligaba a ver una película romántica, de esas que te hacían llorar a lágrima viva al final. Me gustaba vivir el amor, aunque fuese desde los ojos de otras personas. Pero ahora que había aceptado que nunca podría vivirlo por mí misma, me apetecía más ver una película de tiros donde me podía imaginar que era mi prometido el que sufría en sus carnes todos los disparos.

—¡¿Qué?! —Darcy parecía sorprendida—. Porfaaaa —dijo, alargando la última silaba y poniendo morritos, tal y como habían hecho las niñas en el campamento cuando nos pedían que las dejáramos acostarse más tarde—. Mi novio se niega a verla conmigo y no quiero ir sola.

Me reí, y aunque negué con la cabeza, acepté.

Porque, para qué mentirme a mí misma, ¿cómo iba a negarme a ver a Jennifer Lawrence en pantalla durante dos horas?

Nos encontrábamos esperando la cola de las palomitas dentro del cine del centro comercial cuando un chico con el pelo corto y rubio apareció de la nada y puso sus manos en los ojos de Darcy.

—¿Quién soy? —preguntó, provocando que Darcy emitiese un gritito de felicidad.

Darcy puso sus manos sobre las del chico y las apartó. Se giró para mirarlo con una gran sonrisa iluminando su rostro.

—¿Qué haces aquí?

El chico, en vez de responder, la besó. Aunque nadie nos había presentado, supuse que se trataba de su novio.

—Cuando me has enviado el mensaje diciéndome que ibas a ver la película, me he sentido mal por no acompañarte. Así que he venido y me he comprado una entrada.

—¿No estabas en casa de Cathal jugando al Call of Duty?

El chico asintió.

—Sí, estaba enfadado porque después de pasar quince días separados preferías ver una tonta película en vez de quedarnos juntos en la cama. —A pesar de que bajó la voz al pronunciar las últimas palabras, le escuché con claridad. Yo y las dos chicas adolescentes que estaban detrás de

nosotros, que compartieron codazos suaves y risas—. Pero me he dado cuenta de que estaba siendo un idiota. Mientras sea contigo, me da igual lo que estemos haciendo —dijo, provocando que Darcy volviese a besarlo.

Me llevé una mano a la boca con una sonrisa bobalicona dibujada en mis labios, porque hacían tan buena pareja.

—¿Vais a pedir algo? —preguntó la empleada de cine, que se encontraba detrás del mostrador.

No me había dado cuenta de que era nuestro turno.

—¿No son monos? —le dije a la empleada, señalando a la pareja. Esta puso sus brazos en jarras y farfulló unas palabras sobre que el tiempo que le estábamos haciendo perder—. Vale, vale —respondí, apoyando mis manos sobre el mostrador—. Una Coca-Cola Zero y una de palomitas de caramelo pequeña.

—Para mí un botellín de agua —pidió Darcy, que había terminado de demostrarle a su novio lo feliz que le había hecho—. ¿Tú quieres algo? —le preguntó al chico.

—Una de palomitas mediana y una cerveza —respondió él. Esa era una combinación rara —. Pago yo —me dijo cuando me vio sacar un billete de la cartera.

—Gracias, pero no hace falta.

—Insisto.

Fui a replicar, pero la dependienta carraspeó, señalando la fila de personas que esperaban detrás de nosotros.

—Vale, luego hacemos cuentas —cedí con resignación mientras cogía mi pedido que la dependienta había dejado sobre el mostrador.

—No es necesario. Yo os invito.

Iba a responderle, pero Darcy tiró de mí, llevándome hacia la sala del cine. Darcy no fue demasiado cuidadosa y tuve que apretar las palomitas contra mi pecho a la vez que con la otra mano sostenía mi bebida para no terminar tirando todo al suelo.

—Deja que pague él. Para un día que se estira —dijo, riéndose. Entorné los ojos a la vez que negaba con la cabeza, pero no insistí más—. ¿Te molesta que se una a nosotras? —me preguntó, bajando la voz para que su novio no pudiera escucharla—. Puedo decirle que se marche.

En realidad, aunque el plan inicial era ir solas, no me importaba que su novio se uniera a nosotras. Cuando alguien me caía bien, me gustaba conocer a la gente de su entorno. Me parecía una forma de conocer más a esa persona.

—No te preocupes. —Hice un gesto con mi mano, restándole importancia—. Así conozco a tu novio. En el campamento apenas me hablaste de él —añadí, dándole un codazo amistoso—. Además, me ha parecido muy romántico lo que ha hecho por ti.

—Gracias, Adele. —Darcy me ofreció una sonrisa cálida—. Podría habérselo ahorrado aceptando mi invitación desde el principio, pero, ya sabes, hombres… —Suspiró—. Siempre complicándolo todo.

Ojalá yo pudiese tener un novio con esas complicaciones y que todas mis preocupaciones fuesen que no quisiera venir a ver una película conmigo.

—Qué chica tan desagradable —murmuró el novio de Darcy, que nos acababa de alcanzar. Caminaba con su vaso de cerveza y sus palomitas de un tamaño más grande que las mías con una agilidad sorprendente—. Por cierto, no me has presentado a tu amiga.

Darcy miró a su novio y se dio una palmadita en la frente.

—Cierto, ella es Adele. Hemos sido compañeras en el campamento. Te hablé de ella. —El

chico entrecerró sus ojos, como si estuviera intentando acordarse de mí—. Adele, él es Colm.

—Encantada de conocerte por fin, Colm —dije, aunque como le acababa de decir a mi amiga, apenas me había hablado sobre su novio.

Observé detenidamente al chico. Con el pelo corto y rubio y unos bonitos ojos castaños, era un chico atractivo. Era de una edad parecida a la de Darcy; tal vez, un par de años mayor. Llevaba una sudadera con el estampado del nombre de una universidad y unos vaqueros desgastados.

—Es un placer conocerte, Adele. —Colm esbozó una gran sonrisa—. ¿Tienes novio? —preguntó, provocando que Darcy abriese los ojos y le diese un codazo—. ¿Qué? —le preguntó, mirándola—. Cathal está soltero y ella es su tipo.

Darcy resopló.

—Para Cathal cualquier mujer es su tipo. Adele puede aspirar a algo mucho mejor que a un tío que se pasa el día en casa jugando a videojuegos y comiendo pizzas.

—Se pasa el día en casa porque no tiene novia. Estoy seguro de que Adele sería capaz de convencerlo para salir a la calle. ¿A que sí?

En vez de contestar a Colm, me reí. Los escuché murmurar algo entre ellos mientras entrábamos en la sala de cine, pero no les presté demasiada atención. Las luces aún estaban encendidas. Era una sala pequeña y, por suerte, apenas había gente, por lo que la mayoría de los asientos estaban vacíos. Así que, a pesar de que Colm había escogido un asiento en una fila diferente a la nuestra, pudo sentarse al lado de Darcy.

—Mira, este es él —me dijo Colm, que no era de los que tomaban una indirecta como respuesta.

A pesar de que su novia se encontraba entre los dos, él me pasó su móvil. Riéndome por su insistencia, lo sostuve y miré la pantalla, en la que aparecía Colm con un chico, ambos sentados en la hierba, con un bonito lago detrás de ellos. No conocía a su amigo, pero me compadecía de él, ¿cómo se le ocurría a Colm enseñarme una foto así? Mientras Colm salía perfecto y sonriente, su amigo tenía la boca abierta y los ojos entrecerrados por el sol. Desde luego que no era su mejor foto. El chico llevaba unas gafas de montura negra y tenía el cabello castaño y ondulado. Me fijé en su camiseta negra, reconociendo el dibujo serigrafiado como uno de los personajes de Marvel, pero no recordaba el nombre.

El amigo de Colm no era el tipo de chico que me solía atraer, pero no me hubiese importado conocerle. Porque nunca se sabía dónde podías encontrar el amor, ya que el príncipe azul podía ser cualquiera. Incluso aquel que a primera vista no te llamaba la atención.

—¿Quedamos un día los cuatro? —me preguntó Colm cuando le devolví el móvil, provocando que Darcy entrecerrara los ojos.

Quería decir que sí, pero no podía. No cuando en poco más de quince días iba a ser una mujer casada.

Por eso, me limité a decir:

—Parece simpático.

Atisbé cómo Colm abría la boca para decirme algo más, pero, afortunadamente, las luces se apagaron y la pantalla se iluminó, distrayéndolo. El sonido envolvió el ambiente. Por el rabillo del ojo vi cómo Darcy colocaba su cabeza en el hombro de su novio y este le daba un cariñoso beso en el pelo.

A mi lado, se sentó una pareja de mediana edad. Ambos compartían un balde palomitas. Él le susurró algo al oído, haciéndola reír.

No pude evitar la sensación de soledad que se apoderó de mí. Era como si el universo me

estuviese recordando que nunca tendría lo que tenían ellos Nunca podría conocer el verdadero amor. Nunca sabría lo que se siente cuando la otra persona es todo tu mundo.

Tratando de no pensar demasiado en ello, traté de centrarme en la película y en terminarme todas las palomitas que me quedaban. Sin embargo, tal y como pensaba, ver una película de comedia romántica no había sido la mejor idea para ahogar mis penas. Porque ni siquiera llevábamos media hora de película, que cuando los protagonistas acudieron juntos a una fiesta y tras varios bailes terminaron besándose, sentí que había tenido suficiente.

No soportaba las miradas cómplices entre ellos, ni la sonrisa de él cada vez que la miraba. Todo era fingido, ya que formaba parte de un guion, pero para mí se sintió muy real.

Porque yo jamás tendría eso.

—Darcy —ella ladeó su cabeza al escuchar su nombre y yo aproveché para limpiar la lágrima que recorría mi mejilla, agradeciendo que con la oscuridad de la sala no pudiera verme con claridad—, tengo que ir al baño.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta.

Ella asintió, volviendo a apoyar su mejilla en el hombro de su novio y centró su atención en la película. Sentí una opresión en mi pecho mientras recorría el pasillo de la sala hasta llegar a la puerta. La empujé con fuerza, deseando salir de allí. Cuando estuve fuera, cerré los ojos y respiré hondo, sintiendo cómo, poco a poco, la opresión iba disminuyendo hasta desaparecer por completo. Abrí los ojos, sintiéndome más tranquila.

Un hombre que se encontraba a mi lado llamó mi atención. Estaba casualmente apoyado en la pared y sostenía un móvil en su mano derecha. Era muy alto y musculoso; estaba convencida de que se pasaba horas en el gimnasio. No parecía mucho más mayor que yo. Sin embargo, había algo en su rostro que me advertía que era mejor que me mantuviese alejada de él. Era una tontería, porque el chico ni siquiera me estaba mirando; su cabeza estaba gacha, con los ojos fijos en la pantalla de su teléfono. Posiblemente, su novia le había obligado a ver la película y había usado la excusa de que tenía que responder a un mensaje para salir de la sala. O, igual, de verdad había tenido que salir por una urgencia.

No tenía ni idea, pero me gustaba imaginarme la vida de las personas que me encontraba. Era un viejo juego que había empezado cuando era pequeña y que, con los años, se había convertido en una costumbre.

Me giré para mirar la puerta durante unos instantes. Como lo último que me apetecía era volver a entrar dentro, decidí sentarme en uno de los bancos que se encontraban frente a las diferentes salas. Con la idea de hacer tiempo, me dediqué a observar a las personas que se encontraban allí. La mayoría estaban comprando algo de comer antes de que la película que iban a ver comenzase. Otros salían de las salas en las que las películas se estaban emitiendo para ir al baño o comprar algo de beber.

—¿Qué hace una chica tan guapa como tú sola en un lugar como este? —Una voz masculina provocó que mirase hacia arriba.

Era un chico joven, no mucho más mayor que yo. Era rubio, con su piel bronceada y unos llamativos ojos azules. Era un chico guapo, del tipo de chicos que llamaban mi atención. Llevaba una camisa de manga corta blanca y unas bermudas azules, a conjunto de unas chanclas del mismo color.

—Esa es una frase de ligoteo bastante cutre —le respondí, riéndome.

El chico hizo una falsa mueca de tristeza.

—Debe ser la falta de costumbre. Por lo general, suelo ser demasiado tímido como para

comenzar una conversación con una chica —me dijo con una sonrisa que evidenciaba que estaba mintiéndome. Pero no me molestó. Al contrario, me pareció agradable—. ¿Puedo sentarme?

—Claro —contesté, moviéndome hacia un lado para dejarle sitio.

A diferencia de mi mejor amiga Erin, me consideraba una persona sociable. Me gustaba conocer gente nueva y, desde pequeña, debido a los constantes eventos a los que mi padre tenía que acudir, había aprendido a relacionarme con personas desconocidas. Sabía lo que debía decir en cada momento y era capaz de hablar sobre casi cualquier tema.

—¿Estás esperando a que abran la sala seis? —me preguntó el chico, señalando con la barbilla la sala con la puerta cerrada que se encontraba a nuestra derecha y un cartel anunciando una película de acción—. Podemos verla juntos —ofreció—. Mi amigo me ha dejado tirado en el último momento y ya había sacado la entrada, pero no me gusta ir solo al cine.

No sabía si la historia que me estaba contando era cierta o tan solo era una excusa para ligar conmigo. Quizá, hasta había parte de ambas.

—En realidad, no. He venido con una amiga y su novio a ver la película de Jennifer Lawrence, pero he tenido que salir de la sala.

El chico hizo una mueca.

—Te entiendo, yo tampoco soporto las películas románticas.

—A mí me gustan, pero hoy no estoy de humor para eso.

—¿Y eso? —inquirió, arqueando una ceja—. ¿Algún idiota ha roto tu corazón? ¿Tengo que pegar a alguien? —preguntó antes de que pudiese responderle a la vez que movía sus puños golpeando al aire.

Me reí a carcajadas. Con una risa verdadera. Una que no había empleado desde que me enteré de mi compromiso.

—Eres un tonto —dije, dándole un pequeño empujón en el hombro.

—Pero te he hecho reír —apuntó, y no pude negárselo—. Parecías triste, y no me gusta ver a una chica guapa triste.

—Gracias, lo necesitaba —reconocí con una sonrisa. Aquel desconocido me había ayudado a relajarme y a distraerme—. Ya han abierto tu sala —le informé cuando vi que abrían la puerta de la sala seis—. No quiero que te la pierdas por mi culpa.

El chico miró a la gente que comenzaba a entrar en la sala, pero no se movió.

—He sacado dos entradas pensando que mi amigo vendría. —Metió su mano en el bolsillo derecho de sus bermudas y sacó lo que parecían dos entradas de cine. Dejó una sobre mi muslo y me tendió la otra—. Úsala y ayúdame a vengarme.

—¿Vengarte?

—Me la ha pagado y no solo no pienso devolverle el dinero, sino que, encima, voy a estar acompañado de una chica preciosa. Va a rabiar.

Volví a reírme. Ese chico me caía bien. Muy bien. La antigua Adele, la que no estaba comprometida, hubiese aceptado su oferta. Y, posiblemente, se hubiese besado con él en cuanto se apagase la luz de la sala de cine.

«¿Y por qué no podía hacerlo?»

La pregunta apareció en mi mente. No le debía nada a Callum. Él me había dejado muy claro que lo nuestro iba a ser un matrimonio de conveniencia del que no podía esperar nada más.

Entonces, ¿cuál era el problema?

—Supongo que no es una mala idea —contesté, agarrando la entrada.

El chico sonrió y se levantó. Estiró su brazo para que cogiese su mano y ayudarme a levantarme. Lo fui a hacer, pero no llegué a hacerlo, ya que el hombre del móvil apareció

empujando a… ni siquiera sabía su nombre. No nos habíamos presentado.

—¿Pero qué cojones haces? —le preguntó con sorpresa mi nuevo amigo.

—Lo que deberías preguntarte es que te voy a hacer si te atreves a tocarla—siseó el hombre, con expresión amenazante.

Observé a ambos hombres con incredulidad, sin entender qué estaba pasando.

Mi nuevo amigo miró fijamente al hombre del móvil durante unos instantes. El hombre desconocido era enorme, un auténtico armario, y era evidente que mi nuevo amigo estaba en inferioridad de condiciones. Este debió llegar a la misma conclusión que yo, porque con un rápido «nos vemos» se marchó a toda velocidad hacia el interior de la sala.

—Señorita Azikiwe, será mejor que entre a su sala —habló el hombre antes de que yo pudiera reaccionar—. Su amiga se va a preocupar.

Me quedé mirando al hombre, petrificada. ¿Cómo sabía quién era?

—¿Quién eres? —pregunté, a la vez que observaba a mi alrededor. Cada vez había menos gente, ya que todas las películas habían comenzado o estaban a punto de hacerlo. Pero, así todo, estaba en un lugar público, no me podía pasar nada.

—Soy Declan, su guardaespaldas.

—¿Mi padre me ha puesto un guardaespaldas? —repetí con incredulidad. No tenía sentido. Mi padre no tenía guardaespaldas. Él era un hombre rico, pero nunca nadie había amenazado su vida, y mucho menos la mía.

Declan me miró con una expresión imperturbable.

—No obedezco las órdenes de su padre, señorita. Solo obedezco a mi jefe.

—¿Y quién es tu jefe? —inquirí mientras me levantaba del banco en el que estaba sentada.

—Callum O’Donell. —El nombre salió de su boca con orgullo, como si fuese algo más que una relación normal entre jefe y empleado.

No me lo podía creer.

—Pues le puedes decir a tu jefe que, muchas gracias —dije con sarcasmo—, pero no necesito un guardaespaldas. Y ahora, si no te importa, mi nuevo amigo me está esperando para ver una película.

La verdad que después del comportamiento cobarde que había tenido ese chico dejándome allí sin saber si corría peligro o no, lo último que me apetecía en esos momentos era volver a verle. Pero no iba a permitir que nadie me dijese con quién tenía que juntarme.

—Eso no va a pasar —declaró Declan, colocándose delante de mí e impidiéndome el paso.

—¿Por qué no? Él no iba a hacerme daño, solo iba a ayudarme a levantarme. Y tú te has pasado de la raya.

Mis palabras no hicieron entrar en razón a Declan.

—Iba a tocarla. Y nadie toca a la mujer del jefe. Es una falta de respeto hacia él.

—¿Cómo dices?

—Si no quiere regresar a la sala, ¿quiere que la lleve a su casa?

Aquello era absurdo, y la verdad, que no entendía nada. Pero, de repente, todo cobró sentido. Callum no me había puesto un guardaespaldas por miedo a que me sucediese algo, si fuese así, él mismo me lo habría presentado. Callum había enviado a ese hombre para que me mantuviese vigilada.

¿Qué derechos se creía que tenía para enviarme a una niñera?

—Llévame hasta Callum —ordené con furia, cruzando mis brazos.

A pesar de que Declan trató de mantener una expresión de neutralidad, noté por la forma en la que abrió los ojos, que mis palabras le habían sorprendido.

—Lo siento, señorita Azikiwe, pero no puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

Era lo menos que podía hacer por mí después de haberse comportado de esa manera tan irrespetuosa. Además, Callum me debía una explicación.

—El jefe está ocupado —fue su respuesta, sin tan siquiera molestarse en darme un argumento.

Aquel comportamiento incrementó la furia que sentía dentro de mí, que crecía a cada segundo que pasaba.

—Muy bien —dije, descruzando mis brazos—, entonces le diré a mi padre que has intentado besarme. Mi padre se lo contará a Callum. Imagino que él también lo verá como una falta de respeto que tú intentes tocarme.

Declan me observó en silencio durante unos largos instantes.

—No lo dice en serio. —A pesar de sus palabras, pude notar el tono dubitativo en ellas.

—Ponme a prueba —le respondí con falsa seguridad, alzando la barbilla.

No quería jugar con el puesto de trabajo de ese chico. Y, por supuesto, que no pensaba cumplir mi amenaza, pero Declan no tenía por qué saberlo. Y aunque no era la mejor mentirosa del planeta, era buena tirando faroles. Por algo había ganado todos los años el torneo de *poker* clandestino que, por tradición, organizaban las chicas del último año del internado.

Declan negó con la cabeza.

—Está alterada, permítame llevarla a su casa.

—Como quieras —dije, encogiéndome de hombros—. Espero que mi padre se encuentre allí. Y si piensas que no me va a creer, estás equivocado. Soy su única hija, su princesa. Él cree todo lo que le digo.

Por lo general, mi padre tendía a creerme, pero dados los últimos acontecimientos, lo dudaba mucho. Pero eso era algo que Declan desconocía.

—Señorita Azikiwe, sea razonable.

—Tienes razón. No son ni las siete. Probablemente, aún no estará en casa. Será mejor que le llame —continué, sacando mi teléfono del bolso.

Busqué en los contactos, y cuando encontré el número de mi padre, le di a llamar. Inmediatamente, giré el teléfono para que Declan lo viese.

Él se quedó mirando la pantalla. Sonó una vez, dos. Mierda, me iba a salir el tiro por la culata. Pero antes de que sonara una tercera vez, Declan estiró la mano y colgó la llamada.

—Sígame.

Mientras salía del cine le envié un mensaje a Darcy avisándole que me había surgido un imprevisto y tenía que irme.

Seguí a Declan hasta un BMW negro en el *parking*. Me abrió la puerta del copiloto.

Hubiera preferido ir detrás. Ese hombre era peligroso, pero tenía la certeza de que no me haría daño, ya que seguía las órdenes de mi prometido y este me necesitaba viva para poder casarse conmigo.

Como no quería mostrar debilidad ni temor, me senté en el asiento y me puse el cinturón de seguridad.

Declan rodeó el coche y abrió la puerta del piloto para sentarse frente al volante.

—Señorita Azikiwe —me nombró, ladeando la cabeza para mirarme—, su prometido no es un hombre que aguante tonterías. No le va a gustar que se presente ante él para montarle una escena —me advirtió.

—Puede ser —hice una mueca—, pero, posiblemente, le guste menos enterarse de que,

aparte de intentar besarme, me has preguntado de qué color es mi ropa interior.

Declan suspiró y se pasó una mano por la cara.

Durante unos segundos no se movió, por lo que pensé que no me había creído.

—Como desee —dijo finalmente, sacándome de mi error y provocando que me mordiese el labio inferior para que no se dibujase una sonrisa en mi boca.

Capítulo 9

Callum

Esquivé el gancho de izquierda que Tristan me dio.

De todos los deportes, el boxeo nunca me había llamado la atención. Me había visto obligado a practicarlo cuando era un adolescente como una manera para aprender a defenderme. Sin embargo, había encontrado en él una forma de canalizar mi ira, de descargar toda la furia que bullía en mi interior.

Los O'Donell nos caracterizábamos por nuestras buenas maneras y temple calmado. Aunque, no siempre había sido así para mí. Si algo me había enseñado mi tío Howard era a controlar mi ira. Él me había enseñado que las batallas en nuestro mundo no solo se ganaban con fuerza bruta, sino con intelecto; que eran una partida de ajedrez.

Estaba de acuerdo con él. Pero, la violencia formaba parte de nuestro mundo. Y, muchas veces, aplicarla era la única manera de solucionar los problemas. No obstante, gracias a mi tío había aprendido a ejercerla solo cuando era necesario y de manera controlada, sin perder los estribos.

Después de la cena con Adele y su padre, necesitaba dar una paliza a alguien, fuese quien fuese. Pero Tristan había luchado contra mí millones de veces, y era más que capaz de defenderse de mí. Sobre todo, cuando mis golpes no estaban siendo todo lo certeros que deberían.

No estaba centrado. No podía estarlo cuando en mi mente se reproducía la discusión que había tenido con mi prometida. Yo no discutía con las mujeres. En realidad, no discutía con nadie si podía evitarlo. Mis interacciones con la mayor parte de personas del negocio consistían en ordenar; yo ordenaba y ellos acataban mis órdenes. A excepción de cuando se trataba de mi tío; en ese caso, a veces y cuando era necesario, las acataba yo. Pero discutir, eso era una pérdida de tiempo y de energías.

El problema era que Adele no era uno de mis hombres, ni una de las mujeres con las que me acostaba esporádicamente. Adele iba a ser mi esposa. La mujer a la que iba a estar atado el resto de mi vida.

Bueno… mujer. Puede que físicamente mi prometida fuera una mujer preciosa, con sus bonitos ojos castaños y esas curvas de infarto, pero en cuanto abría la boca me demostraba que tan solo era una niñata malcriada que estaba acostumbrada a obtener todo lo que deseaba con un chasqueo de dedos.

También era cierto que, mientras ella había tenido una vida tranquila, acomodada y consentida, yo a mis veinticuatro años había tenido que demostrar mi valía y había hecho cosas de las que, si Adele se enteraba, sufriría pesadillas el resto de su vida.

Pero eso no justificaba el comportamiento que estaba teniendo.

Un puñetazo en el estómago provocó que mi espalda golpease contra las cuerdas del cuadrilátero, devolviéndome a la realidad.

—Joder, tío, estás descentrado. Así no tiene gracia ganarte —se quejó Tristan.

—¿Eso crees, qué me has ganado? —pregunté con ironía.

Antes de que pudiese responder, me lance contra él y, menos de cinco minutos después, estaba derribado en el suelo. Pese a que no se levantó para continuar la pelea, me miraba con una

sonrisa satisfecha en su rostro. Joder, era mi mejor amigo, pero a veces, me sacaba de los nervios.

—¿Te rindes?

—Nunca —respondió—, pero por ahora, ya he hecho suficiente ejercicio. Tengo que reservarme para más tarde —añadió a la vez que se incorporaba para sentarse en el lienzo.

—¿Has quedado para entrenar con nuestros hombres?

Nos encontrábamos en uno de nuestros gimnasios. Uno de los varios que usábamos para que nuestros hombres se entrenasen y se mantuviesen en forma.

—He quedado con una mujer para cenar —contestó, levantándose—. Y, después, la voy a llevar a un hotel. Tengo intención de ejercitar cierto músculo hasta bien entrado el amanecer. —Señaló esa parte de su anatomía a la que se refería.

Puse los ojos en blanco mientras saltaba del *ring* y me quitaba los guantes, pasando de responder a Tristan. No tenía nada que decirle.

Aunque él era dos años menor que yo, a veces, en vez de tener veintidós años, parecía que seguía teniendo doce. Sin embargo, a la hora de la verdad, cuando realmente la situación lo requería, mi mejor amigo se comportaba como lo que era: un hombre de la mafia. Uno con el que siempre podía contar. Nunca me había fallado y eso era algo que valoraba de él.

En nuestro mundo, la lealtad era lo más importante.

—Por la forma en la que has competido, intuyo que la cena con tu prometida y tu futuro suegro ha ido bien.

Tristan me lanzó una botella de agua al aire. La sostuve y él cogió otra.

—Perfectamente —respondí con el mismo sarcasmo que él mientras quitaba el tapón con los dientes y le daba un largo trago a la botella—. Tan perfectamente que he decidido adelantar la boda. Me caso en dos semanas.

Tristan abrió los ojos.

—¿En dos semanas? —repitió—. Eso es muy pronto. —No me estaba juzgando, tan solo estaba constatando un hecho—. ¿Qué ha pasado?

—Nada nuevo —contesté, encogiéndome de hombros—. Me he cansado de las gilipolleces de mi prometida. No pienso alargarlo más. Necesito una mujer con urgencia y Adele Azikiwe es la elegida. ¿Para qué esperar durante más tiempo?

Tristan suspiró mientras se dirigía hacia las escaleras que llevaban a los vestuarios. Algunos de nuestros hombres se encontraban en las instalaciones entrenando. Aunque todos ellos eran conscientes de mi presencia, ninguno de ellos se atrevía a molestarme. Me respetaban, pero también me temían. Dos cosas que me había ganado a pulso, y de las que estaba orgulloso.

—Supongo que todavía no lo has anunciado.

—Lo anunciaremos mañana. —Sabía que los altos cargos tradicionalistas no iban a ver con buenos ojos que me saltase parte de nuestras costumbres, pero no dirían nada. No cuando sabían que necesitaba una esposa. No les quedaría más remedio que aceptarlo con resignación porque, al igual que yo, eran conscientes de que era lo mejor. Y en cuanto a los demás, como todo aquello que decidía, lo aceptarían sin rechistar.

—Otro disgusto para mi padre —comentó Tristan de manera cómica—. Él sigue cabreado conmigo por no haberle contado lo de tu prometida. Al parecer, no se creyó mi actuación.

—Él sabe que hay pocas cosas que yo haga de las que tú no seas consciente. Pero, a estas alturas, ya debería estar acostumbrado a que se las ocultes.

Tristan se encogió de hombros a la vez que abría la puerta de los vestuarios. No había nadie dentro, ya que los vestuarios principales se encontraban en la parte de arriba. Era una estancia

con dos duchas individuales, una pequeña zona con taquillas y un banco de madera para sentarse.

Aunque aquellos vestuarios podía usarlos cualquiera, era cuestión de respeto no hacerlo cuando alguno de los miembros de alto cargo de la familia se encontraban en el gimnasio. Era como una norma no escrita que todos los miembros de nuestra familia cumplían.

—Supongo que sigue creyendo que algún día me convertiré en el hijo que siempre ha deseado.

—Espero que no, ya que ese hijo nunca podría ser mi segundo cuando me convierta en el jefe.

No era ninguna sorpresa que ese puesto sería suyo. Tristan era mi mejor amigo; mi hombre de confianza. Sin embargo, Tristan nunca había estado interesado en escalar en la pirámide. No se movía por interés y no tenía esa ansia de poder que la mayor parte de hombres de nuestro mundo poseían.

Y no podía decir que eso fuera algo necesariamente positivo, ya que durante unos cuantos años tuve que considerar a otras personas para el puesto de mi segundo, porque ni siquiera tenía claro que Tristan fuera a aceptar. Por supuesto que podría obligarle a hacerlo, pero no era como deseaba que fueran las cosas entre nosotros.

—No vas a librarte de mí tan fácilmente. —Tristan esbozó una sonrisa y me golpeó en el hombro con su mano. Un golpe supuestamente amistoso, aunque ejerció más fuerza de la necesaria—. Me sorprende que tu tío Howard no estuviera preocupado de que me fuera de la lengua con mi padre. ¿Eso quiere decir que tengo la confianza del jefe? —preguntó mientras se desnudaba y tiraba la ropa sudada al suelo para, acto seguido, coger una de las toallas limpias de una de las estanterías que colgaban de la pared.

—Él no me dijo que no podía contártelo —respondí con honestidad—. De todas maneras, él sabe que no hay ningún riesgo. Aunque no confiara en ti, es consciente de que, con tal de joder a tu padre, tampoco se lo contarías —añadí a la vez que me deshacía de mi camiseta y del pantalón corto negro de deporte. Pero, a diferencia de Tristan, yo metí la ropa sucia en la bolsa de deporte que había llevado conmigo. No me gustaba el desorden, nunca lo había hecho.

Tristan soltó una carcajada mientras se dirigía a una de las duchas.

—Viejo astuto —masculló—. En eso, le tengo que dar la razón.

Tristan no iba a negar lo evidente. Su relación con su padre no era la mejor. Ambos tenían opiniones muy diferentes. Fallon era un tradicionalista de la vieja escuela, mientras que Tristan… Él era mucho más relajado —a veces, demasiado—. Y, como hijo único de Fallon, las exigencias eran muy altas, por lo que ellos chocaban muy a menudo.

Imité las acciones de mi amigo usando la ducha libre. La charla con Tristan había logrado lo que no había conseguido el boxeo: relajar mi mente.

—Así que mi mejor amigo abandona la soltería —me dijo Tristan cuando salí de la ducha con la toalla enroscada en mi cintura. Él se encontraba sentado, desnudo, encima del banco de madera—. Puedo darte consejos sobre la vida de casado —ofreció.

Me reí sin humor.

—Llevas menos de un año casado y tu matrimonio es un desastre. Dudo que tus consejos me sirvan para algo.

Tristan nunca había querido casarse. Esa era una de las mayores discusiones que había tenido con su padre a lo largo de los años. Mi mejor amigo se consideraba un pájaro libre y veía el matrimonio como una jaula en la que no estaba dispuesto a encerrarse. Fallon llevaba

buscándole prometidas a Tristan desde que este era un adolescente. Una y otra vez, Tristan se negaba rotundamente, hasta que, el año pasado, nos sorprendió aceptando repentinamente una de las propuestas de su progenitor.

Todos creían que había madurado. Pero yo conocía a Tristan mejor que eso. Sabía que había algo más detrás de ese brusco cambio de opinión. Algo que él había decidido no compartir conmigo y que yo respetaba que no lo hiciese.

Aunque su boda no había sido tan precipitada como iba a serlo la mía, sí que el anuncio de su compromiso había sido repentino y la boda había sido rápida. Suponía que Fallon quería organizarlo todo antes de que su hijo cambiara de idea. Sobre todo, porque Fallon tenía una muy buena relación con el progenitor de la mujer de Tristan, un alto cargo de una familia de la mafia de Chicago.

—Winter no ha huido y sigue fingiendo que es feliz a mi lado cuando vamos a algún evento juntos —dijo Tristan sin molestarse en negar mi afirmación—. Me lo tomo como un triunfo —añadió, alzando los hombres.

La relación entre Tristan y Winter no era buena. Tristan no soportaba a su mujer. No lo hacía desde el primer encuentro que tuvieron. Tampoco se había molestado en fingir que la toleraba; al menos, no delante de mí.

—Es posible que no finja. Posiblemente, le hace feliz que viváis en una buena casa y que pueda seguir teniendo una buena vida.

Al fin y al cabo, como la mayoría de relaciones de nuestro mundo, el matrimonio de Tristan y Winter era de interés.

—Eso y que cada vez pase menos tiempo por casa, así puede tirarse a su entrenador de tenis sin interrupciones.

Fruncí el ceño. Ese era un dato que él no me había contado.

—¿Y el entrenador sigue vivo? —pregunté, a la vez que usaba una de las tollas para secarme el pelo.

—Mientras siga logrando que mi mujer está tan preocupada porque no la descubra que no me pide ni una explicación de lo que hago o dejo de hacer, seguirá vivo. No sabes lo tranquilo que estoy desde que no me vuelve loco con sus putas quejas y exigencias.

—Yo ya le hubiese cortado los huevos y enterrado vivo —confesé—. No importa lo insufrible que sea mi mujer. Ella será mía y solo yo tendré derecho a tocarla. Y tú deberías hacer lo mismo. Si alguien de la familia se entera de que ella está con otros hombres, vas a parecer débil.

Tristan se rio.

—Confía en mí, prefiero parecer débil ante nuestros hombres que tener que aguantar el mal humor de esa mujer. Lo primero puedo solucionarlo cortando lenguas.

Negué con la cabeza. Yo no permitiría que Adele se comportase de esa manera.

—Ella debería serte fiel.

—Y yo debería ser un buen marido —dijo, sorprendiéndome—. Es una mujer insoportable, pero siendo justos, yo tampoco se lo estoy poniendo fácil. —Se pasó una mano por su cabello húmedo—. Olvidémonos de esa insufrible mujer y centrémonos en tu despedida de soltero. —Tristan cambió de tema—. Como has adelantado la boda, tendré que organizarte algo rápido.

Con un suspiro, recogí mi ropa limpia y me vestí.

—¿No vas a vestirte?

No conocía a ninguna persona que le gustase tanto estar desnuda como a él.

—Cuando me seque. Ya sabes que las toallas me irritan esa parte tan importante de mi

anatomía.

Puse los ojos en blanco. Cogí su ropa de la taquilla y se la tiré.

—Vístete —le ordené—. Tenemos negocios que atender. Y olvídate de la despedida de soltero, no necesito una.

—Vamos, ¿cómo vas a casarte sin despedida de soltero? —Tristan me miró con fingida indignación—. Tú me organizaste una, lo menos que puedo hacer es organizar la tuya. —Se levantó del banco para ponerse los calzoncillos, pero volvió a sentarse de nuevo.

—Me obligaste a organizarte una —le corregí. Tristan había estado insistiendo durante semanas en una despedida de soltero y, al final, gilipollas de mí, había terminado cediendo—. Y cuando te organicé una como tú querías, teniendo que soportar a los imbéciles de tus primos, desapareciste en el club de *striptease* cuando apenas había empezado y no volviste a dar señales de vida hasta el mediodía del día siguiente. —El muy cabronazo se fue a casa y me dejó tirado.

—Fue tu culpa por comentarlo delante de mi padre. Él se enteró e hizo su lista de invitados.

—Ni siquiera tuvimos diversión.

—En realidad, fue sorprendentemente divertida —contestó con la mirada perdida, como si estuviera absorto en sus pensamientos.

Bufé.

Ni siquiera debía de sorprenderme. Así había sido siempre Tristan: me convencía de hacer algo, y cuando las cosas no salían como él quería o le salía un plan mejor, me dejaba tirado.

—Nada de despedidas —sentencié. Tristan hizo una mueca—. Tristan —le advertí.

—Soy tu mejor amigo. —me recordó, levantándose. Se acercó a mí y pasó un brazo por mis hombros, rodeándolos—. ¿Quién mejor que yo para saber lo que necesitas? Por eso me elegiste.

Ese era el argumento más absurdo que había escuchado en tiempo. Y mira que en este último mes había tenido que oír cada estupidez…

—En realidad, no me caías bien. —Tristan y yo llevábamos coincidiendo en fiestas y eventos desde que ambos teníamos uso de razón—. Siempre estabas rodeado de niños, haciendo bromas que no tenían ninguna gracia. No te soportaba —reconocí, mientras me deshacía de su agarre—. En realidad, creo que sigo sin hacerlo.

Tristan se rio, sin molestarse por mis palabras.

—Pero me defendiste cuando el abusón de Tavish se metió conmigo.

Cierto. Recordaba bien ese día. Tristan tenía siete años y yo nueve. Tavish estaba celoso porque Tristan era el centro de atención; algo que, a día de hoy, seguía sin cambiar. Con su personalidad bromista y su carisma, Tristan siempre había atraído todas las miradas.

Tavish se metió con él, tratando de humillarlo, y yo, que me encontraba cerca, intervine para defenderlo. Algo a lo que yo no le di la mayor importancia, pero que para que Tristan sí la tuvo. Desde ese momento, se convirtió en mi sombra y empezó a seguirme a todos lados. El muy imbécil se autoproclamó mi mejor amigo.

—Porque Tavish me caía peor que tú —señalé como si fuera obvio.

—Tonterías —murmuró Tristan—. Yo caigo bien a todo el mundo.

—A mi padre casi le da un infarto cuando empezó a verte conmigo. —Aunque eso tampoco era algo que estuviera relacionado con la personalidad de Tristan. Mi padre no soportaba a Fallon, y que Tristan pudiera convertirse en mi mano derecha, lo sacaba de quicio—. Es en lo único que mi padre y mi tío han coincidido siempre: en lo mal que les caía tu padre.

Las razones eran muy diferentes. Mi padre no soportaba a Fallon porque este siempre había mirado por el bien de la familia y veía que mi progenitor, con sus hábitos, iba a llevarnos a todos a la ruina. Fallon era el único que tenía cojones para enfrentarse a mi padre.

Mi tío no lo soportaba porque sus personalidades no encajaban, pero lo respetaba.

—Y no me extraña, ese viejo gruñón es insoportable. —Tristan resopló—. Yo tampoco puedo con él.

—Tienes más suerte de la que crees, Tristan.

Yo hubiera matado por tener a un padre como Fallon. Era muy estricto, testarudo, y hacía todo lo posible para controlar a su hijo, pero, en el fondo, se preocupaba por él. Puede que no lo manifestara y que sus formas no fueran las correctas, pero Fallon quería a Tristan. Lo quería como Ferguson nunca me había querido a mí.

—Tu padre tuvo el final que se merecía —me dijo Tristan, leyendo mis pensamientos y poniéndose serio por una vez en su vida—. Tu tío hizo lo correcto matándolo.

Mi tío.

Iba a responder, pero no llegué a hacerlo porque la puerta del vestuario se abrió y la persona que menos esperaba apareció en el umbral.

Capítulo 10

Adele

A veces, era demasiado impulsiva.

Mi abuela solía decirme que era un rasgo que había heredado de mi madre. Un rasgo que, en momentos como ese, jugaba en mi contra.

Para cuando me di cuenta del error que había cometido metiéndome en el coche de Declan, ya era demasiado tarde. Observé con perplejidad a mi alrededor cuando aparcó el vehículo. A pesar de que aún era de día, aquella zona era oscura y no veía a una sola persona por allí. Parecía una zona industrial, con unas cuantas fábricas que tenían pinta de estar completamente abandonadas. Aunque el *parking* en el que Declan había aparcado era amplio, tan solo había un par de coches más aparte del nuestro.

Aquel no parecía un sitio muy frecuentado. Cuando le había pedido que me llevase hasta dónde Callum, esperaba que fuésemos a su casa o, quizá, hasta sus oficinas. ¿Qué hacíamos allí?

No conocía de nada a ese hombre; ni siquiera sabía si realmente trabajaba para Callum, tal y como él me había dicho.

Si me mataba y escondía mi cuerpo allí, nunca me encontrarían. Había sido una completa estúpida dejándome llevar por un arranque.

¿Por qué había tenido que heredar lo peor de mis progenitores? Malditos genes.

Declan se quitó el cinturón de seguridad, pero yo no me atreví a hacer lo mismo. Me quede inmóvil, tragando saliva, pensando en cómo iba a salir del lío en el que me había metido yo solita.

Por el rabillo del ojo vi cómo Declan salía del coche para rodearlo y abrir mi puerta.

—¿Se encuentra bien? —preguntó cuando no hice ademán de moverme.

Con todo el disimulo que fui capaz, abrí el bolso para meter mi mano y sostener el teléfono con fuerza. Si a Declan se le ocurría hacerme algo, podría llamar a alguien antes de que se abalanzara sobre mí. Lentamente, ladeé mi cabeza para mirarlo, tratando de mantener la calma.

—Por favor, no me hagas daño. Te prometo que no le diré nada a mi padre. Llévame de regreso al centro comercial, por favor.

Declan abrió los ojos ante mis palabras y negó con la cabeza.

—No voy a hacerla daño. Es la prometida del jefe y él me ha ordenado protegerla, daría mi vida por usted.

Él parecía sincero, incluso ofendido porque yo hubiese tenido la desfachatez de desconfiar de él.

—¿Y entonces por qué me has traído aquí?

—Me ha pedido que le lleve con Callum —dijo, con palabras lentas, como si yo fuese una niña pequeña asustadiza a la que había que explicarle las cosas con cuidado—. Y es lo que he hecho.

No tenía mucha idea de los negocios a los que Callum se dedicaba, pero dudaba que tuviese su oficina allí. Aunque sabía que muchos de los negocios de la mafia no eran legales; otros, sí lo eran.

Dos hombres altos y fuertes salieron de uno de los edificios con unas bolsas de deporte en sus hombros. Tenían un aspecto peligroso que me reafirmó en que debía marcharme de allí

cuanto antes.

—He cambiado de idea. Quiero irme a casa.

Declan me observó con confusión.

—No tiene nada que temer. —Declan siguió mi mirada hacia los hombres. Estos ladearon la cabeza hacia nosotros, pero rápidamente giraron hacia la derecha, desapareciendo de mi vista—. Callum se encuentra en el interior. —Señaló el edificio del que habían salido los dos hombres—. Este es uno de los gimnasios que posee la familia O'Donell. Es privado.

No me extrañó que Callum poseyese un gimnasio privado. Mi propio padre había mandado construir uno en nuestra casa. Aunque había pensado que mi prometido se ejercitaría en un gimnasio en el centro, con una bonita fachada y rodeado de edificios y tiendas de lujo.

En realidad, había sido una suposición, porque no lo conocía. No sabía nada de él. No era como si me hubiese molestado en conocerlo, pero él tampoco parecía muy interesado en que lo hiciese.

—¿Solo lo usa él? —pregunté.

—No, podemos usarlo todos.

—¿Callum os cobra por utilizar el gimnasio?

Declan abrió la boca, como si fuese a decir algo, pero la cerró sin emitir ninguna palabra. No hizo falta, ya que supe a la perfección lo que iba a decir. Él se estaba preguntando a qué venía esa pregunta tan extraña. No era la primera vez que me recriminaban algo así. Pero no me importaba, yo era una mujer curiosa. Y preguntando era la mejor manera de conocer a las personas.

—No, podemos ejercitarnos en este y el resto de gimnasios sin costo alguno.

Bueno, eso era algo bondadoso por parte de mi prometido. O quizá interesado. Como siempre decía mi padre: empleados contentos, empleados que trabajan mejor.

—Eso es un buen gesto con sus empleados.

—No somos empleados, somos miembros de la familia —dijo, como si le hubiese ofendido.

La familia O'Donnell. Una familia de la mafia. Ese era un término que no acababa de entender. Declan trabajaba para Callum y eso para mí era ser un empleado, pero tanto su tío como él habían hablado en todo momento de sus hombres como miembros de su familia. Suponía que la mafia tenía sus propias normas diferentes al resto de los humanos, por lo que asentí con la cabeza como disculpa silenciosa.

Declan seguía sujetando la puerta y, al final, claudiqué. Me quité el cinturón de seguridad y descendí del coche.

Seguí a mi guardaespaldas al interior de almacén, que resultó ser un gimnasio, tal y como me había dicho. Aunque no era un gimnasio como a los que estaba acostumbrada.

No había máquinas de correr, ni elípticas, ni bicicletas estáticas. El centro de la estancia lo reinaba un *ring* de boxeo encima del cual, en ese momento, dos hombres se golpeaban de una manera poco amistosa.

Tres hombres estaban haciendo *burpees* y otro estaba golpeando un saco de boxeo.

—¿Dónde está el jefe? —le preguntó Declan a un hombre que se acercó a nosotros.

Ese hombre parecía estar a principios de sus treinta e iba ataviado con ropa de calle. No parecía encontrarse allí para hacer ejercicio.

—¿Quién es ella? —inquirió, enarcando una ceja y cruzando sus hombros.

—Eso no es de tu incumbencia, Paul —le respondió Declan con un tono hostil.

Paul desvió su mirada de Declan a mí durante un par de veces, como si estuviera decidiendo qué hacer. Era evidente que la relación entre ambos hombres no era demasiado buena.

—La última vez que le he visto estaba entrenando con Tristan —contestó finalmente—. Igual han ido al despacho —dijo, señalando unas escaleras que conducían hacía una segunda planta, donde había una estancia con cristaleras desde la que se podía observar la planta inferior del gimnasio, que era donde nos encontrábamos. Los cristales estaban tintados, por lo que si había alguien dentro, no podíamos verlo.

—Ahora vengo —me dijo Declan, dirigiéndose hacia el despacho—. Paul, asegúrate que no se mueve de aquí.

Paul emitió un sonido de fastidio, pero asintió con la barbilla. Pensé que Declan regresaría enseguida, pero cuando los minutos pasaron y no volvía, fui incapaz de quedarme quieta durante más tiempo.

Miré a Paul, que tenía sus ojos fijos en un punto del suelo, como si fuera lo más interesante del mundo.

—Necesito ir al baño.

Paul me miró de arriba abajo, como si no entendiese qué narices estaba haciendo allí; como si fuese poco digna de encontrarme en aquel lugar.

—Te esperas a que Declan regrese —espetó en un tono desagradable que no me gustó ni un pelo.

—¿Quieres que me lo haga encima?

En realidad, podía aguantar, pero necesitaba darme un poco de agua fresca en la cara antes de enfrentarme a Callum. La verdad era, que ahora que la furia del momento había pasado, no estaba muy segura de estar haciendo lo correcto. En el fondo, sabía que no lo era.

Paul entrecerró sus ojos y suspiró sonoramente.

—Bajando las escaleras hay un baño privado. La contraseña es 4765. No tardes.

No esperé a que lo repitiese dos veces y descendí las escaleras a toda velocidad.

Metí la contraseña en el teclado, pero la puerta no se abrió. Volví a intentarlo y emitió un pitido a la vez que una luz roja parpadeaba. Era buena recordando números. Me sabía de memoria mi número de teléfono, el de Erin, el de mi padre; incluso el de Darcy, a la que había conocido hacía poco.

No tenía ninguna duda de que no era yo la que estaba metiendo mal los números. Tal vez me está confundiendo de estancia. Al fondo del pasillo vi una puerta de madera y me dirigí hacia ella. No atisbé por ningún lado el teclado para la contraseña, así que giré el pomo para darme cuenta de que estaba abierta.

Algo que, de haber sabido lo que me encontraría en su interior, no habría hecho.

Un hombre, ataviado solamente en unos ajustados calzoncillos negros, se hallaba sentado en un banco de madera. Ladeó su cabeza hacia mí con asombro, pero pronto una mueca de diversión se dibujó en sus labios.

Rápidamente, bajé mi mirada hasta mis zapatos, avergonzada. Aunque, afortunadamente, no estaba desnudo y no era el primer hombre al que veía con tan poca ropa, la situación no podía ser más incómoda. Había invadido su privacidad entrando en lo que parecían ser unos vestuarios sin llamar.

—Lo siento, pensé que era el baño —me disculpé con rapidez; las palabras saliendo atropelladas de mis labios.

Fui a cerrar la puerta e irme cuando una voz me lo impidió:

—¿Qué haces aquí, Adele? —Alcé la mirada para ver a Callum. Se encontraba en medio del vestuario, observándome con una ceja arqueada y, gracias a Dios, completamente vestido—. Deja de reírte y vete. —Al principio pensé que esas últimas palabras también iban para mí, pero

pronto me di cuenta de que estaba hablando con el otro chico.

—Como usted mande, coronel —respondió despreocupadamente, haciendo un gesto con su mano. Se levantó de un salto del banco y cuando se agachó para recoger una camiseta blanca de suelo aparté la mirada, sin saber dónde meterme—. Soy Tristan, el mejor amigo de Callum. Encantado de conocerte por fin. —Cuando me di cuenta, el chico se encontraba frente a mí, ya vestido y estirando su mano derecha hacia mí.

No parecía mucho más mayor que yo; tal vez, unos pocos años. Su cabello castaño oscuro caía desordenadamente por su frente y unas pocas gotas se derramaban por rostro y camiseta. Tenía los ojos azules más claros que había visto nunca; tan claros que, por un instante, me pregunté si llevaba lentillas. Me fijé en la barba incipiente que adornaba su barbilla y sus labios curvados en una amplia sonrisa que mostraba una hilera de dientes blancos y perfectamente alineados.

—El placer es mío —respondí, aceptando su mano con cortesía, haciendo uso de los buenos modales que, por lo general, me caracterizaban.

—Callum me ha hablado mucho de ti. Él…

—Tristan —Callum llamó a su amigo, no permitiendo que terminara la frase—, vete —exigió.

Tristan entornó los ojos.

—Espero que podamos seguir conociéndonos en otro momento —dijo con una sonrisa, girándose para recoger un pantalón de chándal y meterlo en una bolsa de deporte. Después, cerró lentamente la cremallera; demasiado despacio, casi como si estuviera moviéndose a cámara lenta. Escuché a Callum bufar y no pude evitar sonreír, era evidente que Tristan estaba tratando de sacarlo de quicio.

—¿Te queda mucho? —preguntó Callum con los ojos entornados.

—Jefe —una voz que provenía detrás de mí impidió que Tristan respondiera. Ladeé mi cabeza para ver a Declan, que tragaba saliva y parecía visiblemente nervioso—, le he llamado para avisarle de que veníamos, pero no he logrado localizarle. Le he pedido a…

—Te ordené que vigilases a mi prometida, no que la trajeras aquí. —Las palabras de Callum eran serenas, pero firmes.

—Lo siento, jefe. —Declan bajó la mirada. Toda la seguridad que había mostrado conmigo se había evaporado en el instante en el que estaba delante de Callum—. He cometido un error.

—Deberías saber que no acepto los errores, Declan. Tampoco tolero la ineptitud.

Mordí mi labio inferior, sintiendo que la culpa me invadía por dentro. Declan no había sido la persona más agradable conmigo, pero ¿y si Callum lo despedía por aquel incidente? A pesar de que yo no lo veía para tanto, Callum no parecía contento.

—No lo despidas —intervine, dando un paso al frente—. Ha sido mi culpa —confesé. O, al menos, parte de ella. Callum fijó su mirada en mí y arqueó una ceja, como si dudase de mis palabras—. Le he amenazado con mentirle a mi padre diciéndole que había intentado tocarme si no me llevaba contigo.

Callum me observó durante unos segundos con una expresión indescifrable, pero, atisbé como, a su lado, Tristan curvó sus labios en una sonrisa divertida.

—¿Crees que voy a despedirle? —me preguntó Callum.

—¿No lo vas a hacer?

—Por supuesto que no —respondió.

Suspiré, aliviada, aunque también arrepentida. Había pensado lo peor de Callum. Había dado por hecho que él despediría a su trabajador sin importarle de quién fuese la culpa. Le había

juzgado creyendo que era un hombre frío y sin compasión.

—Lo siento, te he juzgado mal. He pensado que estarías enfadado con él.

—Y lo estoy, ha desobedecido mis órdenes y ha dejado que una mujer lo manipule. Y, por eso, aceptará su castigo.

Escuché a Declan tragar saliva detrás de mí. Pero no me giré para mirarle, ya que toda mi atención se encontraba en Callum.

—¿Castigarle? —repetí—. ¿A trabajar sin sueldo?

Una sonrisa peligrosa apareció en los labios de Callum.

—A recibir una paliza con mis puños —me aclaró. Un sonido ahogado salió de mi interior —. Y puede dar gracias que no le corto la lengua.

Me quedé lívida, paralizada. Él no bromeaba, hablaba completamente en serio.

—Callum —escuché la voz de Tristan. Ya no sonreía—. La estás asustando.

—Y tiene que asustarse —contestó Callum, que no parecía dispuesto a seguir la advertencia de Tristan.

Sus palabras provocaron que mi cuerpo comenzara a temblar. Quería pensar que las amenazas de Callum tan solo eran eso; simples amenazas vacías. Cuando en un trabajo un empleado no cumplía con lo establecido, el jefe lo echaba, no lo castigaba con una paliza. Sin embargo, mi prometido no trabajaba en una oficina, él pertenecía a la mafia.

Maldita sea, ¿con qué clase de hombre iba a casarme?

—Marchaos. —La voz de Callum interrumpió mis pensamientos. Escuché unos pasos detrás de mí alejándose y Tristan pasó a mi lado en silencio, cerrando la puerta detrás de él—. Adele, ¿estás bien? —me preguntó Callum con voz suave, acercándose a mí.

—Aléjate —ordené, retrocediendo un par de pasos hasta que sentí que mi espalda chocaba contra la puerta. No fui consciente hasta ese instante que había cruzado mis brazos sobre mi pecho.

Callum suspiró, pero se detuvo.

—Tan solo quería saber si estabas bien.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. Estás temblando.

—¿Si ya sabes la respuesta para qué me preguntas?

Callum se pasó la mano por la cara con cansancio. Inspiró profundamente y apartó la mano de su rostro, observándome en silencio. Sus ojos ya no parecían dos témpanos de hielo y su expresión se había suavizado. Él parecía más humano, pero eso hacía que me olvidara de las palabras que había pronunciado hacía un instante.

—No voy a hacerte daño, Adele. Jamás te pondré una mano encima. —Él retrocedió unos cuantos pasos, ampliando la distancia entre nosotros.

—Pero sí al resto. —Cuando Callum no respondió, pregunté: —¿De verdad vas a hacerle daño a Declan?

—Los errores tienen consecuencias. El castigo le servirá para no volver a cometer ningún error. Su deber es vigilarte, mantenerte segura. Si se deja manipular por ti, pone en peligro tu seguridad. Después de que me encargue de él, será un guardaespaldas mejor.

No podía creerme lo que me estaba diciendo.

—Entonces, castígame a mí, no a él. Ha sido mi culpa. Estaba enfadada porque me has puesto un guardaespaldas sin consultármelo.

Aunque más que un guardaespaldas, él había enviado a Declan a controlarme, pero eso preferí guardármelo para mí. Pese a sus palabras eran duras, Callum no parecía estar enfadado. Si

quería salvar a Declan de una paliza, tenía que andar con pies de plomo.

—También te estoy enseñando una lección a ti. A partir de ahora, tus acciones tienen consecuencias. No las vas a sufrir tú, pero sí los de tu alrededor.

—Prefiero sufrirlas yo.

—No hago daño a las mujeres, y menos a la futura madre de mis hijos. Y no pienso mantenerte encerrada en una habitación como si fueses una niña, como tampoco pienso estar todo el día dándote sermones sobre lo que se espera o no se espera de ti. Si te escapas de tu guardaespaldas o haces algo estúpido mientras estás bajo su cuidado, lo pagará él. Y la próxima vez, no seré tan bondadoso.

—¡¿Bondadoso?! —repetí con incredulidad, alzando la voz—. ¿Le llamas ser bondadoso a dar una paliza? ¿Qué otras atrocidades has hecho? —Después de lo que acababa de presenciar, le veía capaz de hacer cualquier cosa. No había querido verlo con claridad; no había querido hacerlo porque quería pensar que mi padre jamás me uniría en matrimonio con un mal hombre. Callum era un mafioso; un hombre peligroso. Esas personas mataban y torturaban—. Tengo derecho a saber con que clase de hombre uniré mi vida —exigí.

—Nunca he hecho nada que la persona no se merezca —contestó con severidad—. Soy un hombre de la mafia, Adele. He hecho, hago y haré lo que haga falta para que mi familia prevalezca. No soy un buen hombre, ni quiero serlo. Soy el heredero; el futuro jefe de la familia. Y aunque me pertenece el puesto por derecho de nacimiento, me lo he ganado por derecho propio. Y seguiré ganándomelo cada día de mi vida.

¿Qué quería decir eso?

—Eres un ser asqueroso —escupí, sintiendo que las lágrimas se acumulaban en mis ojos. ¿Con qué monstruo estaba obligándome mi padre a casarme?

Callum me miró con frialdad y con una expresión impasible. Mis palabras no parecieron afectarle.

—No voy a tolerar que me insultes, Adele. —Él no alzó el tono, pero su voz era severa—. Ya te he dicho que quiero un matrimonio basado en el respeto mutuo.

¿Después de amenazar con pegar a otro hombre tenía la desfachatez de hablar de valores? Como si él pudiese darme lecciones de moral a mí. Aquello era increíble.

—Voy a denunciarte a la policía —dije, antes de ser consciente de que lo estaba diciendo en alto.

Callum puso los ojos en blanco.

—¿Y por qué ibas a denunciarme exactamente? —preguntó con burla. Cuando no respondí, continuó hablando: —No harás una tontería como esa, Adele. Porque no tienes pruebas para acusarme de nada y, aunque las tuvieses, tu padre caería conmigo.

—Él me obliga a casarme contigo, ¿por qué debería importarme lo que le suceda?

Era mentira. Nunca haría nada que pusiese a mi padre en peligro.

—Joder —masculló—. Intento ser paciente y razonable contigo, pero acabas gastando toda mi paciencia. —Hizo una pausa antes de seguir hablando—. Uno de mis hombres te llevará a tu casa. Pórtate como una novia deseosa de casarse. Cómprate un bonito vestido, elige la cena del banquete. O no hagas nada de eso y quédate en casa relajada y tranquila. Pero como se te ocurra huir, te encontraré, y como te dije ayer, no hay lugar al que puedas escapar. Y necesitas saber que si vas a hablar con la policía con cualquier teoría alocada sobre mí, ellos me llamarán a mí para que me encargue de ti. Eso si tienes suerte. Si no la tienes, otros miembros de la mafia de otras familias pueden pensar que tienes pruebas que perjudican a la mafia, y créeme que, a diferencia de mí, no tendrán reparos en hacer daño a una mujer.

Ni por un segundo puse en duda las palabras que estaba diciendo.

—¿He sido lo suficientemente claro? —preguntó cuando no respondí.

Con los labios apretados con fuerza, moví mi cabeza en un asentimiento. Callum me miró con satisfacción.

—Vamos, Aaron te llevará a casa.

—¿Y Declan?

—Él se queda conmigo aprendiendo la lección.

Una lección que también iba para mí. Él no lo dijo, pero iba implícito en la frase.

Callum había conseguido su propósito. Pero si creía que podía controlarme con sus amenazas, estaba muy equivocado. Porque Callum podía obligarme a casarme con él, pero nunca dejaría de luchar contra él. Y esa era otra lección que él estaba a punto de aprender.

Capítulo 11

Callum

—Esto no era lo que tenía pensado para tu despedida de soltero —se quejó Tristan mientras aparcaba el coche en el aparcamiento subterráneo de la discoteca que era propiedad de la mafia rusa.

—No entiendo por qué no —le respondí con ironía mientras me encogía de hombros—. Vamos a una discoteca. Es algo que se hace en las despedidas de soltero.

—Sí, pero no por negocios. No me puedo creer que tu tío te obligue a reunirte con Mikhail Andreyev la noche antes de tu boda.

Mi tío no me había obligado, yo me había ofrecido. Y por la mueca en la cara de Tristan, él era consciente de ello. No me importaba. No quería una fiesta. No tenía nada que celebrar esa noche. Y tampoco quería beber y follar hasta olvidar. Lo primero, porque después de mi experiencia en mi anterior *no boda*, quería estar lucido para el día siguiente y poder lidiar con todos los contratiempos. No era tan idiota como para pensar que no los habría; tan solo había necesitado tener dos encuentros con mi futura esposa para saber que intentaría avergonzarme de una manera u otra.

Puede que al final se hubiese resignado a casarse conmigo, pero ella era una luchadora. No iba a ponerme las cosas fáciles por mucho que su padre me hubiese hecho creer los últimos días que su hija estaba emocionada preparando la boda.

Además, aunque era una estupidez, lo segundo no me parecía correcto. No cuando al día siguiente iba a unirme en sagrado matrimonio. La mayoría de los hombres de la mafia les eran infieles a sus esposas. No podía juzgarles, ya que eran matrimonios de conveniencia. Lo había vivido con mis padres. Había vivido la humillación que mi madre había sufrido por culpa de los escarceos sexuales de mi padre, quien no se había molestado ni en esconderlos.

Había odiado a Ferguson por muchas razones. Ese había sido el menor de sus delitos. Pero yo no les daría ninguna razón a mis futuros hijos para odiarme.

Adele estaba enfadada por verse obligada a estar atada a mí, pero ella no se daba cuenta de que yo no estaba menos atrapado que ella.

El hombre que nos había abierto la puerta del garaje se encontraba al lado del ascensor privado que llevaba hasta las plantas superiores del edificio, encima de la discoteca donde se encontraba el despacho del anfitrión.

Sin medir palabra, nos hizo una señal con la mano para que entrásemos en las puertas abiertas del ascensor. Cuando lo hicimos, él nos siguió. Sin embargo, al llegar a la planta, el hombre se quedó dentro del ascensor. Fuera en el pasillo, frente a nosotros, se encontraban otros dos hombres. Los había visto antes; formaban parte del equipo de vigilancia de Mikhail. Uno de ellos, se acercó hasta la puerta del despacho y la abrió para que pudiéramos entrar. Como de costumbre, no nos pidieron que dejásemos las armas fuera ni nos cachearon. Mi tío lo consideraba una muestra de respeto; yo no estaba tan seguro.

Mikhail se encontraba sentado en una silla detrás de su escritorio, ataviado con un traje de tres piezas gris, como era habitual en él. Al igual que la sonrisa que se le dibujaba en sus labios. Él siempre se mostraba amable y cercano. Actuaba como un hombre confiado, pero yo lo sabía mejor.

No tenía ninguna duda de que todo formaba parte de una puesta en escena muy estudiada. Él quería hacernos creer que su confianza en nosotros era plena, tanto que no veía la necesidad de protegerse. Pero era todo una farsa. Estaba seguro de que, si hacía cualquier mínima señal que él creyese que pudiese poner su vida en peligro, antes de que pudiese tomar otra bocanada de aire, una bala me atravesaría el pecho.

Mikhail era el hijo de Zinov Andreyev, el jefe de uno de los sindicatos de la Bratva que operaban en Irlanda. Zinov resultó ser una rata que no se conformó con el poder que fue adquiriendo con el paso de los años y chantajeó y engañó a diferentes familias para ampliar su imperio. Su ambición le llevó a cometer varios errores que Cian Maccarthy, el actual jefe de la familia Maccarthy, aprovechó para terminar con él el año pasado. A pesar de que Cian no era santo de mi devoción, cuando nos mostró todas las pruebas de lo que Zinov había hecho, todas las familias le apoyamos. ¿Cómo no hacerlo?

Mikhail apareció semanas después de la muerte de su padre buscando empezar de cero. Todas las familias de la mafia irlandesa le dieron la espalda. Todas, menos mi tío, quien vio en Mikhail una alianza beneficiosa para nosotros. Mikhail aseguraba no tener nada que ver con su padre, pero yo no le creía. No lo hacía ni por un segundo, pero de momento, quien tomaba las decisiones en mi familia era mi tío, y yo le obedecería, no solo porque fuese el jefe, sino porque se lo debía. Y aunque me hubiese gustado mandarlo a la mierda, no lo haría.

—Bienvenido, Callum. —Se levantó para rodear su escritorio y acercarse a mí. Estiró su mano para estrechar la mía. Cuando le devolví el saludo, su mirada se dirigió a Tristan—. Veo que has traído nueva compañía. Mikhail Andreyev, es un placer conocerte. Tristan arqueó una ceja en mi dirección, divertido. —Tristan Mccormack —se presentó, estrechando con entusiasmo la mano que Mikhail le tendió—. El placer es mío.

—Él es uno de mis hombres de máxima confianza —añadí—. Puedes hablar con total libertad delante de él.

—Tomad asiento —dijo Mikhail alegremente mientras señalaba las dos sillas colocadas frente al escritorio. Después, rodeó el escritorio para volver a sentarse en la silla que ocupaba minutos antes—. Esperaba a tu tío. —El tono casual de las palabras de Mikhail no me engañó. No supe si era un reproche porque mi tío no había acudido a la cita acordada, o tan solo tenía curiosidad por el cambio de opinión en el último momento.

Mikhail Andreyev no era fácil de descifrar, y eso no me gustaba. Prefería a las personas claras y transparentes que no tenían una doble clara. No obstante, no me quedaba más remedio que tratar con él. Porque, me gustara o no, lo necesitábamos.

—Siento decepcionarte —le respondí en tono neutral mientras caminaba hasta una de las sillas y me sentaba en ella—. ¿Te causa algún problema?

—En absoluto —dijo con una sonrisa que enseñaba sus dientes blancos y alineados que contrastaban con su piel bronceada—. Solo estoy un poco sorprendido. —Apoyó sus manos sobre la mesa del escritorio—. Pensaba que estarías disfrutando de tu último día como soltero.

—Y lo estoy haciendo —contesté, manteniendo una expresión vacía en mi rostro—. ¿Qué mejor que una reunión de trabajo? —A pesar de que mi comentario no pretendía ser sarcástico, Mikhail se rio—. Lo que me estoy preguntando es por qué has citado a mi tío de urgencias un viernes por la noche.

Giré la cabeza cuando me di cuenta de que Tristan no se encontraba a mi lado. Este continuaba de pie, mirando hacia la puerta. Seguí su mirada para encontrarme con un hombre que no había visto antes.

Tenía una edad parecida a la mía. A pesar de sus rasgos endurecidos; era un hombre joven.

Uno que posiblemente había pasado por mucho, uno capaz de cualquier cosa.

Llevaba pantalón vaquero negro. Me fijé en su camiseta de manga corta ajustada del mismo color con cuello en V que mostraba unos trazos de tinta negra a cada lado de su pecho; el comienzo de un tatuaje que no podía ver. Al contrario que el que llevaba en su antebrazo derecho, que pude observarlo con total claridad: una bala atravesada por una espada. El tatuaje del sindicato de la Bratva que lideraba Mikhail.

Sin mediar palabra, cerró la puerta tras él y se apoyó en una de las paredes con los brazos cruzados frente a su pecho.

Tristan se apoyó en la pared de la ventana, frente al hombre de Mikhail. Mi amigo no le quitaba ojo. Entendía la razón. Aquel hombre era peligroso. No hacía falta que hablase ni sacase sus armas para saberlo. Rezumaba violencia en todos los poros de su piel y no se molestaba en disimularlo. Conocía a los hombres como él. Yo hubiese sido así si no fuese por las enseñanzas de mi tío. Eso no significaba que fuese menos peligroso que él.

—¿No nos vas a presentar a tu hombre? —le pregunté a Mikhail volviendo a centrar mi mirada en él.

Mikhail intercambió una mirada con el hombre. Fue tan fugaz que hubiera pasado desapercibida si no fuera porque era muy observador. Casi me pareció que Mikhail le estaba pidiendo aprobación a su hombre. ¿Aprobación para qué? Aquello no tenía sentido, ya que Mikhail era quien tomaba las decisiones.

—No será necesario. Además, mejor no perder el tiempo en presentaciones, ¿no? —A pesar de sus palabras alegres, pude percibir cierta tensión en su rostro—. Os he llamado para hablaros de *un pequeño problemilla* que tengo.

No me gustó que cambiase de tema. Yo llevaba a mi segundo conmigo, por lo que era de ley que él estuviese acompañado por uno de sus hombres de confianza. Aunque por la sonrisa ladeada que apareció en la cara del hombre cuando vio que Tristan no le quitaba ojo, tuve el palpito de que más que su hombre de confianza era su sicario. Ese del que había oído hablar, pero no había llegado a conocer hasta ese momento.

El hombre que se encargaba de la parte más sucia de los negocios. En los pocos meses que llevaba en Irlanda ya se había ganado un apodo.

—¿Me equivoco si digo que eres el Carnicero? —pregunté, mirando al sicario e ignorando a Mikhail. El apodo era absurdo, pero le denominaban así porque desollaba a todas sus víctimas con un cuchillo de caza después de interrogarlas.

El hombre apartó sus ojos grises de Tristan para fijarlos en los míos. Me miró fijamente, pero no emitió ninguna palabra.

¿Acaso era mudo?

—Es un mote bastante simple a mi parecer —respondió segundos más tarde con un marcado acento ruso. A diferencia de Mikhail, cuyo acento era mucho más débil, probablemente este hombre se había criado en Rusia y había vivido allí la mayor parte de su vida. Aunque su inglés parecía decente.

—Sí, los irlandeses tenemos muchas cosas buenas, pero poner motes no es lo nuestro. Si me dices tu nombre, podría llamarte por él —dije, provocando que el hombre enarcase una ceja.

—Callum —intervino Mikhail—, si no te importa, hay temas más importantes que tratar.

Asentí, porque no iba a sacar nada de aquel hombre. No me gustaban una mierda sus métodos. Eran eficaces, pero demasiado llamativos. Apenas llevaban unos pocos meses en Dublín y su apodo se había esparcido por todo nuestro círculo. Lo último que nos convenía a nuestra familia en esos momentos era llamar la atención, y menos aún si esa atención estaba

relacionada con los Andreyev. Puede que hubiésemos logrado reconducir la situación, pero ninguna de las familias irlandesas estaba contenta con que estuviésemos haciendo negocios con el hijo de Zinov Andreyev. Si algo salía mal, nos culparían a nosotros. Sin embargo, mi tío me había dejado claro que no era nuestro problema. No estaba de acuerdo con él, pero de momento, él era el jefe de la familia. Por tanto, la última decisión la tenía él.

—¿Qué problema tienes que necesitas de la *ayuda* de mi familia? —pregunté. Hice énfasis en la palabra ayuda, pero a Mikhail no pareció importarle. Aunque sí escuché una risa sin humor detrás de mí procedente de su sicario.

—La familia de tu madre nos está causando problemas. Su jefe está empeñado en que tengo que pagarle dinero porque mis chicos vendan drogas en unas calles que él considera suyas y que ya os pagamos a vosotros por poder usarlas.

Suspiré. Mi madre procedía de una familia de la mafia sin apenas poder, pero su territorio se encontraba en unas de las calles de Dublín estratégicamente bien situadas para el tráfico de drogas.

Mi madre había sido hija única, y mi padre había prometido a su suegro que, tras su muerte, él daría cobijo a todos los miembros de su familia, pero no había sido así. Como rata rastrera que era, se había quedado con su territorio, matando a los más conflictivos y expulsando al resto.

Los Boyle, que era así como se llamaban, era una familia con pocos miembros, pero los que habían sobrevivido seguían siendo leales al legado de mi abuelo. Querían recuperar lo que consideraban suyo; aunque, la realidad era que, no quedaba nada. Mi padre se había encargado de destruirlo todo.

Como el hombre justo que era, mi tío había cancelado la orden de matar a todos los miembros de los Boyle que pusiesen un pie en Dublín, dándoles la oportunidad de empezar de cero. Pero estaban mal organizados y eran como un grano en el culo. Una parte de ellos aceptaba lo que mi tío les había ofrecido; en cambio, otros, clamaban venganza. Querían una guerra con mi familia. Una que les llevaría a la extinción.

—Me aseguraré que no vuelvan a molestaros. Nos tenéis que pagar a nosotros y a nadie más.

—¿Estás seguro? —cuestionó Mikhail, arqueando una ceja rubia—. La venganza es un arma poderosa.

—Tienes razón, pero no todos buscan venganza. La mayoría tan solo que quiere empezar de cero. —A pesar de que lo que estaba diciendo era cierto, no descartaba que trataran de derribarnos. Sin embargo, eso era algo que no pensaba reconocerle a Mikhail. Al menos, no hasta que estuviera seguro de ello.

Mikhail tamborileó la mesa de madera con sus dedos. Parecía distraído, pero bien sabía que tenía toda su atención puesta en mí.

—¿Y por qué harían eso cuando pueden intentar recuperar lo que creen que es suyo?

Me reí sin humor. Pero qué huevos tenía.

—Por la misma razón por la que tú no lo hiciste —contraataqué—. Te recuerdo que tu padre intentó quedarse con nuestros negocios. Cuando apareciste varias semanas después de su asesinato, un asesinato que nuestra familia apoyó —lo recalqué, buscando una reacción en Mikhail, pero no encontré nada en él más que una expresión de indiferencia—, pudimos pensar que te movía la venganza, pero decidimos creerte cuando nos aseguraste que solo querías montar tus propios negocios y que odiabas tanto a tu padre que estabas agradecido de su muerte. ¿Nos equivocamos?

Mikhail se acomodó en la silla, luciendo despreocupado. Si mis insinuaciones lo

enfurecieron, no dio muestra alguna de ello.

—Yo no tenía nada que vengar. Mi padre se merecía el final que obtuvo. Simplemente, era una pregunta sin ninguna mala intención. —Mis cojones sin mala intención, pero me lo guardé para mí—. Si dices que lo vas a solucionar, no hay nada más que hablar. —Se levantó, ofreciéndome su mano. Imité sus acciones y la estreché.

—Puedo pedir a uno de mis empleados que os prepare a Tristan y a ti uno de los reservados para que celebréis tu último día como soltero. Tenemos chicas que estarían dispuestas a haceros la noche más amena.

—No será necesario —dije con un ademán de mano—. Tenemos nuestros propios locales.

—Como quieras. Te veo mañana en tu boda

Estaba cruzando la puerta del despacho junto a Tristan cuando escuché una voz:

—Leonid —me di la vuelta para mirar al sicario—, ese es mi nombre —continuó con una expresión imperturbable.

Escuché un bufido y unas palabras ininteligibles que sonaron como «debes estar bromeando» que creí que provenían de Mikhail, pero cuando ladeé la cabeza hacia él, este me observaba con una sonrisa despreocupada dibujada en su rostro.

Intercambié una mirada con Tristan. Este se encogió de hombros y ambos abandonamos el despacho.

Cómo me jodía tener que hacer negocios con esa gente… Qué raritos eran, joder.

—Tenías que haber aceptado —me dijo Tristan cerrando la puerta detrás de nosotros—. Después de esta mierda nos vendría bien divertirnos un rato.

—No me fío de esa gente. Además, tengo negocios que atender.

—¿Negocios con Havana en el club? —preguntó con una sonrisa ladeada.

Havana sería una buena distracción. Y un baile privado no se podía considerar una infidelidad. Aunque Havana y yo llevábamos acostando durante años, no era lo que más me atraía de ella. Me ponía mucho más cachondo verla bailar desnuda. Y además, Havana me caía bien. Era una mujer que sabía lo que quería y luchaba por lograrlo.

Pero no era lo que quería esa noche.

—Voy a casarme, Tristan. El resto de mujeres se terminaron para mí —dije a la vez que las puertas del ascensor se cerraban.

—Eso es una gilipollez. Tú no eres tu padre —respondió. Era un tema que ya habíamos hablado, pero él continuaba insistiendo—. Tu matrimonio va a ser de conveniencia, dudo que ella espere que le seas fiel. Solo tienes que ser discreto.

—¿Como tú?

Él negó con la cabeza.

—¿Qué vas a hacer ir a casa y dormir para mañana lucir como un novio feliz? —preguntó, obviando mi pregunta.

—Voy a ir a casa a informarle a mi tío de lo que acabamos de hablar con Mikhail. Y tú, concerta una reunión con Nolan para pasado mañana —dije, nombrando al hijo de un primo de mi madre que era el líder de la familia Boyle, o más bien, de parte de ella.

—Que a tu futura mujer no le importe que no tengáis viaje de novios, lo puedo entender, pero que viváis en la casa de tu tío, ¿no le molesta?

—No se lo he preguntado y no pienso hacerlo. Ella aceptará mis decisiones.

Tristan suspiró.

—Creo que yo también me voy a marchar a casa. Quiero estar lucido para mañana no perderme nada. Va a ser una boda muy interesante.

Desgraciadamente, Tristan no se equivocaba.

Capítulo 12

Adele

Llevaba soñando con el día de mi boda desde que tenía uso de razón. Solo que me lo había imaginado de otra manera. Me había imaginado a mí misma con una sonrisa de felicidad en la cara. Había creído que sería el día más feliz de mi vida; un día de cuento de hadas en la que yo sería a protagonista.

Y aunque podía ser difícil de entender, estaba empeñada en que, de alguna manera, ese día fuese perfecto. No quería que ni mi padre ni Callum me estropeasen el día de mi boda.

Estaba decidida a tener mi boda de ensueño; por lo menos, en lo que se refería a la ceremonia y el banquete.

Observé mi reflejo en el espejo de cuerpo entero que se hallaba frente a mí. La tiara de novia que había escogido brillaba con elegancia. Estaba hecha de diamantes, pero no había sido esa la razón por la que la había elegido, sino por su diseño de flores silvestres. Me había decantado por un peinado simple pero sofisticado, que recogía mi cabello en un moño bajo.

El vestido elegido era de color blanco; tal y como mandaba la tradición. No me importaban mucho las tradiciones, pero esa había sido una de la larga lista de exigencias de la familia O'Donell. En esta, en particular, había accedido, algo que había alegrado a mi padre. Aunque la verdad era que no me había planteado casarme con un vestido de un color diferente, pero era algo que mi progenitor no tenía por qué saber.

Puede que para la familia de Callum el blanco significase la pureza e inocencia que simbolizaban la virginidad. Virginidad que, por suerte, ningún médico había aparecido para verificar. Callum había cumplido con su promesa. Eso significaba que era un hombre de palabra, por lo que no podía tomarme sus amenazas como vacías.

Algo que había podido comprobar en el encuentro que habíamos tenido en el gimnasio. No había visto a mi prometido desde entonces y, tras nuestra última conversación, tampoco había hecho ningún intento por acercarme a él.

—No entiendo cómo has sido capaz de organizar todo esto en tan solo dos semanas —me dijo Erin.

—No ha sido tan difícil —respondí, encogiéndome de hombros.

—No te quites mérito, Adele. Es impresionante.

En el fondo, tenía que reconocer que estaba orgullosa del trabajo que había hecho en tiempo récord. Porque, pese a que había tenido ayuda, yo era la que había tomado todas las decisiones importantes; desde el lugar en el que se realizaría el banquete, pasando por las flores con las que estaría decorada la iglesia, hasta los detalles más pequeños como elegir los recuerdos de boda que les íbamos a entregar a los invitados. Un kit de supervivencia para la boda que, incluía: sandalias planas para ellas, tiritas para las rozaduras, analgésicos para el día siguiente, pañuelos de papel, chicles para refrescar el aliento, pinzas para el cabello, cepillo y pasta de dientes de viaje, un mini cepillo de pelo y hasta un desodorante en miniatura. Y también una selección de miniaturas de licor que harían las delicias de los más exigentes.

Me había asegurado que fuese una boda de la que ningún invitado pudiese marcharse con un mal sabor de boca.

—En realidad, mi libro de boda perfecta me ha ayudado un poco —reconocí.

—¿Todavía sigues teniendo ese libro? —preguntó Erin, echándose a reír. A los cinco años, mi abuela me había regalado un cuaderno grande. Uno en el que había comenzado a preparar cómo sería la boda de mis sueños. Durante años, había apuntado qué tipo de flores quería depende de la temporada en la que me casase; cuál sería el menú que decidiese para los invitados; cómo sería mi vestido de novia ideal o dónde casarme. Realmente, me había facilitado las cosas.

—Por supuesto que lo tengo —contesté con orgullo mientras me miraba por última vez en el espejo del baño.

El vestido me quedaba como un guante. La falda voluminosa se extendía hasta mis pies, las capas de tul y crinolina le añadían volumen, de tal manera que, cada vez que daba un paso con el vestido, parecía que flotaba en el aire. La cintura ajustada realzaba mi figura y el corpiño adornado con encaje y detalles de pedrería que brillaban con cada destello añadían un toque de glamour y sofisticación.

Había dudado de si escoger unas mangas largas o cortas. Al final, me había decidido por las segundas, que caían suavemente sobre mis hombros. Una elección acertada.

Incluso lo había sido el velo largo adornado con bordados que no me pondría hasta que saliese de la habitación por miedo a pisarlo y romperlo. Otra de las exigencias de la familia O'Donell.

¿Y qué importaba si se rompía? ¿Qué importaba si la boda en sí era un desastre? Aquel evento tan solo era una pantomima. Era consciente de ello, pero no podía permitirme el lujo de adentrarme en ese pensamiento, porque solo me traería más tristeza. Y no iba a permitir que nadie me hundiese.

Me consideraba a mí misma una mujer fuerte; una capaz de afrontar las vicisitudes que la vida pusiese en mi camino.

—No podía esperar menos de una persona que es especialista en organizar fiestas de cumpleaños —dijo Erin, sacándome de mi ensoñación.

Salí del baño para ver a Erin, que se encontraba mirando por la ventana del hotel en el que nos hallábamos. Era el mismo hotel en el que Callum y yo íbamos a celebrar nuestro banquete de bodas. Me habían dejado una estancia para que pudiese prepararme.

Erin llevaba un vestido de mangas de tirantes color naranja. Era una elección simple, una con la que ella se sentía cómoda. La tela de satén que caía hasta el suelo se ajustaba a la perfección a sus curvas, con una pronunciada abertura que mostraba su pierna derecha. Ella estaba guapísima, como siempre.

Erin se dio la vuelta para mirarme.

—Dios, estás preciosa, Adele.

Durante esas dos últimas semanas, Erin me había acompañado a escoger mi vestido de novia. Ella había esperado pacientemente mientras me probaba uno tras otro hasta encontrar el perfecto, respondiendo sobre diferencias que ni siquiera entendía realmente.

—Las de maquillaje y peluquería han hecho un buen trabajo —halagué.

Erin dio un par de pasos hacia mí y agarró mis manos.

—Pareces una auténtica princesa.

—Ahora solo me falta a mi príncipe. —Lo que comenzó como una broma terminó con una sonrisa triste. Porque me di cuenta de que nunca lo tendría. Porque, en el fondo, organizando la boda, me había dado cuenta de que lo único que quería era un hombre que me quisiera. Ni siquiera necesitaba ser un príncipe, pero sí mi príncipe.

Erin se dio cuenta de ello, porque su sonrisa cayó.

—Adele —comenzó—, sé que me has dicho que has aceptado la boda y que no debo preocuparme por ti, que estás bien. Pero, la verdad es que no me lo creí cuando me lo dijiste, y no me lo creo ahora.

No le había contado a Erin mi conversación con Callum en el gimnasio. No lo había hecho porque ella no podía hacer nada, y porque había sido testigo de cómo ella rechazaba las llamadas de Arlan durante estas dos últimas semanas, cuando este le había llamado insistentemente para ponerse en contacto con ella. Mi matrimonio de conveniencia estaba afectado la relación amorosa de mi amiga. Y por mucho que seguía detestando a Arlan Wolf, no era justo.

—Te prometo que estoy bien —mentí, porque no lo estaba. Erin arrugó el ceño—. Llevo el vestido perfecto y la boda se va a celebrar en uno de los salones del hotel más lujoso de la ciudad. —En el que yo siempre había querido casarme. Sabía que había listas de espera de años, el mismo chico de recepción me lo recordó cuando llamé semanas atrás. Sin embargo, media hora después de haber colgado, me llamó el mismo dueño del hotel para notificarme que estaría encantado de que celebrásemos nuestra boda allí. No había preguntado, y ni siquiera sabía cómo se había enterado, pero estaba convencida de que ese cambio de opinión tan repentino estaba relacionado con mi futuro marido—. Encima, hace buena temperatura. ¿Veinte grados y un día soleado? Eso es raro en Dublín; incluso para ser a principios de septiembre. —Era toda una suerte poder realizar la recepción en los amplios jardines que disponía el hotel—. ¿Qué novia no sería feliz? —pregunté, con una sonrisa fingida en mi rostro.

—Una que se casa con un hombre al que no ama —me contestó Erin con una expresión seria—. Adele —pronunció mi nombre con lentitud a la vez que abría el bolso de mano plateado que sostenía en su mano derecha. Sacó dos pasaportes y me los entregó. Al abrirlos vi que eran dos pasaportes falsos; uno con su foto y otro con la mía. Parpadeé, confusa—. Sé que ya intentaste irte una vez, pero no fuiste capaz. Esta vez, escaparemos juntas. He comp…

Dejé los pasaportes encima de la madera del tocador, y le hice un gesto con la mano, interrumpiéndola.

—No tienes ni idea de lo que significa esto para mí —dije, haciendo un gran esfuerzo para que las lágrimas no saliesen de mis ojos y me estropeasen el maquillaje—, pero no puedo hacerlo. No puedo hacerte esto, Erin. Tú eres feliz en Dublín. Vas a empezar en la escuela de música, estás enamorada, y tienes un hermano que sufriría por tu huida.

—No me importa —respondió, aunque era evidente que sí lo hacía. Erin era una pésima mentirosa—. Ni mi hermano ni Arlan están dispuestos a hacer nada para ayudarte. Al contrario, los dos lo ven bien. Si sufren por mi huida, es un precio que tendrán que pagar por ser tan insensibles. No eres mercancía, eres un ser humano. Eres mi mejor amiga, haré lo que sea por ti.

Lo sabía. Erin me había demostrado una y otra vez durante todos nuestros años de amistad que siempre podía contar con ella. Erin siempre estaba ahí para mí.

—Te quiero —dije, dando un par de pasos hacia ella. Rodeé sus hombros con mis brazos y la abracé con fuerza. Tanta, que seguramente la estaba asfixiando, pero ella no se quejó.

—Yo también te quiero.

Me separé de ella y agarré sus manos con las mías.

—No voy a huir. No voy a pasarme la vida escondiéndome, esperando a que Callum o uno de sus hombres aparezca. —Después de la conversación que había mantenido con Callum, estaba convencida de que me encontraría. Y no quería ni pensar cuantas personas inocentes sufrirían las consecuencias de mis acciones—. Eso no es vida, Erin. Voy a casarme y viviré con mi marido. Encontraré la manera de ser feliz.

Erin negó con la cabeza y apretó con más fuerzas mis manos.

—No es justo. Te mereces tener un hombre que te ame a tu lado. Uno al que ames.

—Tal vez no —reconocí, porque eso era algo a lo que le había dado vueltas las últimas dos semanas—. Quizá mi destino es nunca conocer el amor. Quizá me he empeñado en tener algo que no es para mí. No todo el mundo llega a conocer el amor. —Mis padres nunca lo habían conocido. Y a mi padre no parecía importarle lo más mínimo—. A lo mejor, al final, esto es lo mejor.

—Eso es una chorrada —espetó Erin, indignada—. Y lo sabes, Adele.

Esbocé una sonrisa triste.

—Necesito pensar así o me volveré loca. Necesito creer que el amor no es para mí, que seré capaz de ser feliz en una vida sin amor. Tengo que creerlo. —Era la única forma de no derrumbarme. Y, maldita sea, en el fondo, sabía que Erin tenía razón.

El rostro de Erin se arrugó por la tristeza y las lágrimas bajaban libremente por sus ojos. Separé mis manos de las de ella y cogí un paquete de pañuelos de papel que se encontraban encima de la mesita de noche. Se lo entregué y ella sacó uno para limpiarse la cara.

—Se supone que esta noche tendrás tu noche de bodas —dijo Erin al cabo de unos minutos de silencio—. Arlan me ha asegurado que Callum no te obligará a acostarte con él, que es un hombre de honor y que no haría eso. ¿Está en lo cierto?

Asentí.

—Sí, él me ha dicho que no me obligará. —Cuando Erin arqueó una ceja, añadí: —Le creo.

La verdad era que creía a Callum. Le creía en lo bueno y en lo malo. Y por eso no podía hacer nada que arriesgase la salud de los que estaban a mi alrededor. De aquellos que me amaban como Erin.

Los hombros de mi amiga se relajaron, aunque podía seguir viendo la preocupación reflejada en sus ojos claros.

—En algún momento se hartará de esta situación, y quizá, hasta se divorcie de ti. ¿Estarás bien hasta entonces?

Ella lo dijo con poca convicción y lo entendía. Los últimos días había investigado un poco más en profundidad sobre la familia O’Donell. Era más difícil de lo que parecía averiguar aquellos datos que las personas de mi entorno no me habían dado cuando pregunté por ellos las primeras veces. Entre las pocas cosas que había descubierto; una de ellas había sido que el divorcio no era una posibilidad. No importaba lo infeliz que fuese el matrimonio. Al parecer, esa era una costumbre que todas las familias de la mafia compartían. Por eso, había tomado una decisión para mi noche de bodas, una que no compartiría con Erin. Una que no compartiría con nadie.

No le respondí, porque no quería mentirle más.

Cogí los pasaportes y se los entregué.

—Guárdalos. No quiero que alguien los encuentre y te metas en problemas.

Erin los cogió y los metió de nuevo en el bolso.

—Voy a guardármelos. Quiero que sepas que, si en algún momento cambias de opinión, sea cuando sea, solo tienes que decírmelo. Nos iremos juntas. No importa si es esta noche, mañana o en un año. Esa opción siempre estará sobre la mesa.

La miré a los ojos y la determinación que vi en ellos estuvo a punto de hacer que me echase a llorar, pero logré aguantarme. Le di un breve abrazo y un beso en la mejilla para, acto seguido, mirarme en el espejo del tocador.

El maquillaje y el peinado seguían en su lugar.

—Llama a Katrina para que me coloque el velo —le pedí a Erin—. Tengo una boda a la que

acudir.

Erin se quedó quieta, en silencio, durante unos segundos. Seguí con mi mirada fija en el espejo, no quería mirar a Erin porque no quería derrumbarme.

—El novio no es el adecuado, pero tu boda será perfecta. Tu dama de honor se encargará de ello —aseguró mientras abría la puerta para ir en busca de Katrina.

No pude evitar sonreír. Tal vez no encontraría el amor romántico, pero había encontrado el verdadero amor. El amor de la amistad más sincera y pura. Ya solo por eso, tenía mucho que agradecerle a Dios.

Mientras esperaba, me dirigí a la ventana desde la que se veían los majestuosos jardines privados. Con mi vista en las ramas de un árbol desde la que unos pájaros cantaban, recé a Dios para pedirle que me diese la fuerza y templanza que necesitaba para afrontar ese día.

Funcionó, porque de repente, me sentía más fuerte y más segura de mí misma.

Callum iba a ganar aquella batalla, pero que se preparase para una guerra. Una que yo pensaba vencer.

Capítulo 13

Adele

La iglesia de St Thomas era una iglesia pequeña pero acogedora. Había acudido la semana anterior para presentarme al padre Lynch, el sacerdote que iba a oficiar la boda. A pesar de ser un hombre a mediados de sus setenta había resultado ser mucho más moderno que mi prometido.

Había aceptado todas mis propuestas para la ceremonia nupcial, aunque era evidente de que estaba sorprendido de que me involucrase tanto.

Podía entenderle. A pesar de que no me lo había expresado con palabras, él era consciente de que se trataba de una boda de conveniencia. Algo que, al parecer, no le resultaba un problema. Que, por otra parte, nunca lo había sido para los ministros de Dios a lo largo de la historia.

Así todo, me había caído bien. A diferencia de todos los de mi alrededor, el padre Lynch había respetado mis opiniones. Por eso, íbamos a tener una ceremonia de boda con bendición. No deseaba una misa larga; no cuando quería pasar por ese trámite lo antes posible. No lo había consultado con Callum, y sabía que eso podía molestarle, pero no podía importarme menos.

Puede que no hubiera podido escoger a mi marido, pero sí decidiría cómo sería mi boda.

La limusina en la que me encontraba aparcó junto a la iglesia.

El chófer que me había llevado hasta la iglesia me abrió la puerta. Con cuidado de no pisarme el velo, salí del coche. Mi padre, vestido con un traje color negro y una corbata color verde, se acercó a mí. Tuve la tentación de estirar mis dedos para ajustarla. Pero, en esta ocasión, no lo hice.

Me dio un beso en la mejilla

—Estás preciosa, princesa.

Sus ojos brillaban con emoción y su sonrisa era cálida. Y, en cualquier otro momento, me lo hubiera creído. Aunque, en honor a la verdad, quizá sí que estaba emocionado. Emocionado de lograr sus objetivos.

No respondí, me limité a coger el ramo de rosas blancas que me tendía en su mano derecha. Rosas blancas, que eran mi flor favorita.

Nuestra relación durante esas dos últimas semanas había sido inexistente. Yo había estado ocupada organizando mi boda y mi padre acababa de llegar esa misma mañana de Dubai. Ni siquiera habíamos ido juntos en el coche que me había llevado hasta la iglesia. Algo que, en otra situación, me hubiera entristecido, pero que, en ese instante, agradecía.

Que mi padre me llevara hasta el altar el día de mi boda era un sueño para mí. Ahora ya no se sentía así.

Él estiró su brazo para que lo enhebrara. Subimos lentamente las escaleras que conducían hasta la entrada de la iglesia

Me detuve en la entrada e inspiré lentamente.

—¿Lista? —la pregunta de mi padre me sorprendió.

No, no lo estaba, ni nunca lo estaría.

En cambio, me encontré a mí misma respondiendo:

—Sí.

Mi padre asintió e hizo un gesto. La bonita melodía de los violines marcaba el principio de la marcha nupcial. Con pasos lentos y firmes, caminé junto a mi padre hasta el altar. Podía ver a

decenas de invitados de pie en los bancos de madera, pero no me fijé en ninguno de ellos. Honestamente, ni siquiera conocía a la mayor parte de ellos. Todos los que venían por mi parte eran compromisos de mi padre. Y no todos se encontraban en la iglesia. Esta no era lo suficientemente grande, así que solo estaban allí los más cercanos. O, más bien, los más influyentes. El resto irían directos al banquete.

Cuando llegué al altar, vi a Erin a un lado. Ella sostenía un ramo como el mío, pero un poco más pequeño. Alzó su mano derecha, mostrándome la pulsera de plata que llevaba en ella. Una copia idéntica de la pulsera que me había regalado en mi dieciocho cumpleaños; la misma que yo portaba en mi muñeca derecha. Un gesto que pasó desapercibido para todos los que se encontraban en la iglesia, pero que yo entendí. Era una promesa; la promesa de que estaría a mi lado pasase lo que pasase. Alcé un poco mi muñeca para que ella pudiese ver mi pulsera, aunque tenía mi brazo alrededor del de mi padre.

Erin esbozó una sonrisa.

Mi padre me dio un beso en la mejilla y se retiró. Erin se quedó allí, quieta, a pesar de que el cura carraspeó, como una manera educada de pedirle que se fuese.

Pero ella se quedó tozudamente a mi lado, dándome un apoyo que tanto necesitaba y dándome la excusa para no tener que mirar a Callum y darme el tiempo suficiente para prepararme. La música había cesado, por lo que la iglesia estaba en silencio.

Suspiré. Por mucho que quisiese, no podía alargar más el momento. Me incliné para darle un beso en la mejilla a Erin y aprovechar para susurrarle al oído:

—Voy a estar bien. Ve a sentarte.

—Puedes ser una novia a la fuga. Aún estás a tiempo —me susurró de regreso, provocando que soltase una risita.

No, no lo estaba. No había vuelta atrás. No lo había habido desde el principio, pero allí en el altar era más real que nunca. Y también más aterrador. Pero yo era una mujer valiente, una que no demostraría su temor ante nadie. Y menos ante el hombre con el que iba a contraer matrimonio.

Me separé de Erin. Con un gesto de resignación en su cara, se marchó del altar y yo ladeé la cabeza para mirar a Callum. Él se movió un par de pasos para estar más cerca de mí, pero no hizo ademán de tocarme. Me miró con una sonrisa cordial durante unos segundos, para después, centrar su atención en el sacerdote. En cambio, mis ojos se mantuvieron fijos en él.

A pesar de que lo detestaba por lo que me estaba obligando a hacer, una parte de mí no podía evitar pensar en lo guapo que estaba. El esmoquin negro que llevaba le sentaba como un guante. Aunque, en realidad, siendo honesta conmigo misma, cualquier cosa que se pusiese le quedaría bien. Mi casi marido lucía como un modelo de revista.

Al notar mi atención en él, pese a que el padre Lynch había comenzado a hablar, Callum ladeó la cabeza hacia mí. Su mirada intensa y penetrante provocó que un escalofrío recorriese mi columna vertebral. No podía negar la atracción física que estaba sintiendo; atracción que había querido negar, pero que estaba allí.

Me negué a culparme. Callum era un hombre muy atractivo que estaba segura que atraía muchas miradas cuando paseaba por la calle, y mi cuerpo reaccionaba a esa belleza. Sin embargo, él no era el hombre con el que quería compartir el resto de mi vida. No lo amaba y nunca podría hacerlo. El amor era mucho más que atracción: era conexión; una fuerza poderosa que te impulsa a realizar los actos más altruistas y desinteresados por la persona a la que amas.

Callum y yo no teníamos ese vínculo. Y jamás lo tendríamos.

—No estés nerviosa —me susurró Callum, malinterpretando mis pensamientos—. Todo va

a ir bien.

Moví mi cabeza en un asentimiento a la vez que curvaba mis labios en una sonrisa que no llegó a mis ojos. Porque Callum mentía. Nada iría bien para ninguno de los dos. Aquello solo podía terminar en desastre y en infelicidad eterna. Cualquier beneficio que él creyese que le daba nuestro matrimonio no sería nada comparable con el infierno que se iba a desatar a nuestro alrededor. Porque yo no era la mujer que él necesitaba a su lado. Yo no era sumisa ni complaciente. Y por el suspiro que lanzó él, era consciente.

Por un instante, sentí una conexión entre ambos. Como si el lazo de la obligación nos uniese. Lo vi claro: ninguno de los dos quería estar allí, pero, así y todo, lo estábamos.

—Yo no puedo evitar esta boda, pero tu sí —le dije en voz baja, por debajo de las palabras del padre Lynch.

El rostro de Callum se transformó. Cualquier rasgo de cordialidad desapareció para mudar en una máscara de fría indiferencia.

—Cumpliré con mi deber y tú con el tuyo —sentenció, para, acto seguido, dejar de mirarme y volver a fijar su atención en el padre Lynch.

Con una oleada de frustración apoderándose de mí, imité sus acciones. No iba a hacer cambiar de opinión a Callum. Él había tomado su decisión y no importaba qué le dijera, que no iba a echarse para atrás.

El padre Lynch frunció ligeramente el ceño, dándose cuenta de nuestra breve interacción. Con una mueca de disculpa, me centré en sus palabras.

—Los novios han elegido una ceremonia corta —anunció el padre Lynch. Ni siquiera me molesté a mirar a Callum, ya que intuía que el acuerdo al que había llegado con el padre Lynch no sería de su agrado, pero poco me importaba. Y más, después de lo que acababa de pasar en ese instante—. Algo que, estoy seguro que todos ustedes agradecerán. —Se escucharon unas risitas de lo más atrevidos, y yo no pude evitar que el padre Lynch me cayese aún mejor—. Hoy estamos celebrando el amor que une a Adele Azikiwe y Callum O’Donell. —No me pasó desapercibido el orgullo con el que pronunció el apellido de mi futuro marido. Algo que ya había notado la primera vez que hablé con él. El padre Lynch sentía apego por la familia de Callum. Algo que parecía contradictorio, ya que él era un hombre de fe que seguía a rajatabla los mandamientos y, por lo poco que sabía de los O’Donell, contradecían con asiduidad varios de ellos—, dos almas que han encontrado en el otro su complemento perfecto. Que, este momento de comunión y celebración, nos recuerde la belleza y la importancia del amor en nuestras vidas.

Durante los siguientes diez minutos aproximadamente, nos dio un sermón sobre el amor, la fidelidad, el compromiso y el sacrificio. Todos ellos eran necesarios para un matrimonio, pero ninguno de ellos estaría en el mío.

Cuando llegó el momento de compartir las alianzas tragué saliva, porque siempre había visto ese momento como el más romántico. Cuando las dos personas se juran sus votos. Unos votos que les salen del corazón y que van a hacer todo lo posible por cumplir. En nuestro caso, solo sería una farsa.

Así y todo, logré pronunciar los míos sin titubear. En una boda con el hombre que amaba, los hubiese personalizado, pero en aquella pantomima, me limité a repetir las palabras del padre Lynch.

Callum estiró su mano izquierda y yo deslicé el anillo en su dedo anular. El padre Lynch hizo el amago de guiarle en el intercambio de votos, pero Callum se lo impidió con un movimiento de cabeza.

—Adele —comenzó con voz firme y segura—, hoy te ofrezco mi compromiso

inquebrantable de protegerte y cuidarte. Estaré a tu lado durante la tormenta y la calma, ofreciéndote mi fuerza y lealtad. No obtendrás de mí un amor de cuento de hadas, pero si te aseguro que mi compromiso hacia ti es real.

Su mirada estaba fija en mí y llena de sinceridad, al igual que sus palabras. Él no me estaba prometiendo nada que no pudiese darme. Sus votos, a diferencia de los míos, eran reales, y a la vez una sentencia de cadena perpetua.

El padre carraspeó y me di cuenta de que un silencio ensordecedor se había adueñado de la iglesia. Miré a Callum, que sostenía mi alianza en su mano. La niña que sostenía el cojín de los anillos me observaba con impaciencia.

Estiré el brazo y Callum me quitó el anillo de compromiso para colocarlo en el cojín e inmediatamente la niña salió corriendo. Me sorprendió, ya que la tradición solía ser colocar la alianza encima del anillo, pero Callum estaba resultando ser menos tradicional de lo que él mismo decía.

Cuando la alianza de oro blanco tocó mi piel, me sentí extrañamente aliviada. Ya estaba hecho y no había sido tan horrible como había pensado. Aunque cuando el padre nos declaró marido y mujer, sentí como si algo se rompiese en mi interior.

Durante unos instantes, no pude evitar mirar hacia la puerta de la iglesia. Desde que mi padre me había anunciado mi compromiso, había tenido la esperanza de anular la boda. Incluso durante esas dos semanas esa llama de esperanza seguía ahí. Y ahora se hacía real. Ahora era real.

Ningún príncipe azul había venido a oponerse a la boda y me llevaría en brazos, como pasaba en las películas románticas. Aunque, ¿cómo iba a hacerlo si no había nadie más? Si nunca le había importado lo suficiente a un chico como para luchar por mi amor. Era absurdo.

—Puedes besar a la novia —dijo el padre Lynch, provocando que mi mirada se centrase en él.

Ni siquiera recordaba esa parte de la ceremonia. Una en la los novios sellan su amor con un beso. Esperaba que Callum se la saltase, pero no tuve tanta suerte. Estiró su brazo y colocó un dedo debajo de mi barbilla para que le mirase.

—Adele —susurró. No dijo nada más, pero por la forma en la que me miraba, sentí que estaba pidiendo permiso para besarme. Moví mi cabeza en un asentimiento apenas perceptible para los invitados, pero él lo entendió, me soltó la barbilla y colocó su mano en mi mejilla para, acto seguido, unir sus labios con los míos.

Fue un beso corto. Uno en el que no usó la lengua, pero sus labios saborearon los míos, provocándome una sensación de calidez que no había sentido nunca antes. Que ningún otro chico me había hecho sentir.

Se separó de mí y sus ojos brillaban con deseo. Aunque solo fue una milésima de segundo, hasta que mudaron a la frialdad a la que me tenía acostumbrada. Tal vez lo había imaginado. Para él solo había sido un beso más. Uno que se había visto obligado a darme. Y eso es lo que debía ser también para mí. Cualquier otra cosa era fruto de mi imaginación, y no podía dejarme llevar por ella.

Los invitados estallaron en vítores, sacándome de mi ensoñación. Esbocé una sonrisa falsa a la vez que Callum agarraba mi mano para que recorriésemos juntos el pasillo como recién casados.

Mi nueva vida comenzaba y no estaba segura de estar preparada para ello.

Capítulo 14

Adele

Observé mi dedo anular ahora adornado con la alianza. Para mí eso era significado de «para siempre», porque nunca había pensado en el divorcio como una opción. Porque era de la creencia de que, a pesar de las complicaciones, el amor siempre vence. Que las parejas se divorciaban porque se rendían demasiado pronto.

Había estado segura de que, cuando me casase, sería para toda la vida. Y, desgraciadamente, así sería, pero por razones muy diferentes a las que había creído. Porque Callum no me permitiría dejarle. Él había sido muy claro al respecto.

Estaba atrapada.

Sin embargo, puede que me hubiera resignado a tener una vida sin amor, pero no a vivir una vida sin libertad. No pensaba darle ese poder a mi marido.

«Mi marido».

Todavía no podía creer que estaba casada.

Callum y yo habíamos viajado en el mismo vehículo hasta el hotel donde celebrábamos el banquete de bodas. No habíamos hablado en todo el trayecto. Él había estado tecleando en su móvil y yo me había distraído mirando por la ventana.

La única conversación, si se le podía llamar así, que habíamos mantenido, había sido cuando le había dicho que tenía que cambiarme a mi segundo vestido. Él me había respondido con un monosílabo, sin ningún tipo de interés. No le importaba nada de lo referente a la boda. Para él, era un puro trámite. Uno que no le agradaba y que tampoco se molestaba en ocultar.

Todas las dependientas de las tiendas de vestidos de novia que había visitado me habían recomendado que tuviese un cambio de vestuario en mi boda. Era algo que yo ya contemplaba. Y aunque con el primero había decidido, dentro de mi estilo, respetar los requisitos que la familia O'Donell tenía, no había sido así con mi segundo vestido.

Me había decantado por un vestido diferente. Uno en el que, tenía que admitir que, jamás me hubiera fijado si no fuera porque mi objetivo era molestar a mi marido y a su familia. Mi pequeña muestra de rebeldía.

Sin embargo, ahora que observaba mi reflejo en el espejo de cuerpo entero que colgaba de una de las paredes de la habitación del hotel en el que me encontraba, tenía que reconocer que había sido una buena lección. Apenas tenía prendas de color negro en el armario, ya que prefería los tonos más coloridos como todas las variantes del rosa o el naranja, pero ese vestido me favorecía. Los tirantes finos cubiertos de *glitter* adornaban mis hombros, y el escote en forma de corazón decorado con plumas no era demasiado atrevido. El corsé con transparencias se ceñía a mi cintura, y la falda brillante compuesta por capas de tul dejaba mis piernas descubiertas.

No era demasiado escandaloso, pero estaba convencida de que la familia de mi marido no lo vería con buenos ojos.

Sí, era una provocación.

Salí de la habitación del hotel para dirigirme a la carpa en el jardín donde se estaba celebrando la recepción. Bajé en el ascensor, pero en cuanto salí de él, una mujer de mediana edad me impidió seguir andando.

—Adele, eres igualita que tu madre a tu edad. —La mujer me miraba con los ojos llenos de

lágrimas. Aunque me resultaba familiar, era incapaz de reconocerla. Me fijé en su pelo rubio recogido en un sofisticado moño y en su vestido de cóctel de color melocotón con la falda que le llegaba hasta las rodillas. Era una mujer atractiva. Una que cuidaba su aspecto.

Ella arrugó la nariz al darse cuenta de que no la reconocía.

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó, con un tono de decepción que no pudo disimular.

—Lo siento. —Esbocé una sonrisa de disculpa. Usualmente, solía ser buena reconociendo a la gente. Al fin y al cabo, estaba acostumbrada a rodearme con cientos de personas cada vez que acompañaba a mi padre a un evento social—. Posiblemente, sean los nervios. No he dormido mucho esta noche —traté de justificarme.

Ella negó con la cabeza.

—No es tu culpa, es la mía. Debí mantenerme en contacto contigo más allá de un par de postales de cumpleaños.

En cuanto escuché sus palabras supe quién era. Por eso su rostro me resultaba familiar. Claro que la había visto antes. De hecho, yo la había invitado, pero sin tener ninguna esperanza de que apareciese, ya que desde la muerte de mi madre, nuestro contacto había sido prácticamente nulo.

—Madrina —dije con la emoción apenas contenida en mi voz—. Me alegro mucho de que hayas podido venir. Mi madre estaría muy feliz de que estés aquí. —Acorté la distancia que nos separaba para darle un abrazo.

Ella me estrechó en sus brazos.

Aquella mujer había sido la mejor amiga de mi madre. Yo apenas tenía recuerdos de ella, pero mi abuela me había contado que era la confidente de mi madre, a quien le contaba todos sus secretos. De hecho, mi madre la había elegido como mi madrina.

—Lo dudo mucho —replicó cuando se separó de mí—. Tu madre debe estar muy decepcionada conmigo. No he cumplido mis deberes como madrina.

—No digas eso. Te casaste y te mudaste a Londres con tu marido. Y al poco, tuviste un hijo. Ellos te necesitaban y yo tenía a mi padre. Esté donde esté, estoy segura de que mi madre lo entiende a la perfección, y yo también lo hago.

—Eres igual de bondadosa que lo fue tu madre. —Ella esbozó una sonrisa, pero pude ver la culpa brillando en sus ojos—. La quería con todo mi alma. Cuando falleció, una parte de mí murió con ella. Aunque me mudé por amor, la realidad era que vivir en Dublín era un suplicio para mí. Todo me recordaba a ella.

—Y yo también te recordaba a ella.

La mujer asintió, avergonzada.

—Sí —reconoció con un hilo de voz—. Por anclarme en el pasado, me he perdido verte crecer. Lo siento mucho, Adele.

—No te has perdido mucho —bromeé, aliviando la tensión. La realidad era que no le guardaba ningún rencor. Era muy pequeña cuando ella se marchó. Si había sentido la necesidad de invitarla a mi boda, había sido porque sabía que era lo que mi madre hubiese deseado.

—Hay algo que perteneció a tu madre y me gustaría darte —dijo, buscando en su bolso.

—Si mi madre te lo entregó a ti, debes quedártelo tú.

Ella negó con la cabeza. Sacó un sobre blanco de su bolso y me lo entregó.

—El abogado de tu madre me entregó después de su muerte varias cartas que ella escribió. Ella quería que yo te las entregarse si le sucedía algo.

—¿Varias? —pregunté mientras cogía el sobre.

—Debes leerlas una a una —me explicó—. Yo te las enviaré a tu casa cuando considere que

ha pasado el tiempo suficiente para que estés preparada para leer la siguiente.

La miré con confusión. Cuando me había dicho que quería darme algo que perteneció a mi madre había pensado en un objeto —tal vez un collar o unos pendientes—, pero jamás habría imaginado que se trataría de una carta. ¿Serían cartas en las que mi madre me daba consejos sobre cómo afrontar cada momento de mi vida?

A pesar de que tenía decenas de preguntas pasando por mi cabeza en esos momentos, me limité a guardar el sobre en mi bolso *clutch* color blanco hueso en forma de corazón. Afortunadamente, había seleccionado uno lo suficientemente grande como para que cupiese la carta y no tener que arrugarla. Aunque me moría por leerla, tendría que esperar, al menos, unas horas.

—¿Has venido con tu marido? —le pregunté—. Me gustaría conocerlo.

Ella negó con la cabeza.

—Mi hija pequeña, Alison, está con fiebre, y…

—¡¿Has llamado a tu hija con el nombre de mi madre?!

Ella esbozó una cálida sonrisa.

—Esa es una promesa que nos hicimos tu madre y yo. Ella te puso mi nombre, y yo, después de cuatro hijos varones, por fin pude cumplir mi promesa. Por lo menos, cumplí una. Porque le prometí que, si le sucedía algo, estaría a tu lado cada vez que me necesitases y no lo he cumplido.

—Sí, lo has hecho, Adele. Hoy te necesitaba y estás aquí.

Me di cuenta de que estaba comenzando a llorar, por lo que la abracé. Necesitaba a mi madrina ese día más de lo que creía. Tal vez no había estado a mi lado durante mi infancia y adolescencia, pero, de alguna manera, era como tener a mi madre allí, conmigo.

—Debo irme. Mi avión sale en dos horas —me dijo al cabo de un par de minutos, separándose de mí.

—¿No te quedas al banquete?

—No puedo, tengo que regresar a casa. —Ella hizo una pausa, como si estuviese pensando en sí decir las palabras que estaban en su mente—. No te voy a preguntar si amas a tu marido, porque sé que no es así. Pero quiero que sepas que, aunque creas que no, tienes opciones. Siempre hay opciones, Adele.

—¿Las tuvo mi madre?

—Las tuvo —respondió, sorprendiéndome, porque siempre había creído que no fue así—, pero eligió la incorrecta. Y eso le destruyó.

Casarse con mi padre había destruido a mi madre. Eso era algo que siempre había sabido.

—¿Ella se arrepintió de tenerme?

Todo lo que recordaba de mi madre era lo amorosa que era y lo que me quería, pero si no hubiese tomado la decisión que eligió, si hubiese optado por otra alternativa, yo estaría muerta.

Mi madrina estiró las manos para que yo sujetase las suyas.

—Ni por un solo instante —me aseguró con tanta convicción que le creí.

—Gracias por venir, madrina. —Apreté sus manos durante unos instantes y, después, las solté—. Ha sido el mejor regalo que podías hacerme hoy.

Ella sonrió y volvimos a abrazarnos. Después, se despidió de mí.

Cuando mi madrina se marchó, yo me dirigí al baño antes de unirme a mi marido y poner buena cara a los invitados. Necesitaba retocarme el maquillaje. La carta quemaba en mi bolso y me planteé echarle un vistazo rápido, pero lo deseché. Porque, a pesar de que desconocía el contenido que había en esa carta, sabía que debía leerlo con tranquilidad.

Aunque, tampoco hubiese podido hacerlo, ya que cuando entré al baño descubrí que no estaba sola.

Una chica se encontraba en los aseos junto con un hombre. Sus rostros se hallaban a milímetros de distancia. Ella estaba apoyada sobre el respaldo de la encimera del lavabo y su dedo índice presionaba sobre la tela de la chaqueta de esmoquin del hombre. Este tenía la mandíbula apretada. Parecía que estaban discutiendo sobre algo.

—Lo siento —me disculpé cuando realmente no tenía que hacerlo—, no sabía que estaba ocupado. —Ambos se giraron para mirarme, como si hubieran estado tan absortos en su conversación que ni siquiera se habían dado cuenta de mi presencia hasta que había hablado. Estreché los ojos cuando miré al chico. Yo lo conocía—. Siento interrumpir, ya me voy.

—No estás interrumpiendo nada. Ya hemos terminado. —La chica apoyó sus manos sobre los hombros del chico y lo empujó con fuerza—. Buena suerte. La vas a necesitar —me dijo cuando pasó por mi lado. Antes de que pudiera responderla o despedirme de ella, abrió la puerta y la cerró con fuerza, saliendo del baño.

Miré al chico, sin saber qué decir. Que lo conociera hacía ese momento aún más incómodo. Tristan, que era así como se llamaba, era el amigo de Callum. Lo había conocido en el gimnasio hacía un par de semanas y había alcanzado a verlo en la ceremonia.

—Enhorabuena —me felicitó él, rompiendo el silencio, mientras se ajustaba la chaqueta de su traje. Tristan, al contrario que yo, parecía completamente cómodo—. Callum es un hombre afortunado. No todos tenemos esa suerte.

—Las parejas discuten. Estoy segura de que tu novia y tú lo arreglaréis.

Él estrechó los ojos, como si no estuviese entendiendo a qué me refería. Había supuesto que esa chica con la que discutía era su pareja.

De repente, una sonrisa extraña apareció en su rostro, como si por fin hubiese comprendido lo que le estaba diciendo.

Por la única interacción anterior que habíamos tenido, podía decir que Tristan era agradable. Había sido simpático en el gimnasio y lo estaba siendo ahora.

—Gracias —respondí, esperando a que se fuera.

Sin embargo, Tristan se apoyó sobre el borde del lavabo.

—¿Ese es tu vestido? —preguntó, mirándome de arriba abajo.

Crucé mis brazos.

—Sí, es un segundo vestido de novia —respondí a la defensiva—. ¿Algún problema?

Tristan soltó una carcajada.

—No, ninguno —contestó, alzando sus manos en señal de paz—. De hecho, me encanta. —Percibí el tono de diversión en su voz, y aunque no supe si tomármelo como un halago o no, decidí hacerlo.

—Gracias, supongo.

—Es bueno saber que lo que me han contado de ti es cierto.

Arrugué el ceño.

—¿Qué te han dicho de mí?

—Mi mujer también tuvo dos vestidos el día de su boda —dijo, sin responderme—. Pero no se lo digas a ella —bajó la voz, como si fuera a contarme un secreto—, no mola tanto como el tuyo.

¿El amigo de Callum también estaba casado? Entonces, no había estado equivocada al pensar que había algo entre él y la mujer con la que discutía. La chica parecía joven; no tanto como yo, quizá un par de años mayor. Aun así, demasiado joven para estar casada. Pero si lo

estaba yo, ¿por qué no lo iba a estar ella?

Estaba empezando a pensar que era algo normal en el mundo de mi marido. Posiblemente, ellos pensaban que era más fácil controlar a una mujer cuanto más joven era. Pues conmigo, Callum se iba a llevar una sorpresa.

—¡Oh, por Dios! —Una mujer de unos sesenta años de edad abrió la puerta—. ¿Tristan, qué haces aquí? Es el baño de mujeres. —La mujer nos miró con desaprobación.

—Señora Doyle. Si no le importa, necesitamos unos minutos. —Tristan caminó hasta la puerta—. La novia ha sufrido un mareo. Los nervios de una recién casada. La estaba ayudando a que se refresque.

La mujer no pareció convencida ante la excusa de Tristan.

—Necesito utilizar el baño. Y además, eres un hombre, no…

—Soy muy consciente de cuál es mi género, señora Doyle, pero le agradezco el recordatorio. Ahora, si es tan amable de ir al baño que se encuentra al fondo del pasillo a la derecha… —La mujer abrió la boca para responder, pero Tristan le cerró la puerta en las narices. Escuché cómo la mujer emitía varios improperios al otro lado, pero no volvió a abrir la puerta. Aunque, por si las dudas, Tristan apoyó su espalda sobre la puerta.

¿Acababa de cerrar la puerta en las narices a una mujer? Lo miré, boquiabierta.

—Eso ha sido grosero.

Tristan hizo una muca.

—Tan solo quería cotillear.

—¿Qué va a pensar? —pregunté, dándome cuenta de cómo se vería que la novia estuviera encerrada en un baño de mujeres con un hombre que no era su marido. Y más, si ese hombre era el amigo de su marido. La gente disfrutaba con un buen cotilleo. Y ese tenía todos los ingredientes para ser uno.

Tristan me miró, como si no entendiese mis preocupaciones.

—Tan solo estamos hablando. Ni que estuviéramos ha…

—Estás en el baño de mujeres —le recriminé, interrumpiéndole—. No deberías estar aquí.

Tristan se encogió de hombros, despreocupado.

—Dudo mucho que con ese vestido te importe lo que la gente piense —me dijo y, en eso, debía darle la razón. Tristan se apartó de la puerta y tiró de la manilla, abriéndola—. Además, confía en mí, si alguien corre el riesgo de terminar muerto si se esparce algún rumor malintencionado, soy yo, no tú.

—¿Y a quién le iba a importar tanto como para querer matarte?

—A tu marido. Él es muy posesivo con lo que es suyo.

—Yo no soy suya. No soy de nadie —dije con determinación.

Tristan se rio en respuesta.

—Tengo que reconocer que tenía mis dudas, pero eres perfecta para Callum.

—Lo nuestro solo es un matrimonio de conveniencia.

—Como la mayoría en nuestro mundo, pero eso no invalida mi afirmación —me replicó guiñándome un ojo. Antes de que pudiera responderle, él habló de nuevo: —Vamos, los invitados deben estar preguntándose dónde está la novia.

Con un suspiro de resignación, me limité a salir del baño junto a Tristan. A pesar de que, de alguna forma, aquella extraña conversación me había servido para retrasar el momento, no podía seguir haciéndolo eternamente.

Cuanto antes lo hiciera, antes pasaría aquel día. O eso esperaba.

Capítulo 15

Callum

Los invitados estaban haciendo buen uso del *champagne* que los camareros llevaban en unas bandejas, al igual que de las ostras y los canapés de langosta. Mi ya mujer no había aparecido por la recepción. Con la excusa de cambiarse de vestido, llevaba media hora escondiéndose en el interior del hotel.

Se lo permití, porque la verdad era que yo también necesitaba separarme un poco de ella. Desde que la había visto llegar del brazo de su padre vestida con aquel vestido de novia blanco que le hacía parecer una princesa de la realeza, me había costado quitarle el ojo de encima. Ella misma me había comunicado en varias ocasiones su rechazo a casarse conmigo, pero había trabajado arduamente durante esas dos semanas para que la boda fuera perfecta, algo que resultaba contradictorio. No era tan idiota como para pensar que por fin Adele había aceptado su futuro. Estaba seguro de que guardaba un as detrás de la manga; para mi sorpresa, no me molestaba tanto como debería.

Aunque lo que de verdad me perturbaba era el beso que habíamos compartido. Mi intención había sido darle un beso estudiado, frío, casi clínico, pero en cuanto mis labios habían rozado los suyos, su dulce sabor se había apoderado de mis sentidos. No había podido evitar saborearlos, y cuando inconscientemente ella emitió un prácticamente inaudible gemido en mi boca, tuve que hacer uso de todo mi autocontrol para no devorar su apetecible boca. Gracias al entrenamiento que mi tío me había sometido para controlar mis impulsos, fui capaz de parar antes de que la situación se me fuese de las manos y cometiese alguna estupidez. Lo más jodido de todo era que tenía la seguridad de que Adele me hubiese dejado cometerla. Ella estaba tan entregada en el beso como yo. La ira que había visto en sus ojos durante la ceremonia se había transformado en deseo en cuanto mis labios habían rozado los de ella.

Me pasé la mano por la cara. Aquello era una completa locura.

A pesar de que Adele era mi esposa, lo nuestro era un matrimonio de conveniencia. Sin embargo, mi joven esposa había conseguido, sin proponérselo, que la parte racional de mí quedase opacada por la irracional. Por la parte que me gritaba que acabase cuanto antes esa pantomima del banquete y pasase directamente a la noche de bodas.

Noche en la que había planeado tener sexo con ella, pero más como un trámite necesario para sellar nuestro matrimonio que por otra cuestión.

Suspiré.

Joder, a quién quería engañar. Quería acostarme con ella, quería hacerlo desde que la había visto por primera vez. Desde que había visto la rebeldía en sus ojos. Quise hacerlo desde que había aparecido en el gimnasio hecha una furia. Me había engañado a mí mismo, pero después de haber probado sus labios no podía seguir ocultándolo.

No tenía sentido. A mí no me gustaban las niñatas de dieciocho años, consentidas, que estaban decididas a amargarme la vida y a luchar conmigo constantemente por cualquier tontería.

Cuando la última frase pasó por mi mente, imágenes de Adele ataviada con un pantalón de boxeo y un top negro ajustado aparecieron en mi mente. Mi mujer, con sus pequeños puños atacándome y yo derribándola con cuidado para colocar su espalda contra el suelo mientras abría sus piernas…

Sacudí la cabeza, como si de esa manera pudiese eliminar aquellos pensamientos.

¿Pero qué cojones me estaba pasando?

—¿Qué se siente ahora que eres un hombre casado? —me preguntó Bruce, apareciendo a mi lado.

Por una vez en mi vida, agradecí tener que mantener una conversación con ese hombre.

—Siento que la familia O'Donell es más poderosa que ayer. ¿No es ese el fin de las bodas en nuestra familia?

—Así es —coincidió Bruce, pareciendo complacido. Si se dio cuenta del sarcasmo en mis palabras, lo ignoró—. Y también lo es perpetuar nuestras tradiciones. —apostilló, arrugando la nariz—. ¿A qué ha venido lo de la ceremonia corta?

Tuve que contenerme para no soltar una carcajada. Cuando el padre Lynch me contó la propuesta de Adele estuve a punto de decirle que no era aceptable, pero al final, decidí aceptar, porque, pensándolo bien, no me parecía tan mala idea. Sobre todo, porque sabía que tocaría los cojones a los tradicionalistas; lo suficiente para que estuviesen molestos, pero no para que pudiesen comenzar ninguna revuelta.

Con su pequeña muestra de rebeldía, Adele me había mejorado el día. Ella no lo sabía, pero yo apoyaría con los ojos cerrados ese tipo de iniciativas; siempre y cuando fuesen sutiles como esa. Si se pasaba de la raya, me traería problemas.

—Adele estaba deseando convertirse en mi esposa y no quería esperar dos horas para ver cumplido su sueño. ¿Y quién soy yo para negárselo?

No era dado a las bromas, ni a los juegos sucios. Yo era claro y contundente. Pero, de alguna manera, me vi contagiado en el *jueguecito* que mi esposa se traía. Y me resultó bastante divertido cuando vi cómo el rostro de Bruce se teñía de rojo.

—No me gusta. Cómo tampoco nos ha gustado a ninguno que el matrimonio se celebre con tanta rapidez sin una pedida de mano.

Y tampoco le gustaría si supiese que el informe verificando la virginidad de Adele que el doctor les envió era falso. No tenía dudas de que mi esposa fuese virgen, pero yo no era un bárbaro; no le haría pasar por eso.

—Tu opinión no me importa, Bruce.

—Debería importarte —susurró Bruce, bajando la voz para que nadie nos escuchase. Aunque con la orquesta frente a nosotros tocando una pieza de música clásica era bastante difícil—. Recuerda tu parte del trato, Callum. O si no…

Como siempre, Bruce aprovechaba cada instante para recordarme el trato al que Darragh, Fallon y él habían llegado con mi tío años atrás. Esa era la única razón por la que, tanto mi tío como yo, los tolerábamos.

—¿O si no, qué? —pregunté, pero como esperaba, Bruce no fue capaz de terminar su amenaza. Era demasiado cobarde como para hacerlo—. Créeme, Bruce, lo hago a cada segundo. Pero ¿lo haces tú? —A pesar de mi pregunta, no le di tiempo a contestar—. Porque yo creo que amenazar con expulsar del poder al jefe de la familia y a su futuro heredero lo incumple gravemente.

—No te estoy amenazando, Callum. Jamás lo haría —respondió rápidamente, teniendo la cara dura de mentirme a la cara—. Creo que ha sido un malentendido. —Una de las cosas que más detestaba de Bruce era que él jamás iba de frente. No, él esperaría a que me tambalease para clavarme un puñal por la espalda—. Tengo que reconocer que la celebración de la boda sí que cumple con todos los requisitos —dijo, cambiando de tema. Se lo permití, ya que, si seguíamos con la conversación anterior, terminaría desgarrándole la garganta delante de todos. Algo que,

por muy satisfactorio que fuese para mí, no me beneficiaría en absoluto—. No has puesto límite a los gastos.

En realidad, eso había sido cosa de Adele. Ella había querido organizar todo. Por supuesto, había pagado la mitad de todo, que ascendía a una cantidad desorbitante. No tenía problemas con ello. En realidad, había querido pagarlo todo, pero mi ya suegro se había negado.

—¿Dónde está la novia? —inquirió Bruce cuando no le respondí a su anterior comentario.

Eso mismo me estaba preguntando yo. Pero, por supuesto, no se lo iba a decir a él.

—Se está cambiando de vestido —respondí secamente.

—Las mujeres y la ropa. Nunca tienen suficiente —dijo a modo de broma, aunque sonaba como un reproche y no me extrañaba que lo fuese. No era un secreto que su mujer e hija eran aficionadas a la ropa de marca y gastaban gran parte de la fortuna de Bruce en ello—. Esperemos que aparezca antes de que sea hora de entrar al banquete. Debéis entrar juntos o daría mala imagen. Ya sabes cómo son las mujeres de cotillas, y hay muchas entre los invitados.

Las mujeres y él. Estaba comenzando a hartarme de que me diese lecciones como si fuera un niño pequeño, y aún más harto de sus amenazas veladas.

Abrí la boca para responderle y no de una manera cortés, pero Tavish, que debió de darse cuenta de la tensión que había entre su padre y yo, se acercó a nosotros.

—Habéis tenido suerte. Hace un buen día. Tu mujer va a quedar satisfecha con las fotos —dijo, señalando al fotógrafo que se movía entre los invitados, retratándolos.

Fotógrafo que había contratado Adele, y al que imaginaba que había dado la orden de que no nos hiciese un reportaje fotográfico, ya que se había limitado a sacarnos un par de fotos a la salida de la iglesia. Y ella no había posado para él en diferentes posturas y buscando el mejor ángulo como harían el resto de novias. Imaginaba que ella deseaba tener los mínimos recuerdos posibles de ese día.

Y, aun así, se había encargado del mínimo detalle, o de casi todos. Porque había uno que se le había olvidado, probablemente adrede, pero ya me había encargado yo.

—Mi mujer está muy feliz —le respondí a Tavish.

—No lo dudo, a fin de cuentas se ha casado con el próximo jefe de la familia. ¿Qué mujer no quiere eso? —preguntó con una sonrisa irónica.

Había logrado en tiempo récord que mi ira pasase de su padre a él, que era justo lo que pretendía. Tavish y su padre me parecían dos gilipollas a los que no soportaba.

Fui a responderle, pero volví a ser interrumpido. Esta vez, por Adele, que caminaba por el camino empedrado hacia el jardín. No iba sola, ni con su mejor amiga Erin, quien se encontraba junto a Arlan al otro lado del jardín. Ella iba agarrada del brazo de Tristan. ¿Qué cojones hacía del brazo de mi mejor amigo?

No tenía nada de malo, ya que Tristan estaba casado y era mi padrino de boda, pero, así todo, no me gustó un pelo.

Y parece que tampoco al resto de invitados, que la observaban con sorpresa. Cara, la mujer de Bruce, le dio un codazo a Winter y ambas susurraron algo que no logré escuchar. También vi la desaprobación en los ojos de Bruce.

Vincent, el padre de Adele, que se encontraba a unos pasos de mí, frunció ligeramente el ceño, pero rápidamente una sonrisa cortés adornó sus labios. En cambio, la mujer que se encontraba a su lado no supo disimular tan bien como él. Esta abría y cerraba la boca como un pez, sin ser capaz de articular una palabra.

No, eso no podía ser porque fuese del brazo de mi mejor amigo. Entonces, la miré de arriba abajo y lo entendí.

Tal y como me había dicho, se había cambiado de vestido. No me sorprendía que las novias hicieran un cambio de vestuario; aunque apenas me fijaba en esas cosas. Pero ella llevaba un vestido negro; uno muy poco apropiado para una novia.

Aquella era otra de sus provocaciones con la que pretendía sacarme de quicio y dejarme claro de que no podría controlarla. Y, una vez más, no consiguió el efecto que esperaba, lo único que logró fue que desease llevármela a una de las habitaciones y arrancarle el vestido.

Ella estaba preciosa.

El vestido se ajustaba a la perfección a su figura. A pesar de las transparencias y que dejaba sus muslos al descubierto, no era demasiado revelador. Pero sí era sexy.

Joder, toda la sangre había bajado de mi cabeza a mi polla.

Ella sonrió con suficiencia cuando me vio, pero frunció el ceño cuando yo le devolví la sonrisa.

Agarré su mano cuando estuvo a mi lado y alcé nuestras manos al aire.

—Todos conocéis a mi mujer, Adele O'Donell. —Cómo mandaba la tradición, ella se cambiaría su apellido al mío—. Ella y yo estamos muy felices de que hayáis podido acudir a nuestro gran día. Esperamos que lo disfrutéis tanto como nosotros.

Los aplausos resonaron en el aire a la vez que algunos de los invitados se acercaban a saludarnos. Adele los saludaba con un apretón de manos y una sonrisa en su boca como una perfecta anfitriona.

—Creía que los vestidos de novia debían ser todos blancos —comentó Bruce después de presentarse a Adele.

Esta se encogió de hombros.

—Por lo general, es así. Pero me ha parecido una buena idea cambiar.

—El cambio no siempre es algo positivo —apostilló Tavish. Aunque era absurdo, ya que dudaba mucho que a Tavish le importase el color del vestido de Adele. Tan solo estaba tocando los cojones, como siempre.

Cara se había unido a nosotros. Observaba a Adele con desaprobación, pero, a diferencia de su marido y su hijo, era lo suficientemente lista como para no abrir la boca.

Winter, que se había quedado en segundo plano, apareció con la sonrisa falsa que siempre llevaba puesta. Saludó a Adele, para después enhebrar su brazo con el de Tristan, que aunque sonreía, yo le conocía mejor. Prefería comer chinchetas que tener que tocar a su mujer.

—No hagas caso a los hombres —le dijo con un tono de voz amable—. Estás guapísima. Ojalá yo me hubiese atrevido a llevar un vestido como el tuyo en mi boda. Viéndote a ti, me he dado cuenta del error que cometí manteniendo el blanco en los dos vestidos. Mi vestido para mis bodas de bronce será negro. ¿Te gustaría, cariño? —Ladeó la cabeza para preguntarle a su marido.

Vi cómo Tristan se mordía el labio inferior para no decir en voz alta el comentario mordaz que le quemaba la boca.

No soportaba a su mujer. Podía entenderle, pero él ya sabía en qué se metía antes de casarse.

—¿Estáis casados? —preguntó Adele, sorprendiéndome. De todas las preguntas que podía hacer, esa era la que no me esperaba.

—Felizmente casados —mintió Winter con una sonrisa. Adele frunció el ceño, pero rápidamente esbozó una sonrisa. Algo no le cuadraba, lo pude ver en sus ojos, pero no tenía tiempo para preocuparme de eso. Y, en realidad, tampoco era algo que me importase—. Mi marido y el tuyo son como hermanos y yo siempre he querido tener una hermana. Así que, si

quieres, podemos pasar tiempo juntas para conocernos mejor. Estoy segura de que nos llevaríamos muy bien.

—Me gustaría mucho —dijo Adele con sinceridad.

Yo no estaba seguro de si era una buena idea. Tristan negaba con la cabeza, pero la verdad era que si alguien podía ayudar a Adele a integrarse con rapidez en la familia, esa era Winter. Ella había sido una forastera como lo era mi esposa y había logrado en muy poco tiempo hacerse con el respeto de las mujeres de la familia.

—Deberíamos ir entrando —propuse cuando vi cómo los camareros abrían de par en par las puertas que daban al comedor interior en el que se iba a celebrar el banquete.

Todos asintieron, dirigiéndose hacia el interior. Mi mujer y yo nos quedamos fuera, ya que debíamos entrar los últimos.

—Me gusta tu vestido.

—¿En serio? —preguntó, arrugando la nariz.

Me contuve para no reírme.

—Mucho. Has acertado con el color. No es típico para una boda, pero estoy muy satisfecho de tu elección.

Sus ojos brillaron y vi el momento en que ella se dio cuenta de que me estaba burlando de ella y de su intento de rebelión, y también vi cuando decidió contraatacar.

—Tienes razón, no es un color para una boda, pero es adecuado para un funeral.

—Nadie que conozcamos ha muerto hoy.

—Cierto, pero tú lo has intentado.

—¿Qué he intentado?

—Matar mi libertad, pero no lo vas a conseguir. Y, por cierto —dijo a la vez que daba un par de pasos dirigiéndose hacia el interior. Le agarré de la mano y entrelacé sus dedos con los míos. Ella tragó saliva, pero me dejó hacerlo—. No pienso cambiarme el apellido —terminó tras una pausa.

—Me temo que eso no es negociable —le susurré, ya que nos estábamos acercando al interior del comedor.

—No pienso ponértelo fácil —me aseguró cuando una melodía africana comenzó a sonar y los invitados que estaban de pie aplaudían mientras entrabamos en el comedor.

No, ella no iba a hacerlo, y eso era lo último que necesitaba. Pero, qué diablos, más que como una amenaza me lo tomé como un reto. Un reto que sonaba mucho más tentador de lo que debería.

Capítulo 16

Adele

—Vas a ser una gran diseñadora —me dijo Winter, que se encontraba sentada frente a mí en la mesa de los recién casados. Su marido, a su lado, no la estaba haciendo el menor caso. Tristan hablaba animadamente con el tío de Callum—. Si necesitas un conejillo de indias que se pruebe tus vestidos, cuenta conmigo.

—Lo haré —le respondí con sinceridad.

La verdad era que Winter me caía muy bien. Había pensado que el banquete sería incómodo. Ni siquiera había podido incluir a Erin en mi mesa a pesar de que lo había intentado, ya que, como ella misma me había explicado, su novio Arlan no sería bien recibido allí. Por suerte, la mujer de Tristan me lo estaba poniendo muy fácil. Estaba siendo muy hospitalaria; sacando temas de conversación constantemente y tratando de que me sintiera cómoda en todo momento.

Winter tenía veinte años. Tan solo un par de años más que yo, por lo que éramos de una edad muy parecida. Bajita y menuda, con su cabello rubio, sus ojos azules y unas largas pestañas, lucía como una muñeca.

Miré a Tristan, que se encontraba a su lado. Por alguna razón, aunque tenían todos los ingredientes para ser la pareja perfecta, no acababan de encajarme juntos. No podía decir la razón, pero había algo entre ellos que no acababa de funcionar.

No pude evitar pensar en la chica que había visto junto a Tristan en el baño. Sí, él se veía mejor con ella. Lo que era una estupidez, ya que aunque había asumido que así era, esa chica no era la esposa de Tristan. Me pregunté por qué él no me había sacado de mi error. ¿Es que acaso no le importaba que pudiese malinterpretar lo que había visto?

—Callum, por cierto, antes de que se me olvide —Winter se dirigió a mi marido, que se encontraba a mi lado—. Mi suegra me ha pedido que os diga que siente que su hija Savannah no haya podido quedarse al banquete. Tenía que regresar a Reino Unido a terminar de recoger sus cosas y no ha encontrado un vuelo más tarde.

—Dile a Vera de mi parte que no pasa nada. Es completamente entendible —respondió Callum con una sonrisa cortés. Él parecía interesado, pero, por lo poco que lo conocía, tenía la sensación de que le daba exactamente igual. Callum sabía muy bien cómo comportarse en público y qué decir en cada momento.

Mi padre llamó la atención de Callum y él ladeó la cabeza para continuar la conversación que habían estado manteniendo antes de que Winter les interrumpiera.

—¿Y por qué Vera te ha mandado a ti de interlocutora? —preguntó Tristan, sin su característica sonrisa, y en tono serio.

¿Él llamaba a su madre por su nombre?

—Porque con tantos invitados no ha podido hablar con los novios, y la mesa en la que está sentada está alejada de esta —explicó Winter mientras sostenía una copa de vino blanco y le daba un sorbo.

—Me encantaría conocer más tarde a tu madre —le dije a Tristan—. Y espero conocer pronto a tu hermana.

Este asintió y continuó hablando con Howard. Winter se disculpó para ir al baño y yo me

afané en dar un mordisco a la carne.

—¿Estás disfrutando de la comida? —me preguntó Callum cuando mi padre y él dieron por terminada su discusión sobre si uno de los jugadores del equipo de futbol del Shamrock Rovers FC debía retirarse o no.

—No sabía que te gustaba el futbol —le respondí, obviando su pregunta.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes, pero que irás descubriendo durante nuestro matrimonio.

—No será necesario. Cómo tú bien has dicho varias veces, lo nuestro es un matrimonio de conveniencia —bajé la voz, lo suficiente como para que ninguna de las personas que se encontraba a nuestro alrededor pudiera escucharnos, a pesar de que nada de lo que estaba diciendo era un secreto—. No hay necesidad de que nos conozcamos.

—Adele… —Mi nombre salió de los labios de Callum a modo de advertencia—. Nuestro matrimonio se basará en la confianza y el respeto mutuo. —Su frase sonó como una orden que yo debía cumplir. Por supuesto que, como en todo, no iba a contar conmigo. ¿Por qué lo haría? —. Tenemos que llevarnos bien.

—Yo no quiero llevarme bien contigo —respondí, enfadada—. Si quiero algo de ti, es el divorcio. —Esta vez, no me molesté en controlar mi tono. Es más, elevé un poco más la voz, provocando que Tristan se tapase la boca con la servilleta, fingiendo que se limpiaba con ella para no reírse. Pude sentir la mirada de mi padre quemando mi espalda, pero decidí ignorarlo.

Howard abrió la boca para hablar, pero me adelanté a lo que sabía que iban a ser sus palabras.

—Es una broma, por supuesto —dije con una sonrisa fingida—. Estoy muy feliz de estar casada.

Callum entornó los ojos, pero se limitó a darle un largo trago a su copa de vino.

—¿Qué es esto? —escuché preguntar a un chico joven desde una de las mesas cercanas a la nuestra.

—Es un plato africano, Tavish —le explicó Howard, alzando la voz.

El chico, que respondía al nombre de Tavish, se metió un trozo de *bunny chow* de ternera y puso cara de desagrado.

—Sabe fatal.

—No me sorprende. —Tristan se giró para mirar a Tavish—. Son sabores atrevidos, de gente que tiene mundo, como yo. —Se señaló a sí mismo con el tenedor que sostenía en su mano derecha—. No para incultos como tú.

—Úntala con *berbere sauce* —le propuse, alzando un poco la voz, pero sin llegar a gritar, a la vez que le señalaba los cuencos que los camareros habían dejado en su mesa—. Está mucho más rico así.

Por el rabillo del ojo vi cómo Tavish seguía mi sugerencia, y cerraba los ojos, deleitándose con la comida, pero ni siquiera tuvo la educación de mirarme para agradecérmelo.

—Podía darme las gracias por la sugerencia —murmuré más para mí misma, pero Callum me escuchó.

—Si algo tienes que aprender como mi esposa es que no debes esperar nada de nadie.

—Lo sé —dije mientras partía un trozo de pan y me lo llevaba a la boca—. Debo ganarme el respeto de la gente. —Esa era una de las lecciones que mi padre me había inculcado.

—Debes exigirlo —me corrigió Callum.

—¿Exigirlo?

¿Cómo se exigía a alguien que te respete?

—Tavish —dijo Callum, en un tono de voz que llamó la atención de casi todos los presentes en el comedor. El joven dejó el tenedor en el plato para mirar a mi marido—. ¿No has olvidado algo? —le preguntó en un tono mortífero, que provocó que el comedor entero se quedase en silencio.

Este miró a mi marido durante unos segundos, confundido, hasta que la comprensión apareció en su rostro.

—Estabas en lo cierto. Mejora mucho con la salsa. Ha sido un acierto poner este plato en el menú —dijo, mirándome—. Muchas gracias, Adele. —A pesar de que su agradecimiento era falso y podía sentir la rabia en sus palabras, me sirvió. Ese chico era un maleducado y se merecía una pequeña lección.

Sonreí, complacida.

—¿Qué salsa? —escuché preguntar a una mujer mientras las conversaciones regresaban y el salón volvía a llenarse de voces cada vez más alegres por culpa del vino que se estaba sirviendo de manera continua.

—Se hace de esa manera —me señaló Callum con una sonrisa de suficiencia que provocó que se borrara la mía.

—La próxima vez lo haré cómo dices.

—Sí, si se trata de una mujer. Si es un hombre, me lo dices y me encargo yo.

—¿Crees que no soy capaz de enfrentarme a un hombre? —pregunté en voz baja, conteniéndome para no gritar.

—Si algo sé de ti, es que lo eres. Pero en mi mundo que ahora es el tuyo, los hombres adultos no se toman bien que las mujeres los reprendan, ni siquiera la mujer del futuro jefe de la familia. Ellos te respetarán por miedo a mí. Pero si no lo hacen, yo debo encargarme, no tú.

—Eso es una tontería. Me he enfrentado a hombres adultos más de una vez. —A él, por ejemplo.

Sin embargo, me guardé ese pensamiento para mí misma. Porque no había salido muy bien librada de ninguna de esas batallas. Aun así, no me había rendido y nunca lo haría. Seguiría enfrentándome a él.

—Sí, pero esos hombres no pertenecían a la mafia o no eran tu marido —dijo lo último con resignación, aunque me pareció ver un brillo de diversión en los ojos.

—¿Quieres decir que a partir de ahora tengo que andar con cuidado para que los hombres de tu familia no me hagan daño? ¿Qué corro peligro por ser tu mujer?

—Joder, Adele —se quejó, pasándose la mano por la cara. Por el rabillo del ojo vi cómo mi padre nos miraba. Winter no había regresado aún y el resto estaban inmersos en una conversación, pero estaba segura de que eran conscientes de la tensión que emanaba cerca de ellos. Estás tergiversándome adrede. No corres ningún peligro. Simplemente, los hombres de mi familia no van a aceptar que una mujer les mangonee. Es una norma sencilla. Si cometen el error de tratarte inadecuadamente, se las verá conmigo.

—Déjame ver si lo entiendo. ¿Si alguno, por ejemplo, intenta tocarme inapropiadamente, yo debo dejarle y después contártelo a ti?

Las facciones de Callum se endurecieron y sus manos se cerraron en puños.

—Adele, querida —nos interrumpió Howard, demostrando que nos estaban escuchando—. ¿Para el postre me recomiendas un trozo de *melktert* o no me la juego y pido un trozo de tarta de limón?

—La tarta de *melktert* ha sido sugerencia de última hora por mi parte —intervino mi padre—. Era el postre preferido de mi princesa cuando era pequeña.

—En ese caso, tengo que probarla —dijo Howard—. ¿Tú la vas a probar, Callum? —le preguntó a su sobrino que seguía respirando entrecortadamente.

—Claro —respondió con la mandíbula apretada.

—Siento la tardanza —se excusó Winter, apareciendo y sentándose en su asiento—. A una invitada se le ha manchado el vestido y he estado ayudándola a limpiarlo. No sabéis lo que cuesta sacar una mancha de marisco de la tela de encaje con solo agua.

—He incluido un limpiador de manchas en los regalos que he dado a los invitados.

Ella sacudió la cabeza y emitió una risa suave.

—Y yo me estaba preguntando qué era ese bote con forma de *spray*.

—¿No tenía etiqueta? —pregunté, preocupada.

—Sí, sí. —Winter hizo un gesto con su mano—. Pero las lentillas me han provocado una pequeña alergia y no puedo ponérmelas en tres meses. Me negaba a llevar gafas en tu boda.

—Lo que es una tontería —dijo Tristan—, porque tú estás guapa de cualquier manera. —Aunque sus palabras eran bonitas y su tono amable, había algo en la manera en que las pronunció que no sonaba real.

Winter negó con la cabeza.

—Las gafas no son atractivas.

—Menos atractivo es no ver nada. Imagínate que te confundes y en vez de regresar conmigo a casa te met…

—¿Solo yo estoy deseando probar ya ese postre sudafricano? —preguntó Howard en tono alegre pero autoritario, cortando a Tristan.

Este esbozó una sonrisa inocente y cogió su copa de vino para darle un trago.

—Yo no como dulce —dijo Winter.

—Este te gustará —insistí—. O si no, la tarta de limón. La han hecho en la mejor pastelería de Dublín. —Hasta la persona menos amante de los postres del planeta se podría resistir a ella.

—No pierdas el tiempo intentando convencerla. No tocaría una tarta ni con un palo —respondió Tristan con una sonrisa. Pero, esta vez, no me dejé engañar. Su mujer no le caía muy bien.

En cambio, ella parecía no darse cuenta.

—¿Qué culpa tengo de que no me gusten los postres? —se quejó, encogiéndose de hombros.

—Igual debería haber pedido a los del catering una tarta sin azúcar.

—¿Una tarta que no sabe a nada? ¡Eso sería un sacrilegio! —Howard parecía horrorizado—. Además, después de la comida llega el baile. Qué mejor manera para bajar la comida y perder calorías. —Hizo un gesto con sus manos, moviéndose como si estuviera en una pista de baile.

—¿Los novios vais a bailar vuestra canción? —preguntó Winter con interés.

El primer baile de casados era una tradición que me hubiera encantado tener en mi boda. Incluso tenía pensado qué canción bailaríamos. Sin embargo, eso había sido en una boda real. Era un momento íntimo, demasiado especial, y que no tenía ningún sentido que Callum y yo compartiéramos.

Por esa misma razón había decidido omitirlo.

Agarré un vaso de agua y le di un trago, haciendo tiempo para pensar en una buena excusa que ponerle a Winter. Pero no me hizo falta, ya que Callum habló antes de que yo tuviera que hacerlo.

—Por supuesto —respondió Callum con convicción—. Tal como manda la tradición. —Él

dejó de mirar a Winter para fijar sus ojos en mí.

Callum había preparado el baile por su cuenta, sin consultarme. Ninguna de las organizadoras de la boda me había comentado nada al respecto.

Me mantuve en silencio. Afortunadamente, el camarero llegó con las diferentes opciones de postres, interrumpiendo la conversación.

—No hemos preparado nada juntos —le susurré a Callum, lo suficientemente bajo como para que tan solo él pudiese escucharme—. ¿Acaso sabe la orquesta lo que tiene que tocar? —Un baile como ese requería de muchos ensayos. Todos los ojos estarían puestos en nosotros, no podíamos hacer el ridículo.

—Ya me he encargado yo de ello —me respondió mientras le hacía un gesto al camarero para que le sirviera una porción de la tarta de *melkert.* Abrí la boca para quejarme, pero él me lo impidió con un ademán de mano—. Confía en mí.

Ese era el problema: que no lo hacía. Cómo hacerlo cuando no le conocía. La confianza se ganaba, y si él se había ganado algo, era mi desconfianza, lo que era un mal inicio para un matrimonio.

Así y todo, asentí. Porque no había otra cosa que pudiese hacer.

Capítulo 17

Callum

A pesar de que Adele no parecía muy convencida con la idea de que abriésemos el baile, no se negó. Por mucho que lo deseara, no podía hacerlo.

Le gustara o no, era una tradición que tenía que respetar.

Adele me miró con sus grandes ojos castaños cuando estuvimos en medio de la pista de baile. Ella ya no lucía combativa, ahora parecía perdida y vulnerable.

Y joder, no me gustaba verla así. Prefería cuando luchaba; aunque fuera contra mí.

Posé mi mano izquierda en la parte baja de su espalda mientras que, con la derecha, agarraba la de ella, entrelazando mis dedos con los suyos. A pesar de que podía sentir la rigidez en su cuerpo, Adele me dejó.

Comencé a moverme al ritmo de la música cuando la melodía de *Fly me to the moon* de Frank Sinatra comenzó a sonar. Mi mujer abrió los ojos al reconocer la canción, pero siguió mis pasos con facilidad.

—¿Dónde has aprendido a bailar así? —me preguntó, pareciendo sorprendida.

—En ninguna parte —respondí con honestidad—. Acudo a muchos eventos y, en muchos de ellos, tengo que bailar. —A los miembros de mi familia les encantaba preparar fiestas como las que se hacían dos siglos antes. Una de las pocas tradiciones de mi familia que no solo no me molestaba, sino que me parecía una buena idea.

—Sabes moverte.

—¿Tan poca fe tenías en mis habilidades como bailarín?

Adele hizo una mueca. Ladeó la cabeza para observar a los invitados. Cuando las primeras parejas se adentraron en la pista de baile, rodeándonos, Adele volvió a centrar su atención en mí, relajándose.

Esa era una de las muchas contradicciones de mi esposa. Escogía un vestido de color negro, totalmente inapropiado, demostrando que le daban exactamente igual las opiniones de los demás. Sin embargo, temía que nuestro baile de novios no estuviera a la altura de la expectativa de los invitados.

—¿Por qué has elegido esta canción? —me preguntó.

—Porque tu padre me dijo que era la canción que tú querías para tu boda.

—Para una boda con amor, no para esta —me respondió en tono amargo.

Cualquier complicidad que hubiéramos podido mantener al comienzo del baile, se evaporó. Como siempre, Adele tenía que tornarlo todo en una discusión. Y yo estaba comenzando a cansarme.

—Esta es la única que vas a tener. —No había malicia en mi comentario. Simplemente, era un hecho objetivo.

Adele creía que yo era su enemigo, algo que yo no comprendía. Al igual que ella, estaba obligado a casarme. Simplemente, yo había aceptado mi destino hacía años. ¿Por qué ella no hacía lo mismo? ¿Tan difícil era?

Aunque no se lo iba a reconocer en voz alta, quería que la boda fuese tal y como ella siempre había deseado. Sabía que Adele siempre había soñado con casarse y que la boda era muy importante para ella. Por eso, cuando me enteré de que no había preparado un baile para

nosotros, le puse solución.

Una manera de contrarrestar el haber adelantado tanto la boda. Sabía que dos semanas era muy poco tiempo para preparar una boda.

Sin embargo, Adele no pareció apreciarlo.

—Supongo que, gracias por tener en cuanta mis gustos —dijo con ironía.

Entrecerré los ojos mientras girábamos por la pista. Decidí no responder a sus palabras, porque era lo que ella estaba buscando. Era una provocación que nos conduciría a una discusión interminable.

—¿Por qué esta canción? —le pregunté.

Era algo que me llevaba días preguntando. Era una canción antigua. Una que la mayoría de las chicas de la edad de Adele no conocían; ni siquiera las que tenían mi edad.

—¿Y por qué no?

—Pensaba que tu canción preferida sería una más actual. No sé, tal vez, una de Taylor Swift.

—¿Conoces a Taylor Swift?

—Claro que la conozco. Mi tío la escucha todo el tiempo.

Adele abrió los ojos, atónita. Durante un instante, pareció aturdida, como si no supiera qué decir. Hacía tiempo que yo me había dejado de sorprender por las cosas que estuvieran relacionadas con mi tío.

—No es mi canción preferida —reconoció al cabo de unos segundos—, pero sí es la canción más romántica que he escuchado nunca. Siempre he creído que, el día que me casase, mi marido se sentiría así referente a mí. —Alzó la barbilla mientras Frank Sinatra cantaba: «Eres todo lo que anhelo. Todo lo que venero y adoro».

Por supuesto que ella querría eso.

—El amor es solo un invento moderno, Adele. Las personas quieren creer que están enamoradas porque es lo que les ha inculcado la sociedad, lo que han visto en las películas, lo que escuchan en las canciones, pero no es real.

Los ojos de Adele brillaron con rabia. A esas alturas, no era tan crédulo como para esperar que mis palabras le hicieran cambiar de opinión. Ella misma lo descubriría con el paso del tiempo.

—Siento más pena por ti que por mí.

—¿Pena por mí? —pregunté, riéndome con incredulidad.

—He aceptado que me moriré sin sentir lo que es el verdadero amor, pero por lo menos, sabré que existe. Tú te morirás creyendo que no existe, y eso es lo más triste que le puede suceder a una persona.

Aquello era una gilipollez, pero pude ver que ella lo pensaba de verdad.

—Confía en mí. Cuando me muera, esa será la menor de mis preocupaciones.

Aunque ella negó con la cabeza, no dijo nada más. Continuamos bailando hasta que dio un mal paso y se tropezó. Inconscientemente, la sujeté con más fuerza para estabilizarla y su cuerpo se pegó al mío. Sus delicadas curvas se acoplaban a mi cuerpo como si estuviese hecha para mí. Instintivamente, acerqué mi nariz a su cuello para inhalar su aroma a coco y jazmín. Una combinación demasiado dulce y pegajosa para mí, pero que me gustaba en ella.

Adele tragó saliva audiblemente. Sus ojos castaños brillaron con un deseo apenas contenido; el mismo que había visto en la iglesia cuando la había besado. Joder, y tenía ganas de hacerlo. En ese momento, delante de todo el mundo.

Ahora era mi mujer. ¿Por qué no hacerlo?

Tan solo necesitaba subir mis labios unos pocos milímetros hasta que se encontraran con los suyos. Estaba a punto de acortar la distancia, de dejarme llevar, cuando un carraspeo nos interrumpió, rompiendo el momento. Vincent se encontraba detrás de nosotros.

Entonces, fui consciente de que la canción había llegado a su fin.

—¿Me permites? —me preguntó Vincent, estirando su mano hacia Adele.

—Claro —respondí, soltando a Adele para que pudiera bailar con su padre.

La mujer del alcalde se acercó hacia mí cuando iba a aprovechar para salir de la pista.

—¿Te importa que baile contigo?

—Será un placer —contesté con educación.

Aunque era la primera vez que hablaba con Laurie Johanson, sabía todo sobre de ella. Que había conocido a su marido en el instituto, que se había graduado en Medicina en la universidad Trinity College y que se había especializado en Cardiología. También, que actualmente trabajaba en el Hospital Mater Misericordiae, al que había regresado recientemente, después de ausentarse tres meses por una baja de maternidad.

—Una boda preciosa —me dijo mientras nos movíamos por la pista—. Adele es una chica estupenda. Aunque hace años que mi marido y yo somos amigos de Vincent, no he podido conocerla en profundidad, ya que la ha mantenido oculta en un internado.

—Hasta dónde yo sé, no estaba oculta, estaba estudiando —le corregí, sin entender muy bien sus intenciones.

—Eso es verdad —coincidió ella con un sonrisita estudiada—. Aunque tengo que reconocer que me sorprende la rapidez con la que ha avanzado vuestra relación, teniendo en cuenta lo joven que es ella, y que, además, ha pasado la mayor parte de su adolescencia en un internado.

Solté una risa sin humor, pero Laurie no cambió su actitud. Seguía bailando conmigo con total tranquilidad. Aunque no tenía ninguna duda de que Laurie era consciente de lo peligroso que yo era.

—No sé lo que Vincent os habrá contado, pero el matrimonio entre su hija y yo es de conveniencia.

—La verdad es que él no ha sido demasiado abierto al respecto, pero no es ninguna sorpresa para mí. Como tampoco lo serán para ti los intereses políticos de Vincent.

—Si lo que te preocupa es que él quiera quitarle el puesto a tu marido, puedes estar tranquila, él aspira a más que a ser un simple alcalde.

—Y supongo que tu familia va a ayudarle a ello.

—¿La familia está para ayudarse, no?

—Sí, así es —concordó.

—¿Qué es lo que verdaderamente quieres preguntarme, Laurie? —le dije, cansado de aquella conversación.

—Nada —mintió—. Vincent es como de la familia para nosotros, así que supongo que ahora tú también eres de nuestra familia, y como bien has dicho, la familia se ayuda. —Enarqué una ceja—. De momento, ser alcalde es suficiente para mi marido —pero no para ella. A pesar de que no lo dijo en alto, era evidente—. Me gustaría saber si cuando mi marido quiera ascender a un puesto mejor, contará con el apoyo de la familia O’Donell.

—Mi familia no es una ONG, pero somos personas de honor. Si nos ayudas, te ayudamos. Pero si nos jodes… —Hice una pausa, deteniendo mis movimientos durante un instante. Estaba empezando a pensar que el dramatismo de mi tío Howard era contagioso. Afortunadamente, todos los invitados que se encontraban en la pista estaban lo suficientemente ensimismados siguiendo sus propios pasos como para percatarse que habíamos dejado de bailar—. Te jodemos

más fuerte —terminé, volviendo a retomar nuestros movimientos.

Si las palabras mal sonantes le molestaron o sorprendieron a Laurie, no lo demostró. Su marido no me parecía un hombre especialmente ambicioso, aunque me constaba que estaba metido en algún que otro asunto que bordeaba la legalidad. Dos aspectos que siempre me habían parecido un poco contradictorios.

Si de algo podía presumir era de que era bastante bueno leyendo a las personas. Tan solo había necesitado una breve conversación con Laurie para entender que sus ambiciones iban mucho más lejos que las de su marido.

—Soy médica, ayudar a las personas está en mis genes —me respondió con una sonrisa fría.

—Entonces, nos llevaremos bien.

Ella asintió, y en cuanto terminó la canción, salió de la pista para ir junto a su marido, que se encontraba en la barra hablando con mi tío. Por supuesto que mi tío no había desaprovechado la ocasión. Estaba bastante seguro de que ya estaba tratando con el alcalde futuros negocios juntos.

Vi a Vincent acercarse a ellos y busqué a Adele. Ella seguía en la pista. Miraba a un hombre pelirrojo frente a ella a la vez que asentía, aunque no parecía demasiado cómoda. El hombre me daba la espalda, pero no necesitaba verle la cara para saber que se trataba de Arlan Wolf.

—Supongo que si ellos están bailando, tú y yo debemos bailar —me dijo una voz de mujer.

Erin, la novia de Arlan y la mejor amiga de Adele, se encontraba frente a mí, observándome con una sonrisa forzada. Ella no estaba cómoda hablando conmigo. Era como si tuviese miedo de quién era yo. Lo que era absurdo, ya que su novio era el jefe de la familia Wolf, y un hombre sin escrúpulos y violento.

La orquesta comenzó a tocar otra canción y Adele bailó con Arlan. Este le dijo algo y ella se relajó.

—Yo le he pedido que baile con ella. No va a hacerle daño —me dijo Erin.

Suspiré y la sujeté por la cintura para bailar con ella. Wolf era un aliado, y un invitado a mi boda. Por mucho que quisiese sacarlo de la pista de baile, no podía hacerlo.

Erin siguió mis pasos de baile, pero mantuvo su cabeza gacha, como si no fuese capaz de mantenerme la mirada.

—Si te doy miedo, ¿por qué me has pedido un baile?

Ella suspiró y me miró a la cara.

—No me das miedo. Solo estaba dando vueltas a la cabeza de cómo decirte lo que quiero decirte de manera que me entiendas.

—Solo dilo y ya está.

Ella asintió.

—Adele es mi mejor amiga. La conozco casi mejor que a mí misma. Puede que ella crea que es capaz de renunciar al amor, pero no lo es. Ella necesita enamorarse. Vivir una bonita historia de amor. Si no lo consigue, se marchitará. Y temo que deje de ser ella misma.

Otra con la tontería del amor.

—Ahora Adele es asunto mío. Te agradezco tu interés, pero no es necesario — le dije, cortante.

—Tú no lo entiendes. Ella…

—Erin —le interrumpí—, es muy grosero por tu parte pedirle a un recién casado que se separe de su mujer para que esta encuentre el amor junto a otro hombre. Si no fuese porque eres la mejor amiga de Adele y sé que tienes buenas intenciones, ordenaría que te echen de la boda —le dije, porque estaba empezando a tocarme los cojones. Estaba harto de que todo el mundo se

metiese en mi vida.

—No te estoy pidiendo eso —replicó ella con indignación—. Puede que no conozca todos los entresijos de la mafia, pero sí los suficientes para saber que, una vez casados, ya no hay vuelta atrás. Lo que te estoy pidiendo es que le des una oportunidad al amor. Adele es una chica de la que cualquier hombre se enamoraría.

—¿Y crees que yo soy un hombre del que ella se enamoraría? —le pregunté, porque, aunque solo decía tonterías, estaba intrigado.

—Si quiere ser feliz, no tiene otra opción —me respondió—. Y creo que, si tú te enamoras de ella, con el tiempo, te corresponderá.

Por el amor de Dios, que sarta de gilipolleces.

—Ahora comprendo de donde le viene a Adele esa idealización del amor —le respondí. Ella fue a abrir a boca, pero yo ya estaba harto de tonterías. Si Arlan Wolf había necesitado engañar a esa chica con promesas de amor eterno para acostarse con ella y ella se lo había creído, era su problema. Pero yo no pensaba engañar a Adele—. Me temo que no voy a poder terminar el baile contigo. Necesito una copa. ¿Te acompaño hasta tu mesa? —le pregunté, dejando de bailar y ofreciéndole la mano.

—No será necesario —respondió, saliendo de la pista de baile.

La seguí con la mirada, y cuando estuve fuera, miré a Adele, que continuaba bailando con Arlan. Cuando terminó la canción, mi tío la interceptó antes de que ella pudiese salir de la pista, y le pidió un baile que esta aceptó.

Me dirigí a la barra. Necesitaba una bebida fuerte.

—¿Problemas en el paraíso? —me preguntó Tristan una media hora después, mientras yo continuaba en la barra, aunque solo me había bebido un whisky. No quería emborracharme.

—Solo harto de socializar.

Tristan asintió y miró la hora en su reloj de muñeca.

—Ya has cumplido. Llévate arriba a tu mujer y disfruta de tu noche de bodas.

Miré hacia Adele, que se encontraba sentada junto a Erin riéndose de algo que esta había dicho. Un mechón de pelo se le había soltado del sofisticado recogido que llevaba y le deba un aire desaliñado que le quedaba bien. Sonreía feliz y despreocupada, y eso fue algo que me gustó. Joder, quería que ella fuese feliz. Pero no podía darle amor. ¿Cómo iba a darle algo en lo que yo no creía?

—No es tan fácil.

—Es verdad, las tradiciones. —No me refería a eso y él lo sabía. Tristan se acercó a una de las mesas, cogió una copa que descansaba encima y una cuchara, y comenzó a golpear el cristal, llamando la atención de todos—. Damas y caballeros, nos lo estamos pasando muy bien, pero ya es hora de que los recién casados se retiren.

Las risas y los vítores se adueñaron de la sala. La mujer de Tristan, junto a varias mujeres más, se acercaron a Adele y la ayudaron a levantarse y se la llevaron hacia la *suite* que había reservado para nuestra noche de bodas.

Algunos hombres levantaron las copas y brindaron. Otros se acercaron a mí para palmear mi hombro.

En unos minutos subiría para unirme a Adele. Y qué me jodieran si por una vez en mi vida no estaba nervioso.

Capítulo 18

Adele

Siempre había creído que mi primera vez sería especial. Con velas y pétalos rojos después de una cena romántica en un buen restaurante. Aunque lo cierto era que el sitio era lo de menos, porque lo único que a mí me había importado era la persona con la que lo perdería. El hombre del que estaría enamorada, mi príncipe azul, el indicado.

Lo había estado esperando. Mientras tanto, había estado disfrutando besando a las ranas que me había encontrado por el camino. Había sido divertido, no iba a mentir. Sin embargo, siempre había estado segura de que al final del camino se encontraría *él*.

Me había equivocado de una manera tan estrepitosa que mi mundo se había vuelto boca abajo.

Erin, Winter y otras tres mujeres jóvenes a las que no conocía me acompañaron hasta la *suite* del hotel que habíamos reservado para la noche de bodas.

—Quiero entrar sola —dije cuando las vi paradas esperando a que sacase la tarjeta del bolso para abrir la puerta.

—Es tradición que entremos contigo —insistió una joven de cabello castaño y ojos del mismo color. Me observaba con una mueca de desagrado. Una que parecía perpetua en ella.

—No es mi intención ser desagradable —contesté en un tono amable pero cortante que había perfeccionado en mis años de internado—, es algo que necesito hacer sola.

—Tenemos que ayudarte a cambiarte. Debes estar preparada esperándole en la cama.

—¿Cómo dices? —pregunté, aturdida—. ¿Cómo qué preparada para esperarle?

Las imágenes más siniestras se apoderaron de mi mente.

—Cállate, Elspeth —intervino Winter—, la estás asustando. —Giró la cabeza para mirarme a mí—. Sé lo que estás pensando, y no es así. Yo tampoco pertenecía a la familia y pensé lo mismo que tú cuando me dijeron las mismas palabras en mi noche de bodas. A lo que Elspeth se refiere es que se supone que debemos ayudarte a ponerte el camisón y dejarte acomodada en la cama. Nada más.

Suspiré, aliviada. Aun así, no iba a permitirlo. Era más que capaz de cambiarme sola y meterme en la cama sin ayuda.

—Gracias, pero no es necesario.

—Es la tradición —insistió Elspeth.

Otra joven de cabello color cobrizo asintió con la cabeza, apoyando a Elspeth.

Sí que eran pesaditas…

—No voy a permitirlo —sentencié, recordando el consejo de Callum de que no permitiese que me pisasen. Aunque estaba bastante segura de que él no se refería justamente a ese momento —. Es una tradición obsoleta. No voy a dejar que me acicaléis y vistáis como si fuese una virgen esperando un sacrificio —respondí, provocando que una de las jóvenes se riese y otra soltase un suspiro de asombro.

—¿Y no es lo que eres? —preguntó Elspeth con ironía—. Virgen, sacrificándote por el bien de la familia. Es lo que todas somos el día de nuestra boda.

Me quede sin palabras. Aquella chica no me caía bien, pero sus palabras no eran del todo desacertadas. Pude ver la frustración en sus ojos. Al final, todas estábamos en el mismo barco.

—Tal vez, pero prefiero hacerlo a mi manera.

—Ninguna podemos cambiar las reglas —dijo Elspeth, que estaba a punto de sacarme de quicio.

—Ha dicho que no quiere —intervino Erin, quien se había mantenido al margen hasta ese momento. Dio un paso hacia mí y agarró mi mano, entrelazando mis dedos con los suyos—. Respetad su decisión.

Sonreí a mi amiga. Ella siempre me salvaba, hasta de mí misma.

—¿Perdona? —Elspeth parecía indignada—. Una *Wolf* no va a decirnos lo que debemos o no hacer. —No me gustó la forma en la que se dirigió a Erin, ni la manera en la que pronunció el apellido Wolf, con asco, aunque realmente ese no era el apellido de mi amiga, sino el de su novio.

—Ya vale. —Winter suspiró—. Debemos apoyarnos entre nosotras, no enfrentarnos. Si no quiere, que no lo haga. El resto mantendremos la boca callada y haremos creer a los hombres que ha cumplido con la tradición.

Elspeth fue a abrir la boca, pero al mirar a Winter, la cerró de nuevo. Las otras dos jóvenes asintieron. Era evidente que Winter se había ganado el respeto de todas aquellas chicas y yo me alegraba de tenerla de mi lado.

Al fin y al cabo, sin apenas conocerme, estaba sacando la cara por mí.

—Muchas gracias, Winter.

—No tienes que darlas. No estoy haciendo nada que no me hubiera gustado que hicieran por mí en mi noche de bodas. —Ella esbozó una sonrisa dulce—. Nos vemos, Adele —se despidió de mí a la vez que hacía un gesto a las otras tres jóvenes para que la siguieran al ascensor.

—Esas arpías no me caen bien —me susurró Erin cuando Winter y las demás chicas estuvieron a una distancia prudencial.

—A mí tampoco. Menos Winter, que es muy agradable. —Ella era la única de la familia O'Donell que se había portado bien conmigo—. Creo que vamos a ser buenas amigas. —Erin arrugó la nariz, como hacía cuando no estaba de acuerdo conmigo en algo—. No tanto como lo eres tú, no debes preocuparte por eso.

—Eso es lo que menos me preocupa —respondió. Fue a decir algo más, pero se lo pensó mejor y no lo hizo—. ¿Quieres que te acompañe dentro? No te preocupes, no voy a ayudarte a cambiarte, sé que lo puedes hacer solita.

Me reí por la broma. Erin siempre me sacaba una sonrisa. Fui a decirle que entrara, pero miré hacia el fondo del pasillo, donde se encontraba el ascensor, y vi cómo las cuatro mujeres miraban hacia nosotras, esperando a Erin.

Aunque me gustaría contar con el apoyo de mi mejor amiga un poco más, no podía hacerlo. Viendo cómo se había dirigido Elspeth a Erin, como si fuera una forastera, que al final decidiese que ella fuese únicamente quien me acompañase, causaría problemas.

—Estoy bien. Puedo hacerlo sola —respondí, dándole un rápido abrazo.

—No hagas nada para lo que no estés preparada —me susurró al oído—. Si te obliga, pégale una patada en los testículos, sal corriendo y llámame. Estaré esperando con el coche en marcha.

Me reí. No podía quererla más de lo que la quería.

—Incluso en una frase como esa sigues usando la palabra testículos en vez de huevos.

—Lo que es sorprendente siendo la novia de un hombre que dice una palabrota por cada dos palabras —me respondió, siguiéndome la broma y logrando que me relajase.

Una tos y varios carraspeos nos interrumpieron.

Erin miró hacia el ascensor y suspiró.

—Llámame mañana a primera hora —me dijo, dándome un beso en la mejilla, para después, caminar por el pasillo y reunirse con el resto de mujeres.

Erin se marcharía de regreso a su casa junto a su novio, ya que tan solo los invitados que residían lejos de Dublín o habían viajado desde otros países se iba a quedar en el hotel. Así y todo, sabía que ella dormiría pegada a su teléfono móvil por si la necesitaba. Y ese pensamiento me relajó, ya que no podía contar con la ayuda de mi padre, con quien apenas había intercambiado más de dos frases durante la celebración.

Esperé a que las chicas entraran en el ascensor para sacar la tarjeta del bolso. Durante unos minutos, apreté la tarjeta con fuerza en mi mano, mirando la puerta. Inspiré profundamente y la acerqué a la cerradura, provocando que la puerta se abriese. Parpadeé cuando una luz me sorprendió. Alguien había dejado el interruptor encendido. Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, di varios pasos adentrándome al interior y observé la estancia.

La habitación estaba rodeada de amplios ventanales cubiertos de cortinas de seda color gris perla. Atisbé una puerta que conducía a lo que parecía ser un balcón. Todo en aquella habitación estaba decorado al más mínimo detalle: desde la chimenea hasta la mesita redonda que se encontraba al lado de una de las ventanas con dos sillas.

Bajé mi mirada al suelo cuando me di cuenta de que había pisado algo. Arrugué el ceño al ver un reguero de pétalos rojos que conducían hasta la cama *king size*. Me agaché para sostener el que se había pegado a la suela de mi zapato.

Al levantar la cabeza, me fijé en la cama cubierta de satén blanco y encima de ella una guirnalda de rosas blancas. A los lados de la cama, dos mesitas de noche con velas con forma de corazón encendidas, portando un ambiente cálido y romántico.

—¿Quién ha preparado todo esto? —pregunté al aire.

—Probablemente, los empleados del hotel —respondió una voz ronca detrás de mí.

Giré la cabeza para ver a Callum en el umbral de la puerta que se me había olvidado de cerrar.

Ya había supuesto que no había sido él, ya que ese hombre renegaba a todo lo que tuviese que ver con el romanticismo y el amor.

—Por supuesto —murmuré, cerrando la palma de mi mano, con el pétalo que aún mantenía en ella—. ¿Por qué has subido tan pronto? —pregunté.

—He visto a las chicas que te tenían que acompañar saliendo del ascensor y metiéndose a toda rapidez en el baño, evitando entrar de regreso al comedor para no ser vistas. Así que he supuesto que estaban haciendo tiempo porque te has negado a dejar que te ayuden. ¿Me he equivocado? —preguntó, a la vez que entraba en la estancia y cerraba la puerta tras él.

—Es una tradición absurda —dije, dando un par de pasos hacia atrás.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —respondió, encogiéndose de hombros —. ¿Quieres algo de beber? —Callum señaló la botella de *champagne* con dos copas que había sobre una pequeña mesa redonda, adornada con dos velas rojas rodeadas de pétalos de rosa.

—No, gracias. —Me gustaba el *champagne*, pero lo que menos me apetecía era beberlo. Porque no había nada que celebrar—. Para ser el futuro jefe de una familia con tantas tradiciones reniegas de muchas de ellas.

Una sombra oscura se apoderó de los ojos de Callum. Había tocado un tema sensible para él, pero se recompuso con rapidez y la máscara de indiferencia regresó a su rostro.

—Considero que algunas tradiciones ya no son necesarias.

—¿Las vas a cambiar cuando heredes el puesto de jefe?

Él esbozó una sonrisa extraña.

—Es nuestra noche de bodas. No hablemos de negocios.

—¿Por qué no? ¿No es nuestra boda parte de los negocios?

—Una parte agradable —me dijo, mirando la cama y después a mí.

Me estremecí antes el significado de sus palabras. Ante lo que él esperaba de mí esa noche. Ante lo que estaba dispuesta a darle o no. No era miedo, ni siquiera resignación, era algo más profundo, un sentimiento al que no era capaz de dar nombre. Esa noche perdería la inocencia que me quedaba, si es que me quedaba alguna.

—A lo mejor no me resulta desagradable —respondí al cabo de unos segundos.

—Confía en mí, soy más que capaz de lograr que te resulte *muy* agradable.

Negué con la cabeza. Ese hombre era un imbécil.

—Es muy reconfortante para mí tener un marido con tanta autoestima.

—No es autoestima, es la verdad. La inexperiencia hace que estés asustada, pero no hay nada que temer.

—Me imagino que tú eres un experto. ¿Con cuántas mujeres has experimentado? —pregunté, y la cara que puso era digna de ser fotografiada.

Había sido acusada de hacer preguntas inapropiadas en momentos inapropiados y no habían sido acusaciones falsas. Pero nunca había estado tan orgullosa de mí misma como en ese momento.

—No voy a contarle a mi mujer mis experiencias pasadas —sentenció. O por lo menos, creyó que lo hacía. Porque ahora que había encontrado algo que le molestaba, no pensaba dejarlo pasar.

—¿Y por qué no? Entre un matrimonio no debe haber secretos. Además, quizá aprenda algo.

—¿Ah, sí? —preguntó, venciendo la distancia que nos separaba—. ¿Y qué quieres saber, Adele? ¿Quieres saber cuántas han gritado mi nombre mientras se corrían? —Él estiró la mano para colocar uno de mis mechones de pelo que se había salido del recogido y colocármelo detrás de mi oreja—. ¿O cómo me gusta más que me chupen la polla?

—Yo… yo… —comencé, aturdida, incapaz de decir una palabra coherente. No sé en qué pensaba al jugar con él. Le había subestimado o me había infravalorado a mí misma al creer que podía vencerle en un juego del que no sabía nada.

Callum exhaló un profundo suspiro cansado y se separó de mí.

—Necesito una copa —murmuró, y no podía estar más de acuerdo con él.

Pensé que Callum abriría la botella de *champagne*, pero él rodeó la mesa para dirigirse a un mueble de minibar que no había visto y sacar una botella de whisky y un vaso que dejó sobre la mesa.

Observé cómo destapaba la botella de whisky y llenaba el vaso. Nunca me había llamado la atención el whisky. Había probado alguna botella de las que tenía mi padre en el salón, pero nunca me habían gustado. Sin embargo, el whisky nunca se había visto tan apetecible como en ese momento.

Necesitaba valor líquido. Valor que había perdido y necesitaba recuperar.

Caminé hasta dónde se encontraba Callum, y antes de que pudiera llevarse el vaso de whisky a la boca, se lo arrebaté. Me lo llevé a los labios antes de darle tiempo a reaccionar y me bebí el contenido de un trago. Sentí que el alcohol quemaba la garganta, pero, a pesar de la mueca de asco que sentí que se formaba en mi rostro, no fue tan desagradable como la anterior vez que había probado whisky.

—Lo necesitaba —le dije a Callum cuando me miró con incredulidad. Dejé el vaso vacío sobre la mesa—. Creo que otro me vendría bien. —Fui a coger la botella, pero él la alzó por los aires antes de que pudiera alcanzarla.

—Creo que con un vaso es suficiente. No más alcohol por esta noche.

—Soy mayor de edad. Si lo soy para casarme, también lo soy para beber alcohol, ¿no?

Callum suspiró.

—No voy a acostarme con una mujer borracha. Y además, ni siquiera te gusta el whisky. —Callum me señaló y no fue hasta que no vi mi reflejo en uno de los espejos que se encontraban detrás de él que me di cuenta de que tenía una mueca de asco dibujada en mi rostro—. Y tampoco quiero que mañana te levantes con resaca. Ha sido un día largo y mañana también lo será. ¿A qué hora llegan los de la mudanza?

—¿Mudanza? ¿Qué mudanza?

Callum me miró, extrañado.

—La tuya. A mi casa. Tu padre me ha dicho que has quedado con ellos mañana. —Callum pronunció las palabras despacio, como así fuera a entenderlas.

—A tu casa —repetí.

Había estado tan preocupada organizando la boda que no había caído en algo tan básico como que me mudaría a la casa de Callum. Y, desde luego, yo no había contratado a los de la mudanza.

—¿No los has contratado tú, verdad?

—Ha debido ser mi padre. Ni siquiera había pensado en ello.

Callum suspiró.

—¿No has pensado en ello? —preguntó Callum con incredulidad—. Somos marido y mujer, Adele. Es evidente que viviremos juntos. ¿Qué pensabas, seguir viviendo en casa de tu padre?

—La verdad, es que ni siquiera he pensado en nada más después de hoy.

En cuanto esa realidad se instauró en mí, no pude evitar que la tristeza me invadiese.

Iba a dejar mi casa. Aquella en la que había vivido desde que tenía uso de razón. Y esto no era como cuando iba al internado, que sabía que regresaría. Ahora sería para siempre. Mi vida iba a cambiar para siempre.

¿Mi padre me echaría de menos?

Quería pensar que sí, pero no me sorprendería si no fuera así.

—No estoy preparada para tanto cambio —susurré de una manera apenas audible, pero Callum, que estaba aún pegado a mí, me escuchó.

—Ahora eres una O'Donell —dijo, pronunciando el apellido con orgullo, y yo no tenía fuerzas para recordarle que no pensaba cambiármelo—, debes encontrar la fortaleza suficiente para superar todos los cambios que se avecinan.

—Soy una persona, no una máquina. No puedo cambiar mis sentimientos y mis emociones solo porque tú me lo órdenes —repliqué, a la vez que daba varios pasos para separarme de él.

Me acerqué a la ventana y miré al exterior. Nos encontrábamos en la planta más alta del hotel y desde allí podía verse la ciudad. Aunque lo que realmente llamó mi atención fue la luna llena que dominaba el cielo sin nubes. Irradiaba una luz suave que era opacada por las luces artificiales de los edificios y las farolas. Recordé las veces que Erin y yo nos habíamos escabullido de nuestra habitación en el internado para ir a la azotea a observar el cielo. Siempre me había impresionado la inmensidad del universo y la belleza de un cielo estrellado, pero nunca, hasta ese momento, había sido consciente de que lo que realmente llamaba mi atención era la sensación de libertad que sentía al mirar hacia el cielo. Una libertad que, en realidad, nunca

había tenido, ya que, de una manera u otra, siempre había estado atrapada. Atrapada en un internado, atrapada por las exigencias de lo que se esperaba de mí, atrapada por mis propias fantasías románticas. Y ahora, estaba atrapada en un matrimonio sin amor.

Entonces, lo entendí. Callum no me estaba arrebatando mi libertad. ¿Cómo me iba a arrebatar algo que nunca había tenido?

Siempre había vivido en una jaula, por muy grande y lujosa que fuese.

Mirar a la luna me devolvió la seguridad en mí misma y me reafirmó en la decisión que había tomado el día anterior.

Había evitado decírselo a Erin esa mañana cuando habíamos hablado del tema. Iba a acostarme con Callum. Pero no iba a hacerlo porque lo deseaba, lo haría como un puro trámite. Cómo quitarse una tirita. Porque estaba cansada de tomar mis propias decisiones y esperar que otros las tomasen por mí mientras yo soñaba con amor eterno y príncipes azules. Ya era hora de despertar a la cruel realidad. Cumpliría con mi deber, jugaría a ser la esposa perfecta. Pero no pensaba tener hijos. No traería al mundo a un ser humano. No cuando el mundo era tan cruel. Por esa razón había comenzado a tomar la píldora a espaldas de mi padre y Callum.

—Adele. ¿te encuentras bien? —me preguntó Callum detrás de mí.

Me giré para mirarle.

—Perfectamente —mentí. —Necesito un momento —le dije y sin esperar su respuesta, caminé hasta el baño de la habitación.

Me adentré en el baño. Tan solo nos separaba una puerta, pero necesitaba mi propio espacio. Apoyé mis manos sobre la encimera, respirando profundamente, sintiendo cómo mi corazón comenzaba a latir más despacio. Puede que hubiese tomado una decisión, pero necesitaba un respiro para llevarla a cabo.

Mi mirada vagó por el amplio baño. Al igual que la habitación, estaba decorado al detalle. Mi pulso se aceleró cuando me fijé en el *jacuzzi* que se encontraba junto a la bañera. Me pregunté si Callum querría usarlo esa noche. No, él mismo me había dicho que toda la decoración de la *suite* no había sido cosa suya, sino de los empleados del hotel. Él no había pedido nada.

¿Y yo quería usarlo con él? ¿Quería relajarme en el *jacuzzi* después de hacer el amor?

No, no iba a hacer el amor, iba a mantener relaciones sexuales. Lo que era muy diferente. Iba a perder mi virginidad. Una simple membrana que no significaba nada, pero para mí lo había significado todo.

Mierda. Tal vez aquello me quedaba grande.

Me miré al espejo colocado encima de la encimera. El maquillaje seguía en su lugar después de tantas horas y mi peinado estaba bastante bien.

Suspiré.

—Puedes hacerlo, Adele. Es solo sexo, nada más. Además, Callum es un hombre atractivo. ¿Eso debería facilitar las cosas, no?

Aquellas palabras que me dije a mí misma no lograron relajarme, pero sí lo hizo el pensamiento de que si llevaba a cabo mis intenciones, yo sería la que llevaría la batuta. Yo controlaría la situación, no él.

No le iba a pedir un aplazamiento de condena como una cobarde, ni le iba a entregar mi cuerpo para que él hiciese lo que quisiese. Me acostaría con él, pero bajo mis términos.

Había pedido a una de las empleadas del hotel que llevase la mochila con todas mis pertenencias al baño de la *suite*, pero no tenía ni idea de si había cumplido mi pedido y si lo había hecho donde los había dejado.

Busqué por todos lados y estaba a punto de darme por vencida cuando en uno de los estantes de la estantería que se encontraba junto a la ventana había una bolsa de tela negra que llamó mi atención. Me dirigí hacia la estantería y cogí la bolsa. Dentro se encontraba mi pequeña mochila que solía usar como bolso.

Saqué mi neceser rosa y otra bolsa más pequeña que dejé apoyada encima de la encimera. Me desvestí, metiéndome en la ducha. El agua caliente logró un efecto relajante en mí. Sentí cómo mi cuerpo se destensaba y una oleada de relajación me invadía. Me quedé dentro más tiempo del necesario, pero salí cuando noté que la piel comenzaba a arrugarse.

Me sequé con una toalla y cubrí mi cuerpo con ella para secarme el pelo con el secador a la vez que usaba el peine para desenredar los nudos. Cuando terminé, cogí la pequeña bolsa que había dejado en la encimera y saqué el camisón que había comprado para esa noche.

La dependienta me había asegurado que mi marido quedaría impresionado. No estaba segura, pero sí que quería sentirme bella.

Me quité la toalla y deslicé la tela satén color rosa palo sobre mi cuerpo desnudo que envolvió mi piel como si se tratase de una dulce caricia.

Me observé en uno de los espejos de cuerpo entero que se encontraban a un lado de la estancia. No me había probado la prenda hasta ese momento; quizá, porque una parte de mí no estaba preparada para hacerlo porque sabía lo que ese camisón significaba, para qué había sido comprado. Pero tenía que reconocer que había acertado con la elección.

La tela de satén de color rosa palo se ajustaba a la perfección a mi cuerpo. Observé los pequeños lazos que lucía cada delgado tirante, y los bordados transparentes del escote del mismo color, que le daban un toque sensual, pero sin mostrar demasiado. La tela caía hasta mis muslos. Cogí la bata que había comprado a conjunto con el camisón y me la puse, dejándola abierta.

Inspiré profundamente. Por un instante, tuve el impulso de saltar por la ventana, escaparme y llamar a Erin y aceptar su oferta. Pero no lo hice. No solo porque estaba en la sexta planta del hotel y moriría antes de poder hablar con mi amiga; no lo hice porque había tomado una decisión, una de la que estaba segura.

Me di la vuelta y salí del baño.

Mi corazón martilleaba con fuerza en mi pecho. Callum se encontraba sentado en una de las sillas que adornaban la pequeña mesa redonda que se hallaba al lado la ventana con un vaso de whisky en su mano derecha. Se había quitado la chaqueta y la corbata. Los primeros botones de su camisa blanca estaban desabrochados y se había arremangado las mangas.

Con la barbilla erguida y tratando de ocultar mi nerviosismo, atravesé la habitación y rodeé la cama hasta llegar a uno de los lados, quedando a pocos centímetros de donde él se encontraba. Estaba acostumbrada a actuar, a interpretar un papel cada vez que acudía con mi padre a uno de sus eventos, que ya me salía natural. Sin embargo, esa vez me costó fingir una seguridad que no sentía.

Callum siguió mis movimientos con su mirada. Podía sentir sus ojos sobre mí. Me detuve al borde de la cama y me obligué a mí misma a fijar mi mirada en la de él. Su mirada vagó por mi cuerpo, y cuando sus ojos se fijaron en los míos pude ver cómo se oscurecían. ¿Era hambre lo que veía en ellos?

Estiré mi mano derecha y tiré de las sábanas. ¿Eso era una invitación, no? ¿Qué se decía en un momento como ese?

Callum dejó el vaso sobre la mesa y se levantó. Mi pulso se aceleró cuando dio un par de pasos hacia mí. Tuve que alzar mi mirada para mirarlo a los ojos, sin zapatos de tacón me veía pequeña a su lado. Él se inclinó hacia mí y mi corazón comenzó a latir con fuerza en mi pecho.

¿Iba a besarme?

No me aparté. No me moví ni un solo milímetro, porque para qué mentirme a mí misma, deseaba que lo hiciera. Deseaba que sus labios volvieran a posarse sobre los míos.

Sin embargo, de un momento a otro, él se apartó de mí y todo su calor desapareció. Parpadeé, confusa. Callum sostenía su móvil en su mano derecha. Él se había inclinado hacia mí para coger su teléfono de la mesa de noche que se encontraba detrás de mí. En ningún momento había tenido intención de besarme.

—Dormiré en la habitación de al lado —me explicó con voz ronca—. La *suite* conecta a otra habitación. Allí tengo mis cosas. —Señaló la puerta corredera—. Si necesitas algo, toca la puerta. —Él guardó su teléfono móvil en el bolsillo derecho de sus pantalones.

Por un instante, había estado segura de que me besaría. Había visto hambre en su mirada. Sin embargo, definitivamente, me había equivocado. Solía ser fácil para mí saber cuándo un chico estaba interesado en mí. Los chicos eran fáciles de leer.

Pero no con Callum. Él jugaba en otra liga.

—¿Te marchas? —pregunté, confusa.

—Sí —respondió mientras su mirada vagaba libremente por mi cuerpo. Sus palabras decían una cosa, pero podía ver que sus ojos gritaban otra muy distinta. Aquello me dio fuerzas para continuar con mi plan.

—Pensaba que íbamos a pasar la noche juntos —dije, intentando que sonara como una invitación, a la vez que me sentaba en la cama.

Callum emitió una risa sin humor.

Se inclinó hacia delante y me preparé para un beso en la boca que, de nuevo, no llegó. Besó mi mejilla y volvió a enderezarse.

—Buenas noches, Adele.

Se marchó por las puertas correderas, dejándome sola y desconcertada.

¿Qué acababa de pasar?

Capítulo 19

Callum

Como un hombre de la mafia que era me había resistido a cientos de tentaciones durante mi existencia, pero nunca a una tan grande como mi mujer.

Habría sido tan fácil aceptar su propuesta… Tan fácil haberle dicho que sí y haberme metido en la cama con ella.

Sin embargo, no lo había hecho. No porque no quería que así fueran las cosas entre nosotros.

Joder, se suponía que así era cómo debería ser. Lo nuestro era un matrimonio de conveniencia. La noche de bodas era un trámite a cumplir para ambos.

Entonces, ¿por qué no me había quedado?

Quería que ella lo desease. Quería ver el mismo deseo que había ardido en sus ojos en la iglesia y en el baile.

Deseo que no estaba presente cuando salió del baño con esa mirada nerviosa y esos pasos indecisos. Pero que sí que se avivó en mí cuando vi el camisón rosa que llevaba puesto y que revelaba lo suficiente para que mi polla desease entrar en acción. Suficiente para olvidar cualquier reticencia; por eso estuve a punto de quitárselo. Porque, a fin de cuentas, yo no era un buen hombre, pero cuando vi su patético intento de seducirme comprendí que no podía hacerlo.

No cuando ella estaba jugando a un juego cuyas reglas desconocía. Un juego que le quedaba grande. Uno del que iba a salir herida y yo no podía permitirlo. Quería que Adele disfrutase del sexo conmigo, quería que ella gritase mi nombre, que suplicase por mí.

Pero eso no hubiese sucedido la noche anterior. En cuanto Adele se hubiese dado cuenta de que no podía controlarme, de que se había precipitado, ya sería tarde para dar marcha atrás, y entonces ella me odiaría, me odiaría con todo su ser.

Y yo no quería que me odiase. Quería que ansiase mi toque, que anhelase que entrase en su interior. Y, aun así, salir de aquella habitación había sido una de las cosas más difíciles que había hecho en toda mi vida. Y eso que había hecho cosas muy jodidas.

—Esta mañana está corriendo como la pólvora una mentira sobre ti —me dijo Tristan mientras se acomodaba en la silla en la que estaba sentado.

Me separé de la pared en la que me encontraba apoyado con hasta el último músculo de mi cuerpo tensándose.

—¿Qué mentira? —pregunté mirándole fijamente.

—Las malas lenguas dicen que ayer te vieron machacando a varios de nuestros deudores. Algo imposible, ya que te encontrabas ocupado hundiéndote en el interior de tu mujer.

Me contuve para no darle un puñetazo a mi mejor amigo.

La tentación de acostarme con Adele era demasiado grande como para quedarme en la habitación contigua, como había decidido hacer. La adrenalina corría por mis venas, impidiéndome dormir, así que me encargué personalmente de castigar a un par de *yonquis* que no mostraron demasiada resistencia, pero que sirvieron para aplacar la lujuria que se había apoderado de mí y no me dejaba pensar.

—No me toques los huevos, Tristan.

—Es tu mujer quien te los tenía que haber tocado ayer.

—Tristan —advertí, porque se estaba pasando de la raya.

—Tienes que ser discreto y ayer no era el día idóneo para buscar una mujer; ni siquiera una de las *strippers* de nuestros clubs. Pero deberías haber probado a usar tu mano. No es lo idóneo, pero ayuda.

—Vamos fuera —exigí, señalándole la puerta, preparado para darle una paliza.

—Ha sido mi padre quien me ha informado de tu aventura esta noche. Él se preguntaba por qué no estabas con tu mujer cuando encargarse de unos putos deudores no es de la competencia del futuro jefe —dijo, sin hacer caso a mi orden.

Joder. Si los tradicionalistas pensaban que estaba perdiendo el norte, podían aprovechar para sacarme de la ecuación tal y como deseaban. El padre de Tristan era el menos peligroso, pero no por ello debía tomármelo a broma.

—¿Y qué le has dicho?

—Que tu mujer no ha aguantado más de dos asaltos, pero a ti te quedaba energía suficiente como para tener que obrar al respecto. Energía que has decidido canalizar con violencia para no hacer nada que pudiese dejar mal a la familia.

Ser infiel a tu esposa era algo que realizaban la mayor parte de los miembros de mi familia; sobre todo, los tradicionalistas. Pero hasta para ellos había límites, y uno era la noche de bodas.

—A nadie le importa mi vida sexual —espeté, porque a pesar de que Tristan había mentido a su padre, no me gustaba que ninguna intimidad sobre Adele, falsa o no, circulase por nuestros círculos.

—Mi padre es un gilipollas moralista; sin embargo, no es un chismoso. Ha quedado complacido con mi respuesta; sobre todo, porque se ha creído que le estaba confiando uno de tus secretos.

—Algo que tú nunca harías —señalé, porque aunque confiaba en mi amigo, con mi vida, mi mundo te enseñaba a no dar nada por hecho.

Tristan hizo una mueca.

—Las mujeres disfrutan demasiado de mis partes íntimas como para hacer algo que haga que se vean privadas de ellas.

—Cortarte tus partes solo sería el primer plato —le advertí, pero Tristan se limitó a reírse, ignorando mi amenaza. Seguramente, porque nunca llegaría a cumplirla. No me haría falta—. ¿Estás seguro de que Nolan se presentará? —pregunté, cambiando de tema.

—Él lo hará —me aseguró Tristan mientras estiraba sus piernas—. No seas impaciente.

—No me gusta que me hagan esperar —me quejé, ya que llevábamos quince minutos allí y Nolan no había aparecido.

Tal y como le había pedido a Tristan esta había organizado una reunión con mi primo materno para el día después de mi boda. No estaba muy de acuerdo con ello, sobre todo porque se había pasado la mayor parte de la noche despierto, probablemente culminando la fiesta en la cama de una de sus amigas especiales.

Así todo él había conducido a primera hora de la mañana llevándonos a los dos hasta el taller de coches del que Nolan era dueño cumpliendo con su deber.

Aunque según pasaban los minutos estaba empezando a pensar que algo no iba a bien. Ya tenía la mosca sobre la cabeza cuando el gorila de Nolan que nos había dejado entrar parecía incómodo con nuestra presencia. Más de lo normal.

—No estoy seguro de que no se trate de una trampa. No es normal que Nolan tarde tanto. Él sabe que no me gusta que me menosprecien y no es su estilo jugársela y más cuando sabe que solo tengo que mover un dedo y le mando a él a todos los de su familia de nuevo al exilio —dije,

a la vez que apoyaba mi mano en la funda de la pistola escondida bajo mi camisa.

Tristan ladeó su cabeza en mi dirección y me miró con una sonrisa de falsa disculpa.

—Puede que no tengamos una cita con él —reconoció, provocando que yo arquease una ceja—. No logré contactar con él cuando le llamé y ayer no era día para ocuparse de temas de trabajo.

—¡Hay que joderse! —farfullé—. Hemos venido hasta aquí para nada.

Si había algo que no soportaba era que me hiciesen perder el tiempo.

—Para nada, no —me corrigió Tristan—. Sus gorilas le habrán avisado. Dudo que esté muy lejos, su apartamento está en la parte de arriba. —Tristan señaló el techo del despacho—. Hazme caso, él aparecerá. No se puede permitir rechazarte —insistió.

—Más te vale. Por qué cómo no lo haga voy a cortarte en trozos y dárselos a los perros.

—Tú no tienes perro —dijo sin achantarse ante mi amenaza.

Ni me moleste en caer en su provocación.

Tristan movió su barbilla hacia el cristal transparente y sucio que separaba el despacho en el que estábamos del taller de coches. Era un espacio no demasiado grande, con unos cuantos vehículos de lujo.

—Ves, ya está aquí.

Nolan hablaba con el hombre que nos había recibido en la entrada. Con tan solo veinte años, mi primo llevaba liderando su familia desde que cumplió diecisiete años. La última vez que nos habíamos visto en persona había sido hacía dos años. Antes tenía el pelo corto y no le llegaba hasta los hombros como ahora, con un rapado lateral. Sus facciones se habían endurecido y podía ver que entrenaba duro en el gimnasio. Aunque sí que conservaba el *piercing* en el centro del labio inferior que llevaba desde que tenía quince años.

Nolan hizo una mueca y se dirigió al despacho en el que nos encontrábamos. Un espacio nada lujoso, muy diferente a los míos o los de cualquier hombre de alto nivel en una familia de la mafia.

Con una sonrisa de suficiencia que deseé borrar de un puñetazo, Tristan se acomodó en la silla desartalada en la que estaba sentado. Había una igual a su lado, pero yo prefería estar de pie.

Las paredes estaban descolchadas y necesitaban una capa de pintura con urgencia, al igual que el techo. Encima del escritorio viejo de madera manchada con tinta descansaba la pantalla de un ordenado. Lo único con algo de valor de aquella estancia.

—Buenos días —nos saludó Nolan, cerrando la puerta detrás de él. Hizo un movimiento de barbilla a modo de saludo y atravesó el despacho para rodear la mesa de su escritorio y quedarse frente a nosotros, pero no se sentó—. No te esperaba. —A pesar de que no lo dijo directamente, pude entrever el reproche en sus palabras.

A Nolan no le había hecho gracia que me presentara sin avisar. Sin embargo, no le había quedado más cojones que atenderme, porque no se podía permitir no hacerlo. Le gustará o no, yo estaba en una escala social mucho más elevada que la suya y necesitaba nuestro apoyo.

—Créeme, me hubiera encantado no venir. No estoy aquí por gusto.

Nolan frunció el ceño al escuchar mis palabras. Normalmente, las cuestiones que teníamos que tratar las hacíamos por teléfono y de manera muy eventual. Que quisiera hablarlo en persona no significaba buenas noticias y él lo sabía.

—Dispara, Callum.

Una de las cosas que compartíamos Nolan y yo era que éramos directos. No nos andábamos con rodeos.

—Estoy seguro de que has escuchado que Mikhail Andreyev, el hijo de Zinov Andreyev —

estaba convencido de que Nolan estaba al tanto de la muerte de Zinov—, se encuentra en Dublín y tiene negocios con mi familia. Negocios que queremos seguir manteniendo. Y no vamos a permitir que nadie se interponga.

Nolan frunció el ceño.

—Lo he escuchado, sí. Pero no sé adónde quieras llegar, ni por qué es algo que me tendría que interesar.

—Efectivamente, los negocios de mi familia con Mikhail no te interesan, por eso, puedes imaginarte mi sorpresa cuando me comunicó que el jefe de la familia Boyle le estaba poniendo problemas porque le pedía un dinero para que sus chicos traficaran por unas calles que ya nos pagaba a nuestra familia. Lo que me sorprendió bastante, porque el jefe de la familia Boyle eres tú. Pensaba que teníamos un acuerdo.

Nolan suspiró y se dejó caer en la silla.

—Y lo tenemos —me aseguró—. Evidentemente, no soy yo. —Sus palabras no me sorprendieron, ya que era lo que esperaba cuando hablé con Mikhail—. Jamás haría eso, Callum. No iría en contra de vuestra familia. —No lo haría porque no le interesaba. Él ganaba mucho más con nuestro acuerdo que yo.

—Entonces, ¿por qué Mikhail Andreyev dijo que era el jefe de la familia Boyle quien se lo estaba exigiendo?

Nolan apretó la mandíbula, no queriendo responder a esa pregunta. Pero yo no le iba a permitir que no lo hiciera.

—Porque el gilipollas de Miles dice que lo es —respondió al cabo de unos instantes. Conocía a Miles, él era el hijo de uno de los primos de mi madre—. Las cosas han estado un poco revueltas últimamente y ha aprovechado para ganar poder.

La familia Boyle nunca había estado demasiado estructurada ni unida. Ni siquiera antes de que mi padre los llevara a la ruina.

—Imagino que a nuestra costa.

Miles se estaba aferrando al odio a nuestra familia y a un falso discurso de que les habíamos arrebatado lo que a ellos les pertenecía para ganar adeptos.

Nolan no lo negó.

—Lo tengo todo controlado.

—Es evidente que no lo tienes.

Nolan arrugó el ceño y apretó los puños, poco contento con mi réplica, pero decidió contenerse porque sabía que no tenía razón. O, seguramente, porque era consciente de que no se lo podía permitir.

Él y los suyos no habrían vuelto a pisar Dublín si no fuese por la buena voluntad de mi tío.

—Dame todos los nombres y yo me ocupo de ellos. —Solo había visto a Miles en dos veces en toda mi vida, pero sabía que él no era la cabeza pensante de ese plan. Él tenía aliados.

—No —se negó Nolan—, es mi derecho y mi familia.

—Perdiste ese derecho en el momento en el que *tu familia* empezó a joder mis negocios.

—Es algo que tengo que hacer yo. Soy el jefe de la familia, es mi deber conseguir que mis hombres me respeten e impartir castigo a todos los que no lo hacen. ¿No es lo que tú harías si tuvieras un problema interno en la tuya?

Mi familia estaba muy lejos de parecerse a la suya. Estábamos mucho mejor organizados; por eso estaba siendo benevolente con él, porque conocía su estructura interna.

Compartí una mirada con Tristan.

—Tienes dos semanas para arreglarlo. —Hice un gesto con mis dedos—. Si en dos semanas

no lo has solucionado, yo mismo los mataré y los colgaré en este mismo despacho. Por la cordialidad que tenemos, omitiré la parte que te correspondería a ti. Más te vale que no me vuelvan a dar problemas.

Le di la espalda para dirigirme hacia la puerta, dando la conversación por terminada. Tristan siguió mis pasos.

—Callum —me llamó Nolan, provocando que me girase para mirarlo.

—Enhorabuena por tu boda. Me hubiese gustado estar allí —dijo, aunque no era un reproche. Más bien, una manera de pedir el lugar que él entendía que le correspondía.

No había sido invitado porque su familia no era lo suficiente relevante como para ello.

—Gánate el derecho y en la próxima celebración importante estarás. Para empezar, limpia la lacra de tu casa.

Nolan asintió y yo volví a girarme para marcharme.

—Dos semanas —me aseguró cuando estaba abriendo la puerta del despacho.

Aunque yo tenía dudas de que pudiese encargarse en tan poco tiempo. Pero si por lo menos lograba que no volviesen a meterse en nuestros negocios, le dejaría ocuparse a él. No por él, sino por el recuerdo de mi madre. A fin de cuentas, era el hijo de un primo de mi madre al que ella estaba muy unida y a él le había tenido aprecio.

—¿Vamos a almorzar? Estoy muerto de hambre —me preguntó Tristan en cuanto llegamos al coche.

—Llévame a casa, tengo papeleo que atender.

—¿No puede esperar? —se quejó Tristan, a la vez que hacía rugir el motor del coche.

—No —respondí.

Tristan me miró con fastidio, pero, por una vez en su vida, fue lo suficientemente inteligente para no decir nada.

Él sabía que raras veces trabajaba desde el despacho de mi casa, pero Declan me había enviado un mensaje avisándome de que Adele ya había llegado a la mansión.

Puede que fuera un masoquista, porque deseaba estar cerca de ella de nuevo.

Capítulo 20

Adele

Es curioso cómo toda tu vida puede resumirse a unas cajas.

Pensaba que me costaría más hacer la mudanza, pero con la ayuda de Ellie y Quiana, dos de las empleadas de hogar de mi padre, no había tardado más que unas pocas horas. A pesar de haber dormido sola, apenas había logrado conciliar el sueño. No había podido parar de darle vueltas al hecho de que Callum me había rechazado. Me había ofrecido en bandeja de plata a él y se había marchado sin mirar atrás. Bueno, sin mirar atrás, no; era aún peor. Me había dado un beso en la mejilla como si fuese su hermana pequeña.

No podía evitar sentirme no deseada. Qué absurdidad, si en primer lugar yo era la que no me quería acostar con él. Lo iba a hacer solo porque no me quedaba otra. Él me había dado una salida y yo me sentía indignada.

¿Qué me pasaba? ¿Me estaba volviendo loca?

Esa era la única explicación coherente que encontraba en esos momentos. Algo en mí no iba bien. O quizá lo que me pasaba era que me fastidiaba que él había vuelto a ganar. Porque, al final, yéndose, era él quien había tomado el control de la situación.

Y eso era lo que más rabia me daba. Tanta que cuando me había despertado al amanecer, había ido a la habitación de Callum con la intención de tener una conversación sobre lo que había pasado. Pero él no estaba allí. La cama ni siquiera estaba deshecha. Él no había dormido allí tal y como me había dicho. Entonces, ¿dónde había ido?

Me había mentido.

No debería importarme, pero lo hacía. Era nuestra noche de bodas y su lugar estaba a mi lado.

Definitivamente, tenía que pedir cita con urgencia con algún psiquiatra.

Aunque en ese momento mi indignación estaba siendo opaca por la tristeza que la mudanza me había ocasionado. Decir adiós al hogar en el que había vivido mis dieciocho años de vida no había sido fácil. No era la primera vez que empaquetaba mis cosas en un camión de mudanzas, pero esta era definitiva. Esta vez, no regresaría.

Sentí que estaba diciendo adiós a una parte de mí. Una que, junto a todos los recuerdos que había construido en ella, se quedaría en esa casa.

Me había despedido de todas las empleadas y empleados del hogar. Algunos de ellos, me habían visto crecer y eran como parte de mi familia. A quien no había visto era a mi padre. Ellie me había dicho que se había tenido que ir a Limerick por una reunión de negocios y que no regresaría hasta la noche. Lo peor de todo era que ya ni me sorprendía. Ni siquiera se había dignado a estar en casa para despedirse de mí.

Él se lo perdía. Si él quería hacer como que no tenía una hija, yo haría como que no tenía padre. Estaba harta de pensar en él antes que en mí. Tenía que afrontar cuanto antes que para mi padre solo había sido como una de sus adquisiciones que trataba con mimo y cuidado para que su valor se revalorizase y, una vez vendidas, dejaban de importarle.

Ya nada de eso importaba. Aquello quedaba atrás.

Ahora empezaba un nuevo capítulo de mi vida.

Me bajé del coche de uno de los empleados de Callum que había venido a buscarme.

Sorprendentemente, Callum no vivía muy lejos de mi casa. Nunca había estado por esa zona de la ciudad, pese a que parecía agradable. Al contrario que en el barrio en el que yo vivía, no había más casas alrededor. La de Callum parecía ser la única.

Me quedé quieta de pie en el camino de entrada, observando la majestuosa y solitaria mansión rodeada por un amplio y exuberante jardín que estaba siendo cuidado con esmero. Estaba acostumbrada al lujo y casas grandes, pero aquella estaba en otro nivel. Tres alas se extendían en diferentes direcciones y me pregunté para qué necesitaba Callum tanto espacio.

Observe el ala principal en el centro, la más grande con ventanales altos y arcos majestuosos que daban la bienvenida a los visitantes. Aunque se notaba que era una casa construida no hacía muchos años, la arquitectura simulaba a las casas inglesas del siglo XVIII.

Tenía que reconocer el buen gusto de mi marido. Era una casa impresionante; una que sería mi nuevo hogar.

El empleado de Callum, un chico no mucho más mayor que yo, pero con una complexión fuerte, cerró la puerta del coche y me hizo un gesto para que lo acompañara. Tragué saliva cuando sacó del maletero la maleta de mano en la que llevaba mis pertenencias que había llevado conmigo, y al levantarse la camisa vi la pistola que llevaba escondida debajo. Sabiendo a qué se dedicaba mi actual marido, no debería sorprenderme que estuviera rodeado de pistolas, pero no podía evitar ponerme nerviosa. Mi padre tenía un arma guardada en su despacho, él tenía licencia de armas. Pero no estaba acostumbrada a ver a personas llevándolas encima como si fuese lo más normal del mundo.

—Mi nombre es Adele —le dije al chico mientras caminábamos por el patio de entrada—. Es un placer conocerte. ¿Tú te llamas…? —Había intentado mantener una conversación en el coche con él sin ningún resultado. Volví a probar por si el aire fresco le hacía recuperar el habla, pero no tuve suerte.

El chico no respondió, ni siquiera se limitó a mirar en mi dirección. Continuó caminando en silencio con expresión inescrutable.

—¿Eres mudo? —pregunté, y esta vez el chico ni se molestó en mirarme—. Sordo no eres porque he visto cómo le levantabas el dedo medio a la señora que ha bajado la ventanilla y te ha gritado desde su coche que le has bloqueado el paso unido de varios insultos.

Esta vez sí me miró y me pareció ver que la comisura de sus labios se levantaban, pero siguió sin emitir ninguna palabra y volvió a mirar al frente.

Me di por vencida. Ese chico estaba decidido a ser un desagradable y yo tenía demasiadas cosas en la cabeza como para perder más el tiempo intentando ser amable.

Dos hombres nos esperaban a cada lado de la puerta cuando llegamos a la entrada. Al igual que el chico que me había acompañado, eran altos y de complexión fuerte. Y de la misma manera que él, estaba segura de que tampoco me contestarían si les hablaba. No estaba equivocada porque les saludé y se limitaron a mover la cabeza como respuesta a la vez que se hicieron a un lado para que pasara.

Un hombre que estaba en medio del *hall* llamó mi atención.

—Declan —lo llamé. Un profundo suspiro de alivio salió de lo más hondo de mí cuando comprobé que estaba sano y salvo.

Había estado muy preocupada por él, ya que no le había vuelto a ver desde el día del gimnasio. Durante los siguientes quince días, un guardaespaldas que contrató mi padre fue el encargado de vigilar —o proteger, como me había dicho Callum—, mis pasos. Pero este se había despedido de mí el día anterior a mi boda. Me imaginaba que ahora sería Declan quien se encargase de mi *protección* de nuevo.

Cuando observé más detenidamente su rostro vi un pequeño hematoma en su ojo derecho.

—Yo me encargo —les dijo a los otros tres hombres—. Vamos, sígame

Declan me hizo un gesto con su mano para que lo siguiera a través del *hall* hasta las escaleras. Me fijé cómo cojeaba ligeramente de una de las piernas.

Callum no me había mentido. Él le había dado una paliza.

—¿Estás bien? —le pregunté, pese a que era una pregunta absurda. De alguna manera, no podía evitar sentirme culpable por todo lo que había pasado. Nunca pensé que mis acciones tendrían consecuencias para él. En realidad, ni siquiera lo pensé—. Siento mucho lo que ha pasado —le dije.

—No ha sido su culpa, señora O'Donell.

Yo no era una O'Donell, sino una Azikiwe. La réplica estuve a punto de escaparse de mis labios, pero me contuve. Porque eso era algo que tenía que aclarar con Callum. Aunque él se había mostrado intransigente al respecto, de momento no me había dicho nada sobre ir al juzgado a cambiar mi apellido. Así que, sería una batalla para más tarde.

Seguí a Declan hasta el segundo piso. Caminé junto a él por un largo pasillo que llevaba hacia el ala de la izquierda, el ala más pequeña, según había podido ver desde fuera. Me fijé en las paredes blancas de esa ala. Sin cuadros, ni ninguna otra decoración. Se detuvo frente a una puerta de madera.

—Esta es su habitación. Puede ir acomodándose mientras llegan sus pertenencias en el camión de mudanza. Ahora mando que le suban la maleta que ha traído con usted.

—Tutéame —le pedí—, solo tengo dieciocho años y soy más joven que tú por varios años.

—Solo por uno —respondió, sorprendiéndome. Sabía que era joven, pero pensé que no tanto.

—Con más motivo aún.

—Como desees —dijo, estirando la mano para abrir la puerta de madera. Debió hacer algún movimiento extraño, porque su cara se contrajo con el dolor por culpa de la paliza recibida recientemente.

—Lo que ha hecho Callum ha estado mal —declaré, a pesar de que sabía que estaba cometiendo un error. Pero podía callarme, no en algo tan grave.

—El jefe hizo lo correcto. Él ha sido justo conmigo.

—¿Consideras justo darte una paliza?

Declan se encogió de hombros.

—Cometí un error. Mi comportamiento se merecía un castigo. Necesitaba aprender la lección y la he aprendido.

Declan parecía completamente convencido de sus palabras. ¿Realmente lo creía o temía a Callum?

—Con decírtelo hubiera bastado.

—A veces, las palabras no son suficientes. Te aseguro que no voy a cometer ningún error que pueda poner en peligro tu seguridad. Estarás segura a mi lado.

—No necesito protección, Declan. Y menos una que ponga en peligro tu integridad física porque mi marido —la palabra sonó agría en mi boca— tenga una manera peculiar de poner en orden a sus empleados.

—No soy su empleado, soy un miembro más de la familia O'Donell —me corrigió con rapidez, enfatizando sus palabras, como si aquello fuera muy importante para él—. Mi deber ahora mismo es protegerla. Y es lo que haré —dijo con determinación—. Aunque sea de ti misma —Entrecerré los ojos ante esta declaración, pero no repliqué, porque ¿de qué serviría?—.

Y si no necesitas nada más, con tu permiso, me retiro.

Declan abrió la puerta del todo y se hizo a un lado para que pudiese entrar en la habitación. Él no se movió, pero era más que evidente que estaba dando la conversación por terminada.

—¡Adele, querida! —Una voz masculina provocó que dejara de prestar atención a Declan. Howard caminaba a pasos veloces hacia mí con los brazos extendidos. Antes de poder reaccionar, me vi envuelta entre sus brazos—. ¡Qué alegría tenerte en casa! —exclamó, estrechándome con una confianza que no teníamos.

—Hola, Howard —le saludé, aún un poco aturdida, separándome de él.

Cualquier pensamiento que estuviera pasando por mi cabeza se evaporó en el instante en el que me fijé más detenidamente en Howard. Llevaba una bata de estar por casa de seda negra y unas zapatillas del mismo color, pero no fue eso lo que me sorprendió, sino que debajo de la bata abierta, tan solo llevaba un tanga de leopardo que dejaba bastante poco a la imaginación.

Aparté rápidamente la mirada, sintiendo que mis mejillas se enrojecían. Había pocas cosas que me hacían sonrojarme, y esa era una de ellas.

Por la relación que parecían tener, intuía que Callum y Howard eran cercanos, pero ¿tanto como para ir medio desnudo por la casa de su sobrino?

—Tío, haz el favor de taparte —dijo una voz conocida para mí. Callum se acercaba a nosotros con su dedo índice señalando a su tío.

Howard bajó la mirada hasta dónde le señalaba su sobrino y se rio.

—¡Uy! —exclamó, pero él no parecía avergonzado. Se ató la bata enrollando el cinturón—. A veces, es demasiado exagerado —me dijo Howard con una complicidad que no teníamos, guiñándome un ojo—. Estoy seguro de que Adele no se escandaliza tan fácilmente, ¿verdad?

Sonreí, incómoda. Porque, ciertamente, no me escandalizaba, pero era un poco incómodo.

—Querida —me llamó Howard—, iba a ir a desayunar. ¿Te apetece venir conmigo?

—Estoy seguro de que Adele tiene que instalarse primero, tío —respondió Callum por mí.

Miré a Callum y asentí con la cabeza.

Aunque no me gustaba que hablaran por mí, Callum había salido en mi rescate. No quería ser descortés con Howard, pero, a pesar de que él siempre se había portado bien conmigo, su presencia no acababa de resultarme del todo cómoda. Había algo en él que me resultaba escalofriante.

—Está bien. —Howard se encogió de hombros—. En otra ocasión.

—En otra ocasión —repetí.

—Son la una de la tarde, tío —señaló Callum en tono reprobatorio.

Howard chasqueó la lengua.

—Me acabo de levantar. Ayer fue vuestro gran día y algunos de los invitados seguimos la fiesta hasta tarde. El jefe también tiene derecho a cogerse un día libre, ¿verdad? —Callum puso los ojos en blanco, pero no contestó—. Bienvenida a nuestro hogar, querida —se despidió Howard de mí y caminó por el pasillo, alejándose de nosotros.

«Nuestro hogar».

Tardé unos segundos en procesar el significado de esas palabras.

—¡¿Howard vive con nosotros?!

Callum me observó en silencio. Él miró hacia todos los lados y me hizo un gesto para que nos adentráramos en la habitación abierta, pese a que no veía nadie por el pasillo. Declan se había marchado en algún momento, aunque yo no le había visto hacerlo.

—Sí —respondió mientras cerraba la puerta detrás de él.

—Tu tío no puede vivir con nosotros. Eso es… —tardé unos segundos en buscar la palabra

correcta— raro.

—En realidad, nosotros vivimos con él. Esta es su casa.

—¿Y por qué no nos mudamos?

Puede que apenas conociese a Callum, pero sabía que él tenía el dinero suficiente como para comprarse una vivienda.

—No podemos. Esta es la casa familiar. Es la casa de mi tío hasta que le suceda. Entonces, pasará a ser la mía. Él se mudará cuando eso pase. Es la tradición —dijo, como si con esas palabras lo explicara todo—. Y además, él vive en el ala derecha. La izquierda será la nuestra.

—¿Y la del centro de quién es? —pregunté—. ¿Quién vive en ella? ¿Tu amante con los hijos que tenéis en común?

Su mirada se ensombreció.

—No es gracioso, Adele. —En realidad, no era una broma, o por lo menos, no del todo. Eso explicaría muchas cosas; como, por ejemplo, porque no se había querido acostar conmigo la noche anterior cuando había dicho que lo haría. Y también por qué no había dormido en la habitación de hotel en el que me había dicho que pasaría la noche—. En el ala central están las habitaciones de invitados y varias zonas comunes.

—Pensaba que viviríamos solos —insistí, aunque más por cabezonería que otra cosa.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Callum, como si no lo entendiera—. La casa es lo suficientemente grande para los tres. Le pediré a mi tío que no entre en nuestra ala si es lo que quieres. No pensaba que sería un problema para ti que mi tío viva con nosotros. El nuestro no es un matrimonio al uso.

Eso era verdad. Nuestro matrimonio era de conveniencia y debería estar agradecida de no tener que vivir solo con mi marido. Pero, la realidad era que tener a su tío paseándose en ropa interior por toda la casa no hacía que me sintiera más cómoda.

Suspiré, porque no encontraba argumentos suficientes.

—Está bien —dije, dando mi brazo a torcer. Porque nada de lo que dijera haría que Howard se marchara de la casa o nos fuéramos nosotros.

—Me han informado de que tus pertenencias están de camino. —Callum cambió de tema—. Te he dejado espacio en el vestidor —señaló una de las puertas de madera— para ti. Si hay algo que necesites, puedes hablar con los empleados del hogar. Ellos te ayudarán en todo lo que puedan.

—¿Tú también duermes aquí?

Callum arqueó una ceja.

—Es mi habitación.

—¿Vamos a dormir juntos?

—Somos marido y mujer, Adele. Por supuesto que vamos a dormir juntos. —Callum parecía enfadado por mi pregunta. Después de cómo terminaron las cosas entre nosotros ayer, ¿acaso le sorprendía que me lo preguntara?

—Ayer no lo hicimos.

—Lo de ayer fue una excepción, pero no se repetirá.

—Ni siquiera dormiste en el hotel —dije, maldiciéndome mentalmente al darme cuenta de que debería haberme guardado esa información para mí misma.

—¿Cómo sabes eso?

—Simplemente lo sé.

Callum enarcó una ceja, esperando una explicación de mi parte que nunca llegó.

—Está bien —dijo, exhalando un suspiro—. Voy a dejar que te instales. Si me necesitas,

estoy abajo, en mi despacho. —Callum se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, pero mis palabras le detuvieron.

—¿Dónde dormiste ayer?

Callum se giró para mirarme.

—Eso no es de tu incumbencia, Adele.

—¿Ah, no? —pregunté con ironía—. Entonces, imagino que si yo esta noche decido no dormir en esta casa y no decirte dónde estoy, tampoco será de tu incumbencia.

Callum cerró los ojos en un intento de contención digno de elogios. Inspiró profundamente y, después, abrió lentamente los ojos.

—Hace años que nadie conseguía hacerme perder los estribos como lo haces tú —reconoció con un tono de voz controlado.

—Me lo voy a tomar como un alago —dije con sarcasmo.

La verdad era que él también conseguía que yo olvidase la buena educación y el buen saber estar que había aprendido a lo largo de los años. Una Azikiwe se comportaba con educación y no levantaba la voz. Pero bueno, como él decía ahora, era una O'Donell, y como no sabía cómo se comportaban las O'Donell, podía comportarme como me diera la gana.

—No lo es, Adele. Por mucho que lo intentes, no voy a permitir que esta casa se llene de gritos y faltas de respeto. No vamos a criar a nuestros hijos en un lugar así.

No pensaba criarlos de ninguna manera porque no pensaba tenerlos. Cuando ese pensamiento se materializó en mi cabeza, sentí que un nudo se apoderaba de mi estómago. Hasta ese momento había estado segura de esa decisión, pero ahora que me encontraba en el que sería mi hogar, la tristeza de no poder llenarlo de risas infantiles se apoderó de mí. Aquella casa era ideal para que varios niños creciesen. Con un amplio jardín y espacio suficiente para construir una zona de juegos.

—Adele, ¿estás bien? —me preguntó Callum con un tono de voz suave, uno que no le había escuchado antes. Él parecía genuinamente preocupado por mí.

—Yo tampoco quiero vivir de esa manera —confesé—. Pero tampoco quiero vivir con un marido que no me da ninguna explicación de lo que hace, pero yo debo darle todas.

Callum suspiró.

—No tenía sueño y decidí encargarme de unos negocios que tenía pendientes.

Quise preguntarle qué tipo de negocios, pero decidí que era mejor no hacerlo.

—Creo que deberíamos dedicar la tarde de hoy a hablar y conocernos mejor. —No estaba muy segura de dónde habían salido esas palabras, pero cuando las dije, fue consciente de que las sentía. Quería conocer mejor a mi marido, sentía que había mucho más de él de lo que presentaba al mundo.

—No es necesario que hablemos ni que nos conozcamos, Adele. Que quiera un matrimonio tranquilo no significa que busque el amor ni cualquier cosa que te estés imaginando.

Aquellas palabras fueron como un jarro de agua fría para mí. Era la primera vez que ponía de mi parte para intentar trabajar en nuestro matrimonio, algo que él me había pedido, ¿y cuándo lo hacía me respondía de esa manera? Callum era un gilipollas de primer calibre.

—Confía en mí —dije, alzando la barbilla—. En lo referente a ti, el amor es en lo último que pienso.

—Es bueno saberlo —respondió con indiferencia. Por supuesto que, como siempre, nada de lo que yo le dijera le importaba—. Debo irme. Nos vemos esta noche.

—No es necesario —espeté, enfadada.

—¿Qué no es necesario?

—Que nos veamos.

Abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor y la cerró. Sin mediar media palabra, se giró y cerró la puerta con un portazo.

—¡¿No quieres gritos pero sí una casa llena de portazos?! —exclamé al aire, porque él ya no podía escucharme.

Cerré los ojos con fuerza para impedir que las lágrimas que amenazaban con salir saliesen. Ese hombre no se merecía ninguna de mis lágrimas.

Me centré en inspeccionar la habitación de Callum que ahora también era la mía.

Para estar dentro de una casa tan lujosa, la habitación era bastante sencilla. Una cama *king size* reinaba en el centro. Un armario vestidor blanco ocupaba una de las paredes y dos mesitas blancas a cada lado de la cama eran las últimas piezas del mobiliario. Por suerte había incluido en la mudanza mi banco de madera con almacenamiento para colocar debajo de la ventana. Era una de mis posesiones más preciadas, ya que me gustaba sentarme en él y poder mirar hacia el exterior.

Compartir habitación con Callum no me hacía gracia, pero si algo había aprendido de lo poco que sabía de mi marido era que una confrontación directa contra él no me llevaría a nada. Iba a usar una de las habitaciones de nuestra ala para crear una habitación de costura en la que diseñar y crear mis propias prendas de ropa. Añadiría un cómodo sofá en el que poder dormir si la situación con Callum se tornaba insoportable, algo que tenía la sensación de que pasaría pronto.

Algo sobre la mesita de la izquierda llamó mi atención. Me acerqué para ver que se trataba de una tarjeta de crédito a mi nombre. No había caído en la cuenta de que ahora tendría que usar el dinero de mi marido. Aunque no le había devuelto la tarjeta a mi padre.

Otra mujer se dejaría llevar por su orgullo y rompería ambas tarjetas. Yo era una mujer orgullosa, pero también una que sabía que el orgullo tiene muchas caras. Y si algo iba a hacer que me hinchase de orgullo era imaginar la cara de mi padre y de mi marido cuando gastase todo el límite del saldo del mes que tenían las tarjetas en una tarde. Comprar por Internet a una velocidad de vértigo era una de mis virtudes que había perfeccionado en las tardes desocupadas, lluviosas y aburridas en el internado.

Fui a sacar el móvil de mi bolso cuando sentí el roce de un papel sobre la piel de mi brazo. Saqué el sobre del bolsillo interior de la chaqueta negra de *tweed* que llevaba puesta, donde lo había guardado esa mañana. Había estado tan ocupada con la mudanza que no me había acordado de la carta hasta ese momento.

Me senté en el borde de la cama. Y respiré hondo, armándome de valor. Aunque no sabía cuál era el contenido que encontraría dentro de ese sobre, tenía la sensación de que sería importante.

«Hoy te he vuelto a fallar. He vuelto a ser incapaz de enfrentarme a mi padre y decirle que no me iba a casar con el hombre que ha elegido para mí. Te prometo que quería hacerlo, que había hecho acopio de toda mi valentía para ello. Pero en cuanto vi su mirada comprendí que nunca permitiría que rompa el compromiso. No cuando le va a reportar tantos beneficios.

Él jamás va a comprender que mi corazón está ocupado y feliz. Él nunca entenderá que te amo con todo lo que soy, que gracias a ti he descubierto lo que es la verdadera felicidad. Eso que no se consigue con joyas relucientes ni vestidos bonitos, esa felicidad que solo conocen aquellos cuyo amor es correspondido.

Mi corazón late solo por ti y siempre será así. No importa la distancia ni los obstáculos que la vida ponga en nuestro camino, eso nunca cambiará. Porque nuestro amor es infinito y para

siempre. Te amaré en vida y más allá de la muerte.

Y aunque hoy no haya encontrado la valentía suficiente, te juro, mi amor, que lo haré. Porque mi destino es estar contigo y lucharé contra viento y marea para lograrlo.

Tuya, ahora y siempre».

Leí una y otra vez las letras que mi madre había escrito a su amado. No comprendía por qué ella quería que yo las leyese. Aquella carta era privada. Una preciosa carta de amor e intenciones. Una carta a un hombre con el que nunca había tenido una oportunidad porque había terminado casándose con mi padre, un hombre al que ella no amaba.

Deseaba leer el resto de cartas que tenía mi madrina en su posesión, pero no tenía manera de contactar con ella, por lo menos no con rapidez. Solo tenía su dirección de casa. No tenía su teléfono. Me tocaba esperar a que ella decidiese el momento de enviarme la siguiente carta.

Observé con detenimiento el sobre para darme cuenta de que no estaba envejecido como la carta. No era el sobre original. ¿Le habría devuelto su amado las cartas cuando ella se había casado con mi padre? ¿Tal vez nunca llegaron a él?

Muchas preguntas sin respuesta. Pero cuanto más se repetían las letras de la carta en mi cabeza, más era consciente de que todo eso carecía de importancia. Mi madre quería que yo la recibiese por una razón. Y la razón era que tenía que luchar por el amor como ella hizo.

Puede que perdiese, pero luchó y yo me estaba dando por vencida sin poner resistencia. No tenía nadie por quien luchar, ya que, a diferencia de mi madre, yo no había encontrado el amor. Pero lo haría, porque el amor termina encontrándote de una manera u otra. Y ya podía seguir fingiendo que me conformaba, porque no lo hacía.

Nunca lo había hecho, pese a que había tratado de convencerme a mí misma de que sí.

Leer la carta de mi madre me había dado fuerzas renovadas. Fuerzas para romper un matrimonio que nunca debía haber sido. Pero tenía que actuar con inteligencia, fingir que aceptaba mi destino impuesto hasta que pudiese encontrar una salida. Tal y como él mismo me había dicho, Callum era un hombre peligroso que no iba a permitir que rompiese nuestro matrimonio. No porque le importase, sino porque así lo dictaba una de las muchas estúpidas tradiciones que su familia estaba empeñada en seguir.

—Señora O'Donell —la voz de una mujer acompañada del sonido de unos nudillos golpeando la puerta provocaron que pegara un pequeño brinco y me sacó de mis ensoñaciones. Rápidamente, doblé la carta y la escondí debajo de la almohada, junto con el sobre—, ¿puedo pasar?

—Sí, claro —no tuve tiempo para aclararle que mi apellido era Azikiwe y fue algo bueno, ya que si quería que todos creyesen que aceptaba el matrimonio, ese era el primer paso.

Una mujer que llevaba su cabello rubio recogido en un moño abrió lentamente la puerta.

—Buenas tardes, señora O'Donell. Mi nombre es Kayla. Siento molestarla, pero hay alguien que la está buscando.

¿A mí?

¿Quién podría estar buscándome en la casa de Callum?

Capítulo 21

Adele

Seguí a Kayla que me llevó hasta la planta baja. Recorrió un pasillo, cruzó hacia la derecha y se detuvo ante una puerta abierta.

—Su amiga le está esperando dentro, en el salón de visitas.

¿Había venido Erin a visitarme? Había hablado con ella hacía unas horas y habíamos quedado en hablar de nuevo por la noche, no había ninguna razón por la que estuviese allí. Aunque, tal vez, simplemente estaba preocupada por mí, porque no era típico de mi amiga presentarse sin avisar.

Y ahora que lo pensaba. ¿Una sala para las visitas? Eso era raro hasta para mí.

—Tal vez, luego puedas hacerme una ruta por la casa —le pregunté. La iba a necesitar. Estaba acostumbrada a hogares amplios, así que esperaba que con una visita rápida sirviese.

—Estaré encantada, señora —me dijo con una sonrisa sincera—. El señor O'Donell me ha dicho que tiene libertad para recorrer todas las estancias y las zonas exteriores, incluida su ala. —La miré, confundida. ¿Le había entendido mal a Callum cuando me había dicho que íbamos a compartir su ala de la mansión?— El señor Howard O'Donell —aclaró Kayla al notar mi confusión.

Sí, claro. No tenía yo otra cosa mejor que hacer que visitar las habitaciones privadas de ese señor. Si se paseaba con la bata abierta enseñando su ropa interior por nuestra ala, no quería pensar cómo se pasearía por su ala de la casa.

—No será necesario —decliné con cordialidad—, pero puedes agradecerle su hospitalidad de mi parte de todas maneras.

Kayla movió su cabeza en un asentimiento. Nos detuvimos frente a una puerta que se encontraba al fondo del pasillo. Kayla abrió la puerta y me hizo un gesto para que pasara.

No pude evitar mi sorpresa cuando no fue a Erin a la que vi sentada en un sillón blanco frente a una mesa con una tetera y dos tazas, sino a Winter.

Llevaba su cabello rubio recogido en una coleta alta, una camisa color azul celeste y una falda plisada de color gris.

—Adele —me saludó con una gran sonrisa. Se levantó y se acercó a mí para darme dos besos en las mejillas—. Espero no molestarte —dijo cuando se separó de mí.

—En absoluto —negué, esperando que no hubiera notado mi decepción al verla, porque no tenía nada que ver con ella—. Me encanta que hayas venido a verme. —No estaba mintiendo. No podía tener más que buenas palabras hacia Winter. A veces, en los círculos en los que me movía, en los que abundaba la envidia y las malas intenciones, era complicado encontrar gente dispuesta a ayudarte, y Winter lo estaba haciendo conmigo—. Además, ha llegado la mudanza, así que no hay mucho que tenga que hacer.

—¿Te vas a encargar tú? —preguntó, sorprendida, a la vez que se sentaba y me hacía un gesto para que ocupase un lugar en el sillón que se encontraba frente al suyo—. He pedido a una de las empleadas que nos preparase el té. Espero que esté bien para ti.

Asentí. Lo normal, como la anfitriona, era que me hubiese encargado yo. Pero acababa de instalarme y Winter estaba siendo amable.

—Sí, gracias. —Sostuve la tetera con cuidado y vertí el contenido en la taza de Winter y,

después, hice lo mismo en la mía—. Los de la mudanza se encargan de todo, pero yo tengo que colocar mi ropa en el armario, hacer un hueco en el baño para mis enseres y buscar un lugar para el resto de cosas.

—Deja a los empleados que se encarguen de eso.

Había tenido empleados de hogar toda mi vida, pero me gustaba encargarme de mis cosas.

—La verdad es que prefiero hacerlo yo. Así estaré entretenida.

Ella me miró como si yo fuese un ser que no comprendía; sin embargo, enseguida la sonrisa amable que me había dedicado durante el banquete regresó a su rostro.

—Eres la mujer del jefe, tienes un montón de cosas de las que encargarte, no te vas a aburrir.

Arrugué el ceño, confundida.

—¿Cosas cómo cuáles?

Winter cogió su taza y sopló suavemente antes de darle un sorbo a su té.

—¿No te ha puesto Callum al día?

—No hemos hablado demasiado.

—Ya imagino. —No fue hasta que escuché su risa que no me di cuenta de cómo habían sonado mis palabras. Ella las había malinterpretado, pero no la corregí—. No habéis tenido viaje de novios y Callum ya está trabajando, así que pensé que tu agenda ya estaría ocupada, pero quizá quieras tomarte unos días de descanso.

—¿Agenda? —pregunté, confundida. ¿Me había casado con un mafioso o con el rey de Inglaterra?

—Es una manera de hablar —se explicó, haciendo un gesto con su mano derecha—. Cómo Howard no está casado, han sido las mujeres más mayores las que se han turnado para encargarse de los eventos que organiza la familia; como de la de la organización católica que nuestra familia preside. Ahora, todo eso es tu labor.

Suspiré, porque no me esperaba nada de eso. No me asustaba organizar eventos, era lo mío, pero no estaba en mis planes. Nadie me había dicho nada; aunque, ¿de verdad esperaba que Callum me lo dijera? Debería haberlo hecho, pero nuestra comunicación era prácticamente inexistente.

—¿Y de que evento próximo me tengo que encargar?

—En tres semanas, nuestra familia celebra una fiesta de máscaras en el hotel Dumier —me explicó, nombrando uno de los hoteles más antiguos de la ciudad—. Es una tradición muy arraigada. Personas influyentes de todo el mundo son invitadas. Para nosotras, es solo diversión. Para los hombres, trabajo. Se supone que tú debes encargarte de todo. Ya sabes, de la decoración, de hablar con los de catering, de enviar las invitaciones…

—¿No es tarde para enviar las invitaciones?

—Un poco ajustado, pero es lo normal. Es un evento muy esperado y elitista. Incluso personas que nunca han sido invitadas y aspiran a serlo ya tienen sus máscaras compradas y preparadas. Además, tú preparaste tu boda con menos antelación y ha sido perfecta.

Pero en mi boda sabía lo que quería y cómo lo quería. Esto era muy diferente.

Exhalé un profundo suspiro, tratando de no agobiarme.

—Mañana empiezo la universidad y no voy a tener tiempo para algo tan grande —fui completamente sincera con Winter—. ¿Cómo voy a hacerlo? —Aunque formulé la pregunta en voz alta, iba dirigida a mí misma—. ¿Hay algo más qué tenga que hacer?

Winter me miraba con compasión.

—En dos días estás invitada a un *lunch* que organiza la embajadora de chile en Dublín.

—¿Un *lunch*? —Había acudido a varios cuando me encontraba en Dublín junto a mi padre y sabía que solían ser reuniones que se alargaban. No podía faltar a la universidad nada más empezar. El primer año era el más exigente. Si faltabas mucho o no llegabas a unos mínimos, te expulsaban antes del segundo cuatrimestre—. ¿Y tengo que acudir obligatoriamente?

Winter se mordió el labio inferior, como si estuviese pensando.

—Si quieres, puedo excusarte y encargarme yo de tus obligaciones hasta que logres organizarte.

—¿No te importa? ¿En serio?

—Para nada —respondió con una sonrisa—. No sé si lo sabes, pero yo me crie en Estados Unidos. Mi padre también pertenece a la mafia, pero allí las cosas son muy diferentes. Los primeros meses fueron horribles, nadie me ayudó, y me prometí a mí misma que no permitiría que nadie pasase por lo mismo.

—Te lo agradezco muchísimo —dije, inclinándome hacia ella—. De verdad, Winter. Muchas gracias por todo lo que estás haciendo por mí.

—No tienes que darme las gracias, Adele. Las amigas están para ayudarse. Y tú y yo ya somos amigas.

—No lo dudes —contesté—. Puedes contar conmigo para lo que sea, Winter.

Agradecía haberla conocido. Al menos, iba a sacar algo bueno de mi matrimonio con Callum.

—Ya que tienes un poco de tiempo libre, ¿te apetece ir de compras?

—Por supuesto.

Esa era una pregunta a la que si respondía negativamente era porque estaba gravemente enferma.

Aunque era casi medianoche y al día siguiente tenía que levantarme a las seis de la mañana, no podía dormir. Estaba cansada, pero era de ese cansancio que te mantenía despierta mientras todo tu cuerpo gritaba en protesta.

Bajé a la cocina, que gracias al tour que me había dado Kayla a la tarde, encontré a la primera. Después de tomarme un vaso de leche iba a regresar al dormitorio, pero decidí en el último momento salir fuera a tomar el aire. Callum no había regresado aún de dondequiera que estuviese, y aunque no quería reconocérmelo a mí misma, esa era la verdadera razón por la que era incapaz de quedarme dormida. Quería estar despierta cuando él entrase en el dormitorio. Iba a ser la primera noche en que durmiésemos juntos en la misma cama. Y pese a que tenía claro que solo íbamos a dormir, porque ahora que había decidido no rendirme en lo referente a encontrar el amor no pensaba acostarme con él, estaba nerviosa.

Nunca había compartido cama con un hombre.

Crucé las puertas dobles y salí al jardín. Me había puesto una sudadera larga encima del pijama, así y todo, el aire era fresco y tenía un poco de frío. Cuando llegué al área de la piscina ya había decidido regresar al interior antes de quedarme helada, pero algo me lo impidió.

Una persona estaba nadando en la piscina. Un hombre. La luz tenue de una de las farolas del jardín le iluminaban, pero no podía verle el rostro. Me quedé paralizada observando cómo el nadador solitario se deslizaba elegantemente a través de la superficie con movimientos ágiles.

Había algo en la forma de nadar de aquel hombre que me cautivaba y no podía dejar de mirarlo. Debía ser alguno de los empleados. Uno muy valiente para nadar en la piscina con el

frío que hacía por mucho que estuviese climatizada.

Cuando él llegó hasta el borde más cerca de mí y apoyó sus manos en el bordillo, unos ojos color esmeralda que conocía bien me observaron, sorprendidos.

—¿Qué haces fuera tan tarde? —me preguntó mi marido a la vez que daba un ágil salto y salía de la piscina.

No respondí. Estaba hipnotizada admirando su atlético cuerpo. Su abdomen estaba esculpido en una serie de abdominales bien definidos, delineados por una fina capa de vello oscuro que apenas atenuaba la visión de su musculatura. Mis ojos se fijaron en las gotas de agua que resbalaban por sus brazos y antebrazos y sentí la necesidad de chupar cada gota de su piel.

¿De dónde había salido ese pensamiento? Yo no nunca había pensado algo así antes y había visto a chicos atractivos saliendo de la piscina o del mar en la playa.

—Adele. —Callum chasqueó los dedos frente a mí, buscando mi atención.

—Eh, sí —dije, levantando la cabeza para mirarlo a los ojos.

Pude ver una mueca de diversión en sus labios.

—Te preguntaba que hacías fuera a estas horas.

—Podía preguntarte lo mismo a ti —contraataqué. Ahora que mis neuronas estaban de nuevo operativas, mi actitud combativa regresó con más fuerza.

Callum enarcó una ceja.

—Estaba nadando. ¿No es obvio?

Callum se pasó una mano por la cara para quitarse un mechón de pelo que le estaba molestando a la vez que dio un paso hacia mí, acercándose más a la luz de la farola, dejándome una visión perfecta de su cuerpo cincelado y provocando que mis neuronas volviesen a congelarse.

Maldita sea, ¿por qué no podía dejar de mirarlo? Me obligué a mí misma a apartar la mirada de él, centrándola en mis zapatillas de estar por casa rosas.

—He salido a dar una vuelta y tomar un poco el aire —respondí a la pregunta que él me había hecho antes.

—Puedes mirarme todo lo que quieras, Adele. Soy tu marido.

Alcé la mirada para fijarla en él cuando escuché sus palabras.

—¿Qué?

Los labios de Callum se curvaron en una sonrisa cómplice.

—He visto cómo me mirabas, Adele.

Por supuesto que lo había hecho. No había sido precisamente disimulada al respecto.

—Como quien mira una obra de arte. Nada más —negué, cruzando mis brazos en actitud defensiva.

—¿Piensas qué soy una obra de arte? —preguntó con diversión.

—No seas arrogante, sabes que eres atractivo —reconocí. Callum debía estar acostumbrado a atraer las miradas. Era un hombre muy guapo. Eso era algo de lo que me había dado cuenta desde el primer instante en el que nos habíamos conocido, pero que no cambiaba nada—. Pero tampoco te lo creas mucho, porque no es para tanto —añadí y Callum se rio. Él soltó una carcajada genuina, una que no había escuchado nunca de él, y no pude evitar pensar en lo guapo que se veía así, tan relajado—. ¿No piensas taparte?

Callum se encogió de hombros.

—He salido a nadar. No he traído nada más que una toalla.

Suspiré.

—Sécate por lo menos —dije mientras buscaba la toalla, ya que él no hizo ademán de

cogerla. La encontré encima de una de las tumbonas. Se la tiré y él la recogió con una carcajada y se secó con ella. Giré la cabeza para evitar deleitarme con sus fuertes brazos, secando su musculoso cuerpo con la ayuda de la toalla.

—Puedes volver a mirar. —Cuando lo hice descubrí que me había engañado. Se había puesto una camiseta negra tapando la parte superior de su cuerpo y se había enrollado la toalla por la cintura.

—Me has mentido, tenías una camiseta.

—Admito mi culpabilidad, pero en mi defensa debo decir que me gustaba que me mirases como si deseases chupar todas y cada una de las partes de mi cuerpo.

Tragué saliva y noté cómo mis mejillas se enrojecían porque no se equivocaba.

—Mañana tengo universidad, me voy a dormir.

Fui a girarme para marcharme, pero él me agarró del brazo, impidiéndomelo. En un movimiento que no me esperaba, Callum se inclinó y llevó sus labios hasta mi oreja. Un cosquilleo atravesó todo mi cuerpo.

—Para que lo sepas, yo siento lo mismo referente a ti —susurró con voz ronca—. Eres una mujer preciosa y disfrutaría mucho lamiendo hasta el último centímetro de tu piel.

Aquellas palabras deberían provocar que me alejara de Callum, pero solo consiguieron que mi cuerpo ardiera en llamas. Porque sonaban como una invitación, una invitación demasiado tentadora como para rechazarla.

Callum sostuvo mi barbilla con cuidado para que lo mirara a los ojos. Sus dedos recorrieron el trazado de mi mandíbula; sus caricias eran suaves pero decididas.

Sería tan fácil dejarme llevar con él… Puede que mi parte más racional no acabara de entenderse con Callum, pero él parecía comprender mi cuerpo a la perfección. Las pocas reticencias que me quedaban se evaporaron cuando Callum trazó la línea de mis labios con su lengua.

Estaba convencida de que él me haría conocer el paraíso. Junto a él, pasaría la mejor noche de mi vida.

Pero ¿después? ¿Qué pasaría después de eso?

Aquello me hizo darme cuenta de que no podía seguir adelante.

—Es una pena que no vayas a hacerlo —dije, apoyando mis manos sobre su pecho y empujándolo para separarlo de mí.

Callum me miró, aún aturdido. Él parecía confundido.

—¿Qué te pasa ahora?

—Nada —respondí, dándome la vuelta—. Estoy cansada.

Antes de esperar una respuesta por su parte, me alejé de él, regresando al interior de la vivienda. Y, esta vez, no me lo impidió.

No podía seguir adelante con Callum. No cuando pasar una noche con él no significaría lo mismo para ambos. Yo deseaba cosas que él no me podría dar. Quería rosas y chocolates; palabras de amor y caricias amorosas. Lo quería todo. Por eso me alegraba de que él me hubiese rechazado la noche anterior.

Supe que había tomado la decisión correcta cuando Callum no apareció en la habitación más tarde esa noche, pero eso no hizo que la decepción que me invadió desapareciese.

Capítulo 22

Adele

Era la noche del baile de máscaras. El primer evento al que acudiría como la esposa de Callum O'Donell,

No debería estar nerviosa, pero lo estaba.

Mis tres primeras semanas después de mi boda se habían pasado en un suspiro. Había creído que me costaría más adaptarme a mi nueva vida, pero no había sido así. La casa de los O'Donell era espaciosa y más acogedora de lo que había pensado en un primer momento; y además, todos los empleados estaban haciendo todo lo posible para que me sintiera cómoda.

La universidad me estaba manteniendo ocupada. Apenas había tenido tiempo ni para mí misma. Al principio debía reconocer que tenía mis dudas a la hora de haber cambiado de carrera en el último momento, pero ahora que había empezado las clases, estaba completamente segura de que había tomado la decisión acertada. Nunca había disfrutado tanto de ir a clase. Y lo estaba haciendo porque lo que estaba estudiando era lo que haría que pudiese ejercer mi verdadera pasión.

—Señora O'Donell —me saludó un hombre de mediana edad vestido completamente de negro. No recordaba haberlo visto antes, pero supuse que sería uno de los muchos empleados de Callum. Me abrió la puerta del pasajero del vehículo negro que me llevaría hasta el lugar donde se celebraba la fiesta.

No me sorprendió ver a Callum sentado en uno de los asientos. A pesar de vivir juntos, después de nuestro encuentro en la piscina, el único lugar en el que habíamos coincidido había sido en misa, y apenas habíamos compartido un par de palabras. Aunque me había dicho que compartíamos habitación, no había dormido ni una sola vez en la que se suponía que era nuestra cama.

Pero por supuesto que teníamos que llegar a la fiesta de máscaras juntos. Como marido y mujer que éramos; cómo decía la tradición. Ni siquiera sabía si eso era así, pero tampoco me sorprendía que lo fuera. ¿No era esa la razón por la que los O'Donell hacían todo?

Cerré la puerta con cuidado y me abroché el cinturón de seguridad, pegándome lo máximo posible a la puerta, buscando la mayor parte de distancia entre mi marido y yo. Ni siquiera se dignó a mirarme cuando sabía que era muy consciente de que estaba allí. Debería estar feliz de que me ignorase, pero estaba enfadada con él.

¿Si me había dicho que compartiríamos habitación por qué no había aparecido ninguna de las noches? ¿Dónde había estado durmiendo durante las últimas semanas? Sabía que estaba en la casa porque le había visto varias veces nadar en la piscina desde la ventana de nuestro dormitorio.

Aunque me propuse no mirarle como él estaba haciendo conmigo, no pude evitar observar que llevaba un traje de tres piezas negro que le sentaba a la perfección. Siempre iba adecuado para cada ocasión. Arrugué el ceño cuando mis ojos se fijaron en su corbata púrpura, que era del mismo color que mi vestido.

¿Callum la había elegido para que fuéramos combinados? ¿Cómo se había enterado?

Debía ser casualidad. Aunque el color púrpura no era un color tan común como el blanco o el negro, no había otra opción posible. Él no iba a tomarse esa molestia cuando ni siquiera era

capaz de dirigirme la palabra.

¿No?

—¿No llevas máscara? —le pregunté, a pesar de que la pregunta que me moría por hacerle era otra.

Callum continuó con su mirada fija al frente. Él hizo un gesto al conductor y este arrancó el motor.

—No.

—Se supone que es parte del protocolo de la fiesta llevar una máscara —le dije a la vez que levantaba la mía, que había dejado apoyada en el cuero del asiento. No había tenido tiempo de comprar una, por lo que Winter me había prestado la que ella había usado el año anterior.

—Lo es, pero yo nunca me oculto. Ni siquiera en una fiesta como a la que vamos a acudir.

Aquellas palabras no tenían ningún sentido para mí, pero él sacó el móvil del bolsillo de su pantalón, dando por terminada la conversación.

Suspiré, aunque no intenté seguir conversando. Si él quería ignorarme, no iba a impedírselo. Giré la cabeza para observar la carretera a través de los cristales tintados. Del mismo tipo que tenían todos los coches de mi padre. Siempre me habían gustado por la privacidad que daban. Me gustaba poder ver al resto de personas mientras nadie podía verme.

Unos veinte minutos después, el conductor aparcó el coche en el aparcamiento del hotel. Varios invitados se dirigían por la alfombra roja que se deslizaba por el camino de entrada. Las mujeres iban ataviadas con elegantes vestidos largos, dignos de una fiesta como aquella.

Yo había optado por un vestido de color púrpura largo y ajustado que realzaba mi figura, tal y como me gustaba. Con un escote pronunciado pero elegante, y con un diseño de tirantes finos que se cruzaban en la parte posterior.

El conductor salió del coche y me quité el cinturón pensando que me abriría la puerta para ayudarme a salir, pero no lo hizo.

—Adele —me llamó Callum, provocando que me girase para mirarle. Él portaba una caja negra de tamaño medio entre sus manos—. Ábrela —me pidió.

Obedecí y mis ojos se abrieron en su máxima expresión cuando vi lo que contenía: la máscara más bella que había visto en mi vida.

Estaba tallada en oro o platino, no podía estar segura, aunque eso no fue lo que más llamó mi atención. La flor de seda negra que adornaba la zona de la frente, cuyos pétalos estaban bordeados con hilo de oro, me cautivó. Observé cómo los bordes de la máscara estaban adornados con diamantes negros. Sabía lo suficiente sobre joyas para intuir lo caros y difíciles de conseguir que eran ese tipo de diamantes.

Aquella máscara era una joya de valor incalculable.

—¿No te gusta? —preguntó.

—Es preciosa, pero es demasiado. Callum, yo no creo que…

—Mi tatarabuela materna pertenecía a una familia aristócrata que lo perdió todo menos esta máscara —me interrumpió—. Ha pasado de mujer a mujer durante varias generaciones. Quiero que sea tuya hasta que puedas pasársela a nuestra futura hija. A mi madre le haría muy feliz saber que te la he entregado.

A pesar de que era consciente de que aquello no era un gesto romántico, de que Callum simplemente estaba cumpliendo una tradición, no pude evitar que mi corazón latiese con más fuerza.

—Supongo que entonces tengo que ponérmela —dije, intentando que en mi voz no se notase que para mí era mucho más que un trámite. Aquella máscara que no debía significar nada,

lo significaba todo. No por las palabras de Callum, sino por la manera en la que él miraba la máscara. Cómo si fuese importante para él, como algo más que un objeto con valor.

La saqué con cuidado de la caja. No me había fijado, pero los ojos de la máscara estaban cubiertos por cristales de zafiro azul profundo que brillaban con intensidad. Me sentía poco digna de llevar aquella máscara, no por su valor monetario, sino porque sentía el valor emocional que tenía para mi marido.

—¿Me ayudas?

Callum asintió. Dejó la caja en el asiento y me quitó con cuidado la máscara de la mano. Me giré para que pudiese colocármela. La sujetó a mi cabeza con la fina cinta de seda negra, atándola detrás de mi cabello y quedando oculta por él. Había decidido dejármelo suelto y había sido la decisión acertada.

—Te queda perfecto —me dijo en cuanto volví a girarme para mirarle.

—Gracias.

Callum me observaba con la misma intensidad con la que lo había hecho la noche de la piscina. Vi el deseo en sus ojos; esta vez no tenía ninguna duda de ello. Mordí mi labio inferior y su mirada bajó hasta mis labios.

—Deberíamos entrar. —A pesar de sus palabras, tuve la sensación de que lo último que quería en esos momentos era ir a la fiesta. Y para qué mentir, tampoco era lo que a mí me apetecía hacer.

Sin embargo, moví mi cabeza en un asentimiento.

Callum estiró el brazo por encima de mí y golpeó el cristal con su nudillo con suavidad pero contundencia. Inspiré profundamente cuando un aroma a menta y lavanda me invadió. Un olor que estaba comenzando a conocer bien y que distinguiría en cualquier lugar. Uno que me transportó a un lugar de felicidad y seguridad.

¿Cómo podía ser así cuando mi marido no me hacía feliz?

No pude dedicarle mucho tiempo a ese pensamiento porque nuestro conductor abrió mi puerta. Salí del coche y Callum me siguió. Enhebré mi brazo con el suyo cuando me lo ofreció.

—Estás preciosa, Adele. Voy a ser la envidia de todos —me susurró.

—Estás exagerando, hay mujeres bellísimas entre las invitadas.

—Ninguna tan guapa, no a mis ojos.

Ladeé mi cabeza hacia él, como si quisiera cerciorarme de que él me había dicho aquellas palabras. No era la primera vez que un chico me halagaba, pero me sorprendía viniendo de un hombre que, aunque fuera mi marido, se comportaba cómo un verdadero extraño a mi alrededor.

Callum me tenía tan confundida… A veces, era tan cercano y me miraba como si quisiera devorarme, y en otras ocasiones parecía que ni siquiera quería que estuviera cerca de él.

¿Qué estaba mal con ese hombre?

—¿El color de la corbata ha sido una casualidad?

Callum sonrió.

—Yo no creo en las casualidades, Adele.

Callum me guio hasta el interior del hotel en el que se celebraba la fiesta de máscaras. Algunos invitados que se arremolinaban en el pasillo nos observaban entre cautelosos y fascinados.

Por un instante, me sentí como una princesa de cuento llegando a un baile con su príncipe azul, pero el cuento se desvaneció en cuanto entramos al salón de baile y Callum se despidió de mí, dejándome sola.

Tenía que reconocer que Winter había hecho un trabajo estupendo. Había logrado una mezcla de modernidad y antigüedad. Te sentías transportado a la época en la que las mascaradas se celebraban y a la vez eras consciente del siglo en el que vivías.

Una luz suave y dorada iluminaba el amplio salón, creando una atmósfera cálida y acogedora. En una de las paredes se encontraba un enorme espejo adornado con enredaderas doradas y luces intermitentes que reflejaban y multiplicaban la luz por toda la estancia. En el resto de las paredes colgaban lienzos con escenas de bailes de máscaras antiguos.

Busqué a mi nueva amiga para felicitarla, pero esa tarea no era sencilla, ya que a pesar del amplio espacio, los invitados se encontraban por todos lados, porque Winter había elegido una cena de pie, por lo que los camareros iban recorriendo la estancia proveyendo a los invitados de todo lo que necesitasen.

Observé la pista de baile por si se encontraba allí, pero estaba vacía. Aunque una suave música bañaba el ambiente, nadie se había decidido a dar el paso aún. A quien sí vi fue a Callum hablando animadamente con un hombre de mediana edad.

—¿Qué haces aquí tan sólita? —me preguntó una voz que reconocí al instante.

Howard, el tío de mi marido, se encontraba frente a mí. Él sí llevaba máscara, pero era fácil de reconocer, ya que solo le tapaba los ojos. Me lo había encontrado varias veces por la mansión y siempre había sido muy amable conmigo. Por suerte, todas las veces, vestido. Mis reticencias iniciales hacia él habían comenzado a caer. Seguía habiendo algo en él que no me daba confianza, pero estaba empezando a considerarlo un aliado.

—No encuentro a Winter y no conozco a nadie más.

—Hace un rato he visto a tu padre junto a su acompañante dirigirse hacia los jardines.

Eso no me lo esperaba, pero debía haberlo hecho. Por supuesto que si era una fiesta tan importante él acudiría, y ahora que gracias a mi matrimonio con Callum era parte de la familia O'Donell, estaría invitado. Tampoco me extrañó que fuese con una acompañante. Aunque durante estos años mi padre había tenido amigas, nunca se había comprometido con ninguna.

—Supongo que tendré la oportunidad de saludarle más tarde —le dije, intentando que no se notase la rabia que se apoderaba de mí cuando alguien mencionaba a mi padre. No había sabido nada de él desde mi boda.

—Estoy seguro de ello —me respondió a la vez que le hacía una señal a un camarero que pasaba cerca de nosotros con una bandeja. Cogió dos canapés y me ofreció uno—. Son de salmón con caviar. Mis preferidos —añadió, metiéndoselo entero a la boca.

Yo le di un pequeño mordisco. Estaba riquísimo y eso que el salmón no me gustaba demasiado.

—Está muy bueno —reconocí.

—El catering ha sido un acierto.

—Y la decoración. Todo en sí. Winter se ha superado. Estoy muy agradecida con ella porque se haya encargado de todo. —No había hablado del tema con Callum y no sabía si le había molestado que hubiese delegado mis funciones en Winter, pero no debía ser así porque él no me había hecho ninguna mención.

Howard me observó unos segundos.

—Ciertamente, es una joven con mucho talento, pero no tanto como tú. En cuanto te aclimates a nuestra familia, vas a sorprendernos con fiestas aún más espectaculares.

Aunque estaba siendo amable, pude notar el reproche en sus palabras.

—Si me disculpas, tengo que buscar a Winter —me disculpé porque no quería tener que explicarle las razones por las que no me apetecía involucrarme en nada que tuviese que ver con

su familia. Porque no era compatible con fingir que estaba feliz con mi nueva vida.

—Dudo que esté muy lejos. No es del tipo de mujeres que desaproveche la oportunidad de recibir los elogios por su buen gusto decorativo —me dijo con una sonrisa fría.

El tío de mi marido no era un *fan* de Winter, pero no podía entender la razón.

—Voy a buscarla para darle mi enhorabuena entonces.

—Estoy seguro de que quedará muy complacida —me respondió a la vez que me hacía un gesto para que pasase delante de él—. No te retrases por mí, querida.

Ese hombre era rarísimo. Ya no estaba tan segura de que fuese mi aliado. Con un asentimiento de cabeza me dirigí hacia el otro lado de la sala. Un par de señoras me pararon en el camino. Las había conocido en mi boda y estaban interesadas por cómo estaba siendo mi vida de recién casada. Las despaché con educación, tal y como había aprendido a hacer con los años. Era buena desenvolviéndome en ese tipo de ambientes.

Por fin vi a Winter. Ella estaba hablando con una camarera. Aunque cuando me acerqué a ellas vi que, pese a que hablaba en tono bajo, le estaba echando la bronca por algo que había hecho mal.

—Winter —saludé y ella se giró para mirarme, lo que aprovechó la camarera para salir despavorida. No podía verle los ojos por la máscara que llevaba, pero su nariz se arrugó como si algo la molestase.

—No llevas mi máscara.

—Sí, lo siento. Callum ha querido que me pusiese esta, ya que perteneció a su madre. Es un legado familiar —expliqué, aunque no tenía por qué hacerlo, pero no quería que Winter pensase que había despreciado su regalo. Menos aún después de lo bien que se estaba portando conmigo.

—No tienes que disculparte —dijo con su sonrisa cálida regresando a su rostro—. Es una máscara preciosa y ha sido un bonito detalle por parte de tu marido.

—Sí, lo ha sido.

—¿Y por qué pareces decepcionada?

No me gustaba airear los trapos sucios al aire, y mi padre siempre decía que uno de los principios de los Azikiwe era ser discretos. Pero, en ese momento, las enseñanzas de mi progenitor no tenían sentido para mí. No cuando su único fin había sido educarme para ser una buena esposa. Ahora que lo pensaba, cambiarme el apellido no era tan mala idea. Ya no me sentía una Azikiwe, aunque tampoco iba a ser una O'Donell. Decidí que usar el apellido de soltera de mi madre sería lo más correcto para mí.

—¿Adele? —me llamó Winter, sacándome de mis pensamientos—. Puedes confiar en mí —me susurró.

—Es una tontería —dije. Hice una pausa y Winter esperó en silencio a que continuase—. Callum me ha dejado sola en cuanto hemos entrado. No conozco a nadie y me he sentido un poco perdida.

No era la verdadera razón, ya que yo me movía en esos ambientes como pez en el agua. Pero no podía contarle el verdadero motivo a Winter, porque ni siquiera estaba preparada para escucharlo yo misma.

—No se lo tengas en cuenta. Aunque todavía no es el jefe, sus responsabilidades son más aún que las de Howard. Como ya te dije, para los hombres, estas fiestas no son diversión, son negocios.

Ella tenía razón.

—Gracias por escucharme.

Winter sonrió.

—Para eso están las amigas.

—Siento que nuestra amistad es unilateral. Tú eres la que estás haciendo todo por mí —dije, señalando la decoración del salón.

Ella le quitó importancia con un gesto.

—Solo te estoy sustituyendo hasta que tú estés preparada. Además, todos te lo debemos.

—¿Me lo debéis?

—Vas a ser la madre de los hijos de Callum. Gracias a ti la estabilidad y continuidad de la familia está asegurada.

Mi rostro palideció en cuanto escuché aquellas palabras. No quería tener hijos con Callum. Ni ahora, ni nunca.

—Winter, yo… —comencé, pero Elspeth apareció con la sonrisa arrogante en su rostro que la caracterizaba, interrumpiendo nuestra conversación. Sujetaba la máscara dorada con su mano derecha, ya que no era una de las que se ataban detrás de la cabeza. En ese momento, ni siquiera la llevaba colocada tapando sus ojos.

—Ya era hora de que aparecieses en un acto social —dijo con soberbia, sin tan siquiera molestarse en saludarme—. Estábamos comenzando a pensar que habías huido.

—Elspeth. —Winter pronunció su nombre como una advertencia.

Se lo agradecía, pero era más que capaz de defenderme sola. Gracias a todos mis años estudiando en el internado, estaba más que capacitada para tratar con las chicas como Elspeth. Al fin y al cabo, había crecido rodeada de ellas.

—Estaba ocupada con la universidad —respondí en tono calmado. Sabía por experiencia que lo peor que podía hacer era demostrarle a Elspeth que sus palabras, de alguna manera u otra, me habían afectado—. Aspiro a ganar mi propio dinero y no depender toda mi vida del mi marido o mi padre. No sé tú —dije con una sonrisa falsa—, pero aspiro más que a ser una mujer florero.

Gracias a Winter sabía que Elspeth estaba comprometida con un hombre adinerado y se casaría en verano. A sus veinte años, ni estudiaba ni trabajaba, ni tenía intención de hacerlo.

Elspeth dio un paso atrás como si la hubiese herido y pude ver por el rabillo del ojo cómo Winter se tapaba la boca con la mano para contener una sonrisa.

—¿Te crees más importante que el resto? —preguntó con rabia apenas contenida. Aunque su tono de voz no era alto, sí llamó la atención de varias invitadas que se encontraban cerca. No estaba dispuesta a montar un numerito, no era mi estilo y no iba a rebajarme por ella.

—No seas tan arrogante, tan solo hablaba de mí misma. No hay necesidad de ofenderse. —La miré con fingida inocencia y me encogí de hombros—. Ahora, si me disculpas —no le di la oportunidad de rebatirme—, necesito ir al baño —le dije para, después, alejarme de ella. Winter me miraba con preocupación, pero le hice un gesto con la mano, quitándole importancia. Las chicas como Elspeth no eran un problema para mí.

No tenía ganas de ir al baño, y tampoco me apetecía salir al jardín, donde habían colocado una carpa, y según había leído en uno de los carteles de la entrada, un mago estaba realizando su actuación. Lo que menos necesitaba era encontrarme con mi padre.

Solo me quedaba una opción: salir a la enorme terraza que rodeaba la planta. Crucé las puertas dobles de cristal y una oleada de frío golpeó mi piel. Había dejado la americana en el guardarropa.

La luna estaba tapada por las nubes y apenas había luz artificial, por lo que anduve con cuidado para no caerme. Me acerqué hasta la barandilla y respiré hondo. Cuando otra brizna de viento frío golpeó mis hombros, me los acaricié con las manos.

—¿Quieres mi chaqueta? —me preguntó una voz femenina, provocando que pegara un pequeño brinco.

No me había dado cuenta de que no estaba sola. Una chica se encontraba a mi lado, mirándome con una sonrisa divertida en los labios. Me fijé en la chaqueta de cuero que llevaba puesta y el vestido largo con una pronunciada abertura que mostraba su pierna derecha. La tela parecía delgada, lo último que quería era que ella pasase frío por mi culpa.

—No te preocupes, pienso volver pronto dentro —decliné su ofrecimiento con una sonrisa.

—Tú misma.

La chica se encogió de hombros y le dio una calada al cigarrillo que sostenía en su mano derecha, fijando su vista al frente.

Aquella chica me era familiar. Ella no llevaba máscara, y aunque no podía ver su rostro con claridad, no tardé ni unos segundos en darme cuenta de dónde la había visto antes.

Era la chica que estaba en el baño junto a Tristan el día de mi boda.

—Por cierto, soy Adele —me presenté, estirando mi mano para que la estrechara.

La chica ladeó su cabeza para mirarme, pero no estrechó mi mano.

—No hace falta que te presentes, sé quién eres. Todos te conocen.

—Genial —murmuré, bajando la mano.

—¿Quieres? —me preguntó, estirando su cigarrillo hacia mí.

—No, gracias, no me gusta el tabaco.

La chica sonrió.

—No es tabaco.

Inspiré profundamente cuando entendí sus palabras. Lo que me faltaba ya, consumir marihuana.

—Eso menos aún, prefiero tener todas mis neuronas activas.

La chica hizo una mueca de burla.

—Qué aburrida.

Me reí, sin tomarme a mal su comentario. Porque, aunque aquella chica no era precisamente educada, ya que ni siquiera se había presentado, no percibía en sus palabras la malicia que había visto en Elspeth.

—Tendrías que salir conmigo una noche y cambiarías de opinión —repliqué—. Soy la reina de la pista de baile. —Hice un gesto con mis manos a la vez que movía mis caderas.

La chica entornó los ojos.

—Seguro.

Fui a contestar, pero el sonido de unos zapatos de tacón resonando en el suelo provocaron que me diera la vuelta. Winter se encontraba tras la cristalera de las puertas dobles que daban a la terraza. Le hice un gesto con las manos para que me viera.

—Ella es Winter, una amiga —le dije a la chica, aunque posiblemente ellas ya se conocían. Todo el mundo conocía a Winter; era muy popular. Y no me extrañaba, era muy amable.

—¿Amiga? —repitió, soltando una carcajada—. Winter no tiene amigas.

Fruncí el ceño.

—No la conozco mucho, pero ella es querida por todo el mundo en la familia —sentí la necesidad de defenderla, tal y como Winter había hecho conmigo desde que nos habíamos conocido.

—¿No la conoces mucho y es tu amiga? —cuestionó, y yo no pude replicar aquel argumento, porque tenía razón—. Mira, Adele, no suelo hacer esto, pero no me caes mal. Algo que, perteneciendo a la familia O’Donell, es un logro, créeme. —Dio un paso hacia mí,

acercándose—. No te fíes de Winter. No es oro todo lo que reluce.

—¡Adele! —me saludó Winter, interrumpiendo nuestra conversación. Ella se acercó a nosotras—. Qué peste. —Arrugó la nariz y estiró su mano para rodear mi muñeca con sus dedos —. Venga, vámonos. —Tiró de mí hasta llegar a la puerta con tanta rapidez que apenas alcancé a despedirme de la chica con las manos.

—Casi no he podido despedirme de ella.

—¿De quién? —me preguntó Winter, frunciendo el ceño. Por un instante, pensé que tal vez no había visto a la chica que se encontraba conmigo, ya que ni siquiera la había saludo—. Ah, Savannah, mi cuñada—dijo—. No te preocupes por ella, no es importante.

—¿Savannah? ¿Ella es la hermana de Tristan?

Recordaba haber escuchado su nombre en el banquete de bodas, aunque jamás habría creído que esa chica fuese su hermana. La forma en la que los había visto mirarse en el baño del hotel no parecía precisamente de hermanos. Aunque quizá era una sensación errónea. Era hija única, no tenía ni idea de cómo eran las relaciones entre hermanos.

—¿Hermana? —repitió Winter arrugando la nariz—. No, Savannah no es una Mccormack. Ella es la hija de la actual esposa de Fallon.

La forma en la que habló sobre Savannah, con esa superioridad, por no ser descendiente directa de Fallon, no me gustó. Aunque, seguramente, estaba relacionado con la enemistad que parecía haber entre ellas.

—¿Entonces son hermanastros?

—Sí. —Winter hizo un gesto con su mano—. ¿Todo bien? —me preguntó—. Cuando no has regresado, te he venido a buscar. Estaba preocupada por ti.

Sonreí. Al menos, alguien en la familia O’Donell se preocupaba por mí.

—Estoy bien, Winter. Nada de lo que ha dicho Elspeth me ha molestado. —Realmente, no lo había hecho.

—Me alegro. Ella a veces puede ser un poco antipática. —¿Solo un poco? Casi me reí, pero decidí guardarme mis pensamientos para mí misma—. ¿Volvemos dentro? Imogen está preguntando por ti.

Ni siquiera sabía quién era esa tal Imogen, pero lo último que me apetecía en esos momentos era regresar a la fiesta.

—Al final, no he podido ir al baño. Me he entretenido hablando con Savannah —mentí, diciendo lo primero que se me ocurrió—. ¿Por qué no vas tú mientras yo voy al baño? Prometo no tardar.

Winter me miró, poco convencida, pero finalmente asintió.

—Por supuesto.

Capítulo 23

Adele

Después del ir baño regresé a la terraza, ya que no me apetecía volver a la fiesta. Savannah ya no estaba allí. Pero en vez de quedarme en el mismo lugar, me alejé de las puertas dobles y me dirigí a una zona aún menos alumbrada de la terraza donde pudiese estar tranquila sin que nadie me viese ni molestase.

—Adele —me llamó una voz vagamente familiar.

Giré la cabeza para ver a un camarero observándome entre las penumbras. No podía ver bien su rostro, pero parecía un chico joven.

—Estoy bien, no necesito nada —le respondí.

—Adele, soy Vadim.

¿Vadim? Mi cabeza tardó dos segundos en procesar la información. En cuanto lo hizo, me lancé hacia él para darle un abrazo. Aunque al principio estaba tenso, terminó devolviéndomelo.

—¿Qué haces aquí? ¿Os han permitido regresar a Dublín? ¿Trabajas de camarero ahora? ¿Y dónde está Alexei?—Las preguntas salían de mi boca como un torrente, una detrás de otra.

Me separé lentamente de él. Me di cuenta de que se había teñido el cabello a un tono oscuro y de que sus ojos azules ahora eran marrones.

No tuve más que observar su rostro durante unos pocos segundos para darme cuenta de que lo que me iba a decir no iba a ser agradable.

—Alexei está muerto —susurró con voz apenas contenida.

—¿Muerto? —pregunté, conmocionada, en un hilo de voz—. No puede ser verdad. No puede estar muerto.

Había conocido a Alexei y a Vadim hacía unos tres meses en un *pub* del centro de la ciudad. Alexei había sido algo así como mi novio, aunque nuestro *romance* apenas duró un par de semanas.

No tardé en descubrir que Alexei me había estado engañando. Vadim y él pertenecían a la mafia rusa y querían ganarse mi confianza y secuestrarme para pedir un rescate por mí. Aunque, al final, ellos no eran malas personas y no pudieron hacerlo. Pero su vida había sido complicada y se habían visto obligados a tomar decisiones difíciles que les habían llevado a una espiral de violencia que no iba con ellos. Se terminaron sincerando conmigo y yo había llegado a empatizar con ellos.

A Alexei ni siquiera le gustaba. Él tenía un romance con Vadim; esa era una de las principales razones por las que querían huir del mundo en el que estaban, para poder vivir su historia de amor. Al principio me sentí decepcionada, ya que había creído que estaba enamorada de Alexei, que era el amor de mi vida, pero pronto me había dado cuenta de que no era así.

Por eso, junto con Erin, nos habíamos apiadado de ellos y les habíamos ayudado a escapar. Iba a huir con ellos, pero no pude hacerlo. Así de débil era.

—Nos encontraron en Noruega cuando teníamos todos preparado para huir a Chicago. Le dispararon dos veces en la cabeza en medio de una calle y le dejaron tirado como un perro.

—No puede ser —sollocé.

No conocía mucho a Alexei, y siendo sincera conmigo misma, no había vuelto a pensar en él desde que huyó. Pero nadie se merecía morir tan joven, y menos de esa manera.

—Tuve que dejarle allí y huir —dijo con la voz rota. Estiré mi mano para tocar su hombro y darle ánimos—. El dinero que nos prestasteis se quedó en el apartamento que habíamos alquilado. No tengo nada. Me siguen buscando y estoy desesperado. Adele, necesito que…

—¿Adele, eres tú? —La voz ronca de mi marido provocó que pegase un salto. Me giré para ver a Callum atravesando la terraza con pasos apresurados.

Si Callum me descubría hablando con Vadim, sería el fin para él. No confiaba en que mi marido se apiadara de él. Y a pesar de que Callum desconocía mi pasado en común con Vadim y Alexei, tan solo necesitaría tirar de unos cuantos hilos para descubrirlo.

No podía arriesgarme.

—Tienes que irte —le dije a Vadim, aunque este ya había comenzado a moverse por la terraza, alejándose de mí.

Desafortunadamente, Callum era demasiado rápido.

—¿Quién era ese? —me preguntó Callum cuando se colocó a mi altura.

Traté de mantenerme tranquila. Aunque era una mentirosa decente, tenía la sensación de que Callum no era una persona fácil de engañar.

—Un camarero. Quería saber si necesitaba algo.

—¿Y por qué estaba tan pegado a ti? —inquirió, aunque sus ojos estaban fijos en la penumbra. Me giré para seguir su mirada y vi cómo Vadim a lo lejos salía de la terraza hacia los jardines.

—Él estaba fumándose un cigarrillo y el aire ha provocado que el humo golpee mi cara. He comenzado a toser y se ha acercado a mí, preocupado.

—¿Y por qué se ha marchado corriendo?

Mierda. ¿Cuánto había visto?

No era posible que nos hubiera escuchado, ya que si no, no estaría tan tranquilo. O eso quería pensar, porque ciertamente, no era fácil conseguir que Callum perdiera los estribos. Aunque yo lo había logrado en varias ocasiones.

—No se ha ido corriendo. Simplemente, ha regresado al trabajo —mentí—. Espero que no estés insinuando que estaba haciendo algo con él —traté de desviar la atención, poniéndome a la defensiva. Esa era una estrategia que mi abuela utilizaba cada vez que sabía que tenía todas las de perder en una discusión, o cuando no le interesaba hablar de algo, y siempre le funcionaba.

—En absoluto —respondió con sinceridad y una confianza en mí que no sabía que él tenía —. Lo que me preocupa es que te estuviese molestando.

—No lo hacía.

Él entrecerró los ojos como si estuviese valorando si me creía o no.

—¿Y si ha regresado al trabajo, por qué…?

Él iba a seguir haciendo preguntas que yo no iba a saber responder y no podía poner en peligro a Vadim. Así que tome una decisión precipitada e impulsiva: le rodeé el cuello con mis brazos y le besé.

Al principio, Callum se quedó tan aturdido que no reaccionó. Pero cuando saqué mi lengua para acariciar sus labios, él abrió la boca permitiéndome la entrada. Durante cinco segundos tuve el control. Durante cinco segundos él me permitió explorar el interior de su boca. Cinco segundos en los que pensé que él no reaccionaría, pero me equivoqué. Y fue la equivocación más dulce que había tenido nunca.

Callum sujetó mi cabeza con una de sus firmes manos y profundizó el beso. Bebió de mi boca como si fuese un oasis en un desierto y él un viajero muerto de sed. Un sonido grave y salvaje salió de lo más hondo de su garganta cuando uní mi lengua a la suya. Con el otro brazo

rodeó mi cintura, encerrándome en una jaula de músculos mientras sus labios devoraban los míos. En esos instantes comprendí que, hasta ese momento, no había sido besada. No podía ponerle nombre a lo que otros chicos me habían dado, pero, desde luego, no era un beso. No podía serlo cuando sentía como si fuese la primera vez que lo experimentaba.

Enterré mis dedos en su pelo mientras sentía el deseo invadiendo mi vientre y arrasando con cualquier resto de enfado hacia él que aún quedase en mí. No importaba la temperatura del ambiente, que yo estaba acalorada. Un fuego se encendió en mi interior, amenazando con derretirme. Él estaba provocando aquel tsunami de sensaciones solo con un beso. ¿Cómo sería cuando entrase en mi interior?

Aquel pensamiento provocó que un gemido de placer saliese de mi garganta, muriendo en su boca. Él afianzó su agarre, uniéndome aún más a él. El beso se volvió más salvaje, más abrasador. Sentía que me consumía, que estaba terminando con toda mi fuerza vital y, aun así, nunca antes me había sentido más fuerte, más poderosa. Porque, por fin había encontrado lo que tanto ansiaba: sentirme viva, libre. Porque aquel beso me había liberado, liberado de unos estándares que me había puesto a mí misma. De unas fantasías de niña que creía que era lo que deseaba. Había pensado que quería un príncipe azul que me besase con cariño y ternura. ¡Qué equivocada había estado! Lo que ansiaba, lo que realmente deseaba, era ser besada como Callum me estaba besando a mí; de una forma cruda y carnal.

Unos minutos después, él rompió el beso. Respiré de manera entrecortada, luchando por recuperar el oxígeno que él me había robado.

Callum me observaba con una sonrisa satisfecha en su rostro y con sus ojos brillando por la lujuria. Instintivamente, bajé la cabeza para ver cómo su erección golpeaba la cremallera de sus pantalones. La había sentido mientras me besaba y no podía esperar para sentirla en mis manos.

—¿Nos vamos a casa?

Callum estiró el brazo y agarró un mechón de mi pelo para jugar con él.

—Es pronto y somos los invitados de honor. No podemos irnos aún —dijo con la voz ronca.

—Estamos recién casados. Estoy segura de que todos entenderán que nos marchemos pronto.

Callum sonrió, y por primera vez, sentí que estaba viendo su sonrisa real. Era preciosa. Y toda para mí.

—Eres demasiado buena para mí —confesó a la vez que soltaba mi mechón y acariciaba mi mejilla.

—Solo soy una mujer normal —dije de manera tonta, porque no sabía qué responder—. Una que quiere pasar la noche con su marido. Me debes una noche de bodas.

Callum soltó una risa y, esta vez, fue él quien unió sus labios a los míos. Aunque fue un beso rápido, era el preludio de algo más. El preludio de una noche mágica.

—Te acompaño al coche —me dijo, ofreciéndome su mano.

—¿Tú no vienes?

—No puedo irme aún. Tengo que hablar con un socio. Les diré a todos que no te encontrabas muy bien, y en cuanto pueda, iré a casa contigo.

Aquello sonaba muy bien.

Como había prometido, me acompañó al coche y se despidió de mí con un efímero beso en los labios, pero esa fue la única promesa que cumplió. Porque, pese a que le esperé hasta tarde, él no apareció. Aunque a la mañana siguiente, cuando me desperté, él se encontraba durmiendo a mi lado. Una parte tonta de mí quiso pensar que tal vez se le había hecho tarde y no quería despertarme. Pero cuando unos minutos después, él se levantó de la cama sin apenas mirarme y

saliendo por la puerta sin mediar palabra, fui consciente de que me había equivocado de nuevo.

Sin embargo, esta vez fue mucho más dolorosa que las otras. Esta vez, sentí que mi corazón se rompía en mil pedazos.

Capítulo 24

Adele

—No conocía esta cafetería —le dije a Erin.

A pesar de que se encontraba en el centro de Dublín, nunca había entrado en ella. Quizá porque se hallaba en un callejón y no era tan accesible como otras cafeterías de moda en la ciudad.

Era un local pequeño, pero muy bonito. Observé las mesas redondas de mármol blanco y las sillas de terciopelo rosa. Después, mi mirada se dirigió a las rosas blancas que decoraban las paredes de color blanco.

Era una de esas cafeterías con encanto que me gustaba visitar.

Éramos las únicas personas que estábamos allí.

—Es un descubrimiento reciente —me respondió con una sonrisa enigmática—. Vamos, prueba las galletas de mantequilla, limón y coco. —Erin me señaló el plato que se encontraba en medio de la mesa—. Son la especialidad de la casa. —Alzó un poco la voz, ladeando la cabeza para compartir una mirada de complicidad con Amy, quien se encontraba detrás del mostrador. Amy era la dueña de la cafetería y a quien Erin me había presentado cuando habíamos entrado.

Cogí una de las galletas y le di un pequeño mordisco.

—Está buenísima.

—Te lo he dicho —dijo Erin mientras se llevaba otra galleta a la boca.

Al contrario que yo, mi mejor amiga no era muy amante del dulce. No me sorprendía que esas galletas fueran una de sus excepciones.

—Te he echado tanto de menos —me dijo Erin.

—Yo también a ti. No sabes cuánto.

Era la primera vez que veía a mi amiga desde que me había casado. Aunque habíamos hablado durante todos los días, mis recientes compromisos y los suyos nos habían impedido vernos hasta ese día. Un sábado por la mañana, una semana después del baile de máscaras.

—¿Qué tal estás, Adele?

Erin me había hecho esa misma pregunta a diario desde que me había casado. Y sabía que me la iba a hacer cuando me viese en persona. Quizá temía que le estuviera mintiendo. No era mala mentirosa, pero si alguien podía adivinar una mentira mía con tan solo mirarme, esa era Erin. A ella no le podía mentir.

—Estoy bien, Erin. —Ella arqueó una ceja y yo exhalé un profundo suspiro—. Vale, no estoy muy bien —antes de que Erin hablase y me ofreciese escaparnos juntas, añadí—: pero no es por lo que tú piensas.

—¿Callum te trata bien?

—Él no me trata. Y ese es el problema.

Erin me miró, confundida.

Pero antes de responderla, miré hacia la salida de la cafetería, donde a unos metros de la puerta, se encontraba Declan. No quería que el hombre de Callum escuchase algo que no debía y se lo contase a Callum. Aquello me dejaría más en evidencia aún.

A unos pasos de Declan, al otro lado de la puerta, se encontraba el guardia de seguridad de Erin. Era curioso, parecían dos desconocidos. La tensión entre ellos era palpable; aunque no

parecían tener ningún problema, ni siquiera se miraban. Parecían dos guardias de seguridad escoltando la cafetería.

Pobre Amy. Estaba segura de que estaban espantando a cualquier posible cliente. A mí se me quitaría las ganas de entrar en la cafetería si los veía.

—Nos hemos besado —le confesé, inclinándome hacia ella y alzando mi mano de manera que Declan no pudiera leer mis labios. Ni siquiera sabía si Declan sabía leer labios, pero no quería arriesgarme.

—En la boda.

—No solo en la boda, en la fiesta de máscara. Esta vez no ha sido por obligación. —En realidad, el comienzo del beso, de alguna manera, sí lo había sido—. Y no solo me ha gustado, sido algo maravilloso. Cómo si me hubiese transportado del plano terrenal al etéreo. —Cogí mi vaso de limonada y le di un sorbo—. Por primera vez, me sentí verdaderamente yo. Nunca creí que un beso podría tener ese poder.

Erin me observó en silencio.

—Adele…

—Ha sido mucho más que un beso —continué, porque una vez había empezado, no podía parar. Sentía que necesitaba desahogarme con alguien, contarle todo lo que sentía a otra persona. Y la única persona con la que podía hablar de todo era con Erin—. Me ha hecho entender que tengo sentimientos por Callum. Sentimientos que nunca pensé que tendría por él. Me he enamorado de él. —Ahora todo tenía sentido en mi cabeza. Por eso había estado dispuesta a acostarme con él en nuestra noche de bodas. Yo jamás habría accedido a hacerlo sin estar enamorada. Aunque no había sido consciente de ello, o tal vez no había querido verlo, desde un primer instante había habido esa conexión entre nosotros. Siempre había sido algo más que una simple atracción—. Creo que lo he estado desde el principio, solo que no sabía identificarlo porque no se sentía cómo pensaba que el amor se sentiría. Creía que lo sabría al instante, pensaba que sería como en las películas, que los dos se quedan en *shock* cuando se ven por primera vez, pero la realidad es muy diferente. Callum no es el indicado para mí. Él es todo lo que no me gusta en un hombre: poco cariñoso, no cree en el amor, es obstinado y mandón, pero nada de eso me importa. Porque mi corazón le ha elegido. —Expresar todos aquellos sentimientos que había evitado dar forma la última semana, provocó que sintiese como si me hubiese quitado un peso de encima. Me sentí mucho más ligera.

—Adele —Erin hizo una pausa y pude ver que estaba pensando en las palabras correctas para decirme—, siempre te he apoyado cada vez que has conocido a un chico y has creído que es el indicado. Siempre lo he hecho, aunque ha habido veces que he tenido dudas de que fuese así. —Era la primera vez que Erin me confesaba eso, pese a que siempre lo había sabido.

—Esas veces quería creer que era así, Erin. Pero yo sabía que no lo era. Ni por un momento dudé de que tenía que seguir buscando.

Erin suspiró.

—Escúchame bien, Adele. No te lo he dicho antes por qué no quería que pensases que no estoy de tu parte, pero yo soy la primera que quiero que lo tuyo con Callum funcione. Porque es la única manera de que seas feliz, pero no quiero que confundas sentimientos. No quiero que te convenzas a ti misma de que te has enamorado para no renunciar al amor. Es demasiado pronto para que estés enamorada. Lleváis un mes casados, y él no es como los demás chicos que has conocido; él es más peligroso.

¿Estaba empezando a sentir cosas por Callum porque me negaba a renunciar a la idea de enamorarme? ¿Estaba confundiendo mis sentimientos, creando unos que no eran reales para

sobrellevar mi matrimonio con Callum?

—No estoy confundiendo mis sentimientos, Erin —le dije con seguridad. Porque, si algo sabía, era eso—. Si algo no puedo controlar, es mi corazón. No puedo inventarme una conexión que no existe. No puedo forzarla. —Todo sería mucho más sencillo si pudiera hacerlo—. Nada de esto tiene que ver con el hecho de que esté obligada a ser la mujer de Callum.

Erin me miró durante unos segundos, reflexionando sobre mi argumento.

—¿Crees que él siente algo por ti?

Lo había pensado durante un instante en la terraza del baile de máscaras, pero había sido una ilusión. Una ilusión que se había evaporado en el instante en el que me había ignorado a la mañana siguiente.

—Él es tan difícil, Erin. A veces, siento que me devora con la mirada. Lo sentí en la fiesta de máscaras. La forma en la que me besó, como si fuese el último beso que daba en su vida, como si yo fuese la mujer más bella del planeta. Vi el deseo en sus ojos. —Eso no se podía fingir, ¿verdad?—. Él me prometió una noche de bodas atrasada. Me prometió que regresaría a nuestra habitación y haríamos el amor. —No lo había dicho con esas palabras, pero es cómo yo lo entendí—. Regreso sí, pero tarde, y no me tocó. Ni siquiera me habló. —Suspiré—. Durante toda la semana ha dormido conmigo en la cama, pero en ningún momento ha intentado nada más. Espera a que esté dormida para venir, y si no lo estoy, finge que no se da cuenta. Como si yo no significara nada, como si me hubiese inventado lo que pasó. Me evita, pero le he visto mirándome a lo lejos con anhelo. Y te prometo que no me lo estoy imaginando. No sé qué hacer. —Me pasé las manos por la cara—. Me confunde tanto, Erin.

—No has acudido a la mejor persona para que te dé consejos sobre chicos. Ni siquiera sé cómo logre que Arlan se enamorase de mí.

Me aparté las manos de la cara y las posé sobre la mesa.

—Porque eres preciosa, inteligente, buena y un millón de calificativos positivos más. Ni él podía obviar la suerte que tiene que te enamorases de él.

—Sí, supongo que soy un buen partido —bromeó, dándole un sorbo a su limonada—. Callum no se merece tu amor si te trata así, Adele.

Eso lo sabía, pero no era como si mi corazón me fuese a permitir dejar de amarlo de golpe. Y tampoco podía alejarme para olvidarme, estábamos casados.

Instintivamente, toqué mi bolso que colgaba de la silla. A primera hora de esa mañana había recibido una carta de mi madre que me había enviado mi madrina. No había podido leerla aún, pero tampoco estaba segura de querer hacerlo. Aunque no conocía su contenido, podía imaginar que era una carta más de mi madre a su amor imposible. Si en esa carta ella relataba cómo al final no había podido ser, me hundiría. Sabía que ese había sido el final de su relación, pero, en esos momentos, leer algo tan triste me daba terror.

—¿No tienes nada nuevo que contarme? —me preguntó Erin, cambiando de tema al darse cuenta de que era lo que yo necesitaba.

Estuve a punto de contarle lo de las cartas, pero no lo hice. Porque sentía que era algo demasiado personal; algo que mi madre había decidido compartir solo conmigo y, de alguna manera, sentía que si se lo contaba a Erin, estaba traicionando su confianza.

—¿Te parece poco todo lo que te he contado?

Erin se rio. Le dio un último trago a su café y miró su móvil.

—Tengo que irme. He quedado con unos compañeros de universidad para hacer un trabajo en la biblioteca.

—¿Un sábado a la mañana?

—Sí. —Erin hizo una mueca—. Es el único momento que hemos podido encontrar.

—Ahora entiendo por qué me has propuesto quedar a las nueve de la mañana. ¿Qué tal están yendo las clases?

Erin, al igual que yo, había comenzado la universidad hacía un par de semanas.

—Intensas. Más intensas de los que creía. Aún así, estoy muy contenta. ¿Y tú?

—No tan intensas como las tuyas, pero estoy feliz. Cada día estoy más feliz con la elección que he hecho.

Erin sonrió.

—Me alegro de que hayas dado ese paso, Adele.

—Dentro de no mucho diseñaré el vestido que lleves para recoger algún premio importante.

Ella negó con la cabeza. Erin era una pianista muy talentosa, llegaría todo lo lejos que se propusiese, pero también era muy modesta.

—De momento, tengo bastante con pensar en aprobar los exámenes y prepararme para la función de Navidad.

—¿Ya sabes que vas a tocar?

Los ojos de Erin brillaron con ilusión.

—Estoy componiendo una melodía. Quiero que sea algo diferente a lo que he compuesto hasta ahora.

—Me encantaría escucharla cuando la tengas.

—Serás la primera en escucharla.

—¿Antes que Arlan?

—Por supuesto.

—Voy al baño y nos vamos, ¿vale? —le dije, cambiando de tema, porque sabía que si no iba a llegar tarde a su cita con sus compañeros de universidad. Cuando estábamos juntas, las horas se nos pasaban volando.

Erin asintió.

Me levanté de la silla y me dirigí hasta el baño. El local era tan pequeño que no tenía perdida. Tan solo había un baño unisex. Confiada, lo abrí, pero me sorprendió encontrar un chico dentro.

—Lo siento, no sabía que estaba ocupado —me disculpé rápidamente.

¿Qué narices me pasaba últimamente con los baños? Tenía que empezar a tocar las puertas antes de entrar, o las personas deberían empezar a cerrar las puertas con los pestillos, que para algo estaban.

Fui a cerrar la puerta, pero el chico puso el pie en la puerta, evitando así que pudiera cerrarla.

—Odio las disculpas —dijo, con un acento marcado. No supe identificarlo, pero el inglés no era su lengua materna.

Tenía el cabello negro y la piel blanquecina, casi de porcelana. Era alto, tanto que tuve que echar atrás mi cabeza para poder mirarlo a los ojos. Llevaba una cazadora negra y unos vaqueros rotos del mismo color.

Era un chico muy atractivo, pero había algo en él que hacía que quisiese salir corriendo en dirección contraria. Gritaba peligro en todos los poros de su piel.

—¿Por qué?

El chico sonrió al escuchar mi pregunta, pero no fue una sonrisa agradable.

—Porque son una pérdida de tiempo.

Lo miré, sin saber qué decir. Aquel era el encuentro de baño más surrealista que había

tenido nunca. Superaba el de Tristan.

Él abrió la puerta y pasó por el hueco que había entre la puerta y yo.

—Puedes pasar, ya he terminado. —A pesar de que sus palabras eran corteses, no había ni una sola pizca de calidez en sus ojos grises.

—Gracias.

—Пока́.

No fue hasta que no había entrado en el baño que me di cuenta de que ese hombre había dicho una palabra en un idioma que estaba bastante segura de que era ruso. No la entendí porque no tenía la menor idea de ese idioma, pero una sensación desagradable se apoderó de mi estómago.

¿Podía estar relacionado con Vadim? ¿Él sabía que Vadim se había puesto en contacto conmigo?

Además, ¿de dónde había salido ese chico? Habíamos estado solas durante todo el tiempo con Erin. El local era pequeño y no había nadie en ninguna de las otras mesas. Y llevábamos una hora. ¿Ese chico había estado durante una hora metido en el baño?

Estaba entrando en una espiral de ansiedad que tenía que parar. Me acerqué al lavabo, encendí el grifo y me lavé la cara con agua fría. Tras un par de minutos, mi cabeza volvía a pensar con claridad.

Probablemente, había sido todo fruto de una casualidad. Había mucho inmigrante ruso en Dublín y no había vuelto a saber nada de Vadim. Aunque, la verdad era que, ocupada como estaba con mis propios problemas, no había pensado demasiado en él. Tenía que intentar localizarle y saber si estaba bien, pero no sabía cómo hacerlo.

Cuando salí del baño, Erin ya se había levantado, puesto su chaqueta vaquera, y tiraba de su mochila.

Miré por todos los lados en busca del chico, pero no vi a nadie.

—Oye, Erin. ¿Has visto salir a alguien de la cafetería en el tiempo en el que yo he estado en el baño?

Erin me miró, desconcertada.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

Quizá ese chico trabajaba en la cafetería o era un familiar de Amy, la dueña de la cafetería. Seguro que había una explicación coherente. El chico no había podido evaporarse en el aire. Aquella explicación tenía sentido. No había ninguna razón para preocuparse.

—Por nada —respondí, guardándome mis pensamientos. Porque lo último que quería era preocupar a Erin. Pensé un segundo en contarle la muerte de Alexei, pero lo descarté. Si Vadim se había acercado a mí y no a ella, sería por alguna razón. Erin nunca haría nada que pusiese en peligro la vida de Vadim voluntariamente, pero a diferencia de Callum, Arlan conocía su existencia. Un error de Erin, y Vadim estaría muerto. Estaba segura de que estaba tomando la decisión acertada.

Si retrocediese en el tiempo, quizá hubiera cambiado de opinión. Porque ese fue uno de la larga lista de errores que cometería en ese tiempo.

Después de despedirme de Erin fui a una tienda de decoración para comprar unos objetos de decoración para la habitación de costura que me estaba construyendo en una de las habitaciones vacías del ala que compartía con Callum.

Durante el trayecto a pie desde allí había tenido la sensación de que alguien me seguía. Aparte de Declan, claro. No había querido decírselo a mi guardaespaldas porque tenía la

sospecha que se trataba de Vadim, que estaba intentando buscar el momento adecuado para volver a hablar conmigo y terminar la conversación que Callum había interrumpido.

Por eso le había pedido a la dependienta de la tienda si podía usar el baño y había usado la puerta trasera para salir sin ser vista por Declan. Cuando esperé diez minutos a que Vadim apareciese y nadie se acercó a mí, pensé que, quizá, simplemente había sido fruto de mi imaginación. Algo que tenía sentido, ya que, si alguien estuviese siguiendo mis pasos, Declan se hubiese dado cuenta.

Una vez en el coche que me llevaba de camino a la mansión, obtuve las fuerzas necesarias para leer la carta de mi madre. Porque, a pesar de todas mi reticencias, no pude evitarlo. Porque, ¿cómo no iba a leer una carta que mi madre quería que llegase a mí? Se lo debía.

Saqué la carta del bolso con cuidado de que Declan, que iba conduciendo, no pudiese ver lo que estaba escrito en ella. Me había sentado en los asientos traseros por esa razón. No era la primera vez que lo hacía, así que a Declan no le extrañó.

Saqué del sobre que, esta vez, llevaba el remitente de la dirección de mi madrina y aspiré el olor del papel. Aunque posiblemente fue fruto de mi imaginación porque habían pasado mínimo veinte años desde que esa carta había sido escrita, olía a una mezcla de naranja y almizcle. El olor que siempre relacionaba con mi madre. Recordaba pocas cosas de ella, pero su olor estaba impregnado en mi mente. Mis ojos se humedecieron, pero contuve las lágrimas que amenazaban con derramarse por mis mejillas.

Inspiré hondo y comencé a leer las letras escritas en el papel.

«Me arrepiento de muchas cosas, pero no de haberte dado mi primera vez. Nunca podría hacerlo. Te la daría una y mil veces si pudiese, porque soy tuya y tu eres mío. Siempre ha sido así; incluso antes de que nos conociésemos. Porque Dios nos creó para que estuviésemos juntos, porque nuestro creador unió nuestros caminos por una sola razón: que el amor más puro y sincero triunfase.

Sé que no me creíste cuando te dije que ya no te amaba. Sé que ni por un instante dudaste de que mentía. Porque sabes que mi amor por ti jamas se desvanecerá, pero me dejaste ir con todo el dolor de tu corazón, con la tristeza más avasalladora que se reflejó en tus ojos. Lo hiciste porque amar es aceptar la decisión del otro aunque te mate en vida. Y, en ese momento, al ver tu sacrifico, te ame aún con más fuerza.

Y por eso me aparté de ti. Porque, aunque no te lo conté, mi padre ha descubierto lo nuestro y me ha amenazado con destrozarte la vida. No podía permitirlo, no podía permitir que te quitara todo lo que has conseguido con tanto esfuerzo. Porque, al igual que tú, me sacrificaría por ti una y mil veces si hiciese falta.

Estos últimos quince días sin ti han sido un infierno en vida. He intentado hacerle entender a mi prometido que nuestra boda era un error, pero él está corrompido por el poder y riqueza y se ha negado. Por eso, he tomado una decisión.

No me voy a casar en una semana con él. No me voy a casar con nadie que no seas tú. Tengo un plan; uno que debo guardar en secreto. Uno que muchos considerarían una locura y una aberración. Pero lo llevaré a cabo, lo haré porque mi vida está a tu lado. Nos merecemos ser felices.

Tuya, ahora y siempre».

No pude evitar que las lágrimas que había estado conteniendo se derramaran por mis mejillas al leer las palabras de mi madre. ¿Cómo había podido ser mi padre tan inhumano? ¿Cómo no se había dado cuenta del sufrimiento que iba a infligir a mi madre con su boda?

Mi propia madre había respondido a mi pregunta en la misma carta: él estaba corrompido

por el poder y poco le importaban los sentimientos de ella. Solo pensaba en él. ¿Acaso me sorprendía esa sangre fría de mi progenitor después de lo que me había hecho a mí?

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Declan mirando por el cristal del parabrisas.

—Si —respondí, tragando el nudo que aprisionaba mi garganta.

Declan no parecía muy convencido, pero volvió a centrar su mirada en la carretera.

Guardé a carta de nuevo en el bolso y saqué un espejo de viaje que siempre llevaba conmigo. Me miré la cara para asegurarme de que mi maquillaje seguía en su sitio. Me limpié las lágrimas con un dedo y volví a guardar el espejo.

No sabía cuál era el plan de mi madre, pero no lo había logrado. O, al final, se había resignado. No estaba muy segura cuál de las dos cosas había sido. Lo que sí sabía es que ella quería que yo lo leyese para que no me rindiese. Con la primera carta ella había conseguido que yo no me cerrase al amor. Y no solo no lo había hecho, sino que me había enamorado del hombre que pensaba que era el culpable de que nunca pudiese enamorarme.

Pero sabía en lo mas hondo de mi corazón que ella quería que leyese esta segunda carta porque quería que luchase por el hombre al que amaba, que lo hiciese por encima de todo; incluso de él mismo. Y si fallaba, por lo menos, me quedaría la satisfacción de haberlo intentado.

Iba a luchar por Callum. Iba a demostrarle que el amor existía, que el amor no era una invención. Iba a darle todo el amor que tenía en mi interior. Iba a luchar con todo lo que tenía, y si no lo conseguía, tendría la tranquilidad de que había hecho todo lo que estaba en mi mano, de que no me había rendido antes de tiempo.

Capítulo 25

Adele

Entré en la mansión con mi confianza reforzada. Iba a luchar por mi matrimonio. No sabía si Callum se encontraba en casa, ya que él solía pasar el mayor tiempo del día fuera, pero los sábados solía verle por el jardín al teléfono o entrando a su despacho.

Los últimos quince días había vigilado más a mi marido de lo que era consciente.

Busqué a Kayla y le pregunté si sabía dónde estaba Callum. Por suerte para mí, me informó de que se encontraba en la mansión; concretamente, en la piscina, nadando. Estaba lloviendo, pero eso no era un impedimento para Callum, ya que parecía no importarle el tiempo que hiciese fuera para ejercitar los músculos de sus brazos.

Desgraciadamente, no se encontraba allí. Iba a ir a su despacho a buscarlo, pero Kayla me dijo que probase en la piscina interior.

Solo había estado en el espacio con piscina interior cuando Kayla me lo había enseñado el primer día en el que había llegado a la mansión. No había vuelto porque era de las que preferían la playa a la piscina. Nunca había sido una gran nadadora. Pero sí que me había sorprendido que Callum no la usase debido a que, a principios de octubre, las temperaturas en Dublín comenzaban a bajar y, más aún, a la noche. Eso cuando no llovía, que era la mayor parte de los días.

Cuando entré en la estancia en la que se encontraba la piscina interior, que era bastante más pequeña que la del jardín, vi una silueta moviéndose por el agua. Supuse que sería Callum. Atravesé la sala hasta llegar al borde de la piscina. Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que el hombre que nadaba en la piscina no era mi marido. Era un hombre joven, rubio, y que estaba completamente desnudo.

Cerré los ojos con fuerza. Afortunadamente, el hombre no me había visto. Iba a darme la vuelta y caminar hacia la puerta y marcharme de allí antes de que se diese cuenta de mi presencia, pero entonces una idea pasó por mi cabeza, impidiéndomelo.

Si Kayla me había dicho que Callum estaba allí y en esa casa tan solo vivíamos tres personas… Que yo tuviera constancia, solamente vivíamos Howard, Callum y yo. Dudaba mucho que uno de los empleados se tomara la libertad para nadar desnudo en la piscina.

¿Había aprovechado Callum para invitar a un hombre sabiendo que yo había salido? ¿Sería un amigo de él? ¿Pero, por qué nadaría desnudo?

—Cariño, ¿eres tú? —preguntó el chico sin girarse para mirar quién había entrado en la estancia. Probablemente, me había escuchado.

¿Cariño? ¿Era Callum homosexual?

No, aquello no era posible. Había visto su deseo hacia mí, lo había sentido. Pero claro, siempre podía ser bisexual.

¿Mi marido me estaba siendo infiel con un hombre y en nuestra casa?

—¿Quién eres? —preguntó el chico cuando se acercó nadando al borde de la piscina y se dio cuenta de que no era quien él creía.

Parecía avergonzado. Vi cómo intentaba taparse sin éxito. A pesar de encontrarse dentro del agua, podía ver con claridad su desnudez.

—Eso debería preguntártelo yo a ti, ¿no crees? —respondí, reaccionando. Aquel chico no

tenía la culpa, a él no debía pedirle ninguna explicación. Aun así, ¿cómo tenía el valor?—. Soy la mujer del hombre que te ha invitado a esta casa.

—¿Está casado? ¿Desde cuándo? —El chico parecía confundido. Por un instante, sentí compasión por él. Ahora que podía observar su rostro, no debía ser mucho más mayor que yo. Seguramente, tendría unos veinte años—. Eso no puede ser —negó—. Me lo habría dicho. Sé que no se priva a la hora de estar con más hombres, pero una mujer y casado eso no tiene sentido —dijo, indignado.

Mandaba narices. La que tenía que estar indignada era yo.

—Hace mes y medio —le informé, sintiendo cómo mi voz se rompía—. Pero, puedes estar tranquilo, es un matrimonio de conveniencia —a pesar de que me negaba a parecer afectada por un hombre que no merecía la pena, sentí que estaba empezando a elevar el tono—, por mí puede acostarse contigo y con cuantos más hombres desee. ¡Cómo si os apetece participar en una orgía!

El chico fue a decir algo más, pero la puerta se abrió.

—Adele, ¿qué está pasando? ¿Por qué gritas?

Mi marido entró en la estancia. Iba vestido de deporte y tenía la poca vergüenza de parecer completamente confundido. Me miraba con el ceño arrugado, como si la que estuviera haciendo algo reprochable fuese yo.

—Eso debería preguntártelo a ti. —Me di la vuelta para enfrentarlo. Si creía que iba a achantarme, no me conocía bien—. ¿Quién es este hombre, Callum? ¿Cómo has tenido la poca vergüenza de invitarlo a nuestro hogar?

A él no le había importado que yo pudiera verlo. ¿Tan poco respeto me tenía?

¿Cómo había sido tan estúpida como para sentir algo por Callum? Erin tenía razón, era una enamoradiza empedernida; una idiota.

—Es la primera vez que lo veo. —Callum desvió la mirada del chico a mí—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—¡¿Qué me pasa?! —No pude evitar alzar la voz más de lo que debería. No me gustaba montar escenas, y mucho menos delante de un desconocido, pero la hipocresía de Callum estaba haciéndome perder la paciencia—. ¿Cómo tienes la poca vergüenza de negarme a la cara que has sido tú quien lo has invitado?

—¿Alguien puede pasarme una toalla? —preguntó el chico, metiéndose en la conversación —. Es un poco incómodo…

—Si has tenido la valentía para meterte en medio de un matrimonio, ahora no te dará vergüenza estar desnudo.

Callum cogió una de las toallas que se encontraba en una silla y la dejó en el borde de la piscina para que el chico la cogiese.

—Vístete. Mi mujer no tiene por qué ver tu polla —ordenó con voz mortal.

—¿Qué pasa, que solo se la puedes ver tú? —Crucé mis brazos—. ¿No quieres compartir?

—¡¿Pero qué cojones estás diciendo?! —dijo Callum, enfrentándose a mí. Por el rabillo del ojo vi cómo el chico salía de la piscina y cogía la toalla, pero mi atención se centró en mi muy enfurecido marido. Además, se enfadaba él.

—¡¿Qué que estoy diciendo?! —repetí, descruzando mis brazos para pasarme las manos por el cabello—. Esto es surrealista. Te acuestas con hombres en nuestra casa y encima te enfadas tú. —Puede que tuviéramos un matrimonio de conveniencia, pero yo creía que estábamos comenzando a tener algo. ¿Cómo había sido capaz de hacerme algo así?

El rostro de Callum se transformó en la misma imagen de la estupefacción.

—No soy gay, Adele. Nunca me he acostado con un hombre, ni nunca lo haré. Soy

heterosexual.

—¿Y entonces por qué te llama cariño? —pregunté, porque algo no cuadraba, pero Callum parecía estar diciendo la verdad.

—Me lo llama a mí —dijo una voz de hombre que provenía detrás de Callum—. Y la verdad es que me gusta escucharlo.

Howard salió de la sauna con una toalla alrededor del hombro. Llevaba un traje de baño *slipper* negro y parecía estar divirtiéndose. El chico que se había tapado con la toalla nos miraba a los tres con confusión.

¿Howard era gay? ¿Él…?

Sentí que enrojecía al darme cuenta de que había metido la pata hasta el fondo.

—Joder, tío, podías haber cerrado la puerta con llave —le reprochó Callum, resoplando—. O, por lo menos, no permitir que tu amigo se bañe desnudo.

Howard se encogió de hombros.

—Yo le he pedido que se bañe desnudo —le respondió con tranquilidad—. Y, sobre lo de la puerta, tienes razón. —Howard desvió la mirada de Callum para fijarla en mí—. Te pido disculpas, Adele. No quería herir tu sensibilidad. —A pesar de sus disculpas y palabras cordiales, era evidente que Howard estaba disfrutando de aquella escena y que, seguramente, no tardaría en repetirse. Por la forma en la que Callum chasqueó la lengua, supe que estaba pensando lo mismo que yo.

—No has herido nada —aseguré. No era de mi agrado ver a hombres desnudos porque sí, pero me traía sin cuidado si a Howard le gustaban los hombres o las mujeres. Aunque, por supuesto, en un caso u otro prefería que mantuviese sus relaciones sexuales en la intimidad de su ala.

—Vamos —me ordenó Callum, cogiéndome del brazo y tirando de mí para sacarme de allí. Pensé que me soltaría en cuanto saliésemos de la zona de la piscina, pero me llevó escaleras arriba hasta nuestra habitación.

En cuanto entramos, cerró la puerta y me soltó.

—Lo siento, he malinterpretado la situación —me disculpé.

—¿Has pensado que era gay? —preguntó con seriedad, pero vi cómo la comisura de sus labios se curvaba.

—En realidad, pensaba que era bisexual —respondí y Callum carraspeó para contener una risa—. ¿Te has acostado con otras mujeres desde que nos hemos casado? —pregunté, porque aunque no lo había pensado hasta ese momento, cabía esa posibilidad. Y explicaría su actitud.

El rostro de Callum se endureció, cualquier atisbo de buen humor desapareció de su rostro.

—No me he acostado con ninguna mujer desde que nuestro compromiso se hizo oficial y no pienso hacerlo. Y muchísimo menos la traería a esta casa. Nunca te faltaría el respeto de esa manera.

—No lo entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—¿Te gusta el sexo?

Él me miró como si me hubiesen salido dos cabezas.

—Sí, Adele. Me gusta follar, me gusta mucho.

—Con cualquiera menos conmigo —añadí, resignada. Entonces, ¿cuál era el problema?—¿No te atraigo lo suficiente?

—¿Crees que no te deseo? —preguntó, y me encogí de hombros. Él dio un par de pasos, acortando la distancia que nos separaba—. ¿No te quedó claro el día de la piscina o cuando nos

besamos en la fiesta?

—Sí, pensaba que era así —había sentido la química entre ambos y había visto el deseo en sus ojos—, pero luego te mostraste frío. Duermes conmigo, pero no me tocas. Ni siquiera me hablas. Durante esta última semana pareciera que no existo.

Callum suspiró.

—No soy digno de ti, Adele. No soy un buen hombre y tú te mereces uno que lo sea. —Su mano acarició, mi mejilla con dulzura—. Te mereces un hombre que pueda amarte y yo no puedo.

—¿Entonces te separarás de mí y dejarás que esté con otro hombre? —pregunté, y mi cuerpo se tensó por miedo a la respuesta. Hacía unas semanas que habría deseado que la respuesta fuese positiva. En esos momentos, no lo hacía.

Callum se rio sin un humor. Rodeó mi cintura con la mano y se agachó para susurrarme al oído.

—Jamás, eres mía. Y soy lo suficientemente egoísta como para tenerte, aunque sé que no es lo mejor para ti. Quiero follarte, Adele. Lo llevo queriendo desde que te vi por primera vez. Joder, cariño, quiero enterrarme en tu interior.

Tragué saliva con fuerza.

Él levantó la cabeza y yo le miré a los ojos.

—Hazlo. Deseo que lo hagas. Esta vez, no te alejes de mí. No me apartes.

—No lo haré —me aseguró—. Pero quiero estar seguro de que lo deseas tanto como lo hago yo. No quiero que te arrepientas.

Aquellas palabras calentaron mi corazón. Callum se preocupaba por mí. Él me deseaba, pero no se creía digno de mí. Él lo era. Él era perfecto para mí.

—Quiero que seas el primero y el último —confesé—. Quiero sentir tu miembro en mi interior.

A pesar de que mi intento de hablar sucio era bastante patético, ya que me daba un poco de vergüenza, Callum pareció satisfecho, porque sus ojos brillaron con lujuria y su miembro golpeó mi muslo.

—No tienes ni idea de lo atractiva que eres.

—Déjate de halagos y fóllame —dije, sin entender bien de dónde salían esas palabras.

Callum emitió una especie de gemido. Me empujó en la cama con cuidado y cubrió su cuerpo con el mió. Deslizó sus manos por mis caderas hasta las rodillas, separó mis piernas y se instaló en el espacio que había entre ellas.

—Soy la inexperta aquí —dije con una sonrisilla—. ¿Pero no es mejor si nos quitamos la ropa?

Como respuesta me besó, uniendo su lengua con la mía. Aquella era una buena manera de callarme, una a la que me estaba volviendo adicta, pero no era suficiente. Quería sentir su piel contra la mía. Necesitaba el contacto. Tiré de su camiseta hacia arriba. Él dejó de besarme y me miró unos segundos a los ojos. Lo que vio en ellos le sirvió para entender que estaba cansada de esperar. Se quitó la camiseta y la tiró a un lado de la cama.

Acto seguido, me ayudó a hacer lo mismo con la mía y me quitó el sujetador con una facilidad asombrosa. Preferí no pensar cómo había llegado a tener esa habilidad. Tampoco hubiese sido capaz de detenerme mucho tiempo en ese pensamiento, porque él me distrajo, apoderándose de mi pezón derecho y metiéndoselo en la boca a la vez que desabrochaba mis *jeans*. Cerré los ojos, disfrutando de las sensaciones que me invadían.

Nunca antes me había sentido tan segura de algo y a la vez tan aterrada. Aterrada a lo

desconocido, aterrada a que la situación me superase, pero a la vez, deseaba llegar hasta el final. Lo anhelaba, lo necesitaba.

—Te prometo que será placentero para ti. Haré todo lo posible para que lo sea —dijo, apartándose de mí para desabrochar mis pantalones y tirar de ellos. Después, deslizó mi ropa interior por mis piernas y me quedé desnuda delante de él.

La vergüenza que pensé que sentiría la primera vez que estuviese completamente desnuda delante de un hombre no apareció. Al contrario, me sentí hermosa, segura de mí misma. Callum me observaba como un hombre hambriento que no ha tenido acceso a la comida en semanas.

—Tú, desnuda en nuestra cama, eres lo más hermoso que he visto en toda mi vida.

Se deslizó por mi cuerpo hasta que su cabeza encontró mi núcleo. Sentía sus ojos en él. Y suspiré, nerviosa, sin saber qué era lo que iba a hacer a continuación, pero a la vez, anhelándolo.

Él levantó la cabeza y sus ojos color esmeralda se centraron en los míos como si estuviese pidiendo permiso. Se lo di y su lengua rozó mi clítoris.

—Necesito más —pedí, porque un roce no era suficiente.

Sopló en mi centro y la calidez de su aliento me provocó un escalofrío que me recorrió el cuerpo. Su lengua comenzó a juguetear con mis pliegues para, poco después, introducir mi clítoris en su boca y chuparlo. Había escuchado hablar sobre orgasmos que provocaban que tu mundo estallase en mil pedazos, pero nunca antes los había experimentado. Siempre me había necesitado bastante trabajo para explotar y nunca de una manera tan apoteósica como esa.

—Madre mía, eres muy receptiva —susurró, con un brillo de orgullo en sus ojos.

Mientras luchaba por recuperar el aliento, sentí cómo Callum se separaba de mí. Se quitó el pantalón, que cayó en el suelo. Le vi acercarse a una de las mesillas de noche. Sabía lo que estaba buscando. Había visto los envoltorios de preservativos dentro del cajón.

—No es necesario que uses uno —le dije cuando él estaba a punto de sacar uno del cajón.

Se quedó petrificado. Se giró para mirarme y la que se quedó petrificada fui yo. No le había visto quitarse la ropa interior, igual no la llevaba o simplemente había estado distraída. Pero eso no era lo que ocupaba mi mente, sino su pene. Bueno, su pene no, su polla. Porque su instrumento era digno de ser llamado de esa manera.

—Pensaba que no querías quedarte embarazada —preguntó, pero no le respondí inmediatamente—. Me alegro de que mis atributos te gusten, pero te estoy hablando.

Levanté la cabeza para mirarle, sintiendo que mis mejillas se enrojecían.

—No tienes nada de lo que avergonzarte —me dijo, regresando a la cama y tumbándose de nuevo encima de mí. Se apoyó en sus brazos para no aplastarme con su peso—. ¿Estás segura de que no quieres que use preservativo? Estoy limpio, nunca te pondría en peligro —aclaró.

—Tomo la píldora —confesé. Callum alzó una ceja—. No quería arriesgarme a quedarme embarazada. No quería tener bebés contigo.

—¿No querías o no quieres?

—Supongo que algún día sí. Pero tengo dieciocho años, quiero terminar la carrera primero. Incluso, quiero hacerme un hueco en el mundo de la moda.

Callum me besó la frente y después la punta de la nariz.

—Necesito un heredero, pero podemos esperar a que estés preparada. Tenemos tiempo. Y ahora mismo, lo prefiero así. Quiero disfrutar de ti sin un hijo que ocupe todo tu tiempo —dijo mientras colocaba la punta de su miembro en mi abertura—. Necesito entrar en ti. No puedo esperar.

Asentí, dándole permiso. No era capaz de usar las palabras. Me debatía entre el deseo y el miedo al dolor.

—Voy a tener cuidado, voy a ir despacio. Quiero que lo disfrutes.

Aquellas palabras lograron relajarme. Podía ver en sus ojos su necesidad, pero, así y todo, iba a ir con cuidado. Confiaba en él.

Cuando su miembro comenzó a invadirme, sentí una sensación de plenitud. Mientras iba entrando en mi interior, la sensación mudó a una más extraña que no sabría definir. Pero no era desagradable. Poco a poco, él fue entrando más hondo, con cuidado, como si fuese lo más importante para él.

—Preciosa, ahora tengo que empujar con más fuerza —dijo con voz ronca.

Un escalofrío me recorrió, pero no fue miedo al dolor, sino inseguridad. Inseguridad de no sentirme bien cuando todo terminase. Miedo a estar equivocándome de nuevo con él.

Él bajo la cabeza y me besó una mejilla, luego la otra. Después, me dejó un reguero de besos por mis hombros y clavícula. Me mimó y cuidó. Disipó todo miedo de mi interior.

Cuando volvió a mirarme a los ojos, le di permiso con una sonrisa sincera. Él empujó con fuerza y un pinchazo me atravesó. No era ni de lejos tan doloroso como me había imaginado. Como había leído en Internet o como mis compañeras de internado me habían contado. Pero, en ese momento, comprendí porqué para mí no había sido más que una leve molestia. La razón era sencilla: mi cuerpo siempre había estado preparado para él. Mi cuerpo le reconoció y se adaptó a él. Porque yo había sido creada para él y él para mí. De fuera parecía una locura, pero para mí fue la conclusión certera. Lo sentía en cada poro de mi piel, en cada célula. Había sido una tonta pensando que podría estar equivocándome; no lo estaba. No importaba lo que el futuro nos deparase, él era el indicado.

Mi marido se quedó completamente quieto. Con su miembro en mi interior. Le miré, y lo que vi provocó que mi corazón explotase. Callum me observaba con las pupilas dilatadas y la tensión palpable en su rostro por el esfuerzo de contención que estaba realizando. Nunca había visto nada tan bello.

—Puedes moverte —le dije, dándole permiso.

—¿Estás segura? —preguntó, dubitativo, y con la voz ronca por el deseo.

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida.

Como respuesta, salió de mi interior y volvió a entrar. Movió sus caderas al ritmo de sus embistes. Las sensaciones se arremolinaban en mi vientre, exigiendo una liberación.

—Jamás había deseado a una mujer como te deseo a ti. Jamás —repitió mientras me daba besos desordenados en el rostro.

Aquellas palabras sinceras fueron que el colofón. Una innegable llamarada de calor explotó en mi interior.

—¡Callum! —grité su nombre porque, por lo visto, era de esas mujeres que gritan el nombre de su amado mientras el orgasmo las invade. Noté cómo me zumbaba hasta la yema de los dedos. Todo mi cuerpo se volvió pesado y estallé entre ruidosos jadeos y gemidos.

Quién se lo iba a imaginar, era una mujer escandalosa en el sexo.

A Callum, lejos de molestarle, debió excitarle, porque emitió un gruñido de placer y sentí cómo él también llegaba al clímax.

Cuando se retiró, sentí una sensación de pérdida que no terminaba de entender, pero como si él si lo hiciese, me besó recordándome que estaba allí y no se iba a ir a ningún lado.

—Necesitamos un baño —dijo a la vez que se levantaba de la cama. Intenté seguirle, pero mis piernas no estaban de acuerdo conmigo. No debía ser más que la una, pero estaba agotada. El sexo había sido maravilloso y agotador.

Observé su trasero mientras se dirigía al baño. El culo de mi marido parecía esculpido en

piedra; como un dios griego. Escuché el sonido del agua saliendo por las cañerías y me pregunté si algún día sería capaz de moverme o me quedaría allí sudorosa y sucia el resto de mi vida.

Ya no era virgen. Y en eso todas mis fuentes de información tenían razón, algo en mí ya nunca sería lo mismo. Había cambiado. Ahora sabía lo que era tener sexo, lo que se sentía. Y no pensaba renunciar a ello. Por suerte, mi marido parecía un hombre sexualmente activo y me había asegurado que yo sería la única beneficiaria de sus atenciones. Como tenía que ser.

Ahora que la excitación había desaparecido, mi cuerpo se relajó. Mis ojos se cerraron y una sensación de paz y calma se apoderó de mí. A los pocos minutos sentí cómo mi cuerpo era elevado por el aire, como si volase. Unos brazos fuertes me sujetaron y yo me aferré a pies y manos a ese hombre maravilloso. Cuando sentí el agua caliente en mi piel, suspiré y abrí los ojos. Callum me observaba desde fuera de la bañera. Sin mediar palabra, se metió en el interior conmigo. Pensé que era una suerte tener un baño con bañera y ducha. Sobre todo, con una bañera tan grande.

Callum se colocó detrás de mí, rodeando mi cintura con sus brazos. Apoyé mi espalda en su pecho.

—Estoy agotada —dije, bostezando.

—No tienes que hacer nada. Yo me encargo de limpiarte.

—Te amo. —Esas dos palabras salieron por mi garganta antes que pudiese controlarlas, pero no me importó, porque eran verdad. Y la verdad nunca debe avergonzarnos.

—No puedes amarme, Adele. No soy digno de amor.

Me separé un poco de él para poder girar la cabeza y mirarle. Acaricié su mejilla con mi mano.

—Por supuesto que lo eres. Eres el único digno de él.

—No soy un buen hombre, Adele. He hecho cosas que te provocarían pesadillas.

Aquello lo sabía. Sabía quién era Callum. Tal vez no lo sabía todo y quizá nunca lo sabría, pero lo conocía mejor de lo que él pensaba.

—Sé que eres un mafioso. Sé que haces cosas ilegales en nombre de tu familia. No digo que las apruebe, pero te quiero como eres. Eso es el amor, amar sin condición.

Él me miró y sus ojos se nublaron con un recuerdo amargo. Le vi pelear con sus pensamientos. Discutir en silencio consigo mismo si contarme o no aquello que le perturbaba. Le acaricié los labios con un dedo, dándole ánimos para confiar en mí.

No sabía lo que esperaba escuchar cuando abrió la boca, pero, desde luego, no lo que dijo:

—Tenía doce años cuando me convertí en un asesino. Maté a mi padre a sangre fría y lo volvería a hacer una y mil veces.

Capítulo 26

Adele

Callum resultó ser un cocinero bastante aceptable, algo que me sorprendió gratamente. Después del baño bajamos a la cocina y preparó unos macarrones con queso para chuparse los dedos. Comimos en un silencio cómodo a pesar de la revelación que acababa de hacerme. Él necesitaba tiempo para explicarse y yo se lo estaba dando. Era evidente que había mucho más en esa historia y quería saberlo todo.

Salimos al exterior para tomar los cafés. Nos sentamos en dos de las sillas del porche que se encontraban frente a una pequeña mesa de madera rústica.

—Mi padre nos pegaba a mi madre y a mí —dijo—. En mi mundo muchos padres pegan a sus hijos varones para hacerlos más fuertes, pero por lo general, respetan a sus hijas y a sus mujeres.

—Nadie debería pegar a sus hijos para hacerlos más fuertes.

—Jamás pondré una mano encima a uno de nuestros futuros hijos —aclaró, y yo me relajé. Aunque lo cierto era que nunca me podría imaginar a Callum haciendo algo así—. Lo que quiero decir, es que mi padre era aún mucho más violento de lo normal en nuestro mundo. Él era el jefe de la familia, pero no tenía honor. Era un maltratador. En una ocasión, mi madre le llevó la contraría en una tontería y él la empujó por las escaleras. Cayó por las escaleras, rebotó escalón tras escalón, y mi padre no parpadeó ni una sola vez. Ni siquiera se arrepintió. Estaba embarazada de cinco meses y perdió al bebe. —Me coloqué la mano en la boca para ahogar un grito. Callum solo acababa de comenzar a hablar y yo ya estaba horrorizada—. Lo vi todo. En aquel entonces, tenía doce años, y aunque no pude evitar que mi padre atacara a mi madre, logré llamar a una ambulancia. Pese a que mi padre era poderoso, tuvo que responder a preguntas incómodas, algo que no le gustó. Ese día, me pegó una paliza que me dejó cuatro días en cama.

Mi corazón se rompió al pensar en el niño que fue y todo lo que pudo pasar. A veces, desde fuera, parecía que personas como Callum, que pertenecían a una familia de clase alta, lo tenían todo. En muchas ocasiones, no era así.

Estiré mi mano para agarrar la suya, entrelazando mis dedos con los suyos, mostrándole mi apoyo.

—Después de aquello, mi madre nunca se recuperó —continuó Callum—. Se suicidó unos meses después. Yo la encontré, colgada de su armario. Mi padre la insultó, Adele —dijo, la rabia filtrándose en sus palabras—. Insultó a su cadáver; incluso la escupió y me hizo verlo. La llamó puta y cobarde. Ella se suicidó por el trato que él la daba y la culpó a ella. —Hizo una pausa y tragó saliva. Yo me quedé allí, quieta, escuchándole sin atreverme a abrir la boca por si cualquier interrupción provocaba que se cerrase. Era una historia muy dolorosa, pero quería escucharla hasta el final—. Esa noche tomé una decisión: acabaría con su vida. La noche del funeral de mi madre, él había salido a celebrarlo con una de sus muchas amantes. Él mismo me dijo que teníamos que celebrar, que nos habíamos deshecho de un lastre. Cuando regresó a casa, estaba borracho. Esperé que se metiese en la cama y entré en su habitación con una de las pistolas que él escondía en la casa. Le disparé en la cabeza, matándolo en el acto, pero no me detuve. Disparé de nuevo hasta que vacié el cargador. No me he arrepentido de ello ni una sola vez en toda mi vida. Maté a mi padre y estoy orgulloso de ello. —Él sonrió sin humor—. ¿Sigues pensando que

soy el hombre adecuado para ti?

Solté mi mano de la suya para levantarme de la silla en la que estaba sentada y sentarme en su regazo. Él me recibió, rodeando mi cintura con su brazo y dándome un beso en el pelo.

—Lo que pienso es que ese maldito hombre recibió menos de lo que se merecía.

—Eso mismo dijo mi tío.

—Tu tío te ayudó a salir indemne de eso, por eso es tan importante para ti —dije, suponiendo que las cosas habían sido de esa manera y entendiendo su relación con él. A pesar de que no eran precisamente expresivos, era más que evidente que Callum respetaba a Howard.

—Mucho más que eso, él asumió las culpas. Aunque todos en la familia sabían que mi padre era un cabronazo que nos estaba llevando a todos a la ruina, eso no cambiaba que había matado al jefe de la familia a sangre fría. Hubiera sido considerado traición; la traición más repugnante. Los miembros de mi familia exigirían mi muerte.

—Pero él te maltrataba; maltrataba a tu madre. Era un monstruo.

—Pero era el jefe de la familia —me dijo, como si eso lo explicara todo—. Además, en mi mundo, los monstruos abundan, y son respetados y venerados. Yo mismo soy uno de ellos.

No, eso no era cierto.

—Tú nunca me harías daño —repliqué, mirándolo a los ojos—. Y amarás a nuestros hijos. Los protegerás de quien quiera hacerles daño —afirmé, porque no tenía ninguna duda de ello.

—A ellos y a ti. Si alguien te toca un pelo, está muerto. —confirmó. Y aunque aquella declaración de intenciones debería haberme perturbado, me dio paz.

—Tu tío está vivo y tampoco está en la cárcel.

—Mi tío contó que mi padre había enloquecido por la pena del fallecimiento de mi madre. Enloquecido, intentó matarse y a mí con él para volver a estar los tres juntos como una familia. Dijo que había llegado a la casa justo cuando mi padre estaba apuntándome con su pistola en la sien, que tuvo que matarle para salvar mi vida. Declaró que mató a su hermano porque no le quedó otra.

—¿Y la policía le creyó?

—Nosotros no acudimos a la policía, Adele. Solucionamos nuestros propios problemas. Él declaró ante los miembros de mi familia. La familia tapó el asesinato de mi padre y lo cubrió como un infarto. —No estaba segura de cómo habían logrado eso, pero suponía que con muchos sobornos—. En aquel momento, mi familia no era lo fuerte que es ahora. Mi padre la estaba destruyendo. Los tradicionalistas estaban muy preocupados porque él quería acabar con sus costumbres. No se creyeron ni una palabra de lo que mi tío les dijo, pensaron que lo había matado para quedarse con el poder.

—¿Y si no le creyeron por qué consiguió el puesto de jefe?

—Porque llego a un trato con ellos. Ellos le guardaban el secreto y declaraban que habían visto las pruebas de que decía la verdad, y él se encargaba de que sus costumbres prevalecieran en el tiempo. Yo soy el verdadero heredero, por lo que él se comprometió a prepararme y cederme el puesto cuando estuviese preparado. No era un problema para él, ya que mandar nunca ha sido a lo que aspiraba. Además, mi tío jamás tuvo la intención de tener un heredero, ni tampoco de casarse, porque es gay y los tradicionalistas nunca aceptarían un matrimonio entre dos hombres. —Hizo una pausa y colocó un dedo en mi barbilla para que le mirase—. Que los tradicionalistas sospechen que es gay no quiere decir que quieran escuchar rumores al respecto. Así que, te pido que seas discreta.

—Nunca diría nada. Y menos ahora que sé lo que tu tío ha hecho por ti.

Él asintió y me soltó la barbilla.

—No me gustan la mayoría de las tradiciones obsoletas que los tradicionalistas exigen, pero estoy atado de pies y manos. No por mí, ya que si intentan arrebatarme el poder se llevarán una sorpresa desagradable, sino por mi tío. Él hizo un trato y, como hombre de honor, debe respetarlo.

—Y yo te he puesto las cosas difíciles no respetando ninguna de las tradiciones.

—Eres un reto interesante —murmuró con una sonrisa.

—Voy a intentar cumplir mi parte, o por lo menos, parte. Voy a hacerme cargo de los eventos que sean mi responsabilidad.

—Tenía entendido que estabas demasiado ocupada con la universidad —me dijo, guiñándome un ojo y demostrando que estaba al día de todo lo referente a mí.

—Lo estoy, pero soy capaz de hacer las dos cosas. Preparar eventos es lo mío. Solo que no sentía que debiese hacerlo.

—¿Y ahora sí? —preguntó, interesado.

—Ahora me siento una O'Donell.

—Te cuento uno de mis secretos mejor guardados y accedes a cambiarte a mi apellido. Supongo que es un trato justo.

—No me lo voy a cambiar —respondí—, pero me siento parte de la familia. No ha sido el secreto lo que me ha hecho sentirme así, sino el sexo —bromeé—. Señor O'Donell, es usted muy bueno en ello.

—No tienes ni idea de cuánto —me respondió, riéndose—. ¿Estás muy dolorida? —preguntó, pegando su frente a la mía.

Pensé en su pregunta.

—Tal vez un poco, pero no lo suficiente como para no estar deseando que me enseñes tus trucos sexuales.

—¿Mis trucos? —inquirió, soltando una carcajada.

—No te rías de mí —me quejé.

—Jamás osaría a reírme de ti —negó a la vez que se levantaba conmigo en sus brazos—. Señora O'Donell, está usted a punto de conocer todos mis trucos —dijo mientras me llevaba hacia el interior de la casa.

Capítulo 27

Adele

En las siguientes dos semanas fui tomando más responsabilidades en la familia O'Donell. Me quitaba gran parte del tiempo y tenía que hacer acrobacias para estar al día con mi preparación universitaria, pero lo estaba logrando.

Esa tarde de sábado me encontraba en el patio de la iglesia atendiendo una las mesas de un mercadillo solidario.

El mercadillo llevaba celebrándose cada tres meses desde hacía diez años, pero yo había incorporado varias ideas que habían sido bien recibidas por el padre Lynch.

Aunque el cielo estaba nublado, no había llovido en todo el día. Estaba agotada, ya que llevaba allí desde las siete de la mañana, pero estaba feliz porque estaba haciendo algo que ayudaría a las personas que no tenían nada.

La mayoría de los eventos para la familia en los que había participado eran fiestas o recepciones. Una vez mi relación con Callum se había afianzado, me había sentido a gusto en ellas. Incluso a las que había tenido que acudir sola sin él. Pero, al participar en el proyecto solidario, me había dado cuenta de que me gustaba también preparar eventos en los que no había lujo, ni vestidos glamurosos.

Necesitaba un respiro, por lo que dejé a la mujer que me estaba ayudando a vender los productos de segunda mano de nuestra mesa y me dirigí a la mesa de las limonadas para comprar una. El padre Lynch era el encargado de venderlas en ese momento.

No era un sacerdote al uso, él no se escondía en la sacristía mientras los demás hacían el trabajo sucio. Él se lanzaba a primera línea de fuego, trabajando tan duro como el resto a pesar de su edad.

—Has hecho un gran trabajo. Estamos recaudando mucho más dinero que otras veces —me alagó a la vez que me ofrecía un vaso de agua que me bebí casi de un trago.

—Está siendo un trabajo en equipo. Sin las voluntarias y voluntarios que están dándolo todo, no sería posible.

El padre Lynch sonrió.

—Eres un joven muy modesta.

—¿No es cómo debemos ser los cristianos? —bromeé, porque no estaba siendo modesta, si no sincera. Yo había liderado el proyecto como se esperaba de mí, pero había recibido mucha ayuda.

—Así es —concordó, aunque por la forma en la que arrugó el ceño pude ver que eso no era algo con lo que se encontraba muy habitualmente—. Hay algo que me gustaría preguntarte.

—Dime.

—Necesitamos una catequista para los niños de siete años y he pensado en ti.

—Nunca he sido catequista —reconocí. Había acudido a catequesis para prepararme para la comunión, pero nada más—. Y además, ando un poco liada con las clases de la universidad.

—Sería solo un par de horas los viernes hasta que Lina —nombró a la actual catequista— se recupere de su operación de vejiga. Si no puedes tú, los niños tendrán que quedarse sin su catequesis.

Suspiré, porque no podía negarme. No cuando el padre Lynch se estaba portando tan bien

conmigo. Además, había una parte de mí que se había sentido alagada porque confiaría en mí cuando apenas nos conocíamos.

—Supongo que si solo son unas semanas puedo hacerlo.

El padre Lynch esbozó una gran sonrisa.

—Sabía que podía contar contigo.

Por supuesto que lo sabía. Ese hombre tenía un gran poder de persuasión y era bastante más astuto de lo que quería hacer parecer.

Me despedí del padre y antes de regresar a mi puesto, pasé por el de Winter. Ella se encontraba vendiendo pasteles de zanahoria que ella misma había hecho. Mi amiga era una mujer todoterreno.

—Has vendido casi todos —le dije, mirando la mesa prácticamente vacía.

Sin embargo, por alguna razón que no acababa de entender, Winter no parecía satisfecha.

—Tenía que haber hecho más.

—Has hecho más que suficientes, pero están tan buenos que no hay quien se resista. —Yo misma había comprado un par de porciones que me había comido de un tirón.

—Le tienes loco por ti —dijo Winter, mirando hacia un punto detrás de mí.

Me giré para ver a mi marido intentando convencer a una mujer de que comprase un cuadro horroroso.

—¿Tú crees? —pregunté genuinamente.

Casi a diario le decía a Callum que le amaba y él me hacía el amor todas las noches. A veces, el sexo era dulce, y otras, rápido y fuerte. Disfrutaba de todas ellas. Y Callum también. Pero él no me había dicho que me quería. Y probablemente, jamás me lo diría porque no se permitía amar. Después de todo lo que había sufrido en su infancia, le entendía. Entendía que él no fuese consciente de que lo que sentía hacia mí era amor. Me lo demostraba con acciones, con sus caricias y besos, y eso debería ser suficiente, pero yo también quería las palabras.

Lo quería todo.

—¿Por qué si no aceptaría venir al mercadillo como voluntario? Ninguno de nuestros hombres lo hacen. Y él es el heredero.

Había más hombres entre los voluntarios, pero eran feligreses que no penitencian a la mafia.

—Es cierto que se lo he pedido yo —reconocí, pensativa. Porque quería pensar que lo que Winter decía era cierto. Callum se había portado tan bien conmigo durante las últimas semanas…—. Pero no he tenido que insistir. Tal vez se ha levantado caritativo hoy.

Winter negó con la cabeza.

—Nuestros hombres son muchas cosas, pero caritativos no es una de ellas.

Ella tenía razón. Aunque mi marido era muy caritativo. En la cama miraba más por mi placer que el suyo. Eso debería contar, ¿no?

—Hola —saludó una mujer rubia, acercándose al puesto e interrumpiendo nuestra conversación—. ¿El bizcocho está hecho con productos naturales? —le preguntó a Winter, mirando una de las porciones con interés.

No queriendo seguir distrayendo a Winter, me despedí de ella y regresé a mi puesto.

Eran las seis y aún quedaban clientes, pero algunas de las mesas ya habían sido desmanteladas porque los productos habían sido vendidos. Entre ellas, la mía.

Busqué a mi marido para encontrármelo junto a un niño de unos seis o siete años. Él estaba de cuclillas soplándole la rodilla magullada.

Me acerqué despacio para que no me escuchasen y no interrumpirles.

—Eres un niño muy valiente —dijo, a la vez que le bajaba la pernera del pantalón con

cuidado para no hacerle daño en la rodilla.

—El resto de niño dicen que soy un cobarde —sollozó el niño entre lágrimas. Sentí lástima, los niños podían ser muy crueles.

—Hay que ser muy valiente para enfrentarse a cuatro niños tú solo.

—Sí, pero cuando han venido a por mí, he echado a correr y me he caído.

—Y eso te convierte en un niño muy inteligente. No podías contra ellos y has hecho lo correcto: correr. No es de valientes enfrentarse a una situación en la que no se puede ganar. —El niño movió su cabeza en un asentimiento, aceptando las palabras de Callum—. Los cobardes son ellos que han necesitado juntarse para meterse contigo porque solos no se atreven.

—¿De verdad? —preguntó con su adorable voz infantil.

Callum esbozó una sonrisa cálida.

—Completamente —le aseguró—. Pero ¿te puedo contar un secreto? —El niño asintió con entusiasmo—. Un día, serás más fuerte que ellos y te respetarán. Porque los más inteligentes siempre son los más poderosos. —El niño abrió mucho los ojos, como si no pudiera creer esa afirmación. Aunque yo bien sabía que lo que estaba diciendo Callum era cierto. Lo había visto en mi padre—. Hasta entonces, júntate a niños que quieran ser tus amigos y sé un buen amigo para ellos. Juntos, seréis más fuertes.

—Lo haré —le prometió el niño con confianza renovada.

Callum pasó una mano por el cabello cobrizo del niño y se lo revolvió. Este se rio.

—Ahora, ve a buscar a tu madre para que te cure la rodilla.

El pequeño echó a correr, olvidando cualquier dolor que sintiese.

—No estoy segura de si alabarte por el consejo que le acabas de dar o echarte la bronca —le dije, provocando que Callum girase la cabeza para mirarme.

De un salto, se puso de pie.

—¿No crees que mi consejo ha sido adecuado? —preguntó a la vez que se acercaba a mí y me rodeaba la cintura con la mano para acercarme a él.

—Estoy en duda. Por un lado, parece un consejo inocente, y por otro, tengo la sensación de que le estabas diciendo que en un futuro les diese una paliza a esos niños.

—En realidad, le estaba diciendo que en la unión está la fuerza y que busque un grupo de amigos para patearlos.

—Dios, eres imposible —murmuré, pero con una sonrisa en mis labios—. Aunque me ha gustado verte con el niño. Has sido cariñoso y amable con él.

—¿No es así como soy siempre? —preguntó, acercando su cara a la mía.

—No —respondí, haciéndole reír—. ¿Has acudido al mercadillo solo porque yo te lo he pedido? —le pregunté, ya que desde que Winter me lo ha dicho no podía quitarme la idea de la cabeza.

—Estoy dispuesto a hacer casi cualquier cosa que me pidas. Me estás convirtiendo en un hombre sometido.

—¿Casi? —pregunté, a la vez que le daba un beso en la punta de la nariz—. Y yo que pensaba que harías cualquier cosa por mí, que me darías todo lo que necesite —dije con un falso mohín en mis labios.

Callum esbozó una sonrisa ladeada.

—Y no te equivocas.

Se separó de mí y me agarró la mano para llevarme hacia el interior de la iglesia.

—¿Qué haces?

—Darte lo que necesitas. Y ahora, me necesitas dentro de mí.

—¿En la iglesia? —pregunté, aunque no estaba tan escandalizada como debería—. Es la casa de Dios.

—Una mujer muy inteligente me dijo una vez que Dios está en la naturaleza y prefiere los lugares abiertos. —Estaba utilizando mis propias palabras contra mí—. Así que no corremos ningún riesgo de que en estos momentos se encuentre aquí.

Tiró de mí y yo no ofrecí ninguna resistencia ni cuando abrió la puerta de lo que parecía ser una pequeña habitación donde guardaban los utensilios de limpieza. No había ninguna ventana, por lo que no había ningún riesgo de que nadie nos viera. Callum echó el pestillo y me miró con sus ojos color esmeralda nublados por el deseo.

—Joder, me vuelves loco, no puedo estar ni un instante sin tocarte.

Me agarró por la cintura, levantándome, y en dos pasos, me puso contra una de las paredes. Un segundo después, su boca se apoderó de la mía en un beso profundo y dominante. Con la mano libre, levantó mi falda larga y agradecí no haberme puesto medias cuando sus dedos se colaron entre mi ropa interior y uno de ellos entró en mi interior.

Jadeé, rompiendo el beso. Él se apartó de mí y colocó sus manos en mi trasero mientras que yo rodeé su cintura con mis piernas. La tela de mi falda se quedó arremolinada por encima de mis muslos.

—Tener sexo en una iglesia es algo que nunca me había imaginado.

—¿En qué sitios habías imaginado tener sexo? —preguntó mientras su miembro, cubierto por sus pantalones negros de vestir, rozaba mis pliegues, tapados por la fina tela de mis bragas.

—En realidad, no había imaginado ningún sitio en especial. Siempre había visto el sexo como algo más dentro de una relación.

—¿Y ahora? —indagó, a la vez que se apoderaba del lóbulo de mi oreja.

—Ahora creo que es una de las partes más importantes. Pienso dejárselo claro a mi próximo marido.

Callum se quedó paralizado y sus ojos se nublaron. Me miró a la cara, y al darse cuenta de que bromeaba, esbozó una sonrisa.

—Solo estarás con otro si me muero. —La simple mención de él falleciendo provocó una sensación de tristeza apabullante en mi interior—. Y aún entonces, seguirás siendo mía. Porque cuando otro te penetre, será mi polla en la que pienses.

No puse en duda ni una sola de sus palabras.

Callum me soltó. Deslizó sus manos por mis muslos desnudos hasta llegar al dobladillo de mis bragas y tiró de ellas hasta que la tela estuvo arremolinada en el suelo. Volví a rodear su cintura con mis piernas y él me penetró sin más preámbulos. No le hacían falta, ya que estaba preparada para él. Esta vez, sus embestidas fueron fuertes, como si estuviese reclamándome, como castigándome por mis palabras anteriores. Su miembro entraba una y otra vez en mi interior como un recordatorio constante de que era solo suya.

—Solo yo voy a entrar en ti. Únicamente yo.

—Solo tú —coincidí.

Grité su nombre cuando un orgasmo explotó en mi interior. Él jadeó en mi oído un minuto después cuando llegó a su propio éxtasis.

—Ha sido increíble —reconocí con la respiración entrecortada.

Callum se separó de mí y yo me agaché para recoger mi ropa interior. Él se vistió rápidamente, aunque tan solo se había bajado los pantalones y los calzoncillos.

—Siempre que entro en tu interior es increíble.

—Será mejor que regresemos, se estarán preguntando dónde estamos.

—Es más que probable que ya lo sepan —dijo, guiñándome un ojo, y yo enarqué una ceja —. Has gritado con tanta fuerza que es fácil que te hayan escuchado en la otra punta del planeta.

—Eres un exagerado —le respondí a la vez que empujaba el cerrojo y tiraba del pomo de la puerta para abrirla.

A pesar de mis palabras, sí que tenía la duda de que alguien nos hubiese escuchado. Por suerte, no había nadie en el interior de la iglesia.

—Sal tú, voy al baño a arreglarme un poco. Debo tener unas pintas horribles.

Él me observó de arriba abajo.

—Tienes el aspecto perfecto. Él de una mujer que ha sido follada por su marido —me dijo con una sonrisa divertida—. No tiene nada de malo.

—Tal vez no, pero preferiría que mi vida sexual no sea la comidilla en las reuniones de la iglesia.

Él emitió una carcajada.

—Ve —me dijo, dándome una palmada en el culo—. Te espero fuera. Pero no te arregles demasiado, pienso quitártelo todo en cuanto lleguemos a casa.

Y aquella era una promesa que pensaba hacerle cumplir.

Capítulo 28

Callum

Estaba demasiado ocupado como para perder el tiempo comiendo con Vincent Azikiwe, pero ahora era mi suegro y había insistido en que tenía un asunto que tratar conmigo, así que no me había quedado más remedio que aceptar.

Nos encontrábamos en un restaurante en el centro; uno lujoso, muy diferente al que él solía llevar a su hija. Imaginaba que aquí era donde él llevaba a cabo las reuniones informales de trabajo. Evidentemente, se trataba de negocios. No me había reunido allí con él para que tuviésemos una charla suegro yerno.

Estaba obligado a tolerarlo, pero Vincent ni siquiera me agradaba del todo.

—¿En qué puedo ayudarte, Vincent? —le pregunté en cuanto el camarero dejó nuestros platos de comida en la mesa.

La charla cordial y superficial que habíamos mantenido en los últimos diez minutos ya había sido más que suficiente para mí.

—No sé si te has enterado de que la hija de Ultar Higgins, el ministro de Economía —aclaró, por si no reconocía el nombre, algo que sí hacía—, ha sido secuestrada.

No había escuchado nada. Algo extraño, ya que esa noticia tendría que haber abierto todos los informativos.

—¿Por qué no he oído nada?

Vincent le dio un sorbo a su copa de vino blanco.

—Porque no se ha hecho público. El mismo Ultar se ha puesto en contacto conmigo para contármelo.

Pinché un trozo de carne y me lo metí en la boca mientras le daba vueltas a lo que Vincent me acababa de contar. Evidentemente, había mucho más detrás de esa historia. Una razón poderosa por la que la noticia no se había hecho pública.

—No sabía que Ultar fuese tan amigo tuyo como para ir en contra de las directrices de la policía y contarte lo sucedido con su hija, poniéndola en peligro. —Tan solo estaba tentándole. Dudaba que la policía estuviese al corriente, ya que los policías que tenía bajo nómina me hubiesen informado de lo sucedido.

—La policía no sabe nada —reconoció, evidenciando lo que yo ya suponía—. Ultar y yo nos hemos visto en un par de ocasiones. No somos amigos, pero él se ha enterado de la unión matrimonial de mi hija contigo y me ha pedido que le ayudes.

Enarqué una ceja. Aquello era bastante extraño.

No me sorprendía que un ministro como Ultar, quien era bastante corrupto, conociese a que me dedicaba, pero pedir mi ayuda en vez de la de la policía, aquello sí que era raro. Aunque tenía una teoría.

—Déjame adivinar —dije, haciendo una pausa para masticar otro trozo de la sabrosa carne —. El secuestro de su hija está estrechamente relacionado con alguna metedura de pata en sus negocios ilegales. Y no puede hacerlo público, porque no solo su carrera concluiría, sino que terminaría en la cárcel. Quiere a su hija lo suficiente como para tener los huevos de solicitar mi ayuda, pero no tanto como para dar la cara.

—Se podría decir que sí —reconoció Vincent con tranquilidad, sin molestarse en negar

nada de lo que había dicho. Porque, seguramente, tampoco veía nada de malo en el comportamiento de Ultar—. Está dispuesto a ofrecer tanto dinero como quieras. O cualquier favor que necesites.

—¿Me habéis tomado por un matón a sueldo? —siseé. Mantuve mi voz baja, pero apreté el tenedor con más fuerza de la necesaria.

Vincent estaba comenzando a tocarme los huevos. ¿Sufriría mucho Adele si le cortaba la garganta a su padre? Concluí que sí. Pese a que ella evitaba hablar de su padre, sabía que lo echaba de menos y seguía amándolo. Adele era una mujer con un gran corazón; una que, aunque ponía todo de su parte para odiar, era incapaz de hacerlo.

—No estoy pretendiendo faltarte al respeto, Callum. —Pude ver cómo Vincent se tensaba, pero mantuvo una sonrisa cordial en sus labios—. Hablaría yo mismo con Arlan Wolf si supiese que me iba a escuchar.

—¿Lo que quieres es que hable con Arlan Wolf?

—Que le pidas un favor de mi parte, en realidad.

Emití una risa sin humor.

—Si tu intención es que le pida algo a ese hijo de puta, me temo que estás ocupando tu tiempo y el mío para nada.

Vincent suspiró.

—Su primo Glenn es quien tiene secuestrada a la hija del Ultar.

Aquello sí llamó mi atención. Glenn no era exactamente el primo de Arlan. Ellos no compartían sangre, aunque había sido como un hijo para el hermano de la madre de Arlan. Y como el tío de Arlan no había tenido descendencia sanguínea, Glenn lo había heredado todo. Ese era un tema muy polémico. Más teniendo en cuenta que Glenn provenía de las calles, de los bajos fondos.

Sabía que Arlan y Glenn no tenían una buena relación. Nunca había tratado con Glenn en persona, pero todos en Dublín habíamos oído hablar de él. Sus dominios estaban en el inframundo, lejos del territorio de mi familia. Rara vez salía de allí, por lo que no era un problema para mi familia.

—Hasta dónde sé, los negocios de Glenn son muy fructíferos. No creo que sea dinero lo que necesite. Si quiere darle una lección a Ultar por algún negocio entre ellos que ha salido mal, lo mejor que puede hacer es asumir su culpa y pedir misericordia. Es la única manera de que suelte a su hija.

—No es tan fácil —reconoció—. No conozco los detalles, ya que no los ha compartido conmigo. Pero Ultar me ha dicho que no se trata de negocios, que es algo personal. Quiere castigar a su hija por algo de lo que ella no tiene culpa.

—Si es una vendetta personal, no es algo en lo que yo pueda meterme. Además, dudo que Arlan tenga algún poder hacia Glenn. Y si lo tiene, dudo que lo utilice por algo que no le afecta.

No me hacía gracia que un hombre secuestrase a una mujer, pero no era como si pudiese meterme en medio sin poner en peligro a mi familia. O lo que era peor, sin entrar en una guerra donde las mujeres de mi familia y los niños terminarían heridos.

—¿Ni aunque una mujer sufra por algo que no ha cometido?

Casi quise reírme ante la pregunta de Vincent. ¡Cómo si a él le preocupase esa pobre chica!

A pesar de que no me lo había dicho, era más que evidente que Vincent sería recompensado por hacer de intermediario. Estaba convencido de que Ultar le había prometido algo suculento; probablemente, a nivel político.

Esta era una de la larga lista de razones por las que Vincent Azikiwe estaba tan interesado

en que nos convirtiésemos en familia.

—¿Qué ganas tú con esto?

Vincent se encogió de hombros.

—Yo también soy padre. Esa chica es solo unos años mayor que Adele. Se me rompe el alma pensando los tormentos que puede estar pasando.

Cerré los ojos, intentando controlar la furia por su intento de burda manipulación.

—Si no te conociese mejor, pensaría que tu hija te importa más que una mierda —dije, intentando sonar contenido, pero sin lograrlo.

Adele se había convertido en una de las personas más importantes en mi vida. Sin darme cuenta, ella había logrado ganar mi confianza, algo que no era nada fácil de conseguir. Hasta tal punto en que le había contado un secreto que prometí llevarme a la tumba, uno que ni siquiera conocía Tristan. Un secreto con el que le daba el poder de destruirme. Pero ella nunca se lo contaría a nadie, porque Adele era la persona más leal que había conocido nunca. Ella no se regía por las normas de nuestro mundo, ella era genuina.

La había mostrado una pizca del monstruo que habitaba en mi interior y ella no había salido despavorida. Al contrario, ella se había acercado más a mí.

—Por supuesto que mi hija es importante para mí —replicó, fingiendo indignación. Una indignación que, si no lo conociera mejor, hasta me creería.

—Si lo fuese, hubieses venido a visitarla. —No era un reproche que me tocase hacer a mí, pero no pude evitarlo. Había pasado más de un mes desde que Adele vivía conmigo y su padre no había sido capaz de pasarse por nuestra casa ni una sola vez.

«Si lo fuese, no la hubieses obligado a casarse conmigo». Eso último no le dije en alto, porque aunque no se lo reconocería ni bajo tortura, siempre le estaría agradecido por poner a Adele en mi camino.

—Conozco a mi hija —dijo, y aunque estaba intentando contenerse, pude ver que mis palabras lo habían molestado. Sin embargo, Vincent no se enfrentaría a mí. No lo haría porque sabía que no le convenía—. Necesita tiempo para darse cuenta de que hice lo mejor para ella.

Iba a contestarle, pero me lo pensé mejor. No quería montar una escena en el restaurante. No cuando para mi familia las formas eran importantes.

—Le diré a Arlan que hable contigo —cedí, cambiando de tema—. Eso es lo máximo que puedo hacer por ti. —Era mucho más de lo que se merecía.

Vincent me miró, poco seguro de que fuese una solución satisfactoria. Evidentemente, no lo era. Arlan se reuniría con él porque me lo debía, pero cuando Vincent le contase el problema, iba a mandarlo a tomar por culo. A él, y a Ultar.

—Te agradezco la invitación, la comida ha estado exquisita. —Dejé el tenedor sobre mi plato vacío. En la última parte, no estaba mintiendo—. Pero voy a pasar del postre, ya que tengo prisa. Si me disculpas, tengo que irme. —Me levanté de la silla y, aunque pude ver cómo Vincent fruncía el ceño, terminó asintiendo con la cabeza—. Ha sido un placer, Vincent.

—El placer ha sido mío, Callum —respondió con una sonrisa cordial. Esa que parecía estar siempre dibujada en sus labios—. Nos vemos pronto.

Esperaba que no, pero por desgracia, sabía que así sería. Me gustara o no, ahora Vincent y yo éramos familia y él se aprovecharía de ello todo lo que pudiese.

Tras despedirme de él, salí del restaurante. No había llegado al aparcamiento donde había dejado el coche cuando recibí una llamada que llevaba días esperando.

—Ya era hora que llamases, Nolan —dije a modo de saludo en cuanto descolgué la llamada —. Pero hubiese preferido que Tristan no hubiese tenido que ir a visitarte al taller para tener

noticias tuyas —le recriminé.

No había vuelto a tener quejas de Mikhail respecto a ellos y me constaba que Nolan estaba tomando cartas en el asunto. Pero, así y todo, esperaba que se comunicase conmigo.

—Ha surgido un inconveniente y estaba esperando a solucionarlo antes de llamarte. —Él hizo una pausa y yo esperé a que continuase—. Advertí a Miles de que se estuviese quieto. Hasta maté a un par de sus hombres como advertencia. Me aseguró que así sería, pero resulta que ha seguido confabulando a mis espaldas.

Suspiré pesadamente. Me tenía que encargar de todo si quería que las cosas funcionasen. Joder, estaba repleto de putos incompetentes. Nunca me había importado bajar al barro y mancharme la ropa. Al contrario, me gustaba. Era la manera en la que lograba mantener a raya la adrenalina que dominaba mi cuerpo. Pero ahora había encontrado una manera que me gustaba más: enterrarme en el interior de mi mujer. Y no podía hacerlo todo lo que quería si me tenía que encargar de toda la mierda.

—Yo me encargo de él —dije a la vez que sacaba el mando del coche y desbloqueaba las puertas.

—No es tan fácil. —Nolan resopló—. Él ha reunido a un mayor grupo de hombres de mi familia. Les has convencido de que yo no soy nada más que tu puta. —Ojalá fuese tan fácil—. Ha desaparecido junto a los hombres. No sé dónde se esconden, pero sé que está preparando algo grande.

Golpeé con mi mano la carrocería del coche. Joder, eso es justo lo que me faltaba.

—Encuéntralo y cárgatelo —espeté—. Mátalos a todos o te juro que lo haré yo. Pero no me detendré cuando mate a los rebeldes de tu familia. Terminaré hasta con el último de los Boyle, incluido tú.

Nolan se quedó en silencio. Sabía que se estaba conteniendo para no amenazarme de vuelta, pero él era inteligente, no lo haría. Sabía que yo no iba de farol.

—Algunos de los hombres que están a su lado han sido chantajeados por él. No son malos hombres… —comenzó, y a mí me estaba dando dolor de cabeza.

—Si quieres limpiar tu casa, tienes que matar a todos los traidores y a los cobardes. Corta la maleza de raíz o volverá a salir. Es preferible tener cuatro hombres leales que quinientos esperando un fallo para traicionarte.

—Si hago eso, comienzo una guerra y morirán hombres leales a mí. Hombres con mujer e hijos.

—Ese es el precio a pagar, todos vamos a morir. No hay mayor honor que hacerlo por nuestra familia.

Ese era el mejor consejo que podía darle. Si no tenía los huevos suficientes para llevarlo a cabo ni el valor para jugarse la vida, no se merecía ser el líder de su familia.

—Te llamaré cuando esté todo solucionado.

—Asegúrate que sea más pronto que tarde —le dije antes de colgar la llamada.

Monté en el coche y llamé a Tristan para contarle lo que acababa de hablar con Boyle y que se mantuviese atento. Después, conduje con intención de ir a mi despacho en uno de los edificios de oficinas que teníamos en el centro, pero, en cambio, me encontré a mí mismo conduciendo hasta la iglesia de St Thomas. Era martes y Adele se encontraba allí.

Quería verla y pasar tiempo con ella. Deseaba hacerla feliz. Daría cualquier cosa por ver una sonrisa en sus labios.

Estaba obsesionado con mi mujer.

Le había dicho que jamás podría quererla, que no había sido hecho para amar a nadie. Y

seguía pensándolo, pero lo que sí tenía claro, era que necesitaba a Adele en mi vida.

Capítulo 29

Adele

—Adele, ¿si Dios está en la naturaleza puede tener la forma de un pájaro? —me preguntó Kristal, una preciosa niña rubia con ojos verdes.

Era mi segundo viernes como catequista y había congeniado muy bien con los niños. Sobre todo, porque, en vez de tenerlos en el interior de una habitación, los sacaba al aire libre, algo que les encantaba. Habíamos dejado los libros, cuadernos y pizarra en la habitación de la iglesia que hacía de aula. No los necesitábamos. No hacía falta más que fe para llegar a Dios y aprender sus enseñanzas.

Estábamos sentados en un corro en medio del césped en un parque cercano a la iglesia. Los seis niños me miraban con curiosidad, esperando a que respondiese a la pregunta.

—Dios no necesita disfrazarse para llegar a nosotros —le dije con una sonrisa, divertida por su sugerencia—. Él nos observa desde el cielo. Pero lo que no descarto es que ese gorrión —señalé al pájaro que estaba en una de las ramas del árbol bajo el que nos encontrábamos—, sea uno de sus emisarios.

Los niños miraron maravillados al gorrión que, nervioso por tanta atención, salió volando hacia la rama de otro árbol.

—¿Crees que le contara que estábamos hablando de él? —preguntó Sean a la vez que jugaba con una brizna de hierba entre sus dedos.

—Estoy segura de ello. Por eso podéis hablar con él en cualquier momento y lugar. Si no os puede escuchar, él mismo mandará a uno de sus emisarios.

—Yo hablo mucho con él, pero nunca me responde —dijo Bonnie haciendo un mohín y arrugando su nariz de botón.

—Sí que lo hace, solo que no con las palabras. Solo tienes que fijarte en las señales y escuchar en tu interior. De esa manera, encontrarás las respuestas. —Los niños asentían, pero no estaba muy segura de que me entendiesen—. Yo, por ejemplo, le recé para que me ayudase a encontrar algo que me hiciera feliz. Y, poco después, el padre Lynch me ofreció ser vuestra catequista.

Los niños asintieron, y esta vez, de verdad.

La alarma de mi móvil sonó, recordándome que ya era la hora. Vi a los padres y madres acercándose al parque. Les había preguntado si les parecía bien que les diera catequesis al aire libre y habían estado de acuerdo. Aunque era algo que no podría hacer mucho más, ya que el tiempo no me iba a acompañar.

—Por hoy hemos terminado. El martes que viene nos volvemos a ver —les dije a los niños, levantándome. Todos aplaudieron e imitaron mis acciones. Algunos corrieron hacia sus padres, pero otros me dieron un abrazo de despedida. Eran adorables.

Miré hacia el lugar en el que Declan se había quedado esperándome y no le vi. Me sorprendió que el coche que había dejado aparcado en la cera tampoco estaba allí. No me había dado cuenta de que se había marchado. ¿Me había dejado sola?

—Le he dicho que se marche, que yo me encargo de tu seguridad —dijo una voz conocida para mí.

Callum se encontraba apoyado contra un árbol, observándome con diversión. Estaba muy

guapo con su abrigo gris y sus pantalones de traje negros.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a la vez que corría hacia él para rodearle el cuello con mis brazos y darle un beso.

Él frotó su nariz con la mía.

—Tenía ganas de verte y no podía esperar a la noche.

Me sonrojé al recordar lo que hacíamos todas las noches.

—Hay niños cerca, contente —me quejé.

—Eres tú la que ha pegado su cuerpo al mió, despertando a —hizo una pausa, miró alrededor asegurándose de que nadie podía escucharnos, y me susurró al oído: —mi polla.

Su voz vibrando en mi oído provocó que mi cuerpo se calentase. No sabía que tenía ese hombre que me volvía loca.

—Eres imposible —le dije al ver la sonrisa que se dibujó en su rostro. Le di un pequeño golpe en su hombro, alejándome de él.

Me lo permitió, pero estiró su brazo para agarrar mi mano y entrelazar sus dedos con los míos.

—Acostarme contigo está en lo más alto de mi lista, pero me he dado cuenta de que no hemos tenido una cita.

—¿Una cita? —repetí, confundida—. No sabía que fueses un hombre de citas.

—Y no lo soy —reconoció—, pero nunca es tarde para probar algo nuevo.

Sonreí, porque aquello me gustaba. Pero no por tener una cita con mi marido, sino porque era algo que él iba a hacer por mí.

Esperaba que me llevase al cine o a merendar a alguna cafetería. Incluso, una visita a algún museo, pero Callum me llevó al parque de atracciones.

—¿Cómo sabías que me encantan las atracciones? —pregunté.

No se lo había contado, porque no había tenido la oportunidad de hacerlo. Hacía años que no iba al parque de atracciones y aquella había sido una sorpresa maravillosa.

—Hay muchas cosas de ti que sé, y las que no sé, pienso averiguarlas.

—No pienso ponértelo fácil —le aseguré mientras esperábamos para subir a una montaña rusa.

—Lo fácil no es atrayente —dijo como respuesta.

Pasamos toda la tarde de una atracción a otra. También compartimos algodón de azúcar. Ver a Callum de aquella manera tan relajada me gustó. Aunque todo cambió cuando su teléfono vibró. Él miró la pantalla y suspiró.

—Es mi tío, tengo que cogerlo.

—¿Te importa si voy al baño? —le pregunté, señalando los baños frente a nosotros.

Callum asintió mientras contestaba a su tío. Entré en el baño donde, al ser un día entre semana, al igual que pasaba con el parque, no había demasiada gente.

Cuando salí del baño vi a Callum con su espalda apoyada en la pared y aún al teléfono. De repente tuve la sensación de que alguien me estaba vigilando. Una sensación que se había vuelto recurrente las últimas semanas.

Vadim no se había puesto en contacto conmigo y dudaba que lo hiciera estando con Callum. Pero, así y todo, le busqué a mi alrededor. Aun así, lo único que vi fueron parejas disfrutando de una bonita tarde, y algún grupo de amigos.

—¿Todo bien? —me preguntó Callum, acercándose a mí.

—Eso debería preguntártelo yo a ti. ¿Qué quería tu tío?

—Negocios, pero nada importante. Aunque está empezando a oscurecer, deberíamos irnos.

—¿Tu tío te necesita?

—Quería que me encargase de algo —reconoció—, pero cuando le he dicho dónde estábamos, me ha dicho que se encarga él.

—Pero tú quieres ir.

Callum suspiró.

—No soy muy bueno delegando.

—Pero yo soy muy buena convenciéndote para que lo hagas —dije, pasando mi lengua por mi labio inferior.

—¿Ah, sí? —preguntó, rodeando mi cintura y pegándome a él.

Su boca se apoderó de la mía. Ese hombre no besaba, sino que devoraba. No se contuvo a pesar de que nos encontrábamos en público. Se sumergió en mis labios por completo.

Instantáneamente, el deseo se apoderó de mi vientre y de hasta el último poro de mi piel, arrasando cualquier vergüenza que me diese besarme en público. Aunque la verdad era que no me la daba. Nunca lo había hecho, ya que las veces que había besado a un chico rodeada de gente era en discotecas donde era algo bien visto, no en medio de un parque de atracciones donde estábamos llamando la atención. Y no con un beso tan apasionado como ese. Un beso lleno de deseo y promesas de sexo ardiente.

Poco me importaban las personas que estaban a nuestro alrededor. Por mí podían sostener carteles y puntuar nuestra destreza. Pero Callum, que tenía más sentido común que yo, rompió el beso antes de que se nos fuese de las manos.

—Tienes razón, eres buena convenciéndome. Pero debemos regresar a casa o buscar un lugar más privado.

—Estoy de acuerdo, pero antes me gustaría montar en el carrusel. Es más romántico cuando oscurece.

Callum frunció el ceño.

—¿No es para niños?

—Hay uno grande donde pueden montar los adultos. Vamos. —Tiré de su mano para que me acompañase.

Callum no parecía muy convencido, pero me siguió. Se montó en uno de los caballos al lado mío. Agarré las crines del mio cuando la atracción comenzó a dar vueltas. Por el rabillo del ojo vi cómo Callum miraba hacia el frente mientras su caballo se movía de arriba abajo, simulando un galope.

Aunque iba a caballo —un caballo de madera, pero un caballo a fin de cuentas—, él no era el príncipe con el que había soñado. Porque los príncipes azules solo existían en los cuentos. En la realidad, los hombres no te daban un beso que te despertaba de un largo sueño. Ni te salvaban de dragones con su espada.

La realidad era diferente, mucho más hermosa. Porque, tal vez Callum no era el príncipe que soñaba, pero sí era el hombre perfecto para mí.

—He dado vueltas en un caballo de madera como si tuviese cinco años, creo que me merezco un premio —me dijo Callum cuando nos encontrábamos en la privacidad de nuestra habitación.

Habíamos cenado en un restaurante mexicano al que Callum solía ir. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien. En realidad, no recordaba haber disfrutado nunca tanto.

—¿Un premio como cuál? —pregunté a la vez que me desvestía de manera seductora, o por lo menos, lo intentaba, quedándome solo en ropa interior.

—Una mamada sería aceptable —dijo de sopetón, provocando que me atragantase con mi propia saliva.

—Mierda —masculló Callum a la vez que me ofrecía el vaso de agua que se encontraba en mi mesita—. ¿Demasiado brusco? —preguntó cuando deje de toser.

—No me lo esperaba —reconocí—. Pero tienes razón, te lo has ganado.

Él me había dado sexo oral, pero yo no había sido lo suficientemente valiente para hacerlo. Él me había dado alguna que otra sutil señal de que lo deseaba, pero, por lo visto, se había cansado de sutilezas.

—No es necesario que lo hagas si no quieres —dijo, aunque la esperanza se dibujó en sus ojos.

—Quiero, pero nunca lo he hecho. No sé si será satisfactorio para ti.

Callum me levantó en brazo y se sentó en la cama conmigo en su regazo.

—Nada que me hagas podría no serlo. Aunque me muero de ganas, no quiero que hagas nada para lo que no estés preparada.

Como respuesta, me bajé de su regazo. Le desabroché los pantalones y él me ayudó a quitárselo junto a los calzoncillos.

Me puse de rodillas en la alfombra y él se colocó en el borde de la cama con sus piernas a cada lado de mi cuerpo.

Observé su longitud erecta delante de mí. No era la primera vez que la veía, pero no tan de cerca. A esa distancia, parecía más intimidante. Primero, acaricié el tronco con la mano, despacio, evaluando la mejor manera de darle placer. Pero aquella inspección no duró mucho, yo era una mujer de impulsos y era más fácil cuando me dejaba llevar por ellos.

En cuanto mis labios tocaron la piel de su pene, Callum soltó un gemido de placer, que me hizo sentirme poderosa. Yo tenía el poder allí. Él había controlado nuestros encuentros sexuales, ya que era el experimentado, pero, en ese momento, esa responsabilidad era mía. Él lo único que podía hacer era dejarse llevar.

Aquello provocó que me volviese más atrevida. Recorrí la parte inferior de su miembro con la lengua, mientras con el dedo le acariciaba la punta. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero por los sonidos que salían de su boca y sus ojos cerrados mientras intentaba controlar la respiración, no debía estar haciéndolo mal.

Moví la lengua realizando una serie de movimientos circulares provocando que Callum temblase. Por un segundo dudé si había hecho algo mal, pero él disipó mis dudas con un fuerte gemido.

—Eres una diosa, preciosa.

Aquello fue mi señal para dar un paso más. Abrí la boca y me metí su pene en la boca, cerrando los labios en torno a el. Moví la cabeza de arriba abajo, deslizando mis labios con suavidad.

—Vas a matarme, Adele —dijo entrecortadamente—. Tómame más profundo, por favor —suplicó.

Era la primera vez que escuchaba a Callum suplicar. Estaba de suerte. Estaba decidida a seguir sus deseos.

Él enredó sus manos en mi pelo como una súplica silenciosa de que aumentase la velocidad.

—Sigue así, preciosa —me animó.

Lo hice y él se estremeció. Sus jadeos y gemidos me animaron a hacer un esfuerzo por tomarle aún más profundo. Por un segundo fue una sensación incómoda, pero él se dio cuenta y se apartó un poco, lo suficiente para que la sensación desapareciese.

—Lo siento, preciosa. Intento ser suave, pero me cuesta. Es increíble cómo me estás haciendo sentir.

En vez de responder, aceleré mis movimientos hasta que sentí que llegaba al clímax. Con la respiración entrecortada y una sonrisa satisfecha en su rostro, Callum se dejó caer en la cama. Estiró su mano derecha para hacer un gesto con ella.

—Ven aquí —me pidió.

Me subí a la cama y nos tumbamos juntos dentro del edredón. Apoyé mi cabeza en su pecho y él me acarició el brazo.

—Gracias, Adele, ha sido increíble. Había pensado en algo recíproco, pero estoy agotado.

—¿Y quién dice que no he disfrutado?

Callum se rio.

—No seré yo quien te prive de ese placer. Estoy dispuesto a que lo repitas cada vez que quieras.

Entorné los ojos y le di un beso en el hombro. Un bostezo me pilló por sorpresa. Yo también estaba agotada.

—Gracias por llevarme al parque de atracciones. Ha sido la mejor cita que he tenido en mi vida.

—No me hace gracia pensar en ti teniendo citas con otros hombres.

—Ninguno de esos hombres eran importantes para mí. Porque ninguno de ellos era tú.

Callum me acarició el pelo.

—Eres la única mujer que me ha importado alguna vez. La única que me importa que sea feliz. Quiero hacerte feliz.

Aquello no era la declaración de amor que ansiaba, pero de momento me valía.

Cerré los ojos. El último pensamiento que tuve antes de que Morfeo llegase a mí fue que nada podía enturbiar la felicidad que sentía.

Si algo me quedó claro poco después, fue que como pitonisa no podía ganarme la vida.

Capítulo 30

Adele

—¿A tu marido no le importa que des las clases de catequesis en su casa? —me preguntó Winter, entrando en mi casa cuando una madre recogía al último niño. Había decidido preparar las clases en la zona cubierta con cristaleras del jardín de la mansión. Fuera hacía frío, y además, llovía con frecuencia. Había colocado unos *pufs* en el suelo, algo que a los niños les había encantado.

—Se lo comenté el otro día y estaba de acuerdo. Aunque no estoy segura de si se enteró. Llega tarde a casa todos los días y marcha muy temprano —y el tiempo que estábamos juntos no hablábamos mucho. Pese a que quedó implícito, no lo dije en alto. Winter se había convertido en una amiga, pero aún no la consideraba una confidente. Necesitaba más tiempo para eso.

Nos dirigimos al salón. Winter se sentó en el sofá de cuero de dos plazas y yo en una butaca a su lado.

—He venido para invitarte a cenar esta noche, en un restaurante de tres estrellas Michelin al que había reservado hace meses para ir con Tristan, pero a última hora me ha puesto una excusa.

Suspiré.

—Trabajan demasiado.

—Eso es cierto —concordó Winter—. Aunque estoy bastante segura de que hoy ha quedado con su amante —añadió, pillándome desprevenida. Cuando había visto a Tristan en el baño en mi boda con una mujer había pensado que había algo entre ellos, pero cuando descubrí que era su hermanastra lo deseché—. Bueno, con una de ellas —se corrigió, cruzando sus piernas—. Mi marido no es un hombre que esté más de dos veces con la misma mujer. Se aburre enseguida.

Winter no parecía en absoluto preocupada por ello. Hablaba con tanta indiferencia que me sorprendió. Puede que el de ellos, tal y como la gran mayor parte de los matrimonios de la mafia, fuese de conveniencia, ¿pero de verdad no le importaba que su marido estuviese con otras mujeres?

—¿Y no te molesta?

—Al principio, sí. Ya sabes, era una idealista que creía en el amor —ella hizo una mueca, como si hubiese sido una estupidez creer eso—, pero ahora he entendido que Tristan es un hombre de la mafia; como lo es mi padre. Y los hombres de la mafia no le son fieles a sus mujeres. Es lo que hay.

—No todos los hombres son así —rebatí con rapidez, sintiéndolo como algo personal cuando estaba segura de que no lo era. Winter no estaba hablando de mi relación con Callum, pero no pude evitar pensar en ello—. Callum nunca me sería infiel. —En un primer momento, Winter no pronunció ni una sola palabra, pero ella me miró con compasión, como si sintiese pena por mí por ser tan crédula—. Él mismo me lo ha dicho.

Y yo le creía. Le había creído cuando para él yo solo era una carga que le había caído. Y por supuesto le creía ahora que me había demostrado lo importante que era para él.

—Y Tristan me sigue asegurando que no hay otra a pesar de que lo he visto con mis propios ojos —replicó Winter, mordiendo su labio inferior—. Mira, Adele —hizo una pausa y su expresión se suavizó—, eres mi amiga y no quiero que sufras. La verdad es dolorosa, a mí casi me destroza. —Se llevó una mano al corazón—. Pero es mejor que lo asumas cuanto antes,

porque es como va a ser tu matrimonio; como es el de todas.

No, puede que así fueran la gran parte de matrimonios de la mafia, pero no el mío.

—Callum no me es infiel.

—¿Y por qué pasa esta noche fuera de casa? —cuestionó Winter.

—Por trabajo —respondí, convencida.

Aunque, ¿cómo sabía ella eso? Yo no se lo había dicho. Pero preferí no preguntárselo porque no quería escuchar la respuesta.

—Es el jefe, Adele. Tiene cientos de hombres a los que puede ordenar realizar los trabajos nocturnos. ¿Por qué los realizaría él cuando puede volver con su esposa a casa?

—No le gusta delegar —dije, usando las palabras que Callum me había dicho.

Winter suspiró.

—Ojalá tuvieses razón, pero no la tienes, Adele. Y si fueses otra, esperaría a que tú misma lo vieses como me pasó a mí. Pero tú eres diferente al resto de las mujeres de la familia. No eres una víbora como ellas. Eres buena y generosa. Y, sobre todo, te he cogido mucho cariño. No puedo permitir que tu marido te manipule. Esta noche puedo llevarte al lugar donde tu marido se va a reunir con una de sus amantes. —Hizo una pausa al ver que yo no decía nada—. Es tu decisión si quieres seguir ciega. Si esta noche prefieres quedarte en casa a esperar que tu marido llegue por la mañana y creerte sus excusas, lo respetaré y no volveré a sacarte el tema. Pero si quieres saber con quién estás casada, si quieres que tu matrimonio no sea una mentira, ven conmigo.

Durante unos instantes, reflexioné en las palabras de Winter. ¿Quería ir con Winter para descubrir que mi marido me era infiel, o prefería quedarme en casa y creer que estaba mi viviendo el comienzo de una bonita historia de amor?

Yo no quería vivir en una mentira. No cuando ya la había vivido toda mi vida. No quería volver a engañarme a mí misma, pero sentía que estaba fallándole a Callum si iba a espiarle. Porque, aunque Winter parecía muy segura de lo que decía, yo seguía confiando en Callum.

—No sé de dónde has sacado la información de que hoy mi marido se va a acostar con otra, o quién te la ha dado, pero te han mentido, Winter.

No podía enfadarme con ella por sus insinuaciones, no cuando, desde un primer momento, Winter había sido la única que me había recibido en la familia O’Donell con los brazos abiertos. Si ella estaba haciendo aquello era porque creía que me estaba haciendo un favor.

—No puedo revelar mi fuente porque si tu marido se entera lo matará, pero te aseguro que es fiable.

—No, lo es —insistí.

—Está bien. Si estás tan segura, ¿qué tienes que perder yendo?

—La confianza de mi marido si descubre que desconfió de él.

—Él no te verá y yo jamás se lo diré. Además, si mi fuente está equivocada, él no se encontrará allí. Lo único que harás será perder una hora de tu vida, y a cambio, reafirmar tu matrimonio.

Durante unos segundos, pensé en lo que Winter me proponía. Aunque su insistencia me irritaba un poco, sabía que ella tan solo estaba tratando de hacer lo que creía que era mejor para mí. En el fondo, había una parte de mí que necesitaba comprobarlo, demostrarle a Winter que mi marido me era fiel.

—Lo haré —acepté finalmente—, pero solo para demostrarte que te han engañado.

—Créeme, Adele, espero que sea así. Ojalá tú tengas razón. Ojalá Callum te ame como tú le amas.

Amor.

Eso que tanto deseaba que él sintiese por mí. Eso que quería creer que Callum sentía sin saberlo, pero a veces, la sombra de la duda me asolaba, haciendo que mi matrimonio se tambalease.

En vez de ir a cenar al restaurante de estrellas Michelin lo hicimos en un pequeño local de comida rápida en un barrio decadente en el que nunca había estado. No tenía nada en contra de ese tipo locales. De hecho, había ido en varias ocasiones con Erin, ya que a ella le encantaba. Pero este era especialmente desagradable.

El olor a fritanga inundaba el local al que le hacía falta una remodelación urgente. El suelo estaba sucio de grasa que nadie se había molestado en limpiar, probablemente, en años. Y del baño, al que no me había atrevido a entrar, salía un olor nauseabundo que provocó que tuviese que taparme la nariz cada vez que alguien abría la puerta.

—¿No vamos a sentarnos en una mesa? —le pregunté a Winter, quien desentonaba allí aún más que yo.

—No —respondió, sin disimular la perpetua mueca de asco que tenía en su rostro desde que habíamos entrado en el local—, vamos a pedir comida para llevar que pienso dar a los gatos del callejón por el que nos vamos a escapar para que Ryan no nos vea —me explicó, nombrando a su guardaespaldas de mediana edad, quien se había negado a entrar dentro.

Winter había encontrado la manera de que Declan se tomase la noche libre. No necesitábamos dos guardaespaldas, ya que los dos eran de la misma familia. Por lo visto, Callum había accedido, dándole un descanso merecido a mi guardaespaldas.

Yo no había hablado con Callum, porque sabía que si lo hacía, le interrogaría sobre su supuesta infidelidad y aquello no terminaría bien. Una relación de amor no se podía basar en la desconfianza, y así todo, allí estaba, dispuesta a seguir adelante.

Una vez nos dieron una bolsa con la comida, ella miró hacia la cristalera donde Ryan nos esperaba fumando un cigarrillo y le hizo un gesto con la mano, señalándole una mesa al fondo, desde la que él no podía vernos y la única que estaba vacía.

La razón por la que estaba vacía era porque Winter había pagado cien euros a las dos chicas que la habían estado ocupando para que nos la cediesen.

Debía reconocer que Winter tenía muchos recursos.

Salimos al callejón por una puerta trasera, y tal como había dicho, Winter volcó la comida, tirándola al suelo.

—¿No deberíamos quitar el envoltorio de las hamburguesas para que sea más fácil para los gatos comerlas? —le pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Estoy segura de que se las arreglarán y prefiero no mancharme las mano de grasa. —Cuando vi un gato mirando hacia nosotras, me agaché y desenvolví las hamburguesas. Di la vuelta a la caja de patatas que había caído del revés y la abrí para que los gatos pudiesen comer. No estaba muy segura de si era algo que los gatos comían, pero cuando cuatro aparecieron y comenzaron a comer, salí de dudas.

—Vámonos, no quiero oler a aceite y gato —me dijo Winter, arrugando la nariz.

Saqué una toallita húmeda de mi bolso y me limpié las manos. Siempre me gustaba llevar un paquete porque nunca sabía cuándo podías mancharme. La tiré en un cubo de basura colocado en una de las paredes de piedra.

—¿Adónde vamos?

—A un club de *striptease* de aquí al lado. Tu marido tiene unos gustos peculiares. —El tono en el que dijo aquello no me gustó nada, pero lo pasé por alto, ya que estaba preocupada en no tropezarme con algo por culpa de la escasa iluminación—. Sígueme en completo silencio. Si nos descubren, se acabó —me advirtió cuando nos detuvimos frente a una puerta de madera. No era la entrada principal, ya que estaba escondida en el callejón.

Winter sacó una llave de su bolso y abrió la cerradura. Entramos y frente a nosotras había un pasillo con la única iluminación de una bombilla parpadeante que estaba en las últimas.

—¿Adónde me llevas? —le pregunté, pero Winter no me respondió, tan ocupada como estaba girando por el pasillo.

No era la primera vez que ella estaba allí, eso era más que evidente. ¿Tal vez era la manera en la que había descubierto las infidelidades de Tristan?

Entramos en una habitación, que aunque la puerta tenía cerradura y un teclado de acceso con clave colocado en la pared, estaba entreabierta. No lo suficiente para que se notase, pero sí para que pudieses entrar si sabías lo que hacías.

Era evidente que Winter contaba con ayuda.

La estancia era un despacho. Había una mesa de escritorio con un ordenador encima y estanterías con lo que parecían cuadernos de contabilidad. Algo que me extrañó, ya que la mayor parte de las personas realizaban todas esas tareas con un programa de ordenador. Pero lo que llamó mi atención fue la cristalera colocada en una de las paredes. Desde ella podía verse el escenario, donde una mujer realizaba un baile vestida con ropa de enfermera. Vestida era una manera de hablar. Me acerqué un poco más para ver si se podía ver todo lo que sucedía en esa zona.

Había hombres sentados en butacas observando el escenario. Mujeres con poca ropa sirviendo copas e incluso vi a una susurrar algo a un hombre que le dio una palmada en su trasero solo tapado con una tanga de hilo. Ella se rio y le ofreció la mano. Él la cogió y se marcharon.

—No pueden vernos —me tranquilizó Winter, aunque yo ni siquiera había pensado en ello —. Se va con él a una de las habitaciones que hay en la planta de arriba.

—¿Son prostitutas?

—Algunas de ellas. La mayor parte solo bailan, y otras, están buscando un amante que les saque de la pobreza.

—¿Qué hago aquí, Winter?

—No seas impaciente. Has prometido darme la oportunidad de demostrar que te digo la verdad.

Entrecerré los ojos, pero asentí. Ya que estaba allí, no perdía nada.

No tuve que esperar mucho. Callum apareció de repente por una de las puertas. Iba vestido con ropa informal. Una camiseta negra y unos vaqueros oscuros.

Estaba para comérselo. Pero él siempre lo estaba. Contuve las ganas de salir de la habitación e ir en su busca, e hice bien, porque a su lado se colocó una chica que paseaba por el local. Supuse que era una de las trabajadoras del local.

Era preciosa. Alta, con una larga cabellera negra recogida en una coleta alta y unos bonitos ojos azules. Ella parpadeó con sus largas pestañas y Callum le sonrió cuando ella le susurró algo al oído. La complicidad entre ellos era evidente. Los celos comenzaron a dominarme y una sensación desagradable se instaló en mi garganta. Aunque no fue nada como cuando vi cómo la mujer se lanzaba y le daba un beso.

Sin esperar a ver nada más, salí a todas velocidad de la estancia. Eché a correr por el pasillo

y no me detuve hasta no llegar al callejón. Las lágrimas se derramaban como una cascada por mis mejillas. Porque, aunque sabía que Callum no se merecía ni una sola de ellas, estaba completamente destrozada.

Me lo había creído. Me había creído sus palabras. Había creído que estaba enamorado de mí.

—No te haces la menor idea de cómo siento tener razón —dijo Winter detrás de mí.

Yo no lo sentía.

Recordé la frase que aparecía en la biblia, un pasaje que mi madre me había leído siendo niña. «La verdad os hará libres».

Y era cierto, porque acababa de deshacerme de cualquier estúpida fantasía sobre el amor. Y, esta vez, sería para siempre.

Capítulo 31

Adele

—¿Adele, no prefieres que Ryan te lleve a casa? —me preguntó Winter mientras esperábamos el taxi que había pedido.

—Prefiero ir por mi cuenta, pero te agradezco todo lo que has hecho por mí.

Winter suspiró.

—Está bien, pero llámame cuando llegues.

—Lo haré —le prometí, forzándome a esbozar una sonrisa, aunque terminó siendo una mueca tensa—. No te preocupes, le diré a Declan que no me encontraba bien y no quería fastidiarte la noche, así que decidí coger un *uber* cuando Ryan no miraba. Supongo que, entre colegas, se taparán. —O eso esperaba, porque no quería causarle problemas ni a Ryan ni a ella.

Winter hizo un gesto con su mano.

—Tú no te preocupes por eso. Ahora, tienes que pensar solo en ti.

—A partir de ahora, es lo que haré. Gracias por ayudarme a abrir los ojos —le dije mientras veía a lo lejos acercarse al taxi.

—Es lo mínimo que podía hacer por ti. Al principio duele, pero se supera. Es más fácil cuando sabes a qué atenerte.

Lo dudaba, pero no la contradije. Nos dimos un rápido abrazo y subí al coche.

Tenía la intención de irme a casa, meterme a la cama y planear con mi almohada un plan de huida. Porque no pensaba quedarme en un matrimonio sin amor. En un matrimonio donde el engaño y la mentira reinaban. No iba a seguir casada con un hombre que me había manipulado de aquella manera tan vil.

Y, aun así, aún con esos pensamientos, mi corazón seguía latiendo por Callum. Le había visto besándose con otra y seguía amándolo con todo lo que tenía. Porque el corazón no entendía de lógicas ni razones.

Porque el amor es ciego e imprudente. Pero cuando la venda cae, el dolor es el más abrasador e inhumano que puedes sentir.

—¿Puedes llevarme al *pub* Black? —le pregunté al conductor, cambiando de idea—. Le pagaré más por el desvío.

El conductor me miró a través del retrovisor.

—Por supuesto, señorita.

«Señorita». La palabra resonó en mi cabeza. Desde que estaba casada todos se dirigían a mí como señora, pero el taxista no lo sabía. ¿Cómo hacerlo cuando yo era demasiado joven para estar casada? Demasiado joven para estar pasando por lo que estaba pasando.

En un arrebato, me quité el anillo de casada y me lo guardé en el pantalón de vestir verde. Hoy estaba soltera. Si Callum podía ponerme los cuernos, yo pensaba hacer lo mismo. Dónde las dan, las toman.

Para cuando bajé del coche, la determinación dominaba mis acciones. No era la primera vez que acudía a ese *pub*, pero sí la primera que lo hacía desde que estaba casada.

Los viernes por la noche siempre estaba atestado de gente. Quitaban las mesas de en medio para utilizar el espacio como una pista improvisada. Sabía que Dary se encontraba allí, ya que ella misma me había enviado un mensaje esa mañana, invitándome.

No habíamos tenido demasiado contacto en los últimos meses y yo no le había contado que estaba casada. Pero, de vez en cuando, nos escribíamos para saber de la otra y ella solía invitarme a salir con ella. Siempre la rechazaba. En el último mes, había estado demasiado ocupada.

Me costó un poco encontrarla, ya que tuve que empujar a unas cuantas personas para poder pasar. Al final la vi sentada en una mesa junto a dos chicos; uno de ellos le pasaba el brazo por el hombro mientras le chupaba la oreja. Ella sonreía como una tonta.

Me acerqué a ellos y casi se me cae la barbilla de la sorpresa al darme cuenta de que ese chico no era su novio.

—¡Adele, has venido! —me saludó Darcy con una sonrisa amplia y arrastrando las palabras —. Te presento a Cathan —dijo con entusiasmo, señalando al chico que había dejado de chuparle la oreja, pero siguió sujetándola como si tuviese miedo a que se marchase—. Y este, es su amigo, Richard.

—Adam —le corrigió el chico rubio con un suspiro como si fuese algo que llevase toda la noche haciendo.

—¿No es lo que he dicho? —preguntó ella, haciendo un ademán con la mano y quitándole importancia cuando este negó con la cabeza—. Siéntate —me pidió, señalando la silla vacía que se encontraba frente a ella.

—No sé si es buena idea que me quede —dije, porque la situación era un poco surrealista. Acababa de llegar y ya me estaba arrepintiendo de estar ahí. Maldita sea, me sentía tan fuera de lugar…—. Mañana tengo que madrugar para un trabajo de la universidad —mentí.

Darcy se disculpó con el chico y se levantó de la mesa.

—Vamos a la barra. Ahora venimos. —Antes de que pudiera negarme, me agarró del brazo, tirando de mí. Para estar ebria, era bastante hábil—. No sabes lo que me alegro de que hayas podido venir —me dijo mientras me dirigía hasta la barra. Chasqueó los dedos, llamando la atención del camarero. Afortunadamente, apenas había gente—. Un cosmopolitan para mí y otro para mi amiga. —Darcy ni siquiera se molestó en preguntarme si eso era lo que quería para beber. Aunque, realmente, en esos momentos era lo que menos me importaba.

—Darcy —llamé su atención— no quiero incomodarte, pero ese chico con el que estabas…

—Es la distracción perfecta para olvidarme de que el gilipollas de mi exnovio —espetó, terminando la frase por mí—, me ha dejado parar poder tirarse a su compañera de laboratorio.

Oh, Dios santo. Eso era lo último que me esperaba escuchar.

Puede que tan solo los hubiera visto juntos una sola vez, pero ellos hacían una bonita pareja. Había creído que él estaba enamorado de ella. ¿Es qué no había ni un solo hombre fiel? ¿Por qué todos tenían que ser unos cabronazos?

—Lo siento, Darcy. No lo sabía —le dije a la vez que tocaba su hombro como gesto de apoyo.

—No podías saberlo. —Darcy esbozó una sonrisa temblorosa y sus ojos brillaron con lágrimas contenidas—. Me dejó hace dos días y no me sentía con fuerzas para contártelo por teléfono. Pero, por suerte, has venido. Te necesitaba. Tenemos la mayor parte de los amigos en común, y aunque me están apoyando, se siente divididos. Así que he preferido no ponerles en un compromiso y venir sola.

—Y aquí estoy para ti. Para cualquier cosa que necesites. —Puede que no nos conociéramos mucho, pero Darcy era una buena chica—. Tu exnovio no te merece. Aunque ahora no lo veas, te has quitado un gran peso de encima. —Pese a que aquellas palabras eran ciertas, sabía que no le servirían de mucho—. Todos los hombres son unos imbéciles y unos infieles —escupí, enfadada.

Al escuchar mi última frase, Darcy estrechó los ojos con sospecha.

—¿Apenas contestabas a mis mensajes porque estabas conociendo a un chico?

Mordí mi labio inferior, porque aunque no era del todo cierto, tampoco era mentira.

—Algo así —respondí, evitando entrar en detalles.

—Y ha resultado ser un cerdo, como todos —adivinó.

—Un cerdo mentiroso.

—Oing, oing —imitó el sonido de un cerdo mientras arrugaba la nariz, haciéndome reír.

Darcy soltó otra carcajada y se giró para coger uno de los cócteles que el camarero había dejado sobre la barra. Me lo entregó a la vez que le decía que luego le pagaría. Al parecer, Darcy frecuentaba aquella discoteca.

—Tengo que reconocer que al principio tenía dudas, pero ha sido muy buena idea venir.

Darcy me miró con una sonrisa mientras sostenía su bebida.

—La mejor de tu vida —me aseguró con demasiado entusiasmo—. Y Adam es muy guapo —añadió, guiñándome un ojo—. Véngate del género masculino usándolo.

Me reí.

—Te has acordado de su nombre.

Darcy le dio un largo trago a su cosmopolitan.

—Eso es porque antes me resultaba incómodo que estuviese allí —reconoció—. Ahora que te sirve a ti, ha captado mi interés.

La idea de tener algo con Adam no me resultaba nada atrayente, ya que aunque era un chico atractivo en el que me hubiese fijado antes, no era Callum.

«Y justo por eso es perfecto».

¿Lo era? No estaba nada segura, porque el compromiso hacia mi marido seguía impidiéndome hacer nada con otro chico. El compromiso que él había roto.

¿Así todo, podría devolverle con la misma moneda?

—Vamos a seguir con la fiesta —dijo Darcy, interrumpiendo mis pensamientos. Agarró mi muñeca y tiró de mí hacia la mesa donde estaban los dos chicos.

—Vaya, ¿y para nosotros no hay nada? —preguntó Adam, señalando nuestras bebidas. Él hizo un mohín, pero no estaba hablando en serio. Tan solo bromeaba—. ¿Eres Adele, verdad?

Asentí con la cabeza mientras me sentaba en la silla que había ocupado antes, a su lado.

—Es un placer conocerte.

—El placer es mío —respondí.

—Me has salvado la vida. Ya no soy el sujetavelas. —Señaló a Darcy y al chico con el que ella estaba. Ambos se encontraban tan sumergidos en su mundo que ni siquiera nos estaban mirando.

A medida que fue pasando la noche, descubrí que Adam era simpático. Un poco chulo, pero divertido.

Sin embargo, no se me pasó ni por un instante por la cabeza tener algo con él. Porque yo estaba completamente enamorada de Callum. Y por mucho que había una parte de mí que se la quería devolver a mi marido, no podía hacerlo. Porque yo no era así.

Así y todo, tenía que reconocer que era divertido coquetear con Adam. Y cuantas más copas tomaba, más divertido me parecía. Era un coqueteo inocente, aunque en un momento dado, cuando Darcy y su amigo estaban besándose, olvidándose de que nos encontrábamos allí, Adam me miró con intensidad, como si estuviese pidiéndome permiso para besarme.

Aparté la mirada.

—Lo siento, hay otro hombre —confesé.

—Uno que te ha hecho daño —adivinó Adam y yo arqueé una ceja—. Me lo ha dicho Darcy cuando le he acompañado a la barra a por otra ronda.

—Sí, pero así y todo, estoy enamorada de él.

—Puedes usarme para olvidarlo. Tienes todo mi permiso —bromeó, o eso me pareció, y me eché a reír.

—Necesito ir al baño —me excusé. Me levanté y volví a sentarme porque las piernas me temblaron—. Parece que he bebido más de lo que pensaba.

Darcy, que había dejado de besar a su chico, me miró y se rio, contagiándome.

—Te acompañaría, pero creo que yo tampoco voy a poder andar derecha —se excusó entre risas.

—Yo también tengo que ir al baño —se ofreció Adam con una mueca extraña en sus labios —. ¿Vamos? —preguntó a la vez que se levantaba y estiraba la mano para ayudarme a levantarme.

Asentí, agarrando su mano.

No me sorprendió cuando la fila en el baño de chicos era inexistente y en el de chicas era interminable. Cuando Adam salió de hacer sus necesidades, yo no me había movido ni un solo puesto.

—Creo que voy a hacerme pis encima —le confesé mientras cruzaba una pierna con la otra para contener las ganas.

—Uno de los dueños del *pub* es un colega. Hay un baño privado en la planta baja, no le va a importar que lo uses.

Miré la larga fila de chicas y, después, a Adam.

—Vale.

Aunque posiblemente era una temeridad, el alcohol había nublado mi buen juicio y las ganas de hacer pis me superaban. Adam me llevó hasta la planta baja, la que parecía ser un almacén. La luz estaba apagada y no había nadie, pero él sabía dónde se encontraba el interruptor, demostrando que no era la primera vez que estaba allí.

Tiró de mí hacia un pasillo y se paró frente a una puerta.

—Todo tuyo —dijo, tirando del pomo y abriendo la puerta para dejar a la vista un pequeño baño.

Había terminado de hacer pis y estaba lavándome las manos cuando la puerta se abrió. En mi neblina producida por el alcohol no había cerrado el cerrojo.

—¿Estoy tardando mucho? —le pregunté a Adam, que me miraba desde el umbral.

—Tienes un polvazo —dijo, haciendo saltar todas mis alarmas. Cerró la puerta tras él y echó el cerrojo.

Fui a coger el bolso que había dejado apoyado encima del lavabo para usar mi teléfono móvil y pedir ayuda, pero él no me lo permitió. Me agarró del brazo con tanta fuerza que estaba segura de que me saldría un moratón y me empujó de espaldas contra la pared.

—Adam ¿qué haces?

—¿No está claro? Darte lo que llevas pidiendo toda la noche.

El chico simpático se había transformado en un psicópata. No, no se había transformado en nada. Lo era desde el principio, solo que estaba usando un disfraz. Uno muy eficaz.

Intenté darle un puñetazo, pero era más fuerte que yo. Agarró mis brazos con una de sus manos, colocándolos encima de mi cabeza.

—Te lo voy a hacer duro, cómo os gusta a las zorras como tú.

Grité, grité con todas mis fuerzas. Él me tapó la boca con la mano.

—Cállate.

Intenté morderle, pero no pude, estaba indefensa. Su mano agarró el botón de mi pantalón y pataleé; no obstante, sin ningún resultado. Iba a violarme y yo no podía hacer nada. Pero, de repente, un estruendo provocó que me soltase.

Las piernas me fallaron y caí de culo al suelo.

La puerta estaba hecha astillas y Callum se encontraba allí como un ángel vengador.

—¡¿Qué cojones?! —preguntó Adam, pero no pudo decir nada más porque Callum le asentó un puñetazo que le tiró al suelo.

Nunca había visto esa furia en la mirada de Callum. Él estaba fuera de control. Le asestó una devastadora oleada de patadas que lo único que Adam pudo hacer fue colocarse las manos en la cara para protegerse, aunque eso no le iba a servir para mucho.

—Callum, ya vale —le pedí con voz queda. Aquella violencia desenfrenada era demasiado para mí—. Por favor, ya vale.

Él no me estaba escuchando. No tenía fuerzas para levantarme, así que me tape los ojos con las manos. No quería seguir viendo aquello.

Adam se lo merecía. Había intentado abusar de mí, pero yo no era así. No podía dejar que Callum matase a una persona.

De repente, todo se quedó en silencio. Adam ya no gritaba y los golpes habían cesado. No me atreví a mirar, no cuando sabía lo que me iba a encontrar.

Sentí cómo Callum agarraba mi muñeca con delicadeza y tiraba de mí hacia un pasillo. Subimos las escaleras en silencio, y en vez de cruzar la pista de baile, nos dirigimos a una puerta trasera que conducía al exterior de la discoteca.

Aún estaba en *shock*, y no era capaz de procesar todo lo que había pasado.

—Te vi besarla —fueron las únicas palabras que pude pronunciar cuando sentí el aire fresco sobre mi rostro.

—¿A quién? —preguntó Callum con voz apenas contenida.

—A la *stripper* —contesté, sintiendo cómo mis ojos se humedecían—. Ella te besó y tú se lo permitiste. Y así y todo, yo no he podido devolverte con la misma moneda. Adam estaba intentando violarme.

—Lo sé. —Eso fue lo único que dijo.

Callum se mantuvo en silencio mientras me llevaba a casa. Tampoco abrió la boca mientras me ayudaba a cambiarme y meterme en la cama.

Dejé que sus brazos me rodearan y no lo rechacé cuando sus labios se posaron sobre mi cabeza. Porque, lo único que deseaba, era que ese día terminara de una vez. Y porque, a pesar de todo lo que había pasado, me sentí en casa.

Capítulo 32

Adele

Había muerto y terminado en el infierno.

Era a única manera el dolor de cabeza punzante que sentía.

Una luz insoportablemente brillante me atacaba los ojos. Debía ser Satanás preparándose para torturarme, pero pronto me di cuenta de que solo se trataba de la luz que se filtraba por las rendijas de la persiana de la habitación.

Me coloqué la mano en los ojos para intentar protegerlos. Tenía el estómago revuelto y el cuerpo agotado.

No había muerto, pero tenía una resaca de proporciones épicas. Traté de recordar lo que había sucedido la noche anterior, pero cuando los recuerdos llegaron a mí, la sensación de malestar se duplicó.

Callum me había sido infiel, y casi fui víctima de una violación. No quería pensar que hubiera sucedido si Callum no hubiese aparecido.

El corazón me latía a toda velocidad en el pecho. Intenté respirar hondo para relajarme, pero hasta que no me di una ducha y me vestí no logré controlar mi respiración, y solo entonces, me di cuenta de que Callum se había marchado antes de que me despertase, dejándome sola para lidiar con mis emociones.

La furia se apoderó de mí ante ese pensamiento, aunque eso no era lo que verdaderamente me molestaba. No, era otra cosa. Era…

—¡¿Cómo has podido serme infiel?! —grité al aire al tiempo que la puerta se abría.

Callum estaba vestido para el trabajo. El lucía como si llevase horas despierto.

—No te he sido infiel, Adele —dijo, cerrando la puerta tras él.

—Te vi besándote con una *stripper*.

Él negó con la cabeza.

—Lo que viste fue a una mujer besándome sin mi consentimiento. No te quedaste lo suficiente para ver cómo la rechazaba.

—Mientes —le acusé, aunque mi convicción estaba fallando. Porque, realmente, lo único que había visto había sido a la chica abalanzándose sobre él.

Callum sacó el móvil de su bolsillo. Manipuló la pantalla y me lo pasó.

Lo cogí confundida, pero enseguida me di cuenta de que se trataba de un vídeo de seguridad de la sala de *striptease*. La calidad no era la mejor, pero se veía con claridad cómo empujaba a la chica para separarla de él y después le decía algo enfurecido, provocando que la chica se marchase a toda velocidad.

La vergüenza inundó mis mejillas. Había tomado una decisión precipitada. No había esperado a verlo todo.

— ¿Y si no era para acostarte con otra mujer, qué hacías allí? —pregunté, devolviéndole el móvil.

—El club pertenece a la familia. Estaba allí por negocios. Negocios que se llevan a cabo en el sótano que hay en el local.

Podía imaginarme qué tipo de negocios. Pero ese pensamiento no era lo que me preocupaba en ese momento.

— Os vi hablando primero. Parecías cómodo.

Callum suspiró y se pasó la mano por la cabeza.

—No voy a mentirte, Adele. He mantenido relaciones sexuales con Havana en el pasado. —Havana, ese debía ser el nombre de la chica. Saber cómo se llamaba la hacía aún más real y una oleada de celos se apoderó de mí—. Pero nunca ha habido una relación más allá que sexual entre nosotros. Y como ya te he dicho, no me he acostado con nadie que no seas tú desde que nuestro compromiso se hizo efectivo.

Le miré fijamente a los ojos durante unos segundos. Callum parecía sincero. Él estaba diciéndome la verdad.

—Así y todo, ella te besó.

—Lo hizo, pero era una trampa.

—¿Una trampa?

—Ella nunca había actuado de esa manera. No le di mucha importancia, hace tiempo que decidí que nunca os entendería. Pero hoy he ido a buscarla para pedirle explicaciones y ha desaparecido. Se ha mudado y nadie sabe nada de ella. —Hizo una pausa, por la forma en la que apretaba la mandíbula y sus manos se cerraban en puños, se estaba conteniendo—. He visto las cámaras del despacho. Estabas con Winter. ¿Me equivoco al pensar que fue idea de ella?

Tragué saliva. Le había prometido a Winter que no la traicionaría, pero ¿qué otra salida tenía? Callum sabía la verdad, no podía mentirle.

—Winter me dijo que tú me eras infiel —le confesé—. Havana debió engañarla.

Callum rio sin humor.

—A pesar de todo, sigues siendo fiel a las personas que te importan —dijo, dando varios pasos para cortar la distancia que nos separaba y estirar su brazo para acariciar mi mejilla. La acuné en su mano, sintiendo la calidez que desprendía. Suspiró y se separó de mí—. Aún no conozco todos los detalles, pero puedo imaginar que Winter ha pagado una gran suma de dinero a Havana para hacerte creer que te soy infiel.

—¿Y por qué ella haría eso?

No tenía ningún sentido. Winter era mi amiga; ella no había hecho otra cosa más que ayudarme desde que nos habíamos conocido.

Entonces, recordé lo que Savannah, la hermanastra de Tristan, me dijo semanas atrás: «no te fíes de Winter. No es oro todo lo que reluce». ¿Eran ciertas las palabras de Savannah? ¿Estaba Winter jugándomela?

Tenía toda la pinta de que era así.

En realidad, todo encajaba como el mecanismo de un reloj suizo.

—Eso es algo que pienso averiguar —dijo Callum con una sonrisa peligrosa.

—No, yo me hablaré con Winter.

Callum frunció el ceño.

—Adele…

—Ella me engañó a mí, no a ti. Y si dejó que tú soluciones mis problemas, las mujeres nunca me respetarán.

—Ella hizo más que engañarte. Estuvo a punto de alejarte de mí —espetó con furia. Aunque detrás de toda esa ira, pude ver el miedo reflejado en sus ojos—. Joder, casi te pierdo —masculló, pasándose las manos por el cabello—. Si Ryan no llega a avisar a Declan de que te habías ido por tu cuenta y este no se hubiese dado cuenta de que algo iba mal, podías estar muerta. Si llego a tardar un minuto más en localizar al taxista…

—No ha pasado nada malo, yo estoy bien —traté de tranquilizarle, estirando la mano para

acariciarle el rostro—. Y eso es lo único que importa.

Callum rodeo mi cintura con su mano para acercarme a él, como le gustaba hacer y como tanto yo disfrutaba.

—Cuando te escuché gritar, estaba muerto de miedo —reconoció—. Pensé que no llegaría a tiempo, que no volvería a verte. No puedo recordar la última vez que tuve miedo. Creo que nunca he estado tan aterrado. No puedo perderte, Adele. No puedo.

—Nunca me vas a perder.

Uní mis labios a los suyos, comenzando con un beso con el que quería tranquilizarle y demostrarle que estaría a su lado hasta el día de mi muerte. Al principio me dejó, pero rápidamente se hizo con el control del beso, apretando más su cuerpo contra el mío, con más intensidad de la que me había besado hasta ahora. Era un beso diferente, cargado de sentimientos.

Me besó con tanta intensidad que fui incapaz de seguirle el ritmo. Era como si quisiese tomarlo todo de mí y yo se lo permití. Porque no había ni un solo pedazo de mí que no estaba dispuesta a darle a este hombre.

Callum rompió el beso.

— Te amo, Adele —dijo, pronunciando unas palabras que no me esperaba. Dos palabras que tanto había querido escuchar de sus labios—. Tengo que amarte, es la única explicación que encuentro. —Hizo una pausa para besarme la punta de la nariz—. Pienso en ti durante todo el día y estoy deseando regresar a casa para estar contigo. No me gusta que estés triste y siento una presión en el pecho de solo pensar que podrías dejarme. Despertarme por la mañana y que lo primero que vean mis ojos sean tu bonita cara es lo mejor que me ha pasado en toda mi vida. Lo que me jode es haber estado a punto de perderte para darme cuenta.

En el fondo de mi corazón, siempre había estado segura de que él estaba enamorado de mí como yo lo estaba de él.

— Te has dado cuenta, que eso es lo que importa. Yo también te quiero.

Callum esbozó una sonrisa dulce.

—Entonces, va siendo hora de que hagamos el amor.

— ¿El amor? ¿Vas a ser dulce y cariñoso? —pregunté mientras él me tumbaba de espaldas en la cama y comenzaba a quitarme la ropa.

— Voy a ensartarte con mi polla con mucha dulzura y cariño —respondió, guiñándome un ojo.

Hice una mueca.

—Dios, eres un mal hablado.

— Y te gusta.

Él tenía razón en eso.

Capítulo 33

Adele

Cuando Callum se marchó a trabajar, yo le pedí a Declan que me llevase a casa de Winter. No había estado allí antes, pero no me sorprendió que Tristan y ella viviesen en una casa grande en un barrio adinerado.

No tenía alas como la que yo compartía con Callum y su tío, pero era más grande que la de mi padre.

Declan me acompañó al interior de la casa, pero se quedó en el hall mientras la empleada de hogar me llevaba hasta el salón en el que Winter se encontraba. No me pareció extraño que Elspeth estuviera con ella.

En esos momentos casi me caía mejor la segunda, ya que por lo menos no fingía lo víbora que era.

Ambas estaban sentadas en unas sillas de madera maciza acolchadas una frente a la otra. En medio de ellas se hallaba una mesa con una tetera y un plato de pasta al que ninguna de las dos estaba dando uso.

Winter se levantó en cuanto me vio.

—Adele, no te esperaba. —No, seguro que no lo hacía—. ¿Cómo te encuentras?

—Perfectamente, y para tu información, mi matrimonio está mejor que nunca. Tus intentos por romperlo han fracasado.

Winter se quedó petrificada. Su rostro se tornó en una falsa mueca de desconcierto.

—No te entiendo, Adele.

—Deja de fingir, Winter —espeté, importándome más bien poco que Elspeth fuera testigo de nuestra discusión, si se le podía llamar así. Le estaba haciendo un favor, porque ahora tendría un cotilleo nuevo que esparcir—. Lo sé todo. Sé que confabulaste con Havana para hacerme creer que mi marido me engañaba. —Al principio me había costado creerlo, pero ahora todas las piezas del *puzzle* encajaban—. Pensaba que éramos amigas.

Winter me observó en silencio. Vi en sus ojos el momento en el que decidió dejar de mentir, cuando decidió mostrarme su verdadera cara.

—Podíamos haberlo sido —reconoció con frivolidad—. Todo iba bien mientras me cedías a mí el poder que conlleva ser la mujer del jefe. En la boda, parecías tan asustada e indefensa, pero a la vez con esa valentía que solo tienen las idiotas, que hasta casi me provocaste ternura. Casi —recalcó, haciendo reír a Elspeth.

Así que esa era la razón por la que Winter se había mostrado tan benevolente conmigo: interés. Ella había resultado ser como la mayor parte de las chicas con las que me había juntado en el internado.

—¿Todo por tener algo de protagonismo?

—Yo no me conformo con algo, lo quiero todo —dijo—. Y parecías dispuesta a dármelo. Nunca podrías separarte de tu marido, por lo que él nunca se casaría con otra. Pero, poco a poco, te marchitarías como una flor, dejando a tu mejor amiga al cargo —añadió, señalándose a sí misma —. Mi marido es el segundo de tu marido, así que nadie vería mal que te sustituyese.

—Vaya, te conformas con poco, con ser una sustituta.

Ella se rio una risa carente de humor.

—Hay que saber conformarse con aquello que se puede conseguir. Aunque tengo que reconocer que me has sorprendido. Has logrado enamorar a tu marido y ocupar tu lugar como la mujer del heredero.

—Y por eso has intentado malmeter en mi matrimonio.

—Culpable —admitió con una sonrisa amplia y fea—. No culpes a una chica por intentarlo hasta el final.

—Eres patética —escupí.

Si le ofendió mi insultó, no lo demostró. En cambio, Espelth me observaba con una expresión de odio dibujada en su rostro, ofendida por su ama.

—Soy una superviviente —dijo e hizo una pausa—. Quédate a tomar el té con nosotras.

Abrí tanto la boca que no me hubiese sorprendido si mi barbilla hubiese golpeado el suelo.

—¿Estás de broma?

—Estamos en el mismo barco, Adele. Te la he jugado y tú me has pillado. En algún momento encontrarás la manera de devolvérmela. Con suerte, saldré indemne de ello, pero y así todo, me vengaré. En medio, tomaremos el té, iremos de compras y fingiremos que somos amigas. Así es como funciona.

Espelth asentía a las palabras de Winter y sentí lástima por las dos.

Había visto esa historia tantas veces en mi vida que no me debería de sorprender. Sin embargo, lo hacía.

—Tal vez funcione para vosotras, pero yo tengo la suerte de tener amigas de verdad que me quieren. —Siempre había preferido tener una amiga real que cien de mentira. Eso era algo que mi padre nunca había comprendido—. Amigas con las que no tengo que fingir ni mantener mi espalda a cubierto para que no me acuchillen. Así que, si me disculpáis, tengo cosas más importantes que hacer que perder el tiempo con vosotras.

Me giré para marcharme.

—Solo es cuestión de tiempo que descubras lo equivocada que estás y te conviertas en un peón más de este juego —me dijo Winter, pero yo no me giré.

Después de salir de casa de Winter decidí hacer aquello que más me relajaba: ir de compras. Era sábado y tampoco tenía muchas más opciones. Erin estaba pasando un fin de semana romántico con su novio fuera de Dublín.

Me moría de ganas por hablar con ella y contarle todo lo que había pasado; sobre todo, toda la parte en la que Callum había reconocido que me amaba. La parte triste prefería olvidarla. Incluso lo sucedido en el baño del *pub* lo había escondido en el interior de mi cabeza. No quería que nada enturbiase la felicidad que sentía. No cuando al final yo estaba bien.

Declan me estaba esperando fuera de los probadores de una tienda del centro comercial. Me había probado seis camisas, pero ninguna me convencía. Salí con la intención de entregárselas a un dependiente, pero no vi a ninguno. Por el rabillo del ojo vi cómo uno salía de un cuarto privado. Tenía la cabeza agachada, como mirando al suelo. Recorrí el pasillo para acercarme a él.

—Disculpa, no me voy a llevar ninguna —dije, entregándole la ropa.

Él las cogió y cuando levantó la cabeza me di cuenta de que yo le conocía. Era Vadim.

—¿Tienes algún fetiche con disfrazarte de profesiones? —bromeé, feliz de verle y de saber que estaba bien.

Pero Vadim no sonrió. Tiró las prendas al suelo y me ofreció la mano.

—Vamos a un sitio más privado.

Acepte su mano y él me llevó al cuartito del que había salido. Parecían los vestuarios de los

empleados. Estaban vacíos. No nos quedamos allí, me guio hasta otra puerta. La abrió y salimos a la parte de atrás del centro comercial. Le seguí hasta unas escaleras de incendios que daban a la primera planta. Allí fuimos hasta los ascensores y entramos en uno.

—¿Dónde vamos?

—Tengo el coche en el *parking* subterráneo. Quiero llevarte a una cafetería o algún lugar lejos de tu guardaespaldas.

—Está bien. Quiero ayudarte en lo que necesites. No sabes lo que siento lo de Alexei.

Él asintió.

Salimos del ascensor y fuimos hacia su coche, pero no habíamos llegado cuando Declan gritó mi nombre.

—¿Adele, adónde vas? —preguntó—. ¡Y tú, aléjate de ella!

Miré hacia mi guardaespaldas, que se acercaba a toda velocidad hacia nosotros. De alguna manera, él nos había descubierto.

—Todo está bien, Declan —traté de tranquilizarle—. Es solo un amigo con el que tengo un tema importante del que hablar.

Declan llevaba su pistola en la mano, pero no apuntaba a Vadim con ella. Aunque parecía indeciso de lo que hacer. Era evidente que yo estaba allí por mi propio pie.

—Podéis hablar en la cafetería del centro comercial —propuso Declan.

Después de lo que había pasado el día anterior, lo mejor era no alarmar a nadie. Miré a Vadim, pero este tenía sus ojos fijos en Declan. A pesar de que trataba de disimularlo, estaba nervioso. Declan no parecía reconocerlo, así que esperaba que aquel encuentro no le trajera ningún problema a Vadim.

—Esa es una buena idea —acepté, tratando de calmar el ambiente.

Lo último que quería era que Declan sospechara de que le estábamos ocultando algo. Si descubrían la identidad de Vadim, este estaría en graves problemas. Sin embargo, mi guardaespaldas era bastante astuto y mis palabras no lo convencieron.

—Voy a llamar a Callum, puede que él se quiera unir a la conversación.

Todo aquello iba a terminar en desastre.

Traté de pensar con rapidez. Di un par de pasos hacia Declan y me tiré al suelo, fingiendo que me había torcido el pie. Esperaba que Vadim captase la señal y esto le diera tiempo para escapar. Mi plan funcionó, porque mi caída sirvió para distraer a Declan. Este fue a ayudarme, pero no llegó a hacerlo porque un disparo resonó al aire y cayó al suelo, agarrándose la pierna entre gemidos. La pistola que sostenía en su mano derecha cayó al suelo, rebotando sobre él.

Giré la cabeza para ver a Vadim con una pistola en su mano avanzando hacia Declan. Este estiró su mano para coger su arma, pero antes de que pudiera hacerlo, Vadim la pateó lejos de él. Después, golpeó a Declan con fuerza con la culata de su pistola, dejándolo inconsciente.

—Vadim, ¿qué haces?

Me levanté con rapidez y me acerqué hacia Declan, poniéndome de cuclillas para comprobar si respiraba. Por suerte, lo hacía.

—No podía arriesgarme, tu marido me mataría —me explicó—. Vamos, ven conmigo —me dijo, haciendo un gesto con su mano para que me acercara a él.

Sin embargo, no me moví ni un solo ápice. A pesar de sus palabras, Vadim no parecía en absoluto arrepentido. Él podía haber huido; yo misma le había dado la oportunidad de poder hacerlo. Pero él había preferido herir a Declan.

La frialdad en sus ojos y esa falsa calma dibujada en su rostro no me gustaba. Entonces, me di cuenta de que, realmente, yo no conocía a Vadim. Maldita sea, ¿y si era peligroso? ¿Y si

quería hacerme daño?

—No voy a ir a ningún lado contigo —me negué—. Voy a pedir una ambulancia —dije, sacando el móvil del bolso.

Pero antes de que pudiese pulsar una sola tecla, Vadim me arrebató el teléfono y lo lanzó con fuerza lejos de mí contra una pared, rompiéndolo.

—No quiero hacerte daño, pero no quiero morir. —Su máscara cayó y vi el pánico en sus ojos. ¿En qué estaba metido?—. Haré lo que haga falta para sobrevivir. —Vadim levantó su arma y vi cómo la culata se acercaba a mi cabeza. Mi mundo se puso negro y en lo único que pude pensar era en que yo tampoco quería morir.

No cuando por fin había encontrado la verdadera felicidad.

—¡Adele, despierta! —me gritó una voz.

Abri los ojos. Me encontraba en la parte de atrás de un coche. Vadim estaba fuera con la puerta abierta mirando hacía mi. Se inclinó y me zarandeó para que me despertase.

—Vadim, quiero ayudarte, pero no entiendo nada —dije a la vez que intenté mover la mano para ponérmela en la cabeza, ya que un dolor punzante me invadió.

No pude porque tenía las manos atadas con una cuerda entre sí. Por suerte no estaban a mi espalda sino delante de mí, lo que hacía que fuese molesto pero no doloroso.

—Y vas a ayudarme. Me han prometido que no van a hacerte daño —me prometió, tirando de mis piernas para sacarme del coche.

Pensé en patearlo, pero sabía que era una pérdida de tiempo y de energía. Si algo me había enseñado el incidente de la noche anterior, era que era mejor guardar las fuerzas. Y además, ahora no tenía mis facultades mermadas por el alcohol; tenía que usar la inteligencia.

Cómo era la vida, no te sucedía ninguna situación peligrosa en años, y te veías en involucrada en dos que atentaban contra tu vida en menos de veinticuatro horas.

Bajé del coche y miré a mi alrededor. Nos encontrábamos en un polígono abandonado. No tenía ni idea del tiempo que había pasado. El sol seguía en su lugar y era bastante mala calculando la hora solo con mirar al cielo.

—Vadim, desátame las manos, por favor —pedí—. Está muy prieto y me duele.

Vadim me miró un segundo.

—Sé lo que intentas y no puedo permitirlo —me dijo, aunque más que como una amenaza sonó como a desesperación, como si no le quedase otra salida.

Me agarró del brazo y tiró de mí hacia el interior de una especie de almacén cuya puerta estaba abierta. Planté mis pies en el suelo, porque estaba empezando a pensar que no mostrar resistencia no era buena idea, pero él tiró de mí hasta meterme en el interior.

No estaba vacío. Cuatro hombres se encontraban allí. Dos apoyados en las paredes y con sus pistolas en la mano. Otro cerca de la puerta observándonos con detenimiento. Y el que parecía el cabecilla, sentado en una silla metálica.

Demostrando que tenía razón en mi observación, se levantó. No debía tener más que unos pocos años más que yo. Su pelo castaño estaba peinado con tanta gomina que me daba un poco de grima.

—Querida prima, no sabes las ganas que tenía de conocerte.

—¿Prima? —repetí. Mi madre no tenía hermanos y su tono de piel delataba que no compartía sangre con mi padre.

—Es verdad, no hemos sido presentados. Hubiese ido a la boda, pero no me invitaron. Soy Miles Boyle. Mi padre era hermano de la madre de tu marido.

—Te diría que estoy encantada, pero no lo estoy.

Él se echó a reír.

—Sí, supongo que no nos estamos conociendo en la mejor de las condiciones. No es nada personal contra ti, pero tu marido se niega a devolvernos lo que es nuestro por derecho.

—¿Y crees que secuestrándome te lo dará? —pregunté, más para ganar tiempo que otra cosa. Esperaba que Callum me encontrase. O lo que sería mejor, encontrar la manera de salir de allí. No me atrevía a escudriñar el almacén por si se daban cuenta de que estaba planeando algo.

—No, no lo creo. Solo eres una mujer. Si mueres, se casará con otra; tan fácil como eso. —Ese hombre era repugnante—. Pero tu padre no tiene más hijas, hará cualquier cosa por ti.

—Siento decepcionarte, pero a mi padre le importo una mierda —dije con un bufido. Aun en aquella situación, no podía evitar el dolor que sentía al pensar en mi padre.

—Mis socios creen lo contrario —replicó con una sonrisa enseñando sus dientes—. Llévala al camión —le ordenó a uno de sus compinches.

—Miles —le llamó Vadim con urgencia—. ¿Qué hay de mí?

—Te daré lo prometido. Siempre cumplo mis promesas.

—Me temo que esta no vas a cumplirla. —Una voz con un marcado acento ruso resonó por la estancia.

No dio tiempo a que nadie reaccionara antes de que las balas empezaran a volar. Miles cayó al suelo, sujetándose el abdomen. Vi a Vadim agarrándose la pierna, que le sangraba copiosamente. Lo que era una ironía. Había recibido un tiro en el mismo lugar en que él había tiroteado a Declan.

Miré a mi alrededor. Los otros tres hombres también estaban en el suelo, pero parecían inconscientes, o tal vez estaban muertos, no estaba segura.

—No deberías irte con desconocidos. ¿No te lo enseñaron en el colegio? —me preguntó el tirador saliendo de las sombras.

No tenía ni idea de cómo había logrado colarse en el almacén ni dónde se había escondido. Aunque nada de eso importaba. No iba a vivir mucho más tiempo. Ninguna bala me había alcanzado, pero no tardaría en hacerlo.

Miré al hombre, que en esos momentos estaba encargándose de coger las pistolas que se encontraban en el suelo y descargarlas. Guardó la suya en su funda.

Sabía que tenía que huir, pero estaba paralizada. No podía moverme. Mis ojos se giraron hacia la puerta mientras intentaba convencer a mis pies para que corriesen.

—No voy a hacerte daño, Adele —me dijo, y esta vez sí reconocí el tono de voz—. Si hubiese querido, podría habértelo hecho en la cafetería —añadió, confirmando mis sospechas—. O todas las veces que te he seguido para que me llevases hasta *él*. —A pesar del tono uniforme de su voz, la última palabra fue pronunciada con asco, como si el solo hecho de dirigirse a Vadim le diera repulsión.

Vi el verdadero terror reflejado en el rostro de Vadim. Miraba al chico como si prefiriese morir que pasar un solo instante a su lado.

Miles parecía que se había desmayado por la falta de sangre.

—Ha llegado la hora de que pagues por tu traición —le dijo el chico a Vadim a la vez que sacaba de su bota un cuchillo afilado.

—Mikhail, por favor —suplicó Vadim, pero el hombre no se apiadó de él y esbozó una sonrisa de tiburón.

Grité, grité con tanta fuerza que me dolieron los tímpanos. Había tenido suficiente. No podía más, iba a explotar.

A lo lejos, me pareció escuchar el rugido de un coche derrapando en la piedra, y antes de que me diese cuenta, Callum me estaba cortando las cuerdas que aprisionaban mis manos. Me cogió en brazos y me sacó del almacén.

Su olor y su cercanía me tranquilizaron. Cuando estuvimos fuera, me dejó en el suelo.

—¿Estás bien? —me preguntó con preocupación.

—Creo que sí. Él ha disparado a todos, ha sacado un cuchillo y … —Las lágrimas salían a borbotones y me costaba detenerlas.

Callum me abrazó.

—Ya ha pasado, Adele. Estás bien, cariño, estás a salvo.

Poco a poco mi corazón volvió a su ritmo normal. Me separé de Callum a la vez que me secaba las lágrimas de la cara.

—Tu primo se ha despertado. Tengo yo una conversación con él o prefieres hacer tú los honores.

El hombre ruso se encontraba en la puerta del almacén. Calmado, como si no hubiese pasado nada. Como si no acabase de entrar a tiros en el almacén, derribando a cinco hombres.

—Tengo que llevar a mi mujer a casa, pero Miles es mío —dijo Callum con firmeza. Había un toque de advertencia en su voz—. Tristan está de camino —informó haciendo un gesto con las manos—. Te agradezco que me hayas avisado.

El hombre asintió. ¿Así que ellos se conocían?

—No mates a Vadim —le pedí al hombre, aunque no sabía si llegaba tarde.

El hombre me miró y arqueó una ceja.

—Los traidores solo son útiles como fertilizante para la tierra —me respondió—. A él no le importaba si vivías o morías. ¿Por qué te importa a ti?

—No me importa, pero no quiero que nadie muera.

—¿Vadim es el hombre que ha tiroteado a Declan y te ha secuestrado? —preguntó Callum con la furia nublando sus facciones.

—Tu mujer conocía al traidor —dijo el hombre, dejándome claro que ya era tarde para suplicar por su vida—. Hace unos meses ella y la novia de Arlan Wolf —comenzó, pero era mi historia para contar, no la suya.

—Mikhail —le nombré, usando el nombre que Vadim había empleado con él e interrumpiéndole.

Callum pasó su mirada de mí al hombre con una ceja alzada y la confusión bañando su rostro.

El hombre esbozó una sonrisa de tiburón.

—Me temo que no hemos sido presentados adecuadamente. Mi nombre es Mikhail. Mikhail Andreyev.

Capítulo 34

Adele

—¿Estás segura de que no quieres que te disculpe con la mujer del alcalde? —me preguntó Callum por enésima vez esa tarde.

Había pasado una semana desde lo sucedido en el almacén, y aunque me había costado asimilar lo ocurrido, me encontraba mejor.

Los dos primeros días había estado en *shock*. Sin salir de la cama y con el estómago cerrado. Callum había estado a mi lado, insistiendo para que comiese un poco, y apoyándome en silencio. Simplemente, esperando a que mi mente sanase.

Aunque mi marido era un mafioso, esperaba no volver a verme en medio de un tiroteo.

—Completa y absolutamente segura —le dije a la vez que le ayudaba a anudarse la corbata —. Nos ha invitado a los dos, y además, Erin también estará allí y le he prometido que iría. No le gustan las fiestas.

—Si no le gustan, podía quedarse en casa y convencer a su novio que se quede con ella —masculló Callum entrecerrando los ojos—. No soporto a ese gilipollas.

Mi marido, por lo general, en público se mostraba educado y contenido. Pero había descubierto que esa era una fachada, una necesaria para poder liderar en la familia. Y la verdad era que ese Callum mal hablado y visceral me gustaba.

—Y yo que había pensado que podíamos ir un fin de semana las dos parejas al monte. Ya sabes, alquilar una casa rural, asar carne en la barbacoa, cantar canciones junto al fuego —bromeé.

Daría mi vida por Erin, pero ni por todo el dinero del mundo me iba de vacaciones con su novio.

—Si enciendo un fuego es para quemar el cuerpo de Wolf —respondió con una sonrisa ladeada. Una que me dio la impresión de que se lo estaba imaginando y lo estaba disfrutando.

—A mí tampoco me cae muy bien, pero Erin lo ama y él es bueno con ella. Y yo la amo a ella y quiero que sea feliz. Solo por eso, ¿puedes no pensar en matarlo?

—Lo intentaré, pero no prometo nada —me respondió, inclinando la cabeza para darme un beso en la nariz.

Unos nudillos golpeando la puerta me sobresaltaron.

—Señora, el cartero acaba de traer una carta para usted. Me dijo inmediatamente que le avisase si llegaban alguna —me informó Kayla desde el otro lado de la puerta.

Mi madrina no me había vuelto a mandar ninguna carta de mi madre. Había llegado a pensar que no había más, pero parecía que no era así.

—Déjala en el suelo, Kayla, ahora la recojo.

—¿Quién sigue enviando cartas? —preguntó Callum con un tono de voz desinteresado, pero yo sabía que tenía toda su atención.

En vez de responderle, me acerqué al espejo del tocador para revisar mi maquillaje y hacer tiempo para pensar una respuesta. No quería mentir a mi marido, no tenía razón para hacerlo. Pero sentía que no era mi historia para contar. Y, en realidad, no lo era.

Me giré para mirar a mi marido, que se había sentado encima de nuestra cama. Él hizo un gesto para que me sentara a su lado.

Lo hice.

Él me puso un dedo debajo de la barbilla para que le mirase.

—Puedes contarme cualquier cosa, Adele. Siempre puedes confiar en mí.

—Lo sé. Mi madre le dejó en el testamento unas cartas a mi madrina; unas que ella quería que yo tuviese. De momento, he recibido dos y esta es la tercera.

—¿Qué tipo de cartas?

—Cartas dirigidas al amor de su vida.

Callum se debió de dar cuenta de que no estaba dispuesta a confesar nada más, porque me dio un breve beso en la boca y se levantó.

—Aún tenemos tiempo de sobra —dijo, mirando su reloj—. Voy a aprovechar para ir al despacho y enviar unos e-*mails*. Ven a buscarme cuando estés preparada.

—Gracias —le agradecí, levantándome también.

Callum salió de la habitación y yo recogí la carta. Me senté en la cama y abrí el sobre. Saqué la carta y la sujeté entre mis dedos, insegura de lo que me iba a encontrar. Ahora que yo había encontrado el amor, que era feliz, podía imaginarme mejor que nunca lo que tuvo que sufrir mi madre al tener que renunciar al hombre que amaba.

Yo no podría renunciar a Callum. Jamás podría estar con otro hombre que no fuese él. Lucharía como una leona por mantenerlo a mi lado, y pobres de los que intentasen alejarme de él.

Me armé de valor y comencé a leer las letras escritas por mi madre. No estaba segura de lo que me iba a encontrar, pero ni de cerca lo que leí.

«*Ha pasado año y medio desde que nos casamos. Desde que a mi padre no le quedo más remedio que aceptarte como yerno. Año y medio en el que no me he arrepentido ni una sola vez de las decisiones que tomé. Porque, como te he dicho muchas veces, eres mi primero y mi último. Y ahora nuestro amor se ha visto recompensado con nuestra pequeña Adele. El mayor regalo que podíamos recibir. Ella es perfecta*».

Paré de leer porque me costaba asimilar lo que estaba leyendo.

¿Mi padre era el hombre que mi madre había amado? ¿El hombre con el que deseaba casarse? No entendía nada.

Mis ojos regresaron a la carta.

«*Pero cuando miro a nuestra preciosa hija, cuando ella me devuelve la mirada, me preguntó qué pensará si algún día se entera de lo que hice. No puedo parar de pensar si ella lo entenderá, o si me odiará por ello.*

Tengo miedo, Vincent. Tengo miedo de que Adele descubra que soy una asesina. Que asesiné al hombre con el que mi padre me comprometió porque te amaba tanto que no podía soportar no pasar la vida contigo.

Estoy aterrorizada porque ella no comprenda que hice lo que debía hacer, lo necesario. Y aunque sé que hice lo correcto, aunque lo volvería a hacer una y mil veces, el nudo que se formó en mi estómago el día que me convertí en una asesina se ha incrementado desde el nacimiento de Adele.

Quiero ser una buena madre, que ella se sienta orgullosa de mí y me ame tanto como yo la amo a ella. Para ello, este es un secreto que le tendré que guardar. Aunque en lo más hondo de mi ser quiero creer que algún día podré contárselo y ella lo entenderá».

Guardé la carta de nuevo en el sobre. El corazón me latía con tanta fuerza que, por un instante, pensé que se me iba a salir del pecho. No sabía qué pensar de lo que acababa de leer. Mi madre no había renunciado al amor, pero había pagado un alto precio por ello.

Se convirtió en una asesina. Ella, que siempre creí que no sería capaz de matar ni a una mosca.

¿Si hubiese estado en la circunstancia de mi madre hubiese matado yo a mi prometido para casarme con el amor de mi vida?

No, yo no era una asesina. Hubiese encontrado otra manera.

¿Odiaba a mi madre por haber hecho algo así como ella temía? No, no podía odiarla.

Era todo muy confuso. Ni siquiera estaba segura de qué pensar. No conocía todos los detalles. Pero había una persona que podría contármelos, una que esa noche estaría en la fiesta. Y ya era hora de enfrentarme a él.

Capítulo 35

Adele

—Tengo que reconocer que no quería venir, pero me lo estoy pasando bien —me dijo Erin mientras daba un mordisco a un canapé de atún.

—Para ser una fiesta que no he preparado yo no está mal —bromeé, haciéndola reír.

El alcalde y su mujer habían preparado una fiesta en su casa para lograr apoyos para la reelección que iba a celebrarse en unos meses.

Erin había ido acompañando a su novio porque este se lo había pedido, pero, si por ella fuese, se quedaría en su casa practicando con el piano. A mi mejor amiga no le gustaban los eventos. Aunque intuía que, ahora que era la novia de Arlan Wolf, el actual jefe de la familia Wolf, iba a tener que acostumbrarse a ellos.

—Winter te está mirando —me susurró Erin, moviendo la barbilla hacia la esposa de Tristan, que se encontraba junto a Elspeth y otras mujeres jóvenes de la familia.

—Lo suyo es increíble —espeté, sin molestarme en bajar la voz. Por mí, como si me escuchaba—. Hasta ha tenido la desfachatez de aparecer por mi casa para preocuparse por mí. Después de lo que me ha hecho. —Winter no entendía por qué seguía enfadada con ella. De hecho, me había expresado que mi enfado estaba durando mucho, como si la irracional de las dos estuviese siendo yo. Había intentado romper mi matrimonio, no me había rayado el coche sin querer—. Está empeñada en que participe en ese *jueguecito* que todas se traen.

—Ya se cansará cuando se dé cuenta de que nunca lo va a lograr. —Erin se encogió de hombros—. La verdad es que nunca me voy a acostumbrar a este mundo tan superficial —confesó con un suspiro—. Pensaba que al terminar el internado ya no tendría que seguir tratando con personas que fueran así, tan interesadas, malas y superficiales.

—Me da que este mundo es peor que el internado —comenté, apoyando una mano en su hombro—. Pero, por suerte para ti, yo sigo estando a tu lado.

—Y para desgracia de Arlan.

Aquella confesión me pilló un poco desprevenida.

—Pensaba que no le molestaba nuestra amistad.

—Y no lo hace, pero eres la mujer de Callum.

—Y él fue uno de los partícipes de ello —le recordé, aunque no lo hice con acritud. Porque, en el fondo, Arlan me había hecho un favor—. Estoy hasta pensando en darle las gracias… —bromeé.

Erin se rio.

—Ese es el problema, que no le gusta ver a Callum tan enamorado y feliz

—¿Tan obvio es? —pregunté, mirando hacia mi marido, que ese momento estaba hablando con un hombre trajeado de mediana edad que me daba la espalda y no podía ver la cara.

Callum sintió mi mirada sobre él y ladeó la cabeza para fijar sus ojos en mí. Una sonrisa enorme se dibujó en su rostro. Yo también le sonreí. Después, él regresó su atención al hombre.

—¿De verdad quieres que responda a eso? —preguntó Erin, dándome un golpecito en el hombro para que la mirase.

—Supongo que no —respondí con una risita—. Al final he encontrado a mi príncipe azul, pero con pistola en vez de con espada.

—Tu mafioso azul —puntualizó Erin con diversión.

—Supongo que los cuentos de hadas cambian con el tiempo —dije entre risas.

—No del todo. Has obtenido tu final feliz para siempre.

—No creo que sea tan fácil, pero lucharé con uñas y dientes para conseguirlo.

—Creo que mi mafioso me reclama.

Arlan Wolf, con su perpetua mueca de fastidio dibujada en los labios, caminaba hacia nosotras.

—Los cuartos de limpieza son un buen lugar para dar rienda suelta a la pasión —le susurré, provocando que se enrojeciese de los pies a la cabeza

En cuanto Arlan estuvo a nuestra altura, rodeó las caderas de Erin con sus brazos y le dio un beso con el que dejaba claro que no tenía ningún problema en mostrar su afecto en público. O quería que puntuásemos su resistencia, porque se me hizo eterno.

Dejé a la pareja feliz y me dirigí hacia los baños. Sin embargo, aquella casa era enorme y no tenía ni idea de dónde estaban los aseos. Abrí una de las puertas que rodeaban el largo pasillo en el que me encontraba, probando suerte. Pronto me di cuenta de que no era más que un pequeño habitáculo oscuro que parecía el cuarto de limpieza. Aunque, no fue eso lo que hizo que me quedara paralizada, sino que en ese habitáculo había dos personas dentro en actitud claramente sexual. La chica estaba contra la pared mientras rodeaba con las piernas la cintura del chico mientras el le besaba el cuello.

—Perdón, yo… —mascullé, porque, definitivamente, tenía el don de la oportunidad.

Ambos ladearon la cabeza hacia mí al darse cuenta de mi presencia y no tardé ni un segundo en reconocerlos. Eran Tristan y Savannah. Y, esta vez, no había ninguna duda de lo que estaban haciendo.

—Joder. —Rara vez decía palabrotas.

Cerré la puerta con rapidez y me di la vuelta, andando sin rumbo fijo.

No me sorprendía que Tristan tuviese amantes, ya que la propia Winter me lo había contado. Pero eso sí que no me lo esperaba.

Tristan y Savannah eran familia. Puede que no sanguínea, pero sus padres estaban casados.

¿Esa era la razón por la que Savannah y Winter no se llevaban bien? ¿Winter sabía de la relación entre Savannah y Tristan?

Dios santo, aquello era un escándalo.

—Adele. —Sentí que alguien rodeaba mi muñeca con sus dedos, deteniéndome. Tristan se encontraba a mi lado, con la respiración entrecortada.

Me detuve y él soltó mi mano. Miró a los lados, como si quisiese cerciorarse de que no había nadie a nuestro alrededor. Para su suerte, estábamos completamente solos.

—Si vas a negarme lo que has visto, deberías abrocharte el pantalón —le dije, señalando su bragueta medio abierta.

Tristan bajó su mirada y se subió la cremallera. Con su cabello revuelto y la corbata con el nudo suelto, estaba hecho un auténtico desastre. Ni siquiera llevaba puesta la chaqueta de traje.

—Si crees que voy a negarlo, es porque aún no me conoces bien —respondió—. Adele, sé que no estoy en derecho de pedirte ningún favor, pero lo voy a hacer. —Por primera vez desde que lo había conocido, no había rastro de humor en el rostro de Tristan—. Necesito que me guardes el secreto de lo que acababas de ver. Sé que tienes buena relación con Winter, pero si alguien se entera de…

—¿Con Winter? —le interrumpí—. No tengo una buena relación con tu esposa, Tristan. No te tienes que preocupar porque se lo cuente. —No quería ni verla como para tener una

conversación, aunque fuera de un minuto, con ella—. ¿Callum no te ha contado lo que me intentó hacer?

Tristan negó con la cabeza.

—Ella intentó hacerme creer que Callum me estaba poniendo los cuernos para romper nuestra relación y así poder ser ella la protagonista de todas las fiestas.

Tristan ni siquiera pareció sorprendido.

—Típico de Winter —murmuró, encogiéndose de hombros. ¿Es qué nadie se horrorizaba de ese tipo de actitudes?—. Adele…

—No pienso contárselo a nadie, Tristan —le dije, interrumpiéndole.

—Ni siquiera a Callum —puntualizó él.

—Ni siquiera a Callum —repetí, porque aunque tenía una confianza plena con mi marido, entendía que eso era algo que le correspondía a Tristan contarle, no a mí—. No es mi problema, Tristan. Tu secreto está a salvo conmigo.

—Gracias, Adele.

Tristan no parecía muy convencido, pero no le quedaba otra opción que confiar en mí. Él fue a decirme algo más, pero el ruido de una puerta abriéndose y cerrándose seguido del sonido de unos pasos acercándose a nosotros lo impidieron.

Cualquier pensamiento sobre lo que acababa de ver en el cuarto de limpieza se evaporó de mi cabeza cuando reconocí a mi padre caminando junto al alcalde de Dublín. Mi corazón se detuvo, porque había llegado el momento que tanto había estado esperando y tanto había temido a la vez.

—Hola —nos saludó el alcalde. Una mueca extraña apareció en su rostro cuando se fijó en Tristan e intercambió una mirada con mi padre, pero ninguno de los dos dijo nada. En cualquier otro momento me hubiera preocupado que por el aspecto de Tristan pudiesen malinterpretar la situación, pero tenía bastantes cosas en mi cabeza como para pensar en eso.

—Hola —les saludé con una sonrisa—. Papá, ¿podemos hablar en privado? —le pregunté a mi padre.

Mi padre arrugó el ceño, pareciendo sorprendido, pero esbozó una sonrisa.

—Por supuesto, princesa.

—Si queréis, podéis usar mi despacho —ofreció el alcalde, señalando una de las puertas que se encontraban al fondo del pasillo. Por fortuna, bastante alejada de la que había abierto yo hacía unos minutos.

—Gracias —le agradeció mi padre dándole una palmadita en la espalda.

Me hizo un gesto con su mano y nos dirigimos hacia el despacho del alcalde. Mi padre abrió la puerta, que me sorprendió que no estuviera cerrada con llave. Estaba demasiado nerviosa y ocupada en poner mis ideas en mente como para fijarme en el mobiliario del despacho, pero parecía un lugar espacioso.

—¿Va todo bien, Adele? —me preguntó mi padre rompiendo el silencio—. ¿Quieres que nos sentemos? —me ofreció, señalando las sillas frente al escritorio.

Negué con la cabeza. Abrí el bolso y saqué las cartas que mi madrina me había enviado y se las entregué.

Mi padre las cogió con un el ceño fruncido, pero cuando empezó a leer la primera, suspiró y las dejó encima de la madera del escritorio.

—Mi madrina me las ha ido enviando. Ella dice que mi madre quería que las leyese.

—Me preguntaba qué había pasado con esas cartas —dijo con un suspiro—. Esa es una decisión que tu madrina tenía que haber consultado conmigo —agregó. Aunque su tono podía

parecer de enfado, yo le conocía mejor: estaba cansado, muy cansado.

—Lo vuestro no fue un matrimonio de conveniencia como me dijo la abuela. Ella me mintió y tú no me lo desmentiste.

—No vi la necesidad de hacerlo. Pensé que eso te ayudaría cuando llegase tu momento.

—No lo entiendo, papá. Si tú luchaste por el amor de mamá, ¿por qué no querías lo mismo para mí?

—¡Porque el amor destruye, Adele! —gritó, y yo nunca había visto a mi padre alzar la voz. Él siempre se mostraba tan contenido... Respiró hondo y se sentó en una de las sillas. Se pasó la mano por la cabeza—. El amor nos destruyó a tu madre y a mí y no quería lo mismo para ti. —Él giró la cabeza para mirarme—. Eres igual de enamoradiza que lo fue tu madre. Desde niña hablabas de enamorarte y yo no podía permitirlo. No podía permitir que sufrieses como sufrió tu madre, como aún sigo sufriendo yo. Por eso te preparé un matrimonio de conveniencia con un hombre que te tratase bien, pero sin amor.

Aquel hombre no se parecía nada al padre que siempre había conocido. Al hombre fuerte y seguro de sí mismo. La tristeza más devastadora se dibujaba en sus ojos. Pero sentí que, por primera vez en años, estaba viendo a mi padre, al verdadero. No al que se escondía detrás de un disfraz.

Me senté en la silla a su lado.

—Cuéntamelo todo para que lo entienda, papá. Quiero entenderlo.

Él suspiró.

—Yo estaba empezando a hacer un hueco en los negocios cuando conocí a tu madre. Nos enamoramos, pero ella ya estaba comprometida. No lo amaba y apenas lo había visto dos o tres veces en su vida, pero no hubiese importado, aunque hubiese estado con él por propia iniciativa, lo hubiese dejado. Porque esa conexión que sentimos tu madre y yo fue única, de esas que solo suceden una vez en la vida. —Mi padre hablaba con tanto amor de mi madre fallecida… Nunca lo había escuchado hablar con tanto sentimiento. Tal vez no había sacado solo mi lado romántico de mi madre—. Ya lo has leído en las cartas que ella me envió. Su padre jamás le hubiese permitido casarse conmigo, pero ninguno de los dos lo aceptó. No podíamos.

—Y al final, lo lograsteis.

—Sí, pero a un alto precio.

—El asesinato —susurré, pero él me escuchó perfectamente e hizo una mueca.

—Ese no fue el alto precio, Adele. —Hizo una pausa—. Tu madre lo envenenó dos días antes de su boda y se lo confesó a su padre. —Había más en esa historia, pero él no estaba preparado para contármelo y lo respeté—. Tu abuelo la ayudó a encubrirlo como un infarto. Su prometido, era un hombre de cuarenta años que no se cuidaba, no era algo tan extraño. Tu abuelo no quería pasar por la vergüenza de que su única hija fuese una asesina, y sobre todo, por la repercusión que eso traería a sus negocios. Tu madre se aprovechó de ello y le amenazó con entregarse a la policía y contar que él le había ayudado a encubrirlo si no la dejaba casarse conmigo.

—¿Y por qué mi abuela me mintió? —pregunté.

—Ella no te mintió. Tu abuela nunca supo la verdad. Ella amaba a tu madre y te amaba a ti. —Eso lo sabía. Ella había sido muy buena conmigo—. Su marido le contó lo mismo que a todo el mundo, que yo era un buen partido para su hija. Un hombre con ambición que había empezado sin nada y terminaría construyendo su propio imperio.

—Pero ella me dijo que mi madre fue infeliz durante vuestro matrimonio.

Mi padre se pasó la mano por la cara.

—Ella fue feliz, muy feliz, pero era una buena persona. En el fondo, aunque no lo quería reconocer, se sentía culpable por matar a un hombre por muy despreciable que fuese. Y cuando tú naciste, ella empezó a sentir que una asesina no podía ser una buena madre.

—Ella era una buena madre. La mejor madre —dije con convicción.

—Lo era, pero cayó en una depresión. Y tu abuela pensó que era por culpa del matrimonio concertado. Tu madre luchaba por salir, pero no era fácil. Estuvo ingresada varias veces en una clínica de salud mental…

Mientras él hablaba, una idea se materializó en mi cabeza y me cortó el aire de los pulmones.

—Papá, ella se... —Ni siquiera fui capaz de terminar la frase—. ¿De verdad murió en un accidente de helicóptero?

Al principio me miró extrañado, como si no comprendiese por qué le estaba haciendo esa pregunta, pero pronto se dio cuenta.

Estiró sus brazos y agarró mis manos.

—Tu madre no se quitó la vida, Adele. Ella nunca te hubiese dejado. Fue un accidente, tal y como te he contado. Pero ella estaba en ese helicóptero porque había tenido una crisis de ansiedad causada por su estado anímico mientras se encontraba en un retiro espiritual en las montañas y tuvieron que evacuarla para llevarla al hospital. Unas horas antes ella me había llamado para decirme que el retiro no funcionaba, que estaba muy triste.

Cerré los ojos, aliviada. Había visto las noticias sobre el accidente; incluso había investigado un poco cuando era más pequeña. Habían muerto cuatro personas. Solo que pensaba que mi madre estaba en ese helicóptero porque se había roto una pierna. Abrí los ojos para mirar a mi padre. Él no me mentía, no había habido ningún encubrimiento.

—Pagamos un alto precio, Adele. Ella su depresión y yo perderla. Perder al amor de mi vida, a la única mujer que siempre amaré. Desde entonces, me centro en el trabajo, pero sobrevivo, no vivo. Y si sigo luchando es por ti, princesa. Solo por ti. Por eso no quería que te enamorases, no quería que sufrieses como lo hago yo o como lo hizo tu madre.

—Te equivocabas, papá —dije, apretando mis manos con las suyas—. Me he enamorado y soy feliz. Muy feliz.

Mi padre no pareció sorprendido por mi confesión.

—He visto cómo os mirais. —Esbozó una sonrisa cálida—. Ojalá tu madre pudiese ver la mujer en la que te has convertido. Una que, a pesar de lo mal que lo he hecho, ha encontrado su propio camino.

—En realidad, no los has hecho mal. Si no me hubieses obligado a casarme con Callum jamás habría encontrado al amor de mi vida.

—Esa es una manera muy simplista de verlo.

—A veces, lo simple es lo correcto. Eso me lo has enseñado tu. —Mi padre asintió con la cabeza—. Nunca la hubiese odiado, papá. La hubiese entendido. Creo que no hizo lo correcto, se equivocó y pagó las consecuencias. Los dos las pagasteis. Lo único que siento es que no fuese capaz de darse cuenta de que yo nunca la hubiese juzgado. Jamás lo hubiese hecho. No sé cómo pudo pensar que no era una buena madre para mí.

Mi padre se levantó sin soltar mis manos, obligándome a levantarme con él. Tiró de mí para darme un abrazo y yo me dejé. La calidez de su cuerpo lo envolvió todo. Había echado de menos a mi padre.

—Ella no te culpó de nada, así que no lo hagas tú. Ella era una buena mujer que cometió un acto que no estaba en su naturaleza. Se engañó pensando que no se arrepentiría y que era capaz

de vivir con ello. No lo era. Y si no hubiese perdido la vida en ese accidente, con el tiempo habría superado la depresión. Lo habría hecho por ti.

Él tenía razón. Mi madre lo hubiese superado, pero el destino era caprichoso. Dejé salir todas mis emociones, las lágrimas retenidas y lloré en el hombro de mi padre mientras él me consolaba acariciándome la espalda, como cuando era una niña pequeña y me caía en el jardín.

—Te quiero, papá —dije, separándome de él.

—Y yo también a ti, princesa. —Los ojos de mi padre brillaban con lágrimas no contenidas —. Y quiero que sepas que me alegro de que estés estudiando diseño.

Enarqué una ceja.

—Creí que no estabas de acuerdo.

Mi padre esbozó una sonrisa triste.

—Los negocios no son lo tuyo Adele, nunca serias feliz ocupando mi puesto. Pero con lo enfadada que estabas conmigo si te decía que me alegraba de tu cambio de carrera, no lo habrías hecho.

Probablemente no. Era una pena que la relación con mi padre no hubiese estado bastada en la sinceridad y el dialogo. Pero la vida nos había dado una segunda oportunidad. No, no había sido la vida. Había sido mi madre, dejando esas cartas para mi, para que pudiese leerlas. Ella quería que arreglase las cosas con mi padre.

—¿Podemos ir la semana que viene a cenar juntos a nuestro restaurante?

—Nada me gustaría más.

Epílogo

Adele

—¿Salimos fuera? —me preguntó Callum cuando regresé a la fiesta.

Asentí, porque me vendría bien un poco de aire. Hacía frío, por lo que mi marido colocó su americana encima de mis hombros.

Nos sentamos en un banco de madera blanco en el porche. No había nadie alrededor y la oscuridad de la noche nos daba cierta intimidad.

—Te he visto con tu padre. ¿Todo bien?

—Hemos hablado, tenemos que seguir trabajando en recuperar nuestra relación, pero quiero hacerlo. Le necesito en mi vida. Y ahora entiendo sus razones.

—Si eso te hace feliz, me parece bien.

—¿Crees que el amor puede ser algo contraproducente? —le pregunté y él me miró como si no entendiese la pregunta.

—Hasta hace muy poco pensaba que el amor era un invento moderno. No creo que sea el más adecuado para responder a esa pregunta. ¿Qué te pasa Adele?

—Mis padres se amaban, pero el amor les destruyó.

—¿Y tienes miedo que nos pase a nosotros? —me preguntó, estirando la mano para acariciarme la mejilla.

—No, nuestro amor solo puede unirnos. Pero si mueres, si te pierdo, yo me perderé a mí misma. Y si tenemos hijos, no seré la madre que necesitan, porque estaré desolada.

Callum negó con la cabeza.

—Si algo he aprendido en un mundo como el mío es que hay que vivir el momento sin pensar en el futuro. Yo no me planteo una vida sin ti, no te la plantees tú sin mí. Te prometo que haré todo lo posible para no morirme —me dijo con tanta seguridad que tuve que reírme—. Pero si fallo, seguirás adelante, porque eres una luchadora Adele. Nuestros hijos tendrán a la mejor madre que pueden tener, y tú no te derrumbarás, lucharás por ellos.

—Me sobrevaloras.

—No, no lo hago —rebatió—. Hace unos meses me dijiste que te daba pena porque me iba a morir sin saber que el amor existía. Pensé que no sabías de lo que hablabas, pero tenías razón. Ahora que sé lo que es el amor, sé que el día en el que me muera, lo haré feliz, porque habré tenido todo lo que deseaba y no sabía qué quería. Habré amado y habré sido amado. Y todo, gracias a ti.

Aquellas palabras eran lo que necesitaba oír. Porque Callum tenía razón. Mis padres se habían amado, pero las decisiones que habían tomado en el nombre del amor habían sido equivocadas. Viviría toda mi vida junto a Callum y moriríamos de viejos. Pero si el destino nos tenía otro plan preparado, si él se iba antes que yo, no sería como mi padre. No permitiría que la pena se apoderase de mí. Porque el amor que sentía por Callum perduraría más allá de la muerte y me daría fuerzas.

—Te amo —me dijo y sonreí. Nunca me cansaría de escuchar esas palabras salir de su boca.

Unió sus labios a los míos y cualquier tristeza que sintiese desapareció.

No sabía que me depararía el futuro. No podía preverlo. Lo que sí podía era vivir mi presente. Y mi presente era Callum: mi marido, el hombre del que estaba enamorada. Lo que

siempre había deseado. Mi historia de amor perfectamente imperfecta.

Redes Sociales

Instagram: lexi_thurman03